

LIBROSLIBRES

MICHAEL D. O'BRIEN

LA ÚLTIMA ESCAPADA

Quando el Estado llamó a la puerta para educar a sus hijos,
Nathaniel Delaney tomó una decisión:

SER LIBRE



BESTSELLER

Para Sheila

Nos asustamos al verlo, pero no salimos corriendo sino que nos quedamos mirándolo. Corrió hacia nosotros como si nos fuera a atropellar. Pero antes de alcanzarnos comenzó a extenderse más y más, a crecer más y más, hasta que finalmente era tan grande que lo perdimos de vista, y es que estaba del todo ya sobre nosotros.

GEORGE MACDONALD, *Lilith*

Lejos quedan los días sencillos: el mundo abunda en leyes y rebosa de delitos.

**ANÓNIMO, *Pennsylvania Gazette*, 1755
Vancouver, Columbia Británica, 30 de septiembre**

Querida familia:

Probablemente os sorprenda encontrar esta pila de papeles en mi baúl de la casa de campo. El día en que deis en leerlos, yo estaré ya muerto, y ya no habrá tiempo para explicaciones. Los papeles llegaron a mí accidentalmente. Bien, no del todo accidentalmente, pero ahora nos llevaría mucho detenernos ahí, y de todos modos leeréis sobre mí al final de la historia. El hombre que escribió estos papeles era el director de The Swiftcreek Echo, un periódico que cerró tiempo atrás. Los papeles originales eran unos pliegos escritos a mano, en letra muy pequeña. El espacio de cada hoja estaba relleno por completo con su letra, por delante y por detrás: me imagino que porque tuvo que escribir a toda prisa y no tenía mucho papel. Acabo de pasar un mes descifrando todo el lío y transcribiéndolo a mi ordenador.

En fin, leedlo vosotros. Veréis que era un tipo listo, quizá con tendencia a alargarse demasiado en desarrollar sus ideas. Podía ser algo aburrido. También The Echo era así. Era un hombre tranquilo: con sus niños, con su pipa, dando siempre la sensación de que era de otro lugar. Media ciudad le odiaba y la otra media le amaba, aunque en ninguno de los dos casos llegaban siempre a entender lo que estaba diciendo. En cuanto a mí, no sé qué pensar. Juzgad por vosotros mismos. Podéis leerlo o no. Como queráis. No creo que importe tanto.

FRANK MCCONNELL

Cabo retirado de la Policía Montada del Canadá

La bestia y el ciervo blanco se rodean. La bestia es una serpiente que se enrosca y da saltos en el cielo, buscando apresar al ciervo. La bestia tiene poder. De sus fauces fluyen confusión y oscuridad. La bestia cambia su forma y se convierte en un oso. Se mueve otra vez y es un leopardo. Se desenrosca y es los tres animales a la vez. Su cola arrastra un tercio de las estrellas del cielo. Se apoya en sus cuartos traseros, con el pecho hacia delante, con los colmillos rastrillando el aire y su boca bullendo obscenidades. El ciervo inclina su cornamenta y se adelanta. Embiste y atraviesa el pecho de la bestia, pero los colmillos de la bestia le abren una herida profunda en la garganta. La sangre se vierte lentamente al espacio.

UNO

Día de Año Nuevo, en casa, Swiftcreek, C. B.

Zizzy me regaló este cuaderno por Navidad, y le prometí que escribiría en él, así que allá voy. Ha tenido que pasar muchos días decorándolo, porque la cubierta es un mosaico de pequeñas imágenes recortadas de revistas y catálogos de venta por correo, pegados juntos para hacer una obra de arte con su originalidad. Predominan el malva, el violeta y el lavanda. Hay heroínas exóticas del siglo XIX, plantas, flores, paisajes en miniatura y sus cuadros favoritos del Renacimiento, todo mezclado a modo de un jardín de las delicias —de las delicias que llaman la atención a una niña de diez años.

En la primera hoja ha pegado la vieja cabecera de mi periódico adolescente, *The Quill* (cuyas suscripciones llegaron, en su mejor momento, a cuarenta y siete). Por encima de la cabecera ha escrito una dedicatoria con caligrafía muy vistosa:

A mi padre, el mejor escritor del mundo.

Es una pequeña exageración. Cuando lo abrí el día de Navidad y leí la dedicatoria, tuve que reprimir la risa, hasta que de pronto me emocioné. Lágrimas en los ojos, gran abrazo.

Qué niña más buena. Ojalá hubiera sido un mejor padre para ella y para Bam. «Ojalá, ojalá»: la canción de mi vida.

—Es para que escribas en él, papi —me dijo.

—¿Para que escriba el qué? —le pregunté.

—Pensamientos, secretos y cosas que quieras recordar. Las cosas buenas —me sonrió—. No como lo que escribes para el periódico.

—Es precioso, Zizzy. No quiero tocarlo. Es un tesoro. No me perdonaría ensuciarlo.

—¡Se supone que tienes que ensuciarlo! Es para lo que está —me dijo, riendo.

Es una percepción interesante para una sonriente niña de diez años. ¿Una obra de arte que, se supone, hay que ensuciar? Como mi misma vida, imagino. Bien, la vida es sucia, con perdón por el lugar común.

6 de marzo

El alma es un mosaico o, más propiamente, una obra de arte multimedia y torrencial. Pienso constantemente en la relación alma-cerebro. ¿Cómo funciona? ¿Por qué funciona? Los chimpancés y los cangrejos se representan cosas dentro de los parámetros de su limitada visión del mundo, pero sólo el hombre piensa que piensa, sólo el hombre piensa el pensamiento.

Y eso es lo que estoy haciendo ahora mismo.

Zizzy quiere que escriba «cosas buenas». Pensamientos, secretos y recuerdos, según ella. Pero ya han pasado dos meses, a lo largo de los cuales no he encontrado un minuto libre para ordenar mis pensamientos, para buscar en el fichero rebosante de los últimos acontecimientos en pos de algún mínimo tesoro.

Casi todos los tesoros son fugaces. Me adentro en la memoria para sacar a la luz alguno de ellos: Un recuerdo: la sonrisa de un niño, íntima pero enigmática. Diciendo adiós, Bam sube la montaña Delaney solo, con sus raquetas para la nieve en los pies, igual que hacía yo cuando tenía su edad.

Diciendo hola, Zizzy construye una fortaleza en las ramas de un álamo enorme. La ascensión es lo natural en los niños: es su hambre instintiva de trascendencia.

Un recuerdo: Ziz finge ser una bailarina tras ver un vídeo de El Cascanueces. Extiende los brazos para equilibrarse, temblando al ponerse sobre la punta de la zapatilla. Está segura de su belleza, aún no comprobada. Es como un polluelo, que tiene alas pero aún no puede volar. Éste es el momento delicado, el primero de los muchos sucesos que ocurren en el largo paso de la infancia a la edad adulta. Necesita la sonrisa paterna de ánimo y total —aunque fingida, a veces— confianza. Las meteduras de pata son comunes en este punto. Un padre sabio tiene que comprenderlo.

«Eres papá», me dice su sonrisa, «y te quiero, pero yo tengo que tener mi propia búsqueda, mi propia vida interior, donde he de descubrirme a mí misma.»

Un recuerdo: el puro contento de despertar de un sueño tan profundo y reparador que volvemos a la conciencia como quien amanece al primer día de la Creación. Quedan olvidados el cansancio, la fatiga y la conciencia de fracaso que siempre nos acompaña. Se disipa el saber que uno es un padre soltero, amargado, de mediana edad. Te estás frotando los ojos, preparándote para ser un adulto responsable un día más, cuando ante tu mirada aparecen de pronto media docena de ositos, siete muñecas, un mono de peluche y una imagen de la Virgen sobre el edredón arrugado de la cama, cada una de las figuras mirándote con pleno afecto. Y además hay una nota:

¡El desayuno estará listo en seguida!

¡En la cama, por supuesto!

¡Feliz día del padre, papi!

Y huele a tostadas y a huevos con bacon.

Un recuerdo: tengo seis años y estoy tumbado en un banco de arena —plateado, moteado de mica— junto al riachuelo. Sólo llevo mi traje de baño y el sol me quema en la espalda. Estoy mirando los cansados coletazos de los salmones que, exhaustos, llegan a la última cascada de Swiftcreek, el lugar ancestral de su desove. Están a punto de completar su viaje de cinco mil millas desde el mar. Pondrán los huevos y morirán. Por primera vez en mi vida, siento la inmensa dignidad de la determinación de la vida en prevalecer sobre la muerte. Me siento enamorado y me dejo arrastrar a las aguas frías del arroyo para unirme a ellos. Yo también soy un pez.

Un recuerdo: la primera nieve de hace dos, quizá tres años. Cae en el momento del crepúsculo, a la muerte de la tarde. El mundo está en silencio y los niños salen corriendo por la puerta de atrás y se lanzan a la nieve, a hacer muñecos. Tras dudar, yo también salgo, sin abrigo, y me lanzo entre ellos para hacer un ángel de nieve de tamaño humano entre los querubines.

Un recuerdo: en lo más profundo del invierno. Bam, Ziz y yo estamos acurrucados en el sofá,

en frente de la llama de piñas de pino en la chimenea. Nuestras manos entran y salen del cuenco de las palomitas mientras se oye la tormenta aullar tras la ventana. Enciendo una vela y les comienzo a leer El Hobbit de Tolkien.

—¡Para ahí, papá! —ordenó Zizzy, poniéndose recta—. Lee eso otra vez.

—¿Que lea otra vez el qué, cariño? —pregunté.

—La parte de la roca.

—¿La roca?

—Por favor, papi, antes de que se me olvide... Bam lo explicó:

—Creo que se refiere a la parte en la que están huyendo de la guarida del dragón. Lo acabas de leer hace un minuto.

—¿Ah, sí? —dije yo, en verdad muy sorprendido. Había olvidado por completo a qué se podían referir. Tal vez leía con el piloto automático puesto. Rápidamente, volví unos párrafos atrás y encontré el pasaje en el que los enanos y el hobbit se escapan por galerías subterráneas, esperando contra toda esperanza huir de Smaug el Terrible.

—¿Te refieres a cuando están subiendo las escaleras de roca? —pregunté.

—Sí, eso es —asintió Ziz con ensoñación, sugestionada por alguna iluminación oscura—. Léelo otra vez.

—Aunque todos los viejos ornamentos hace mucho ya que habían sido destruidos o reducidos a polvo, y aunque todo estaba aparatosamente reventado y sucio por las idas y venidas del monstruo, Thorin aún conocía cada galería y cada curva. Subieron por las largas escaleras, y dieron la vuelta y cambiaron de sentido por pasillos por los que retumbaba el eco, y volvieron a cambiar de sentido y subieron más y más escaleras. Estas escaleras estaban bien escarbadas en la roca viva, y los enanos siguieron escalones arriba, sin encontrar signo de cosa viviente alguna, tan sólo sombras furtivas que huían de las sombras de sus antorchas que palpitaban de luz en el pasadizo.

—¡Escarbadas en la roca viva! —Zizzy suspiró, mirando al espacio—. ¡Es precioso! Bam y yo nos echamos a reír. Tendemos a pensar que es una romántica sin remedio.

A sus trece años, Bam aborrece todo exceso emocional. En los últimos meses, se ha dedicado a explorar el mundo masculino del estoicismo y los músculos grandes.

—Los enanos nunca hubieran dicho que es precioso —corrigió a su hermana con seca condescendencia—. Les interesaba hacer cosas. Cosas útiles, no bonitas. Túneles, ciudades subterráneas, espadas, herramientas...

—¿Papi? —Ziz no le hizo ni caso—. ¿A que Tolkien es un genio en encontrar la palabra exacta? Asentí. Y tanto que lo era.

Y, mientras tanto, daba en pensar que había leído el pasaje —y en voz alta, nada menos— sin meter en él el alma. Con cierto sobresalto, me di cuenta de que la mente puede funcionar simultáneamente en más de un nivel. Es algo absolutamente extraño.

¿Qué quería esto decir? ¿Mi cerebro estaba fragmentado y yo, por tanto, estaba loco? ¿O acaso era yo un prototipo de algún hombre nuevo: Homo sapiens multiplex, un ser superior que puede a la vez darse palmaditas en la cabeza y ponerse la mano en el estómago?

La petición de Zizzy me había llevado a los escondidos peligros de buscar la complejidad: estar descentrado, tener el pensamiento en compartimentos estancos, perder la atención, ser

indiferente a la luz de cada momento.

Me quedé mirando al fuego con los ojos borrosos. También de modo extraño, oí un fragmento de un poema de Robert Frost, con sus palabras ascendiendo directamente de la memoria: «Algo hay ahí que no ama los muros.»

¿Y de dónde demonios me venía ese verso? ¿Y por qué me venía en ese instante preciso? ¿Es que hay una oficina de redirección automática en el centro del cerebro? ¿Una minúscula secretaria que dirige todas las preguntas al departamento correspondiente? ¿O hay un índice completo que cruza las referencias de cada retazo de significado absorbido por el alma durante la vida, y cruza de nuevo las referencias con las referencias ya cruzadas?

La palabra roca, piedra —por ejemplo—. A través de mi mente pasaron una serie de imágenes: El pasaje de Tolkien que acababa de leer.

El poema de Frost sobre cercas en el campo. Recordé el título: «Un muro por arreglar».

Aquella vez, a los ocho años, cuando ya dominaba el arte de lanzar las piedras al río para que rebotaran sobre la superficie, y lancé una piedra muy plana al río Canoe, que rebotó doce veces sobre el agua antes de hundirse.

La piedra roja que me lanzó Bobby MacPhale a los catorce años, que me hizo caer al suelo y me consiguió unos cuantos puntos en la frente.

Las cinco piedras de formas suaves de David, una de las cuales había matado a Goliat.

La cruz de piedra de mi abuelo Stiofain, que ahora pende de un clavo en la cabaña que tiene camino abajo.

La piedra que rodó por la entrada de la cueva donde me escondía del fuego del bosque, hace ya tantos años.

La roca removida del sepulcro de Cristo.

Mi abuelo Stiofain, cuando me decía: «Tamy, nuestros corazones son como la piedra dura, y sólo el sufrimiento los moldea hasta ser cuencos capaces de albergar la alegría». Palabras incomprensibles para mí en su día, pero también inolvidables.

Y así muchas más.

Aparté mis ojos de la lumbre, cerré las compuertas de la memoria y volví a leerles a los niños.

20 de mayo, Swiftcreek

Coge una palabra, cualquier palabra, y mira a ver qué sacas en el índice. Prueba con amor. O con odio. ¿Guerra? ¿Verdad, mejor? ¿Esposa? ¿Maya?

No, esposa no. Maya no. Definitivamente, Maya no. ¿Y la palabra «dolor»?

El doctor Woolley dice que el cerebro es básicamente una gran máquina, con un piloto al frente, pero un piloto condicionado por el instrumental que cree controlar. Hay algo no del todo cierto en esta idea, pero no estoy seguro de qué. Hasta el momento, he sido capaz de situar y distinguir distintos niveles de conciencia que agrupo vagamente bajo el título «Yo». Yo. Nathaniel Delaney:

1. Intelecto: datos, ideas, construcciones racionales.

2. Imaginación: el teatro interior. Todas las imágenes y dramas que aparecen en la pantalla, con o sin invitación.

3. Emociones: crudas arremetidas de sentimiento, algunas agradables, algunas no tan agradables.

4. El cuerpo: los sentidos. No necesita explicación.

5. El abuelo Delaney insiste en la categoría del espíritu. «El alma de un hombre», como él dice. Estoy indeciso en lo que respecta a este punto, tras no haber recibido pruebas del todo convincentes de los otros compartimentos. Aunque hay temblores en el filo de la consciencia que señalan dimensiones no descubiertas de nuestro ser, por el momento uno sólo puede concluir esto: que la persona humana es compleja, impredecible, un misterio. Sobre todo, que no somos máquinas.

8 de junio, en casa

Mi hija Zöe y mi hijo Tyler se han ido de aventura. Se han ido a una aventura de las de verdad.

Se han ido en una excursión de cuatro días, organizada por el colegio, a Vancouver. Los dejé en el autobús y me volví a la casa vacía. Estoy solo, completamente solo, por primera vez en muchísimo tiempo. Me encuentro a mí mismo flotando, confuso, en un inesperado hiato de silencio. «Escucho» a Bam y a Zizzy riendo y hablando en el jardín, lo cual es imposible, por lo que debe ser algún tipo de memoria residual, un fallo de programación o tan sólo el piloto automático, que se recoloca en tiempo real. ¿Quién sabe? A veces me doy la vuelta para ver de dónde han venido las voces, sólo para verme a mí mismo como víctima de una no ingrata alucinación. Me río, me doy una palmada en la cabeza; después, me pongo la mano en el estómago.

Esto es todo lo que pude escribir. El mosaico mental se vio atravesado de historias multicolores, imágenes, fragmentos, pero nada de esto llegó a reunirse en una sola forma coherente, y yo tampoco pude forzar que fuera así. ¿Era el típico bloqueo del escritor o agotamiento general? Como sea, el índice estaba cerrado.

Me fui al porche de atrás con una taza de café y mi pipa. El tocón del jardín había sido descompuesto por la lluvia y después se había secado, dejando así un lugar propicio para la meditación. Suspiré. Estaba demasiado cansado para la meditación. Pensar lleva esfuerzo. Pero me senté sobre el tocón de todos modos.

Una ardilla bajó por el tronco del árbol y pareció reprenderme por haberla molestado. O quizá sólo era una declaración de intenciones: un macho, sin duda, definiendo las fronteras de su pequeño mundo geopolítico. El tamaño no significa nada cuando el instinto territorial se pone a trabajar. Posiblemente me regañaba por mi superficialidad, mi pesadez, por lo que sea: por mis muchos fallos.

—Para ti es muy fácil, para ti está claro que es muy fácil juzgar —le dije—. No eres compleja, ni eres un misterio para ti misma.

—Oye, oye —le dije—, que no es mi culpa.

Pero por su mirada sí daba a entender que era mi culpa. Abriendo bien los brazos, protesté:

—¿Acaso he sido yo quien inventó la bomba de neutrones? ¿Acaso he sido yo quien inventó los campos de concentración? ¿Eh?

—¡Siempre quitándoos las culpas! —me acusó con voz enfadada—. Siempre lo mismo,

¡siempre quitándoos las culpas! Suspiré de nuevo.

Cuando estaba subiendo al autobús esta mañana, Zizzy se dio la vuelta, corrió escalones abajo y me dio otro beso de despedida.

—Mientras estemos fuera, no estés solo, papi. ¿Me lo prometes?

—Lo siento, cariño. No voy a poder evitarlo —le dije—. Ni siquiera os habéis ido y ya estoy solo. Te quiero.

Ella sonrió y me miró con su mejor mirada de colegiala dulce.

—Tal vez te sientas mejor si escribes en el diario que te regalé por Navidad.

—¡Gran idea, cariño! Me voy a ir a casa y voy a hacer eso mismo.

—Papi, puedes escribir esto: «Mi hija Zöe y mi hijo Tyler se han ido de aventura. Se han ido a una aventura de las de verdad».

—¡Es genial! —respondí—. ¡Caramba, señorita Delaney, usted y el señor J. R. R. Tolkien tienen un genio impresionante para encontrar las palabras exactas!

Y así siguió, hasta que nos vimos obligados a separarnos por el conductor impaciente, los profesores impacientes y los impacientes estudiantes. Sonó el claxon, el cambio de marcha, el ruido de un motor diésel exhausto.

Así que me volví a casa a escribir obedientemente en el diario. Pero ahora voy a ocuparme en darme palmadas en la cabeza y ponerme la mano en el estómago, rumbo al diario mental' que emprendo cada vez que no estoy hablando con ardillas.

14 de agosto, Hotel Royal York, Toronto

Me he venido a la convención nacional de la prensa. Hace un calor achicharrante en la calle pero, por suerte, mi cuarto tiene aire acondicionado. Ziz ha debido de meter el diario en la maleta. He sido muy descuidado. Han pasado los meses y no he tenido ocasión de escribir nada. He estado atareado, como siempre.

Los niños se lo estarán pasando bien en la cabaña del abuelo Delaney. Los echo de menos. Me gustaría llamarles, pero el abuelo no tiene teléfono.

Me sentí un poco ofendido cuando los organizadores de la convención me informaron, nada más llegar, de que mi ponencia había sido eliminada del programa. Sin explicaciones, tan sólo palabras huecas. Me enviaron al chico que lleva las relaciones públicas para que me contuviera, y sin duda es un as en lo que hace. Me dijo que alguien en la organización había cometido un grave error, que había demasiados ponentes y demasiado pocas salas de conferencia. Por esto me pedía perdón profundamente. Sus ojos se desviaron un instante. El año que viene, me dijo, quieren que sea el ponente principal.

Bien. Vale.

Por supuesto, esto tiene que ver con mis últimos editoriales. Me he separado del confortable centro. O, más precisamente, de su concepto de centro. Por supuesto, jamás admitirían que ésa es la razón verdadera.

Me he encontrado a Pete Stanford en el lobby, esta mañana. No le he visto desde hace años, desde que era reportero para el Vancouver Star. Tenemos más o menos la misma edad; los dos mediando los cuarenta, pero él parece diez años mayor que yo. Parecía en mala forma, con las manos temblorosas y la mirada huidiza.

Puso cara de «viejos amigos» durante medio minuto y, en seguida, se derrumbó. Un tipo con problemas. Me dijo que tenía ganas de oír mi charla y que le había sorprendido ver que no estaba en el programa. Quería saber qué había pasado, así que le conté.

—Me han echado —le dije.

—Eso es una locura —gruñó—. No han echado a ninguno de los idiotas —nombró a algunos gacetilleros—. Así que, ¿cómo te han echado a ti?

—No estoy seguro de por qué. Probablemente por asuntos de corrección política.

—¿Qué dices! ¿Tú? ¿Por políticamente incorrecto? —sacudió la cabeza, sin creérselo.

—Sí, supongo que lo soy. Se rió sin ganas.

—Vamos, Delaney, ésa no puede ser la razón.

—Sí que puede serlo.

—¿Tú? ¿Un fascista?

—No, Pete —dije, tan amablemente como pude—. No soy un fascista. Ni siquiera un conservador. No lo que quieren decir con «conservador».

Me miró con curiosidad.

—Entonces, ¿qué demonios eres?

—No sé bien. Todavía no lo he averiguado del todo. Frunció los labios, se quitó las gafas y se quedó mirando al suelo.

—¿Es por lo de la ética médica?

—Creo que sí. Hoy se considera de un mal gusto horrible, además de muy mal periodismo, publicar una opinión honesta. ¿No te has dado cuenta?

—Sí, me he dado cuenta. Unos somos más iguales que otros, ¿no?

—Exactamente. Estamos viviendo en un país orwelliano, Pete. ¿Cuándo se ha producido esto? ¿Cómo se nos ha podido colar?

—Aún no está tan mal.

—¿No está tan mal? Si el Tribunal Supremo dice que está perfectamente bien ponerle una inyección letal a tu madre, o cortar a trozos a un niño en el útero, ¿es que aún no está tan mal?

No respondió.

—Así que cualquiera que todavía lo llame «asesinato» es un calumniador e incita al odio y debe ser juzgado por difamación, ¿no?

—Como mínimo, es un tipo molesto —balbució Pete.

—En fin, que te entiendo perfectamente si quieres separarte de mí... creo que nadie se ha dado cuenta aún de que estabas hablando conmigo.

Dije esto con toda la ironía. Él se me quedó mirando.

—Vaya, Nathaniel, gracias por el insulto. Ahora que te iba a proponer tomarnos algo... Y me dio un golpe en el brazo, sonriendo oblicuamente.

—Invito yo —dijo.

Me llevó al restaurante giratorio que hay en el último piso de la torre CN. Con mil ochocientos pies de altura, se supone que es una de las estructuras más altas del mundo. La altura no es mucho mayor que la de una colina en el lugar de donde vengo, pero cuando todo queda mucho más abajo que tus ojos, incluso una ciudad inmensa como Toronto parece no más que un montón de dados y las perspectivas se alteran. Espero que hayan dejado escrito, sobre el tejado,

algo semejante a «Ni Dios ni el hombre pueden echar abajo esta torre». Sólo Dios lo leería, por supuesto.

La vista era nietzscheana. Ahí estábamos, un siglo después de Nietzsche, dos superhombres —*übermensch*—, dando vueltas en un círculo eterno. El camarero nos trajo las bebidas y nosotros nos quedamos mirando por las ventanas, viendo cómo el mundo giraba alrededor. Podía verse el horizonte curvado que hace la tierra.

La actitud de gallito de Pete duró bien poco. Sin decir nada, se quedaba mirando fijamente las profundidades de su cerveza de importación, mientras yo removía los hielos de mi vodka con naranja. Para romper el incómodo silencio, le pregunté por su familia. En algún sitio, seguro, había oído que estaba casado.

—¿Mi familia? ¿Qué familia? —dijo, con la apariencia de sentirse miserable.

—Tu mujer, tus hijos...

—Tenía dos. Quiero decir, dos mujeres, cuatro hijos entre las dos. Dos familias, pero no a la vez, ojo.

—¿Cómo que tenías?

—Todo ha terminado.

—Lo siento mucho —le dije—. No sé si prefieres no hablar del asunto.

—Es igual. Fue culpa mía.

—Bueno, mi matrimonio también terminó —repliqué, como consuelo—. También por culpa mía.

Volvió los ojos hacia mí, vagamente interesado.

—Por lo de siempre, ¿no? —preguntó.

—Depende de lo que entiendas por lo de siempre. No le fui infiel, si te refieres a eso. Es sólo que no estaba allí.

—Igual que yo. No hubo infidelidad, no hubo abusos de ningún tipo... en realidad, no hubo nada de nada.

—¿Qué pasó?

—Lo mismo que a ti. No estaba allí. Siempre buscando noticias, preocupándome por hacer la gran carrera... Conoces el asunto.

—Sí, lo conozco demasiado bien. El problema conmigo, Pete, es que yo estaba allí, pero mi cabeza no. Y quizá mi corazón tampoco.

—¿Niños tienes?

—Tres.

—¿Y quién tiene la custodia?

—Yo tengo a los dos mayores, mi mujer tiene al pequeño. Era un bebé la última vez que lo vi, hace ya años.

—Mal asunto.

—Ya ves. Te deja un hueco en el corazón.

—Lo entiendo perfectamente. Mis ex mujeres tienen la custodia. No veo a los niños a menudo. No les caigo bien.

—Gajes del oficio.

—Sí, gajes del oficio.

La conversación no iba a parte alguna. Chicos listos, de pronto nos dimos cuenta de que

estábamos deslizándonos por una espiral de pensamiento tan ampulosa como el agua que se va por la pila.

Pete se puso recto y paseó la mirada por las torres más altas del horizonte, levantando los hombros. Se bajó media cerveza de un trago.

—Y, por lo demás, ¿qué tal te va? Me miró torvamente.

—¿Por lo demás? Pues escribo mis columnas, pago lo que tengo que pagar mensualmente a mis hijos e intento no convertirme en un padre agotado.

—Leo tus artículos sobre África y los Balcanes. Son cosa muy, muy fina.

Se encogió de hombros. Mientras le miraba, sus manos comenzaron a temblar, sus ojos a parpadear con demasiada rapidez. Su lenguaje corporal se iba tensando.

—Ha tenido que ser una catástrofe lo de allí —le dije.

—Eso es tirar demasiado por abajo —su voz era casi un susurro. Acabó la cerveza y llamó al camarero para pedir otra.

Nos quedamos sentados, ahí, los dos, en un silencio dolorido.

—Te ha removido mucho, ¿verdad? —acerté a decir. Asintió.

Decidí no ir más allá. Había leído sus reportajes sobre las masacres, con las iglesias llenas de mujeres y de niños destrozados, las salas de tortura y las fosas comunes. Todavía, sin duda, se estaba recuperando de aquello.

Carraspeó.

—Perdona —me dijo—. Es difícil hablar del asunto. Incluso para un perro viejo como yo.

—Tiene que serlo.

—No te creas que me he recuperado bien —siguió diciendo—. El médico me ha recetado Valium. Pero no te creas que funciona del todo. No duermo. El trabajo me hace sufrir.

—No lo parece. Te lo digo porque leo tus columnas.

—Gracias por los ánimos, pero sé bien lo que pasa. Ser corresponsal en el extranjero no es algo que puedas hacer siendo deshonesto contigo mismo. La realidad es que mi redacción, mi escritura, ha empeorado. Si mis funciones cerebrales continúan cortocircuitando, no creo que pueda mantener mucho tiempo mi puesto. El editor quiere que ingrese en un hospital, y luego está dispuesto a pagarme un tiempo extra de descanso. Es generoso por su parte.

—No es tan generoso: considéralo como una prima de riesgo, o la compensación por el efecto postraumático.

Sonrió con tristeza.

—Sí, seguramente tienes razón. Se lo explicaré así cuando recupere la confianza.

—Él sabe bien lo que tú vales.

—Supongo... —la voz de Pete se hizo un hilillo. Se quedó mirando largo rato al horizonte. No insistí, sabiendo que era mejor que él siguiera cuando tuviera ganas.

—Y además pasan otras cosas... —dijo, de pronto.

—¿Qué tipo de cosas? Se encogió de hombros.

—Nada sobre lo que puedas hacer mucho.

—¿Cosas personales, entonces?

—No. Nacionales. E internacionales.

—Ah, vale. Cosas de relaciones internacionales, ¿no? Negó con la cabeza.

—No, no lo ves. Nadie lo ve.

Ahora sí, le pedí una explicación, pero se mostraba reticente a darla. Sólo farfullaba, gesticulaba con negligencia.

—Sombras, pesadillas, hombres del saco en la oscuridad. Seguramente no es nada, en el fondo.

—No suena a que no sea nada.

Contuvo su respuesta, siguió mirando al horizonte, y luego habló con un críptico comentario:

—Nathaniel, no tengo más pruebas que unas cuantas intuiciones y sucesos aparentemente inconexos. Nada de eso es material para un periodismo de verdad. Quizá todo esté en mi imaginación, quizá todo sea por el insomnio o el agotamiento.

—O quizá no.

—Sí, quizá no.

—¿Por qué me estás contando estas cosas?

—¿Por qué me has preguntado tú?

—Yo también soy un perro viejo. Confío en mis instintos, y he leído suficientes artículos tuyos como para confiar en el tuyo también. ¿Qué ha pasado, Pete? ¿Qué te ha afectado tanto que ya no confías en ti mismo?

Por un momento pensé que lo había perdido. Su cara se puso blanca, frunció el ceño. Paseó la mirada por la mesa, sin decir nada, suspirando pesadamente. Cuando se recompuso, me miró y me dijo, en tono grave y quedo:

—No has pasado por esto. No sabes lo que es.

—¿No sé lo que es qué?

—No sabes lo que eres. Nadie lo sabe hasta que su mundo se derrumba.

—Tienes muchas cosas en tu favor, Pete. Tienes que darte tiempo.

Me miró como si acabara de llegar de otro planeta. Me estaba empezando a sentir muy incómodo. Y a considerar si Peter Stanford regía del todo bien o no.

Interpretó muy bien lo que yo pensaba.

—Sí, tienes razón, Nathaniel. Tengo un par de tornillos algo flojos, soy el primero en admitirlo. Estoy medicado y estoy bebiendo demasiado, me estoy dejando ir —me señaló con el dedo y dijo, con énfasis—: pero no creas que tú eres inmune, jamás creas que eres inmune.

—¿Inmune a qué?

Se incorporó y dijo amargamente:

—Un tipo con éxito ve el mundo de una manera concreta y se ve a sí mismo de una manera concreta.

—Yo también he tenido mis fallos.

—Hum. No. Tú te ves a ti mismo, básicamente, como un tipo sólido con algún que otro defecto, ¿no? Yo antes era así también. Pero cuando se hunde el mundo alrededor de ti, y tu mundo interior también se hunde, un día te levantas y ya no te conoces más a ti mismo, no sabes ya quién eres. Te miras en el espejo y sólo ves a un tipo loco que te mira a ti. Y te preguntas quién demonios es ese que está ahí.

—No estás loco. Pete bufó.

—No sé si estoy o no estoy en el camino que lleva al manicomio. Con un poco de suerte lo evitaré, o al menos eso es lo que dice mi terapeuta. Yo no lo sé. Pero al menos vamos a intentar

mirar cómo van desarrollándose las cosas los próximos años. Quizás en el futuro, en una de estas convenciones, nos volvamos a tomar una copa y a reírnos de cómo el viejo Pete sufrió su fase depresiva, cuando todo ya esté color de rosa.

—Muy bien. Hagámoslo. De aquí al año que viene, si te parece.

—Perfecto. Muy bien. Nos vemos el año que viene, en la misma época y en el mismo lugar.

Pero quedaba del todo claro que Pete no pensaba que volviéramos a tener una nueva conversación al año siguiente.

—Si me equivoco —dijo, levantándose de la mesa—, atribuiremos todo a gajes del oficio. Si se cumple lo que pienso, no creo que nos volvamos a ver.

—Es un poco serio eso que dices, ¿no crees? Dejó el dinero para pagar sobre la mesa.

—Bah, lo que pasa seguramente es que estoy bastante paranoico.

8 de septiembre, Swiftcreek

Qué bueno es volver a las montañas. El viaje a Toronto ha sido totalmente depresivo. ¿Quién demonios quiere vivir en una ciudad? Por supuesto, me imagino que los urbanitas se preguntarán que quién demonios quiere vivir en la naturaleza. Bam y Ziz se lo han pasado muy bien con el abuelo. Los llevó a andar por la montaña Delaney y les mostró la cueva a la que yo solía escapar cuando era niño, la cueva donde daba en soñar los mejores sueños. Los niños siempre necesitan algo en que soñar. Por supuesto, también es el sitio donde tuve una lucha cuerpo a cuerpo con un oso mitológico: hace ya tantos años que casi lo había olvidado.

El espíritu es algo frágil, muy frágil. Pete Stanford tenía mucha razón al respecto, pero creo que, en el estado de sus emociones, estaba sacando las cosas de proporción. Pobre chico. Es un hombre muy inteligente y un periodista de primera clase, pero creo que, entre sus fallos acumulados y el horror que vio en África y en los Balcanes, le ha que ha honda cicatriz. Lo superará, creo.

He estado pensando mucho últimamente sobre la paranoia. Parece que hay unos pocos movimientos de derechas, que surgen aquí y allá, advirtiendo con gritos histéricos de que Occidente se encamina hacia un «nuevo orden mundial», de que hay conferencias sobre un gobierno mundial y reuniones secretas de importantes financieros. Waco, Texas. Ruby Ridge. Las bombas de Oklahoma. Ejércitos privados. Teorías conspiratorias. Un matiz lunático muy americano.

Hablé de todo esto el otro día con Woolley. Como siempre, me ganó al ajedrez y me sirvió un Baileys doble. Estábamos muy a gusto y nos sentamos en su cuarto de estar a mirar la primera tormenta del otoño, llegada del norte a arrancar las hojas ya amarillas de los álamos. Me dijo que los lobos acabaron con varios corderos la semana pasada. Se llegaron directamente a la nave mientras él estaba de guardia en el hospital. Se le había olvidado cerrar la puerta. Al volver a casa, se encontró al perro escondido bajo el porche, temblando y quejándose dolorosamente.

—¿Qué te parece, señor director? —me preguntó (parece que nunca vamos a dejar de llamarnos por nuestros cargos, cómicamente)—. ¿Por qué Minder, el perro, dejó de proteger al rebaño? ¿Es un cobarde o un realista?

—Bueno, doctor, yo diría que ambas cosas a la vez. Woolley rió.

—Buena respuesta.

Miramos al perrazo, que seesteaba y roncaba sobre una alfombrilla frente a la hoguera.

—Minder ya ha racionalizado la experiencia —comentó Woolley secamente—. Ayer me demostró que la discreción es la mejor parte del valor. Con total dignidad, ha preferido guardarse para una ocasión mejor. ¿Qué hubiese habido de bueno en que el rebaño perdiera a su perro pastor? Es muy listo, Minder, vaya si lo es.

—¿Saldrá de ésta?

—Sí, se pondrá bien. Tiene pesadillas, aprieta los dientes y se queja en sueños. Pero va a menos ya. Ya está casi como antes, aunque aún le asustan las sombras de cuando en cuando.

—Pobrecillo. Tal vez se esté volviendo paranoico... Woolley sonrió con ironía.

—Un poco. Pero eso es natural.

—Sí lo es. Llega un punto en el que todos somos paranoicos. Es una cuestión de gradación.

—Bueno, bueno. Ahí no puedo darte la razón —Woolley enarcó las cejas y me miró detenidamente.

—¿No? Vamos, hombre. Eso es que no tienes suficientes traumas.

—Eso no es verdad.

Se rió y no dijo nada más.

—Ya sabes que la primera vez que nos vimos yo estaba en pésima forma. En el inicio de un colapso nervioso.

—Una intentona de colapso, amigo mío. No más que una intentona.

Le odio cuando me llama «amigo mío». Cuando usa esta expresión, su acento inglés se vuelve distante y cortante como una hoja de afeitar.

¿Una intentona? Si ahora lo pienso, creo que ese episodio no era tan serio como pensaba en el momento. Peter Stanford, por otra parte, sí que parecía estar padeciendo algo verdaderamente serio. Le comenté a Woolley mi encuentro con Pete.

—Hum, hum. Es un caso típico. Tu amigo periodista ve de cerca todo lo bajo que puede caer el hombre y todo su pequeño mundo de ambiciones y confort americano se le derrumba. Eso sí que es un trauma de primera magnitud.

—Pero tú también viste cosas horribles cuando estuviste trabajando en los campos de refugiados. Miró hacia la tormenta, a través de la ventana.

—Sí, he visto algunas cosas horribles. He visto fosas comunes, mujeres y niños mutilados. Pero lo importante es cómo luchas con eso después.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, al final de todo, cada persona escoge qué conclusiones saca del horror. Se puede decir a sí mismo que toda existencia es horror, y entonces queda hecho pedazos. Pero también puede decirse, bien, lo que he visto es una explosión de sinrazón, de los instintos primitivos que viven en la naturaleza humana, y ya ha pasado todo. Volvamos a lo de siempre. El mundo no se para.

—Vaya, me dejas impresionado con tu fuerza de espíritu. ¿Pero eso no es un poco frío? Frunció el ceño.

—Nosotros elegimos. O nadamos o nos ahogamos.

—Sí.

—Todo esto de la paranoia no deja de ser interesante. He pensado mucho en ello. Creo que es un fenómeno muy típico de finales del siglo XX en Occidente.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que, a lo largo de la historia, los ataques han venido desde fuera. Estaban ahí. El tigre en la maleza, el bárbaro invasor, el fuego en el bosque, la riada. El alma humana está hecha de una manera tal que resulta admirablemente capacitada para tratar con estos problemas de naturaleza, digamos, finita: hechos sólidos, dolores reales, hambre, frío, la amenaza inmediata de la muerte, etcétera. Ahora, la civilización ha llegado a un punto en el que la mayor parte de los peligros objetivos están bajo control. ¿Qué hace entonces el alma humana, dónde pone su miedo natural?

—Estás asumiendo que el miedo es esencial al alma. ¿No es eso mucho asumir?

—No creo —replicó fríamente—. ¿Has conocido a alguien que nunca haya mostrado temor? Intenté pensar en alguien.

—No. Creo que no.

—Claro, porque está dentro de nosotros. La existencia es esencialmente peligrosa. Y el miedo es un mecanismo saludable. Sólo se vuelve nocivo cuando el instinto se congela o se inflama.

—Y esto ¿cómo se conjuga con la paranoia?

—Llega un punto en la evolución de la humanidad en el que los peligros objetivos están lo bastante contenidos por la estructura social. Sin embargo, el reflejo de temer y huir (o de temer y luchar) permanece. ¿Cómo lo abordamos? ¿Qué hacemos con él?

—Usando la razón.

—Corrijo: tú usas la razón. Recuerda, amigo mío, que, en términos generales, los seres humanos no son prototipos de racionalidad. En mayor o menor grado, siempre luchamos con lo irracional que llevamos dentro.

—Salvando lo presente, claro.

—No. Yo admito mi irracionalidad y ajusto mi vida de acuerdo con ello. No creo que tú hayas llegado a ese punto. —Ah, y ¿por qué no?

—Porque aún piensas que eres un hombre racional.

—¿Es que lo soy! —protesté, frunciendo el ceño, irritado—. ¡Soy un hombre racional! Woolley se rió abiertamente. Me sirvió otra copa y volvió a reír.

—Estados Unidos fue fundado como cuestión de vida o muerte —dijo Woolley—. Los fundadores y pioneros escapaban de los peligros reales del Viejo Mundo: persecuciones, guerras, hambrunas, plagas. Querían un mundo nuevo, comenzar otra vez. Generación tras generación, iban ganando terreno a los campos incultos. La imaginación fue creciendo. Los sueños se fueron haciendo realidad. ¿Ves?

—Hum, no, creo que no es así.

—Todos los miedos eran externos: los indios, los osos, los lobos. No había tiempo para permitirse una neurosis. Pero, ¿qué pasó cuando la marcha hacia el Oeste llegó al Pacífico?

—¿Que se fueron de pesca?

—No, construyeron los estudios Metro Goldwyn Mayer, Paramount, Fox, y llevaron la atención de la imaginación hacia dentro. La frontera interior —quedaba claro— era ilimitada. Y, por tanto, accesible. La carrera espacial es más problemática...

—¿Me estás diciendo que la industria del cine es paranoica?

—A veces. Pero, más importante, crea la ilusión de espacio y libertad dándonos un sinnúmero de pasadizos por los que podemos llegar a otros mundos. Todavía es vida o muerte: todavía todos, y subrayo lo de «todos», estamos intentando escapar.

Reflexioné sobre sus palabras, sin llegar a creérmelas del todo.

—Es una teoría interesante —acerté a decir.

—Piénsalo más, amigo mío. Pregúntate por qué los guetos urbanos explotan de violencia.

—¿Los guetos?

—Sí, los guetos. ¿No es paranoia hacer de la imaginación un gueto?

Y aquí estoy, en casa, dándole vueltas a estas palabras. Los niños duermen. Yo estoy insomne. Me pregunto si Woolley no tiene algo de razón. Quizá sea uno de los más privilegiados de este país, por haber nacido y haber vivido siempre en la naturaleza y tener así más espacio y libertad que el 95 por ciento de la gente de este planeta. Soy un chico con suerte.

Swiftcreek, 2 de febrero

Ha pasado un año desde que recibí el diario de Navidad, y los apuntes son muy escasos y están muy separados temporalmente entre sí. Quería haber dejado un legado de brillantes estampas de la naturaleza, de la vida familiar, iluminaciones de distinto tipo; quizá incluso algún esbozo intelectual de corte sociopolítico. Lamentablemente, he hecho muy poco de esto y lo he mezclado todo con mis quejas. Quizá, sin embargo, estos papeles signifiquen algo para mis hijos cuando los encuentren en algún baúl en el ático, cualquier día dentro de mucho, mucho tiempo.

El regalo de Zizzy tuvo el efecto colateral —inesperado y bienvenido— de despertarme a mi nueva costumbre de llevar una suerte de diario mental. Memorizo mis propios pensamientos, en la esperanza de convertirlos algún día en texto escrito. El abuelo Delaney diría que esto es un examen de conciencia. Woolley lo llamaría una biopsia. Quizá sea una biopsia del alma.

El sábado celebramos el cumpleaños de Zizzy. Cumplía once. Le regalé Lilith, de George MacDonald. Desdeñando el resto de regalos, se sumergió en el libro sin molestarse en limpiarse las migas de pastel de las mejillas, y ahí estuvo, pasando páginas, devorando pasajes al azar.

—¡Pero, papi! —me gritó, levantando un momento la mirada—. ¡Es aún mejor que Phantastes!

Oye esto: «El propósito del universo es volverte tan tonto que llegues a tomarte por tonto y sólo así comiences a ser sabio» —se rió—. No sé lo que quiere decir, pero este tipo te hace pensar.

Yo sí sé, exactamente, lo que quiere decir. Et tu, George.

1 de marzo

Me he estado preguntando por qué Bam y Ziz han tenido tantos cambios de humor últimamente. Salen del autobús cada tarde con la misma cara aburrida y abotargada que muestran casi todos sus compañeros. No es propio de ellos. Bam ha estado contestón esta tarde, algo inusual en su carácter.

¿Malhumor adolescente? ¿Algún problemilla? He estado un poco brusco con él. Luego nos hemos pedido perdón.

12 de abril

Estoy tan molesto que tengo la impresión de estar echando veneno. Tras la cena, Bam ha puesto sus deberes sobre la mesa de la cocina y ha dicho: «Papá, ¿por qué tenemos que aprendernos todo esto?». A continuación, me ha mostrado los libros de las nuevas asignaturas que va a comenzar a estudiar en la escuela. En un primer momento, aquello parecía un material bueno y razonable. Pero no se trataba —lo vi— de inculcarle una formación académica, sino de estimular su conciencia social.

Cuando los niños se fueron a dormir, me quedé un rato leyendo los libros despacio. Es una ingeniería social de magnitud tremenda, con expertos que dictan cómo tenemos que vivir, pero en el mejor tono del estilo académico: nada que pueda poner nervioso a un padre salvo que uno se acerque mucho y empiece a reflexionar sobre lo que dice de verdad. El contenido mismo es un problema: sexo, orientación sexual, «discernimiento de valores», raza, religión. Lo que me molesta más del tema es que estas son materias que son desde siempre competencia de los padres.

16 de abril

He tenido un encuentro desagradable con la señorita —ella dice sseñorita— Parsons-Sinclair, la directora de la escuela, esta misma tarde. Fui allí para discutir con ella mis pegas sobre los nuevos programas. Un programa alecciona a los niños para que se cuiden muy mucho de que los adultos les toquen, especialmente padres, abuelos, hermanos y tíos. Parece que el mundo rebosa de incesto, si hacemos caso a ese montón de gentes con doctorados en psicología de la educación. Otro programa describe con detalle el acto sexual a niños de siete años, a través de unos diagramas que lo enseñan todo. Perdón, hay cosas que no muestran, por ejemplo la dignidad, la modestia, una cosa que se llama amor, otra cosa que se llama enamorarse.

La señorita P-S fue profesionalmente amable, me trató con diplomacia y replicó a mis objeciones con respuestas perfectamente medidas. Un gran ejercicio de relaciones públicas por su parte. Quedé intrigado al no ver doblez ni astucia en su mirada. Está claro que era una operación de relaciones públicas virtuosa: ella cree en lo que está haciendo.

Se puso nerviosa cuando le expuse las implicaciones de subvertir la autoridad de los padres.

—Subvertir es una palabra un poco fuerte —sugirió.

—Tiene razón —me disculpé—. No quiero decir que sus intenciones sean malas, sino sólo que, tal vez, el comité de dirección de la escuela no es tan sensible como debiera a las responsabilidades propias de los padres.

—Estamos ayudando a los padres —respondió en tono firme.

—¿Y no cree que se debería animar a los padres a cargar con estas responsabilidades? Torció el gesto.

—Creo de verdad que muy pocos padres están lo suficientemente preparados para entender los temas y perspectivas que nosotros queremos inculcar a los estudiantes.

—¿Ustedes? —repliqué con voz pausada.

—Los niños tienen que estar bien informados si quieren afrontar con éxito los retos del mundo moderno.

—Yo creo que es trabajo mío el informar a mis niños. Quiero retirar a Bam y a Ziz de esos programas.

Me miró antes de responder.

—Eso no es habitual. Y debo hacerle ver que sus niños van a ser los únicos en no asistir.

—¿De verdad? —dije, sonriendo beatíficamente—. Los únicos... —y le mantuve la mirada hasta que ella la apartó—. ¿Los únicos? ¿Usted cree?

—Bueno, ahora que lo dice, están los niños de esa familia fundamentalista que hace poco se ha mudado aquí. Y una familia investigada por abuso sexual. Entenderá que no puedo decir sus nombres, sería una quiebra del secreto profesional.

No había que ser un genio para entender su mensaje. Me estaba diciendo: menuda compañía se está buscando.

—Me da igual —le dije—, mis hijos no necesitan esas clases. Ella inclinó su cabeza reflexivamente y, con una entonación de concordia, me dijo:

—Está usted en su derecho. Pero me gustaría pedirle que considerara la posibilidad de estar privando a sus hijos de un recurso muy valioso para su formación.

—Eso es discutible.

—Y, si me lo permite, señor Delaney, usted es un padre soltero. ¿Ha pensado en lo que necesita su hija?

—¿Lo que necesita Zizzy?

—Zöe está en una edad en la que necesita aprender las realidades de la reproducción humana. Ha habido muchos niños perjudicados por tener un conocimiento insuficiente del asunto.

—Mi madre viene a vernos muchas veces —argüí—. Es una mujer muy sabia, y ya ha guiado a la niña en las primeras cosas que debe saber. Yo también respondo a las preguntas de Zizzy. Lo hacemos a nuestro estilo y conforme a nuestros tiempos.

La señorita P-S endureció el gesto.

—Entiendo.

—Espero que entienda, sí —respondí yo. Nos levantamos. Terminada nuestra charla, me acompañó hasta fuera con una cordialidad tan correcta como fría.

Esta mujer tiene un problema. Le diría que fuera a ver a la directora, pero es que la directora es ella.

1 de septiembre

Este año no he ido a la convención anual de la asociación de la prensa. Curioso: no me invitaron a ser el ponente principal. A Pete le escribí hace unos meses pero aún no me ha respondido.

También he escrito unos cuantos editoriales sobre todo lo que conlleva el hecho de que el Gobierno acapare los derechos de los padres. Resultado: alguna cancelación de suscripciones, alguna carta de enfado, una llamada anónima.

Hoy he perdido los nervios en el despacho de la señorita Parsons-Sinclair. Me había acercado

para verla después de saber que los niños que no toman las clases de ingeniería social deben quedarse de pie en el pasillo durante las horas de clase por órdenes de la dirección.

—Eso es un castigo —le dije, convencido y firme.

—No lo es de ninguna de las maneras —hablaba suavemente—. Los niños pueden leer o hacer los deberes durante ese tiempo.

—¿Leer o hacer los deberes estando de pie?

—Bueno, pues se sientan.

—¿En el suelo?

—Pondremos algún pupitre suelto en el pasillo mañana mismo, si insiste.

—Sólo a los rebeldes se les manda al pasillo, y usted lo sabe. Está mandando un mensaje alto y claro: que esto es algo político.

—Es usted quien lo está volviendo político, señor Delaney —contraatacó—. Está usted siendo causa de enfrentamiento.

—¿Yo, causa de enfrentamiento?

—Sí. Usted está generando una preocupación innecesaria entre algunos padres, sobre todo entre los poco informados y fácilmente influenciables. De hecho, usted está dividiendo esta ciudad.

—Oh, sí, seguro... —me reí en su cara.

Ella levantó la voz. Yo también la levanté. Cada uno hizo su previsible alegato. Llegamos a un pacto, finalmente: que los niños van a ir a la biblioteca durante esas clases. Pero esto, sin embargo, no resuelve el problema de los carteles que están por todas partes. Diagramas que muestran cómo es el acto sexual. Hermosas fotografías de parejas que se abrazan: hombre y mujer, hombre y hombre, mujer y mujer, etcétera. Estas parejas aparecen vestidas, pero quién sabe lo que traerá el año que viene, cuando den otro paso adelante. Eché el ojo a algunos de los libros recomendados a los niños: Tina tiene dos mamás y Johnny tiene dos papás, entre otros. También los había de una serie llamada Piel de gallina, que parece consistir en una celebración de lo macabro.

Todo estaba aparatosamente reventado y sucio por las idas y venidas del monstruo. ¿Dónde he leído yo eso?

5 de octubre

Me estoy empezando a poner muy nervioso. Están bajando las suscripciones. Ha habido varias cancelaciones más. Las finanzas no van precisamente boyantes. No he podido pagar el seguro de la redacción de The Echo, y éste es el primer año que pasa. Tendrán que esperar unas semanas hasta que les mande el cheque. Estoy a la espera de un dinero por un artículo que escribí mostrando las inconsistencias de las mitopoéticas de la ecoespiritualidad —mi intento audaz de salir del gueto. Extrañamente, el artículo me lo publicó una revista de izquierdas muy sesuda, Pacific Review.

Le comenté a Woolley mis problemas y se ofreció a dejarme algo de dinero para el seguro y gastos de comida. Lo rechacé. Supongo que por orgullo.

Y, además, todo en la misma semana, se ha roto la junta de culata del coche. Así que al final he

tenido que ir a pedirle un préstamo a Woolley. Ha estado muy amable y yo he tenido que comerme mi maldito ego por una vez. La reparación cuesta mil pavos. Un problema de la vida en la naturaleza es que necesitas vehículos de motor y combustible para vivir la vida rústica. Ay.

8 de diciembre

Estoy intentando hacer algo de escritura creativa. De momento el resultado no es muy impresionante pero podría ser una fuente de ingresos si resulta que soy bueno. Aquí va algo que escribí el domingo, después de ir a patinar con los niños. Sólo es un borrador, el esbozo de una pieza más larga, ya planeada. Podría intentar hacer con ella una narración breve y enviársela a Fénix: Revista trimestral de la nueva literatura canadiense. Es difícil saber si mi nombre manchado y mi mala reputación me permitirían sobrepasar las barreras de la mafia literaria canadiense. Soy un optimista. Título provisional: La caída de Ícaro.

LA CAÍDA DE ÍCARO

¡Oh, qué día más luminoso! El Pantano del Arándano estaba absolutamente congelado. La nieve se había depositado por todo el valle. Zöe y Tyler tenían inmensas ganas de probar sus nuevos patines. Los de ella eran blancos, con el empeine dentado y cordones rosas. Los de Tyler eran negros, de plástico, con cordones de color naranja fluorescente.

El agua no estaría, aun así, lo suficientemente congelada. Les dije que esperaran. Lo primero es la seguridad. Pero es poco profundo, repusieron. Cierto: a través del hielo podía verse el fondo, un panorama de hojas y piedras inmóviles sobre las que deslizarse como dioses hasta el momento en que hay que dejar el trono y bajar a la realidad.

Los niños se agarraron a la trabilla de mi abrigo y comenzaron a deslizarse. Ese otoño, yo estaba construyendo el cobertizo, y el frío me animaba a continuar con mi labor. Estaba, pues, atareado.

Siempre lo estaba. Pero les apetecía tanto sentir la luz del invierno y la ilusión de la velocidad que al final me rendí. No sabían lo que cuesta aprender a volar. El hielo no es más que una finísima membrana sobre el vacío.

Afilé las cuchillas en una piedra de afilar. También las cuchillas de mis viejas botas. Los niños se inclinaron para verlo, sonrientes. Hacían preguntas sólo por el gusto de que se las respondiera yo, maestro entonces del fuego y de la rueda. Importaban poco las respuestas ese día. Los patines, para ellos, no eran juguetes, sino instrumentos que nos iban a liberar como Ícaros en horizontal. Intenté advertirles. Siempre hay un precio. Basta con apartar la vista o con que una ramita sobresalga del hielo para catapultamos directamente hacia el dolor. Les conté sobre mi propia juventud, de cómo mi padre me llevó al pantano cuando yo tenía doce años. Les enseñé la punta de mis botas, cuarteada de tanto como había jugado al hockey con ellas. Les enseñé también la cicatriz que me hizo el tío Jackie cuando patinó, accidentalmente, por encima de mi pie. Era una prueba sólida de que casi nunca conseguimos aquello a lo que aspiramos, de que nunca llegamos a ser los dioses que queremos ser.

¿De qué manera decirles que basta con ser humano?

Pero tomaban su propia humanidad como algo regalado y obvio. Estaba bien que lo hicieran así. Era lo natural. La introspección no debe llenar de nubes el hermoso día de invierno de un niño. Ya al borde del hielo, nos lanzamos a patinar. Iban patinando hacia su futuro con rapidez. Yo

avanzaba lentamente, poniendo atención a esta vieja recopilación de rajaduras. Los huesos viejos son fáciles de romper. Deja que los castores, rápidos y ligeros, sobrevuelen el abismo, me dije.

Durante toda la tarde, hasta que el cielo fue una sombra de azul índigo y la primera estrella brilló en el este, navegamos solitarios, cantando las grandezas naturales como un ladrido de humanidad. Mi Tyler, mi muchacho retozón, iba adquiriendo la forma de un hombre, y yo la forma de un niño. Mi Zöe, cuidándose una mejilla raspada y algún golpe de sus caídas, se contentaba con ir comiendo una naranja congelada. El cristal de hielo brillaba en su boca, y sus carrillos despedían llamas rojas, último reflejo del sol poniente.

Se iba haciendo de noche, y la luna se elevó, alta y fría, sobre las cimas, más arriba de nuestra casa. A cualquiera que mirara, le hubiese parecido una escena de postal navideña, perfecta con su casita de campo al pie del monte y un humo blanco perdiéndose incesantemente por el aire. ¿Había una mamá y una luz dorada del otro lado de las ventanas? No. Nuestra casa padecía la ausencia de la madre y de un hermano al que mis hijos ni siquiera habían llegado a conocer. La casa era una concha vacía. Así que seguimos patinando, y la sugestión temerosa de la noche quedó envuelta en la lana cálida que se iba mojando. Nos quitábamos y nos poníamos las bufandas. Sudábamos bajo nuestras gruesas ropas. La velocidad era un loco abandono: parar y seguir, girar y seguir recto, dejarse ir... Reíamos juntos, volábamos, bajando, bajando con miedo y sin miedo.

Recuerdo los últimos cortes de la cuchilla como una firma sobre el hielo iluminado por la luna. Luego nos acurrucamos en nuestro viejo coche. Sólo se oía el silencio. Mis niños estaban aturdidos de tanta risa. El sueño los tomó como una madre. Ah, hijos míos, hijos míos, tan ciegos y puros.

Vuestra cera se ha derretido y se han caído vuestras plumas. El viejo Dédalo lloraba por ellos sin saber por qué lloraba.

Luego nos dejamos caer en la cama para soñar los sueños profundos que tienen los hombres.

Como tantas veces en mi vida, el sueño me evitó. Quedé mirando a la oscuridad. Aún escuchaba el rasgar de las cuchillas sobre el hielo, la emoción de volar. Lo vi entonces por primera vez. Más tarde, lo olvidé casi todo, y por momentos lo olvidé por completo. Pero siempre volvía el pensamiento: que no prestábamos atención, que éramos la noche, que lo conocíamos todo salvo a nosotros mismos, quedábamos un nombre a todo pero a nosotros no nos dábamos nuestro propio nombre. Vi que esperamos en la oscuridad por la palabra no dicha, la palabra que rompe nuestra sordera. Esperamos la luz, la buscamos en los árboles que arden de verde, en la extensión de aguas que corren sin frontera.

Primer borrador de Ícaro.

Bien, ahí está. Necesita ser cinco veces más largo y también menos poético. Pongo aquí el primer borrador para obedecer las órdenes de Zizzy de reunir «buenos pensamientos». El diario se va llenando: recortes de periódicos, billetes de avión usados, notas de amor de Zizzy y otros recordatorios. Hoy más que nunca era necesario consignar algún buen recuerdo porque Pacific Review me ha devuelto mi ensayo sobre los mitos ecologistas, aun advirtiéndome de que me será pagado. El hecho es muy frustrante porque lo han tenido durante casi un año entero y todavía está por publicarse en donde sea. Me han dado las excusas más desesperadamente vagas por no publicarlo —¡y eso que ya lo habían aceptado!—: «El público lector ya no está interesado en esta

visión del mundo», explica el director. Si las cartas pudiesen tener una mirada esquiva, ésta la tendría. ¿Son cobardes o realistas? Supongo que las dos cosas. ¡Guau, guau! ¡Échate a un lado, Minder!

21 de diciembre

El intento anual de Maya de ser una madre ha llegado en el correo esta mañana: una caja con regalos de Navidad para los niños y tarjetones vagamente artísticos con dibujos babosos. Nada para mí. Ni una palabra. Como siempre, no había remitente en la caja, pero el matasellos decía Vancouver. Intentar localizarla sería como buscar la proverbial aguja en el pajar. Yo haría esfuerzos completamente sinceros para corregir las cosas si ella me dejara. Pero tal vez le guste tanto su nueva vida que no quiere ninguna intrusión de la vieja.

Esta mañana, el abuelo Delaney me ha dado la paga de su pensión, así que podré comprar comida y regalos de Navidad. Más tarde, hoy también, el abuelo Tobac se ha pasado con una caja de pescado ahumado y medio ciervo que me ha ayudado a despiezar y a meter en el congelador. Ambos se han ofrecido a rezar por mí. ¿Por qué será que, teniendo dos abuelos tan religiosos, no he heredado ningún gen suyo?

He llamado a Woolley y le he comentado mis angustias económicas, explicándole que tengo grandes facturas que pagar a la imprenta y a la oficina de correos y ninguna manera de pagarlas. Él ha sido de lo más comprensivo, y me ha dicho que desearía poder ayudarme pero que hace poco había metido todo su dinero en fondos extranjeros. Que se sentía muy mal por no poder venir al rescate. Le creo.

Por alguna extraña razón, comenzó de pronto a imitar al pato Donald. Era tan raro, absurdo e inesperado que sólo pude reírme a carcajadas. Luego siguió con una imitación perfecta de John Wayne, diciéndome que ser un periodista fanático era un trabajo duro pero que alguien tenía que hacerlo. Supongo que lo que pretendía con estas tretas cómicas era poner mis problemas en perspectiva.

Al final de la conversación, Woolley volvió a su tono habitual y dijo, con toda sobriedad, que trataría de ayudarme pero que, de momento, sólo podía darme algún consejo médico.

—Muy bien. Soy todo oídos.

—Intenta no hundirte porque no va a durar para siempre. Ven a casa la semana que viene a jugar al ajedrez. Te dejaré ganarme. Léete una novela de espías. Bebe más alcohol.

—Gracias, pero no puedo tolerar el alcohol ya. Algo tiene que haberle pasado a mi metabolismo: una botella de cerveza, y mi cerebro empieza a gotear. Y, peor aún, ahora voy a esconderme al porche. Los niños me dicen que hago ruidos en sueños y que muevo las patas nerviosamente.

—Bienvenido a Traumalandia, señor director.

—No sabía que la paranoia pudiese ser tan divertida. —Siempre con moderación —concluyó. Buen tipo, Woolley. Es un excéntrico pero está ahí cuando le necesitas. Un amigo de verdad.

23 de julio

El abuelo Delaney ha muerto mientras dormía. Se ha ido con paz, en medio de la noche, por la edad. Duele incluso el hecho de escribir sobre ello.

28 de julio

Dos días después del funeral, me han impuesto una multa de cinco mil dólares por «incitación al odio». Se refieren a mi editorial sobre la eutanasia, claro. No puedo pagar esa suma. He apelado. He hablado con un buen abogado de Vancouver, que se ofrece a llevarlo gratis. Cree que el Gobierno está dando algunos pasos preliminares de cara a la suspensión de los derechos básicos. Según él, es altamente improbable que esto se materialice pero, de ser ésos los planes, él quiere actuar pronto y mandar así un mensaje al gobierno de Ottawa.

Mis economías van a peor. Ningún periódico de importancia acepta mis artículos. Mis ganancias son microscópicas. El día antes de morir, el abuelo me otorgó un cheque de 1600 dólares, que era lo que tenía en su cuenta. El cheque me llegó por correo la mañana después de su muerte. Junto al cheque había una nota:

Para mi querido nieto.

Un regalo.

Con el amor y las oraciones de tu abuelo.

Quizás había tenido la premonición de que le quedaba poco tiempo. O quería ahorrarme pasar por un apuro. El dinero debiera valernos para pasar unos meses. Gracias al Cielo, no tenemos hipoteca y los impuestos de los terrenos están pagados. Ahora llevamos una vida más sencilla. Los niños se quejaron un poco al principio pero ahora parecen estar ajustándose bien.

No estoy tan seguro sobre su padre, sin embargo. He estado luchando contra el insomnio desde hace meses. Inicios de depresión. Woolley me sugirió el Prozac, cosa muy, muy curiosa, pues él no es de los que creen en la medicación fácil. Lo rechacé. No creo estar tan mal todavía. Pero me he dado cuenta de que alguna vez las manos me tiemblan. Y me ocurre otra cosa más. He comenzado a llorar. No me pasaba desde la infancia. Es un poco sonrojante, pues aunque intento contener el llanto hasta que ya es tarde y los niños están en la cama, yo creo que me oyen. La muerte del abuelo ha desatado algo. Quizás un miedo primitivo a la soledad. Quizás algo del ego masculino, el miedo al fracaso. Demonio, si ya soy un fracaso, no sé a qué tanto alboroto.

12 de septiembre

Pésimas noticias. Yo sabía que estaba al llegar, era una intuición que tenía hace días, como cuando se forma una tormenta. Cuando vi aparecer el coche del cabo de la Policía Montada, ya sabía lo que estaba pasando antes de que me dijera nada. Se llama McConnell y es un buen tipo. Le invité a pasar, y tomando café me dijo que alguien había entrado en las oficinas de The Echo, destrozando buena parte de las instalaciones. Fui con él a la ciudad a evaluar los daños.

Al principio parecía sólo cosa de ladrones y de vándalos. McConnell pensaba que sería un asunto de adolescentes con problemas de drogas, que se habrían llevado los ordenadores porque hay un buen mercado negro para revender el hardware.

Pero luego empecé a ver que la destrucción parecía curiosamente selectiva y rigurosa. Los aparatos de offset y todo el equipo necesario para la producción del periódico son imposibles de reparar (sólo se han olvidado de destrozarse una antigua prensa de mano que guardo en el almacén). Lo peor de todo: todos mis datos, mis ficheros, estaban en el disco duro de mi ordenador. Mis

copias de seguridad también faltan. Y los discos duros de seguridad. Por culpa de mi estado reciente de disipación, había olvidado traerme a casa mis discos. He perdido la lista de los suscriptores. El desastre es total.

Y además estoy sin seguro. Es el final del periódico, a menos de que pueda mandar un SOS y que algunos benefactores echen una mano. El lunes veré si puedo recordar algunos nombres y direcciones. Aún tengo contactos, gente que cree en lo que hago. Tal vez quieran prestarme algo para comenzar.

Bam y Ziz estaban consternados y furiosos por lo acontecido. Me ha llevado un tiempo largo calmarlos y acostarlos. Estoy más confuso que otra cosa. Nada me parece del todo real.

Ziz rompió sin querer una taza al lavar los platos después de cenar. Se me dispararon los nervios y comencé a gritarle. Nunca había hecho eso. Se puso a llorar. Luego nos abrazamos y lo recompusimos todo.

Tengo que pensar sobre mi vida seriamente. No puedo seguir así.

Tengo sueños raros. Serpientes, osos, dragones, y un ciervo blanco. Supongo que es simbólico. Cosas del inconsciente. Woolley dice que es la manera que tiene el alma de exteriorizar el miedo que lleva dentro.

DOS

18 de enero, por la tarde

Éste debe de ser el día más raro de mi vida. Estamos en la cabaña del abuelo, intentando averiguar lo que ha pasado. Todo comenzó esta mañana.

El teléfono empezó a sonar tras el desayuno. Me estaba volviendo loco. No había podido dormir mucho por la noche y estaba de mal humor. A mi corazón también le pasaba algo extraño: arritmias.

Hasta aquí, no era nada muy distinto a como ha sido cualquier otra mañana de estos últimos meses. Ya entonces, las cartas insultantes y las llamadas anónimas eran parte habitual de mi vida. Mañana y media mañana, tarde y noche con acosadores, ideópatas, vecinos entrometidos. ¿Por qué se enfada tanto esta gente? ¿Porque escribo críticas tan amargas sobre su mundo maravilloso? Hey, que el periodismo es democrático, ¿no? No tenían que comprar mi producto, pero es que lo han cerrado. Así que, ¿para quién se supone que soy una amenaza?

El teléfono volvió a sonar tras la comida. Me caí del sofá y me encontré tumbado medio dormido sobre la alfombrilla del cuarto de estar. Busqué aliento y mi corazón latió salvajemente.

Perfecto, me dije a mí mismo, lo único que me falta ya es un ataque al corazón para que todo sea perfecto. Woolley me dijo que aprendiera a relajarme. ¡Calma, chico, calma!

Otra vez, la serpiente y el ciervo blanco. Tranquilízate, sólo era una pesadilla. Afloja el pensamiento. Comienza a flotar.

El timbre sonaba al otro extremo de la casa. Di tumbos por el pasillo oscuro, busqué en la mesa y por fin cogí el aparato.

—¡Aaaahhh... Kriga-Bundolo! [Kriga-Bundolo es el grito de guerra de Tarzán antes de enfrentarse con algún animal de la selva.] —grité—. Acaba de llamar al despacho del Horno sapiens complicatus.

—¿Eh? Ah, señor Delaney, hola, soy Tracy, de la droguería. Ya están reveladas las fotos que dejó.

—Muchas gracias, Tracy. Las recojo esta tarde.

—Muy bien. Ah, el chico de la venta por catálogo me dice que le diga que los calcetines de deporte de Tyler ya han llegado. ¿Se los va a querer llevar hoy?

—Sí.

—Serán doce dólares con noventa y cinco, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego. Clic. Clic.

Un ruido curioso, pensé. Habrá algún problema en la línea. Volví al sofá y estaba de nuevo en un estado de semiconsciencia cuando el teléfono volvió a sonar.

Era una mujer. A mí me gustan las mujeres. Me informó, con una voz dulce y sincera, de que era de ascendencia canadiense aborigen, una poetisa físicamente discapacitada, estudiante de universidad. Llamaba de parte de una organización de Lesbianas para el Progreso de las Artes. Decidí de inmediato huir del asunto, por instinto: le dije la verdad, que yo era un heterosexual de mediana edad con tendencias depresivas, padre soltero, medio alcohólico, económicamente insolvente, al borde de la bancarrota emocional y financiera. Como medida de seguridad, le dije que yo también tenía raíces aborígenes. Eso ayudó. Me dijo que se hacía cargo.

—Cuídate, hermano.

—Tú también, hermana.

Clic. Clic.

Me arrastré quejosamente de nuevo hacia el sofá y noté que mi corazón ya latía más despacio aunque no con menos angustia. Me estaba preocupando sobre los calcetines de Tyler, pues no sabía si el cheque con que iba a pagarlos tendría fondos. Era posible que se nos hubiesen acabado la semana anterior. Y, desde que se unió al equipo de atletismo, Tyler gasta calcetines como quien come cacahuets. Y come como un rinoceronte... Estaba triste, cansado. Sentí ganas de llorar.

En ese momento, el teléfono decidió sonar de nuevo.

—¡Será posible que no me dejen en paz! —me lamenté. Totalmente destemplado, ladré por el aparato:

—¡Mire, quienquiera que sea, espero que sea urgente!

—¿Señor Delaney?

—¡Sí!

—Le llamo de la consulta del doctor Woolley. Siento molestarle, pero es que el doctor me ha dicho que tal vez tenga que cancelar su partida de ajedrez de hoy. Tiene que intervenir de urgencia esta noche en McBride y acaba de marcharse. Me ha dicho que, si todo va bien, la partida se mantiene.

—Gracias. ¿Le puede decir, entonces, que me llame?

—Claro que sí. Y perdone la molestia.

—No, no ha sido ninguna molestia. Soy uno de sus pacientes y siempre me encuentro muy inestable. Grito mucho. Perdone mis modales.

Ella me contestó con gravedad extrema:

—Sé que usted no es uno de sus pacientes. Sé quién es usted.

—Oh, oh. Pues aún peor.

—Usted es uno de sus amigos.

—Como le he dicho, aún peor de lo que usted pensaba. Añadió, compasivamente:

—No se preocupe. Todos tenemos días malos.

—Tengo un mal año. Una mala década. Una mala...

—Bien. Bueno, muchas gracias. Le daré su mensaje. Adiós. Clic. Clic.

Ah, qué manera tan delicada de terminar esas llamadas que en cualquier momento parecen ponerse obsesivas... Sabía exactamente lo que ella debía de pensar de mí. Hipocóndrico y

paranoico: una pésima combinación.

Me quedé dormido por media hora, antes de que sonara otra vez. Venían a por mí como un bombardeo.

Imitando a un contestador automático, dije:

—Hola, ha llamado al Hogar de la Paz. Si desea hablar con uno de nuestros consultores, por favor pulse uno. Si desea hablar con uno de nuestros guías espirituales, por favor pulse dos. Si desea hacer una donación a nuestra fundación, por favor manténgase a la espera y uno de nuestros asesores financieros atenderá su llamada. Si desea dejar un mensaje de voz, por favor pulse tres y deje su mensaje tras la palabra «Paz»...

—Paz, amigo mío. Oye, dime algo.

—Woolley, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. Felicidades por el mensaje grabado. Muy creativo. Parecías un contestador.

—Gracias.

-

Vita artem imitatur. La vida imita al arte. Ha sido brillante.

—Da igual. No me digas que te has ido al hospital de McBride a hacer una cirugía cerebral y que has vuelto en una hora.

—Falsa alarma. Era una apendicitis y al final no ha sido más que un dolor de tripa. El nieto de la señora Zosky, Ryan, ya sabes, ese niño infernal, había comido demasiadas galletas.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde el coche. Estoy volviendo a Swiftcreek.

—¿Todavía quieres que te machaque esta noche?

—Oh, oh... vamos fuertes de confianza, ¿eh, don Presuntuoso?

—Has perdido tres partidas este año, Woolley. ¿Quién es el presuntuoso?

—Porque mi atención se desvió por puro aburrimiento, eso es todo —me dijo, en su mejor imitación de acento escocés—. Simplemente aprovechaste una debilidad momentánea.

—Intentaré ponértelo más interesante, entonces.

—¿Tienes bourbon? A mí sólo me queda brandy en casa.

—Sí, llevaré un poco. Tengo media botella que he estado guardando para la Gran Depresión.

—La crisis fue hace mucho, amigo mío —dijo Woolley—. Bebámosla. Suspiró.

—Suenas cansado.

—Ha sido una semana muy larga.

Parecía exhausto, tan cansado en ese momento como yo lo estoy siempre.

—¿Estás seguro de que te apetece una partida esta noche? ¿Por qué no descansas, mejor?

—Necesito distraerme —me dijo.

—La radio dice que está viniendo una tormenta.

—Tienes un todoterreno. No dejes que un poco de nieve nos dé el jaque mate.

—Muy bien. No sabía que eso significara tanto para ti.

—No te pongas sentimental. Me lo paso bien cuando nos vemos. Además, ¿a quién tengo para hablar que no sea al decrepito director de un periodicocho antediluviano?

—Ah, ¿y qué otra persona querría estar contigo?

—Eres tan tolerante...

—Y tú tan sensible... no sé qué haría sin alguien como tú.

—Te darías a la bebida.

—Ya me he dado... ¿y qué harías tú, compañero?

—Oh, bueno, me entretendría salvando a la humanidad.

—Oye, qué bien suena... no sé, me da cosa malgastar tu tiempo.

—Era broma, era broma... incluso los genios como yo necesitamos malgastar un poco de tiempo. Engrasa el cerebro.

—Me alegra serte tan útil.

—A mí también me alegra —me dijo, con voz de Drácula. Y colgó con una risotada de monstruo.

Qué buen tipo es Woolley. El último amigo que me queda. Está casi tan mal de la cabeza como yo. Es buenísimo imitando voces, acentos.

Llamé a su casa y me saltó el contestador. ¡Perfecto!

—Hola —dije lloroso a la máquina—. Soy Nathaniel Delaney. Mira, no voy a poder ir a la partida de ajedrez esta noche. Estoy verdaderamente deprimido. No me siento nada bien. Tengo pensamientos suicidas.

Cogí de la mesa la pistola de aire comprimido de Tyler. Llevaba semanas planeándolo.

—Necesito hablar contigo —lloré—. Necesito hablar con alguien, con quien sea. Y todo lo que consigo es un contestador automático. He dejado mensajes aquí y allá, desde hace días, y nadie me devuelve las llamadas. ¡Por favor, ayúdame, por favor! ¡Por favor!

Para un mayor efecto, dejé tres segundos de pausa. Luego disparé la pistola, cargada de aire, al lado del aparato. Hice un ruido como de gargarismo y colgué.

Me volví a tumbar en el sillón, riéndome histéricamente. Era demasiado divertido, demasiado perfecto. Sé que era algo completamente loco. Loco, loco, loco, loquísimo: un humor tan negro que Woolley nunca iba a poderlo superar.

Todavía me estaba riendo cuando el teléfono sonó otra vez.

—Si dices mi nombre, colgaré de inmediato —dijo una voz que sonaba extrañamente fina y metálica, como a través de un filtro.

—¡Oooh, qué misterioso! —reí.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar.

—¡Oooh, qué misterioso y alarmante!

—Escúchame.

—Muy bueno, Woolley. Nunca me habías puesto esta voz. ¡El soprano Darth Vader!

Esperé su respuesta, pero no llegaba. Su silencio era un toque de dramatismo genial. Es muy bueno en estas cosas.

—¿Woolley, eres tú?

—Pues yo, un niño de lengua todavía adormecida...

Había algo así como una vieja tristeza en la voz. Esa frase me sonaba porque mi abuela me la había enseñado cuando apenas había aprendido a leer. Empecé a hacer asociaciones en mi cabeza y a sospechar que no me hablaba Woolley.

—Hay muy poco tiempo —dijo la voz.

—¿Quién eres? No respondió.

Paulatinamente, un sentimiento sutil y extraño me llegaba a través de las ondas telefónicas, haciéndome temblar.

—Dime quién eres —dije—, o cuelgo el teléfono. Pausa.

—Tiempo atrás nos conocíamos —dijo la voz.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Cuando eras un niño. Con la piragua.

De pronto supe quién era. Mi instinto de periodista me llevó a obedecerle. No dije su nombre. Si él tenía una buena razón para no desvelarlo, ¿quién era yo para cuestionar esto?

—Escúchame con atención —siguió—. Tienes la línea pinchada, pero les llevará un minuto al menos saber desde dónde te llamo. Estoy en una cabina. Te volveré a llamar cuando encuentre otra línea. Ahora voy a colgar.

Se oyó el ruido de colgar, pero la línea no empezó a comunicar de inmediato. Luego hubo otro clic y el sonido normal de la línea.

Ahora estaba del todo consciente, con un sentimiento creciente de aprensión. Este tipo misterioso era nada menos que un alto cargo de la nueva agencia de seguridad estatal. La OSI, la llaman, seguridad interior o algo así. El nombre del tipo es Maurice L'Oraison. Su nombre ya no aparecía en los periódicos, lo cual sólo quería decir que ya era alguien muy importante. Era al menos viceministro de rango. Había nacido en nuestro pueblo y había asistido a las clases de mi abuela, donde se aprendió de memoria el poema que ella había enseñado a tres generaciones de niños. Se fue de Swiftcreek muy joven, se hizo abogado y ascendió rápidamente por las escalas del poder.

Sentí una oleada de rabia hacia él. Era su departamento el que me había rematado un año antes. Con las nuevas leyes, un tribunal me acusó de «incitación al odio» por mis artículos. Se me impusieron multas. No pude pagarlas. Apelé y perdí. Algún benefactor se ofreció a ayudar con los fondos suficientes como para mantener el periódico en pie durante unos meses, mientras yo esparcía mis criminosas ideas sobre responsabilidad personal en una sociedad justa. A continuación, el sistema estatal de correos rechazó los paquetes que enviaba The Echo, de modo que tuve que mandarlos por mensajería a amigos de confianza en distintas ciudades: gente que apoyaba la distribución de una publicación ilegal como la mía. Fue ahí donde aprendí que todavía quedaba algo de valentía en nuestra tierra. El número de nuestras suscripciones nunca había sido muy grande, pero muchos de los lectores eran alguien en el mundo de la cultura o la política, o en lo que quedara de ese mundo. En un momento dado, una cantante de ópera muy diva y un viejo inconformista que casualmente era senador federal, contribuyeron a la venta puerta a puerta del último número de The Echo. Recibí tantas llamadas felicitándome por la calidad de nuestra disidencia que caí en un falso sentido de inmunidad.

Luego fue cuando los matones entraron a destruir todo mi equipo de edición. ¿Quién lo hizo? Nunca lo sabremos, pero estoy convencido de que no eran unos vándalos bajo la influencia de las drogas. Eran agentes políticos. Seguramente gente de la OSI o de alguna otra agencia del Ministerio de Justicia. Buenos chicos, estos funcionarios. Por supuesto, el Gobierno insistió ad nauseam en que las nuevas leyes estaban diseñadas precisamente para eliminar este tipo de violencia. Aun así, toda discrepancia quedaba ahora sumergida bajo la superficie de la cultura artificial. La prensa del país canturreaba el mantra: «Paz, paz, paz». Cierto, había sido un mal

siglo, todo el mundo buscaba la paz, también yo mismo. Pero yo había apuntado a una paz falsa, a un orden social marcado por la erosión de los derechos humanos fundamentales. Tan sólo repetía palabras muy manidas, muy viejas, pero justo las palabras que han venido construyendo las sociedades sanas. Ya muy poca gente quería oír hablar de esto. Es obvio que alguien se dio cuenta del problema. Yo tenía que haber sabido que mis artículos sobre el nuevo orden mundial iban a tocar un área muy sensible.

Me senté a la mesa de la cocina y miré por la ventana al bosque sobre la montaña. Estaba muy cansado. Ayer mismo, los niños oyeron cosas raras en la ruta del colegio. Algo más que la burla habitual sobre su padre delincuente. Alguien le dio un puñetazo a Bam, y otro escupió a Zizzy a la cara. Al principio me llené de rabia, porque sé que esos niños lo habían aprendido de sus padres, mis educadísimos vecinos. Del enfado pasé a la amargura, luego un miedo profundo se apoderó de mi alma. Esta mañana me planteé si llevarlos o no la escuela, pero estaban animados y llenos de valor, y pensé que era una lección que debían aprender ya: en esta vida no puedes comenzar a huir, o nunca dejarás de hacerlo.

Antes de la primera llamada de teléfono había estado intentando volver a dormir, y había soñado otra vez mi sueño de dragones, serpientes, osos y ciervo blanco: un mundo en caos, con legiones de hombres grises y mujeres grises intentando poner orden. En un tono muy medido, nos aseguraban que, matando a todos los niños y ancianos «disfuncionales», todo volvería a estar en paz. Yo discutía con ellos pero nada cambiaba. Estaban absolutamente convencidos de que así iban a salvar a la humanidad. Cuanto más discutía, más amables eran ellos, pero era una buena educación fingida, una argucia profesional para mantenernos a raya hasta que llegara el oso-leopardo-dragón. Cuando finalmente llegó, yo ya sabía desde siempre que llegaría. Pero no había previsto la aparición del ciervo, que se interponía entre la bestia y yo. Un sueño que quedó incompleto.

Todavía estaba exhausto, intentando despertarme, frotándome la cara. Quedaba un poco de café de verdad en la cocina. Un admirador lo había mandado. Me tomé una taza. Luego otra. Un adicto, como todos los periodistas.

Pero, ¿qué le había pasado a Maurice para que me hiciera una llamada políticamente tan comprometida? Está claro que no quería que sus colegas supieran nada. ¿Qué se estaba cociendo por los pasillos de la capital?

Sonó el teléfono. No dije nada; sólo escuchaba el ruido del tráfico a través del teléfono. Me llamaba desde la capital, donde caía la noche, tres husos horarios más allá. Aquí eran las dos de la tarde.

—¿Sabes quién soy? —hablaba lenta y cuidadosamente.

—Sí.

—Bien. No tenemos mucho tiempo. Van a actuar de inmediato cuando te diga lo que te tengo que decir. Están escuchando esto ahora o al menos alguien va a oír esta grabación de aquí a una hora. Entonces irán a buscarte.

—Déjate de misterios. Dime qué está pasando.

—Debes comprender que no he podido disuadirles. Durante treinta años he estado con ellos porque pensé que iban a hacer un mundo mejor. Pero parece que van a ir demasiado lejos.

—Entonces, ¿por qué les ayudas?

—Me he implicado demasiado como para poder salirme. Además... a pesar de todo lo que he

hecho, todavía hay una oportunidad de que pueda demorar un poco el proceso. No mucho, ya te imaginas.

—¿Qué quieres decir con que no puedes salirte? Todo el mundo puede despedirse del trabajo. A esta frase siguieron varios segundos de silencio.

—No entiendes nada. Escucha. Estoy gastando un tiempo precioso al discutir esto. Los dos estamos en peligro ahora mismo, pero por distintas razones. Te volveré a llamar.

Clic. Luego, otro clic. Luego el tono habitual: posiblemente, un grabador automático que un anónimo funcionario estaba chequeando en algún lugar de una ciudad remota.

Me volvió a llamar un cuarto de hora más tarde. Para entonces yo me había dado una ducha caliente y me había tomado otra taza de café, y mi sentido de la realidad se convertía en la confusión de cada tarde. Curiosamente, ya no me sentía deprimido. Había tenido demasiado tiempo vacío en los últimos meses, y me parecía que un misterio de verdad podría darle algún escape al hecho de que mi imaginación se convirtiera en un gueto.

Había un ruido de restaurante de fondo, con una cantante y un sonido apagado de conversaciones. Un piano. El tintineo de las copas. El bip-bip de una caja registradora.

—Debes comprender que la decisión final no era mía. La toman instancias más altas. Tu nombre y el de otros dos directores de periódico, y el de una página web, llegaron hasta una reunión del Consejo Privado. Vais a ser mantenidos bajo custodia por el bien de...

—¿Arrestados? ¿Con qué cargos?

—Sin cargos. No hay necesidad de cargo ni habrá fianzas. No habrá un juicio. Es permanente.

Di vueltas y vueltas a la palabra en mi cerebro. ¿Permanente? Todavía daba vueltas cuando oí de nuevo el doble clic.

—¿Qué quieres decir con que es permanente? —pregunté con calma cuando volvió a llamar.

—No hay cobertura jurídica para evitar que desaparezcas indefinidamente en algún campo de internamiento de civiles o cualquier laberinto subterráneo. Quieren saberlo todo. Y hay medios científicos para saberlo todo. Ahora los estamos usando.

¿Ellos, nosotros? ¿De qué habla este tipo? ¿Qué sé yo que ellos no sepan?

—Esto es rigurosamente cierto. Dentro de veinticuatro horas, tú y tus hijos dejaréis de ser ciudadanos. Para todo propósito, simplemente habréis dejado de existir, aunque quizá por mucho tiempo sigáis vivos. Vas a ver que éste es el mayor de los males posibles, créeme.

—¿Y qué pasa con mi mujer?

—Tu mujer te dejó hace ocho años. Es el tipo de persona que simpatiza completamente con nuestra posición aun sin saber de ella. No nos interesa en absoluto.

—¿Y con mi hijo Arrow?

—Era demasiado joven como para ser contaminado con tu ideología. No nos interesa en absoluto.

—¿Dónde están ellos? —no pude ocultar la intensidad de mi tono.

—No te alarmes. Llevan una vida perfectamente normal según los parámetros de la contracultura, te lo aseguro —aquí, la voz de Maurice se hizo irónica—. Ella piensa que es una revolucionaria. Vive con el niño en una comuna rural junto a la costa. Cree vivir de modo absolutamente anónimo. Como ves, lo sabemos todo.

Clic. Clic. Y luego el tono.

Me llamó de nuevo diez minutos más tarde. Grité directamente por el aparato:

—¡No lo sabéis todo, demonios! Si lo supierais todo, no necesitaríais aplicar vuestros métodos.

—Esto nos está llevando ya demasiado tiempo. Tan sólo te llamaba para darte la información. Si quieres permanecer en libertad, te recomiendo que te vayas a un lugar seguro de aquí a una hora, y que te lleves a los niños contigo.

—Mira, esto no puedo creérmelo: si pueden grabar esta llamada, ¿cómo no pueden saber que eres tú quien la hace?

—Uso un dispositivo electrónico de camuflaje de voz que confunde las voces. El monitor todavía graba todo lo que decimos, sin embargo, y por eso no quiero que se pronuncie mi nombre. Solamente van a saber que, en las veinticuatro horas inmediatamente anteriores a que vinieran para llevarte en custodia, alguien te hizo una serie de llamadas breves. El problema es que, si te arrestan y te aplican sus métodos, seguramente yo también pase a ser un no-ciudadano.

—¿Si me arrestan?

—Sería lo peor que pudiera pasarte. Para conservar mi trabajo, me vería obligado a silenciarte antes de que me traicionaras.

—¿A silenciarme? ¿Qué demonios quieres decir? Silencio.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás?

—Sólo soy un hombre que está intentando salvar tu vida y la vida de tus hijos.

—Pero, ¿para qué? Tú y tus amigos estáis intentando destruir todo lo que hace que vivir la vida merezca la pena.

—Yo no empecé así —dijo, tras una pausa.

—Pero respóndeme, dime por qué. ¿Por qué quieres dejar suelto a un virus en tu sistema? Yo destruiré vuestro programa si puedo.

—No podrás.

—Te aseguro que voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

—Para responder a tu pregunta: quiero saber si tú tienes razón o la tenemos nosotros. Es un problema que me interesa. Y no va a haber manera de comprobarlo justamente si eliminamos toda discrepancia.

—Yo pensaba que trabajabas para ellos. ¿Por qué me dices todo esto?

—Es un problema que me interesa.

—Exactamente, ¿qué problema?

—La relación entre libertad individual y orden social.

—Oh, es muy noble por tu parte. Estoy impresionado por tu sentido moral. Sin hacer caso a mi tono de desprecio, continuó.

—Ese problema por sí solo no me hubiera impulsado a intentar salvarte. Hay otras cuestiones. Tu abuela plantó una duda en mí que aún no he podido resolver. No es algo que pueda discutir ahora, pero sí te diré que hay una posibilidad de que nos estemos equivocando, de modo que quiero dejar una semilla de alternativa para el futuro. Tu abuela es la responsable de este indulto. Ella está muerta. Su nieto puede ayudar. Puedes aceptar mi ayuda, o puedes rechazarla. Pero te lo digo ahora con toda la certeza: si no te vas ahora, habrás dejado de existir.

Clic. Clic. Y luego el tono. Me quedé pegado al aparato.

Espera, espera un momento, me dije a mí mismo. ¡Este tiene que ser Woolley!

Quizás fuera su broma más elaborada. Y la merecía, después de mi bromazo fingiendo un suicido esa misma tarde. Sopesé esta posibilidad durante medio minuto. Incluso me reí, o reprimí un impulso de risa. Pero luego me di cuenta de que no podía haber pergeñado todo esto en unos pocos minutos. Es listo, pero no tan listo. Y, además, estaba convencido de que no sabía nada del poema que nos enseñaba la abuela.

Esto que pasaba, ¿era realidad?

Sentí una acometida de rabia. Vamos, Maurice, ¿a qué estás jugando? ¿Qué eres tú? ¿Una especie de topo virtuoso en una organización tiránica? ¿O una mala persona que se arrepiente?

El asunto era como una esquizofrenia. Primero me dice que él trabaja para destruir todo aquello en lo que creo, pero que quiere salvarme. Luego viene a decir que tal vez tendría que hacer algo drástico en mi contra si me cogen, pero que quizá lo que yo definiendo sea la verdad, así que quiere darme una oportunidad. Una pequeña oportunidad, ojo. ¿Qué le pasa a este tipo? Quizá sea un enfermo, alguien con doble personalidad.

El escéptico que hay en mí encontraba todavía más objeciones. Habían asumido mucho poder en los meses anteriores, pero no podían ir tan lejos. Todavía había conciencia en la nación. Todavía había un sistema legal. La gente creía en la libertad y en la ley. Pese a esto, por mi mente cruzó un momento esa vieja fotografía de los jueces del Tribunal Supremo de Alemania, saludando a Hitler con el brazo alzado. Era un país civilizado, antes de que las cosas fueran mal.

Quizá Maurice no estaba tan loco. Ésta podría ser una manera indirecta de hacerme huir. Se me da un buen susto y así se termina con la oposición sin necesidad de esposarme. Es un planteamiento a la altura de su astucia.

Me convencí de que ésa era la situación real. Comencé a pensar en una edición nueva de The Echo. Decidí rescatar la vieja prensa de la abuela, en el almacén de la redacción. Los que forzaron la entrada se olvidaron de acabar con ella. Y así haría un número que les desvelaría por completo y levantaría al pueblo... ¡ya era hora de mostrar sus engaños! En los últimos tiempos, había pensado en cambiar de casa y mudarme a la ciudad; quizás encontrando algún trabajo de escalafón bajo en un diario de Vancouver y enterrándome en el fondo del sistema para vivir en el anonimato un tiempo. Pero casi siempre he rechazado este tipo de trucos, por ser escapistas y cobardes.

Aquella misma mañana les había dicho a Bam y a Zizzy:

—Niños, no podéis esconderos de los problemas. Si comenzáis a huir, nunca dejaréis de hacerlo. Me levanté del sofá, me acerqué a la ventana y contemplé el valle. Una tormenta, un frente llegado del norte, se iba incubando sobre el pico de la montaña Canoe.

Me senté a la mesa de la cocina y bebí dos tazas más de café fuerte. Encendí mi pipa, aspiré, tosí. Y luego me tomé otra taza más.

Ya eran las tres y diez de la tarde y no quería que Bam y Zizzy volvieran a tener problemas en la ruta. Vamos a dejar que las cosas se enfríen un poco, pensé. Así que decidí ir al pueblo a recogerlos con el coche.

Mientras me ponía el abrigo en la cocina, me quedé mirando al guiso de venado que se estaba haciendo en el fogón de leña. Los niños lo comen mucho —no soy un chef muy imaginativo. ¡A olvidarse, pensé, del guiso de venado! Cogemos una pizza congelada en el supermercado y un vídeo en Pino's Videoflix. Creo que todavía nos fían en ambos sitios. Haré palomitas... Será una

noche divertida en la casa del terror. Son unos chicos estupendos pero no es fácil vivir con un padre que bordea la locura.

La tarde estaba muy gris. La tormenta iba llegando. Comenzaba a nevar. Al principio, el coche no arrancaba. Activé el dispositivo de las cuatro ruedas y me dejé caer calle abajo, metí primera y arrancó. Había que ir con cuidado porque la carretera estaba sin asfaltar. Por la radio sonaba música country. Un vaquero, con toda desesperanza y abandono, se quejaba: «Y todo eso ya no importa...», pero no explicaba qué era «todo eso». Claro que quién no sabrá que se refiere al amor...

Conduje lentamente y no llegué demasiado pronto a la escuela; los niños se subían ya a la ruta. Pero Bam y Zizzy no aparecían por ninguna parte. El conductor no sabía dónde estaban. Pregunté a otros niños, pero se encogieron de hombros. Uno de ellos me dijo que había visto a Bam hablando con la señorita Parsons-Sinclair.

Dejé el todoterreno parado en la calle y entré en la escuela. Avanzando rápido por la entrada, por poco no veo a Bill, el conserje. Me miró con la mirada más rara con que nadie nunca me ha mirado. Hombre generalmente muy callado, me agarró por la solapa y comenzó a hablarme al oído.

—No puedo creerlo, señor Delaney. Y nunca me lo voy a creer. Usted es un buen hombre, y yo sé que nunca jamás le haría eso a sus niños. Ni a los niños de nadie.

—Bill, ¿de qué me estás hablando?

—Me han dicho que avise si le veo venir, pero ha aparecido de pronto, así que no le he visto, ¿vale?

—Bueno, vale.

Bill habla de una manera muy extraña. No es su lengua materna, sino una especie de lenguaje que se ha hecho tras treinta años como bedel, y que creo que le vale para protegerse. Es su manera de aparecer como alguien que no cuenta a los ojos de los demás. Así tiene libertad para leer y para pensar. Sé perfectamente que es un hombre inteligente, pues una vez le cogí leyendo una novela de Dickens en el cuarto de la caldera cuando yo estaba en primaria. Y en tiempos más recientes le he visto con la Utopía de Tomás Moro y con algo de Solzhenitsyn. Siempre le da muchísima vergüenza que lo encuentren así, no ya por estar leyendo en horario de trabajo sino porque se le quita la careta. Creo que Bill es el único hombre formado y educado que hay en el pueblo. Pero él sigue interpretando su papel en toda circunstancia, y también me atribuye a mí un papel: el del joven «maestro» que ha ido mucho más alto de lo que el viejo Bill puede entender. Así que yo finjo adoptar una pose democrática, permitiéndome la máscara de igualdad condescendiente que tienen los que son socialmente superiores, cuando en realidad él es superior a mí. Él lo sabe y yo lo sé, pero por razones muy complicadas, hace mucho que acordamos dejar las cosas como están.

La oficina de la directora queda a la izquierda, más allá de la entrada. Bill señaló en esa dirección. Había una luz tras la gran ventana de cristal que oculta la recepción. Llamé por el postigo.

La secretaria llegó y pasó su mirada sobre mí. Su mirada era muy distinta de la del bedel. La analicé y detecté en ella elementos de miedo y de control. Esos ojos me despreciaban. Nunca se había comportado así conmigo. Hasta entonces, había sido bastante simpática. Yo era el padre de

dos de los mejores alumnos de la escuela, un descendiente de los fundadores del pueblo. El señor director del periódico, y esas cosas. La basurilla habitual. Era bonito ser respetado.

—Hola, Marty. ¿Has visto a Bam y a Zizzy? La carretera está mal, así que me los voy a llevar yo a casa.

Su cara era un muro de hielo. Un «no» apenas sofocado, y luego una mirada a los papeles en los que estaba trabajando.

Me quedé mirándola. ¿Qué? ¿Ni un mínimo interés, ni preocupación, ni indicación a un padre preocupado? Esto era muy, muy curioso, como diría Alicia.

Luego se oyó la voz débil de un niño a través del despacho de dentro, seguida de la pregunta de una mujer. Después, silencio.

Miré a la puerta cerrada. La secretaria también miró y luego se volvió otra vez a sus papeles. De pronto me di cuenta de que mis niños estaban ahí y de que me habían mentido.

Entré por la puerta al cuarto de la secretaria y luego, rápidamente, abrí la puerta del siguiente despacho. Marty protestaba a grandes voces tras de mí. Frente a mis ojos, Bam y Zizzy estaban sentados en un banco, con expresión de miedo. La directora estaba inclinada sobre ellos. Vi cómo se enfadaba en cuanto me miró. Los niños atravesaron el despacho para abrazarme.

—Te dije que... —gritó a la secretaria.

—Lo siento, señorita. Es como si hubiera sabido que estaban ahí, y de pronto...

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté.

—De acuerdo con las leyes, señor Delaney, no le debemos ninguna explicación. Le ordeno que se retire de inmediato. En breve plazo contactará con usted el Ministerio de Desarrollo Social — hizo una pausa. Su gesto se endureció—. Y la policía.

—¿De qué está usted hablando? Ziz, Bam, poneos los abrigos, que nos vamos a casa.

—Zöe y Tyler no se van a parte ninguna, señor Delaney. De acuerdo con las leyes, no se nos permite dejarlos bajo su custodia hasta que la investigación esté completa.

—¿Qué investigación?

Me miró con una mirada tempestuosa.

—En la última media hora, nos han sido dadas instrucciones telefónicas de que sus niños han de quedarse aquí hasta que los funcionarios del Ministerio lleguen desde Prince George.

—¿Qué Ministerio?

—Desarrollo Social. Y también el de Bienestar Infantil. Y el de... Su expresión indicaba una lucha interior.

—¿Qué tipo de hombre es usted? —preguntó con voz furiosa—. Hasta la Oficina de Seguridad del Estado parece estar en esto. ¿Qué ha hecho? ¿En qué ha metido a estos niños?

—¿De qué demonios me está usted hablando?

Un pálpito de miedo frío me subió del estómago a la garganta.

—Se ha llamado a la policía y pronto van a estar aquí —le echó una mirada a Marty, quien salió al otro despacho y comenzó a marcar un teléfono.

—Creo que es un problema con sus prácticas sexuales, señor Delaney. Se ha elevado una queja al Ministerio por el bien de sus hijos. De acuerdo con las nuevas leyes, se nos exige proteger a sus hijos hasta que su... inocencia... sea probada.

Sonrió con la palabra «inocencia».

—¿Mis niños parecen niños que sufren abusos? —le gruñí.

—No me hable usted en ese tono —me dijo, exudando autoridad—. Esa violencia emocional también es un abuso y no estoy dispuesta a tolerarla.

—¡Espere un momento! Yo no soy culpable de nada. De hecho, en una sociedad normal, una persona es inocente hasta que se demuestra que es culpable.

Se detuvo un momento.

—Como sea, yo le insisto en que se retire pacíficamente. Sus niños estarán bien cuidados. El procedimiento de la ley posibilitará la solución mas justa.

Fue su jerga la que me llevó a actuar. El uso de las palabras «solución más justa» me pareció un signo seguro de un cerebro contaminado. No sé cómo ni por qué, ni de dónde me vino (quizá de las llamadas telefónicas de la misma tarde), pero mi cerebro se representó un escenario complejo de lo que podía pasar de ser tragados y digeridos por las entrañas del sistema. En cualquier otra situación, hubiese tenido compasión del hombre que, en pleno pánico, hiciera lo que yo iba a hacer. Pero había visto con tremenda claridad y rara lucidez que era la única solución. Cogí a Zizzy y a Bam del brazo y me apresuré con ellos hacia la puerta.

La señorita Parsons-Sinclair chilló y me agarró por el abrigo. Hubiese sido algo divertido, casi charlotesco, de no ser porque el miedo llenaba el despacho como un gas venenoso. La secretaria gritó por teléfono. Me liberé de la directora y salimos del despacho. Estábamos haciendo justamente aquello contra lo que les había prevenido a mis hijos por la mañana. Estábamos escapando. Corrimos por los pasillos encerados, derramando el friegasuelos, esparciendo basura y perdiendo guantes de niño aquí y allá, a toda prisa.

La calle estaba vacía bajo las nubes negras; mi coche estaba allí. Nos metimos dentro y lo arranqué. De un solo acelerón ya estábamos a más de una manzana, justo cuando por el retrovisor vi al coche de la Policía Montada local entrando en el aparcamiento de la escuela. Cogimos la carretera en dirección sur, hacia el viejo y baldío valle en el que nuestra familia ha vivido durante cuatro generaciones.

El tiempo empeoraba y terminaría por paralizar el tráfico. Di las gracias a la bendita nieve.

—¿Qué estoy haciendo y por qué? —me pregunté a mí mismo—. Piensa, Nathaniel, ¡piensa!

Nos había sido concedido un periodo de gracia en el que podíamos planear nuestros próximos movimientos. Pero el lapso sería breve. Conduciendo en la oscuridad, mi pulso se relajó pero mis manos agarraban ferozmente el volante. Los niños estaban confusos, nerviosos, aterrorizados.

—Papá —me dijo Tyler—, ¿qué es lo que pasa? —usó esa voz suya que quiere decir «ya no soy un niño». Y de una mirada vi que su expresión era una máscara de valentía.

—No estoy del todo seguro, hijo. Pero creo que tiene que ver con el periódico. Lo quieren cerrado para siempre.

—Pero ya está cerrado, y las máquinas están rotas.

—Sí, pero yo no estoy roto, y tienen miedo de eso.

—¿Por qué nos hacía todas esas preguntas asquerosas la señorita Parsons?

—¿Qué preguntas asquerosas? —pregunté yo, con voz muy firme.

—Ya sabes... cosas sucias. Pervertidas.

—¿Cosas sucias? ¿Pervertidas?

—Sí, bueno, estaba todo el rato preguntando a Zizzy si tú alguna vez... bueno, le habías hecho cosas. Claro, ella no se enteraba de nada de lo que decía la señorita Parsons. Pero tras preguntar

como veinte veces si alguna vez nos habías hecho dormir en la misma cama contigo o si nos acariciabas en sitios raros... pues ya te dabas cuenta de a dónde quería ir a parar. Así que le dije que todo eso eraapestoso y que eras el mejor padre del mundo y que jamás harías esas cosas.

Sentí elevarse mi gratitud hacia el niño y, al mismo tiempo, rabia hacia esa mujer estúpida y perversa. La próxima vez que la viera, sin duda, iba a ser víctima de abusos verbales.

—Así que la señorita se volvió a la secretaria y le dijo: «Como ves, muy a menudo las víctimas son leales a la gente que ha abusado de ellos. Intentan protegerlos». Nos miró con cara de dolor y volvió a empezar con las preguntas. Mareó mucho a Zizzy y ella, en vez de mover la cabeza de lado a lado tras cada pregunta, la movió de arriba a abajo un par de veces, como si dijera que sí, porque no entendía las preguntas. Cuando la directora lo vio, se emocionó mucho y dijo que «por fin la verdad estaba saliendo a la luz». Y empezó a ser muy, muy dulce con Ziz y le dijo que no tuviera miedo y que ella nunca le dejaría que le volvieras a hacer esas cosas. Intenté decirle que nunca nos habías hecho nada, y Ziz también intentó decírselo, pero no escuchaba. Y en ese momento apare— ciste tú.

Zizzy se sacó el pulgar de la boca y se volvió hacia mí con una mirada de dignidad y justicia heridas, al borde las lágrimas, y dijo:

—Es que se estaba volviendo loca cada vez que movía la cabeza, así que pensé que decir que sí una vez la calmaría. No sabía de lo que me estaba hablando, papá. Pero yo sabía que se lo explicarías todo cuando llegaras, así que no importaba si decía que sí o que no.

—Pero sí importaba —murmuró Bam, mirando enfadado a su hermana—. Ahora estamos muy mal porque no tuviste el valor de enfrentarte a la vieja.

—Sí que me enfrenté —lloró ella, y empezaron a discutir.

—Callaos, niños —dije yo—. Tengo que pensar.

Ambos cayeron en un profundo silencio y pude ver que la niña estaba reprimiendo un sollozo, otra vez con el pulgar en la boca. Mi hijo apartó la mirada, enfadado. Ziz ya era muy mayor para chuparse el dedo todavía.

Cinco minutos después, la puerta de entrada apareció en medio de la oscuridad, con las señales luminosas que indicaban la curva. Otros cinco minutos de conducción tortuosa sobre la carretera sin asfaltar y ya estábamos en casa.

Todo parecía perfectamente normal. La cocina nunca me había parecido un lugar mejor. Encendí todas las luces de la casa. El café todavía humeaba, narcótico. La radio sonaba débilmente al fondo. El guiso de venado burbujeaba. Tenía muy buena pinta. Lo sentí por la pizza.

Zizzy me abrazó y me dijo, con una voz muy fina:

—Perdona, papi.

—No te preocupes, cariño. No has hecho nada mal.

—Pero, ¿por qué me hacía todas esas preguntas estúpidas?

—Creo que quería saber si yo era un mal padre. Si os pego u os hago cosas malas como comer hígado y espinacas.

Se rió.

—Bueno —dijo rápido—, sí nos haces comer hígado y espinacas, y es verdad que es muy cruel. Nos reímos los dos. Sólo esta niña me puede hacer reír en medio de la crisis.

La amo hasta el punto de que me distrae. He intentado no mimarla. Tiene la misma belleza extraordinaria de mi mujer, pero sus ojos tienen todo el carácter heredado de mi abuela.

Ziz estaba en el baño, sonándose la nariz, cuando el teléfono sonó.

—¿Señor Delaney? Soy Bill, de la escuela. Como le dije, no tengo nada contra usted, y no le tengo mucha simpatía a la directora...

—Bien, Bill. Mire, siento lo del pasillo. Creo que lo hemos dejado hecho un estropicio al salir. Bill se rió.

—Lo he visto todo enterito, señor Delaney, y lo disfruté un montón. Pero le llamo por otro asunto. Hay un montón de coches que acaban de llegar de Prince, y vienen llenos de unos tipos extrañísimos. No me huele nada bien, y son del Gobierno. Me parece haberle oído a uno decir que lo mejor sería que fueran a verle a su casa. La directora y McConnell les han dicho dónde vive usted, y es posible que el jefe de policía esté encabezando ya mismo la comitiva. Hace menos de un minuto que se han marchado.

—Gracias, Bill. Se lo agradezco con toda mi alma.

—No es nada. Clic.

Y otro clic. Luego, el tono.

Corrí al cobertizo y cogí tres cajas de cartón y luego le grité a Bam que las llenara de comida. Se me quedó mirando. —Latas, arroz, azúcar, té, cereales, ¡rápido! —ladré.

—¿Eh? —se quedó sorprendido, pero obedeció al instante.

Hice una batida por la casa y cogí tres sacos de dormir, calcetines de lana, todo lo que veía útil al pasar. Los eché en la parte de atrás y luego metí a los niños literalmente a empujones. En el último momento, corrí de nuevo a la casa, cogí un termo y lo llené con el guiso del venado y volví a salir.

Habrían pasado cuatro minutos desde la llamada de Bill. El motor del coche aún estaba caliente y arrancó al instante. Tenía que controlar mi impulso al acelerar carretera abajo. Tras lo que pareció una eternidad, llegamos a la carretera principal. No había luces de coches que vinieran del pueblo todavía. Giré a la izquierda, alejándome a toda velocidad hacia el sur, en dirección opuesta, hacia el valle que ya estaba bajo la bendita oscuridad de la tormenta.

—¿A dónde vamos, papá? —me preguntó Bam. Nos estábamos adentrando en la niebla y, pese al sonido reconfortante del motor y las luces del salpicadero, había un tono en su voz que me preocupó. No parecía seguro de mí.

Es fascinante la manera que tiene la mente humana de llegar a conclusiones: no hubo ningún proceso racional en la velocidad con que di respuesta a su pregunta.

—Vamos a donde el abuelo —dije con voz serena, añadiendo sólo un poco de firmeza para enfatizar. Era una voz en la que se podía confiar.

—¡Ah! —dijo él.

Mi corazón latía a toda velocidad pero sonreí calmosamente, dándome cuenta algo tarde de que aquello podía parecer macabro.

Todo les tiene que haber parecido muy extraño. El comportamiento de su padre aquella tarde era raro, desacostumbrado, por decir lo menos. Sólo los locos se comportan así, y ellos lo saben. Estábamos huyendo de las figuras de autoridad que habían desempeñado los papeles más importantes en sus vidas, tras la figura del padre y de la... bueno, de la madre ausente. Estábamos también transgrediendo las relaciones normales con el mundo natural, acogiéndonos a él cuando

era menos razonable: el viento crecía, caía una nieve gruesa en un mundo ya sin arraigos.

Pobres niños.

Ziz se sacó el pulgar de la boca.

—¿Te refieres al abuelo de Prince George? ¿No estamos yendo en dirección equivocada, papi?

—No. A donde mi abuelo. El papá de mi papá.

—¡Pero él ya se murió! —dijo ella.

Les miré. Ahora sí que estaban preocupados.

—Ya sé que se murió. Vamos a su casa. A la vieja cabaña.

—¡Ah! —y continuó chupándose el pulgar.

—¿Por qué estamos haciendo esto, papá? —balbució Bam, con tono ansioso.

—Te... te lo explico más tarde, Bam.

Comenzaba la angustia de la duda. Era un viejo fallo mío, una voluntad de no creer en mí, ahora renovada por las muy comprensibles dudas de mis hijos. Es un mal defecto para un padre. Por supuesto, los hay peores, pero éste es importante. Dios mío, los amo, pero nunca he sido lo suficiente para ellos. De pronto me sacudió un miedo terrible: ¿y si yo era la víctima de mi propia paranoia? Quizás esa huida de la sociedad ordenada no era sino la floración tardía de una neurosis en reacción a la marcha de mi mujer y otras crisis, como la destrucción de mi carrera y un enorme montón de estrés. Podía ver los titulares:

Padre soltero se vuelve loco y secuestra a sus hijos ¡Capturado y retenido en un manicomio para observación psiquiátrica! Hum... si eso pasa cada día, ¿por qué no me va a pasar a mí?

Pero seguí conduciendo. Supongo que la enfermedad mental también tiene sus procesos lógicos. Estas dudas inútiles me hicieron el daño añadido de no ver la gran cuesta que hay en el cruce antes del río, a pocos metros de que cambie de dirección y avance hacia el gran lago. Las ruedas de la derecha se dejaron caer hacia la cuneta y avanzamos inclinadísimos por el terraplén. Los niños gritaban. Yo les mandé que se sujetaran. Pasamos al lado de docenas de abetos y de montones de nieve que ocultaban rocas, y fue un auténtico milagro que no los rozáramos. El coche botaba y rebotaba. Me golpeé la cabeza contra el techo en varias ocasiones. Finalmente, al cabo de lo que parecían cinco minutos de caída libre, chocamos contra una señal oculta por un montón de nieve junto al río. El coche estaba enterrado hasta los faros. Todavía gritábamos los tres. El motor había muerto.

—¡Ziz, Bam! ¿Estáis bien?

—Sí, estamos bien... creo —balbució Bam.

Ziz lloraba a pleno pulmón, lo cual quería decir que estaba bien. La abracé e intenté consolarla.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Bam, disgustado.

—Vamos andando. No puede estar lejos.

Ziz intentó, valientemente, secarse las lágrimas.

—Tal vez esto sea una suerte, en el fondo —dije con tono optimista—. Lo cierto es que podían habernos seguido a casa del abuelo con sólo mirar el rastro de las ruedas. Hasta ahora no había caído en eso. Qué locura. Gracias a Dios que había esa cuesta.

Los niños me miraron sin dar crédito.

—¿Quiénes son ellos, papá? —me preguntó Bam, con voz apagada. No respondí.

—¿Quiénes son? —insistió él.

—Luego hablamos de eso, Bam —respondí con firmeza—. Venga, vámonos de aquí.

Las puertas estaban semienterradas en la nieve. Salimos como pudimos a través de las ventanas, sacando el equipaje también a rastras. Bam sacó de la parte de atrás el trineo y dos pares de botas de nieve que había debido de coger del garaje. Esas botas de nieve están hechas para andar por lo más duro del bosque. Son una pequeña maravilla de color gris, hechas de goma y con estructura de aluminio, mucho mejores que las bonitas zapatillas de monte de Alaska.

—Buen chico —le dije, dándole un golpecito en el hombro—. Me alegra que te acordaras de cogerlas.

Me miró con una mirada de duda, todavía preocupado, todavía evaluándome. Luego debió de surgir dentro de él una corriente subterránea de confianza porque, de pronto, sonrió levemente, una sonrisa del color naranja de los pilotos del coche.

—Prepárate —me dijo—. Es lo que siempre dicen los boy scouts, papá.

Dispuso un par de cajas en el trineo, las anudó con una cuerda, y luego cargó también un hacha y los sacos de dormir; por último, sin ceremonias, montó a su hermana. La niña metió los pies bajo el arco, agarrando las cuerdas de los lados con las manos.

Mientras yo alargaba la mano hacia el salpicadero para apagar las luces, oí que Bam decía:

—Agárrate fuerte, Ziz, que ahora vamos a vivir una aventura de las de verdad. Buen chico.

Apagué las luces y miramos ciegamente en torno. La noche era un muro oscuro. Bam apretó un botón y el haz de luz de su linterna buscó el río. Vimos que estábamos a pocos metros de él. Fue una suerte quedarnos donde nos quedamos, pues la capa de hielo era demasiado fina para soportar un coche pero seguramente sería lo suficientemente gruesa para poder atravesarla a pie. Mi hijo se dirigió hacia allá y yo empujé el trineo tras de él.

—Cuidado, Bam. Puede que el hielo tenga partes más débiles. La nieve lo tapa todo, también los agujeros.

—Vale, papá.

La nieve no tenía más de una pulgada de profundidad sobre el hielo de tres pulgadas, así que la capa aguantaría. Un viento duro batió el lago, y el cañón del río lo recogió como un embudo una milla al sur de nuestra posición. Estaba despejando el hielo rápidamente. Sobre la carretera, donde el viento soplaba con menor intensidad, la nieve caía pesadamente, cubriendo nuestras huellas. No podríamos haber pedido una noche mejor para que nos persiguiera nuestro Gobierno. Perfecto: como había dicho Bam, una aventura de las de verdad.

Le di alcance en la orilla.

—Éste es el plan, hijo. Tenemos que evitar dejar huellas como sea. Cuando se pase la tormenta, es posible que pongan helicópteros a sobrevolar el valle buscando rastros o signos inusuales de movimiento. Tenemos que ir camino abajo del río hasta la boca del lago. Iremos por el hielo para que el viento borre nuestras pisadas. Antes de que el río llegue al lago, justo a la izquierda, está el arroyo del abuelo. Vamos por el cauce hasta donde lo atraviesa el camino y luego seguimos andando hasta el campo. No creo que nadie nos vea.

—Muy bien —dijo, riéndose por lo raro que era todo. Podía casi percibir la sangre bullendo en su rostro, el pulso acelerado, el vapor de su aliento saliendo en nubes congeladas. Lo estaba disfrutando. Me sentí agradecido por esto: podía haber sido exactamente lo contrario. Podía haberse enfurrñado por perderse la pizza y la película. Buen chico, me dije otra vez,

calladamente: buen chico, buen chico. Nada como una crisis para sacar a la superficie los contornos ocultos de un carácter. Así me sentía aliviado del dolor y la duda sentidos sólo momentos antes en la carretera. Todavía no sabía lo que íbamos hacer, pero ahora ya sabía que no estaba acarreando un peso muerto. Bam, al menos, y seguramente también Lizzy, me iban a ayudar. Me había preocupado más el peso emocional que el del equipaje.

Llevábamos cerca de media hora avanzando lentamente sobre el hielo cuando, por encima de nosotros, en el camino, vimos una luz azul y escuchamos el sonido de maquinaria pesada. Era la quitanieves del pueblo, cuya tracción hacía mucho ruido rumbo a la casa de Van Thu junto al lago. Ahí daría la vuelta, al ser ése el final del camino transitable en invierno y también el final de las líneas de luz y de teléfono. Después de ese punto sólo había doscientas millas de naturaleza y absoluta soledad. Ni un solo establecimiento humano hasta los grandes embalses del río Columbia.

—Muy buenas noticias, Bam —le dije—. La quitanieves ha borrado todas nuestras huellas. No las han visto.

—¡Hurra, hurra! —festearon los niños.

En diez minutos más, el trineo dejó de arañar el hielo para deslizarse sigilosamente al encontrar la nieve, blanda y callada, acumulada en torno al arroyo del abuelo. El pequeño barranco estaba lleno de montones de nieve. Todo era profundamente oscuro: nadie, esperaba yo, tendría la idea de buscar fugitivos por allí. Seguimos caminando, ascendiendo hacia el este a cada paso. La marcha era ahora más dura, y mi hijo y yo tirábamos de la cuerda que arrastraba a Ziz con el equipaje.

—¡Yuju! ¡Me siento la reina de las nieves! —dijo, encantada de la vida—. ¡Ésta es una aventura de las de verdad!

—Sí —añadió Bam. Y me miró sonriente.

De pronto me di cuenta de que nuestras miradas habían coincidido bajo una luz que no era la de su linterna. Sobre nosotros, una luna muy pálida aparecía por entre las nubes. La nevada se debilitaba. Ahora se podían ver los límites del barranco, y cuando la luna apareció con todo su brillo plateado, el mundo se llenó de luz. Los árboles proyectaban largas sombras. El cielo era un mar al revés. Los últimos copos de nieve caían sobre nuestros abrigos, reluciendo cada cristal como mi— neral de mica.

—Se oye caer la nieve —dijo Bam.

Contuvimos la respiración para escucharlo. Pasaron así varios minutos.

—Vamos otra vez —dije, padre viejo y práctico.

Pasaron otros diez minutos y nos metimos por el cauce del propio arroyo. Tenía una anchura de unos seis pies, y sólo yo tenía que ir ligeramente inclinado. Por dentro podíamos deslizarnos mejor. Todo era oscuro salvo por la visión de la luna al final. Había demasiada magia para que hubiera claustrofobia, pero me preocupaba el ruido del trineo sobre los palos y las piedras congeladas en la superficie. ¿Y si había ahí arriba un coche, aparcado, en silencio, con alguien encargado de vigilar la carretera? Zizzy echó a andar por primera vez. Bam y yo avanzamos empujando el trineo entre nosotros. La cuesta seguía. El trineo parecía ir borrando casi todas nuestras huellas y era muy improbable que alguien que pasara por arriba mirase al lecho del arroyo. ¿O sí? Yo esperaba que no. Pero aun cuando miraran, tendrían que esforzarse para poder encontrarnos.

Veinte minutos después llegamos al lugar donde el arroyo atraviesa el campo que hay justo por encima de la cabaña del abuelo. Subí a la orilla para evaluar la situación. Todo estaba oscuro y en silencio; la casa estaba como la había dejado al morir, meses atrás. Ni una luz. Tan sólo un rectángulo negro recortado ante las nubes iluminadas por la luna. Un rectángulo lleno de recuerdos. Sentí un impulso de alegría.

—Ya estamos aquí —susurré audiblemente.

—¡Hurra, hurra! —susurraron a su vez.

El campo parecía una hoja inmaculada de papel sin una sola letra en su blancura. La llave colgaba aún del clavo que había bajo la escalera posterior.

La puerta chirrió y entramos a la seguridad de un santuario de nuestro pasado. Nuestras botas hacían ruido sobre el suelo de madera. La cocina olía a tabaco de pipa. Un olor estupendo. Las ventanas parecían parches de luz azul. Nuestras vidas, de nuevo, tenían un anclaje. Una isla— universo que flotaba fielmente sobre las aguas del abismo.

—Tengo frío —dijo Ziz.

Tapé los cristales de las ventanas y eché las cortinas. Había un cuarto de milla de espeso bosque de coníferas entre la casa y la carretera, y el camino hacía varias revueltas, así que estábamos completamente ocultos a la vista, pero era mejor no correr riesgos. Por suerte, no había pasado la quitanieves desde la muerte del abuelo. Así que ningún coche podría avanzar por el camino hasta la primavera. Pero me preocupaba que nuestros perseguidores se pusieran a buscarnos por parejas a pie y así enviar a alguien a hacer comprobaciones. Eso de momento parecía poco probable, pues aún estarían pensando que viajábamos en el coche, y estarían buscando huellas de neumáticos. Nada nos llevaba a esta casa salvo un rastro debilísimo de trineo en lo más profundo de un barranco. Quizá estuviésemos seguros.

Encendí las lámparas de aceite.

—Sombras furtivas que huían de las sombras de sus antorchas... —susurró Zizzy.

La casita estaba llena de paz. Me volvió a sorprender ese silencio peculiar y delicioso que tienen las casas sin electricidad. Y el calor de los troncos también era distinto de los radiadores eléctricos o del calor de una caldera de gasóleo. El abuelo siempre había sido muy bueno con la leña. Cortaba cada año las quince cuerdas de leña de abedul que consumía durante el invierno, con tres años de provisión. Un hombre organizado.

Tras el fogón había una caja de manzanas llena de astillas de cedro para encender la lumbre, y sentí como si hubiera partido la leña esa misma mañana. Ahora, en cinco minutos, vendría él del cobertizo tras haber hecho algún arreglo ingenioso. Encendería el fuego y luego se sentaría una media hora, con un gato y la Biblia sobre las rodillas, leyendo y acariciándolo, leyendo y acariciándolo, mientras esperaba a que hirviera el agua del té. Todo eso ya sólo era posible en el recuerdo, pero había una presencia en la ausencia.

La caja de la leña estaba llena de troncos añejos de abedul, un último gesto antes de su marcha. Bam amontonó papel y cerillas en la chimenea y prendió la llama con una luz que hería y sanaba al mismo tiempo. El calor se expandía. No pudimos evitar una sonrisa. El dibujo del niño sonriente con cara de manzana en la caja parecía ahora más comprensible. La vida era otra vez casi normal. Volvíamos a un mundo donde de nuevo era normal que la gente sonriera al comer una buena manzana.

La radio no tenía pilas y no había televisión en la cabaña, gracias a Dios. Caramba, el abuelo era totalmente contracultural. En el camino hasta el pueblo habría media docena de cabañas como ésta, algunas con una vieja furgoneta por fuera, varias con caballos en una corralada: eran casas que parecían de un siglo anterior. Pero cada una de ellas tenía una antena parabólica en la fachada. Es la peste nacional. No, la peste mundial. No, ¡la peste cósmica!

TRES

18 de enero, ocho de la tarde

Cuando llegamos, Zizzy sacó mi diario de su mochila y me lo dio. Lo puse sobre la encimera y lo miré un rato. Considerando el estado actual de las cosas, no estoy en disposición de hacer periodismo. Intentaré hacer alguna entrada breve, para no perder el hilo de la cronología, pero es difícil concentrarse para hacerlo. Escribo sobre todo mentalmente, grabándolo todo en la materia gris mientras va sucediendo.

¿Seré capaz de retenerlo todo?

No termino de creerme que todo esto esté pasando de verdad.

Escribe, escribe. Traslada el líquido de la memoria a la solidez de las letras en una página. Si está escrito, es que ha pasado, ¿vale? (Es una idea discutible, pero ya lo pensaré más adelante).

Cambio ahora, al escribir, el tiempo pasado por el tiempo presente, para, al releer esto algún día, poder revivirlo con un sentido de inmediatez.

Dejo el diario por unas horas para dar de comer a los niños.

Todo sabe especialmente bien aquí. El guiso de venado es muy sabroso, el té que hemos encontrado en un bote aún tiene sabor. La leche enlatada no está nada mal. Hay incluso una lata de galletas marineras que los ratones no han sabido encontrar.

Y mermelada de frambuesa de un bote sellado con cera. ¿Por qué ésta es la mejor comida que he comido en años? Las emociones de la huida nos han dado algo maravilloso: un sentido exaltado del valor de la vida, una conciencia de su importancia. Esa belleza más allá de las palabras que tiene la vida, ¿habrá llegado al interior oscuro y mimado, al alma remolona de este hombre tan apocalíptico?

Ziz sale del cuarto con un gran tomo de tapa dura en sus manos.

—¡Papá, papá, es El Señor de los Anillos!

Está emocionada más allá de toda medida. Es su libro favorito. Es nuestro libro favorito. También les gustan las historias de Narnia, de C. S. Lewis. Y Alicia en el País de las Maravillas, de Carroll. Y los cuentos de Curdie de George MacDonald. Pero Tolkien es el mejor. El abuelo les leyó el libro un verano, cuando ella tenía seis años y él ocho. Una parte del contenido teológico y de las ingeniosidades al estilo de Oxford les quedaban grandes, pero les entusiasmaba la excitación de la búsqueda, el terror de los orcos patrullando la Comarca. Se les ponían los pelos de punta con los Jinetes Negros. Había héroes y traidores, un rey escondido, magos, mártires, hombres y mujeres valientes, criaturas de todo género. El desenlace final les llevó a las

lágrimas. Al final sólo querían conocer a elfos de verdad, a los hermosos elfos, mitad hombres, mitad ángeles. Por un momento se habían enamorado del esplendor inagotable de la imaginación, hasta que llegó el otoño y todo sucumbió bajo el ataque de los que Lewis llamaba hombres sin pecho.

La dirección de la escuela disponía de profesores y libros que informaban a los niños sobre las actitudes correctas que había que tener como ciudadanos responsables hacia los papeles del hombre y de la mujer, hacia otras orientaciones sexuales, religiones del mundo y razas no blancas. Yo no tenía ningún problema con estos dos últimos puntos: ya éramos nosotros una minoría oprimida por dos motivos distintos, a saber, el ser católicos y el ser yo en parte aborigen. Y aún había otro motivo si uno incluye el ser un hombre heterosexual.

Mi madre era mestiza de indios shushwap, slavey y dogrib, aunque —con perdón— estos tres pueblos jamás se hubiesen considerado parte de una unidad. El tiempo hace borrosas incluso las mayores diferencias. El hecho de que una porción del cóctel genético de la familia viniera, en parte, de una raza no blanca, garantizó por un tiempo cierta inmunidad frente a las opresivas fuerzas de la reconstrucción social. No es que nos importara demasiado: seguíamos siendo bichos raros, pero por esos rasgos que nada tienen que ver con el color de la piel o el rito elegido, sino con cuestiones que afectan al corazón y a la mirada.

Aun así, los efectos del condicionamiento ideológico se hicieron notar incluso en Bam y Ziz. Empezaron a cuestionar todo lo que yo les pedía hacer. Se volvieron amargos, recelosos, aburridos: todo lo que no habían sido antes. Empecé a aborrecer esa expresión amohinada en sus rostros cuando salían de la ruta del colegio cada tarde, expresión calcada de las del resto de las caras que se apretaban contra el indolente cristal del autobús. Les llevaba la mayor parte del fin de semana volver a la normalidad, averiguar de nuevo quiénes eran de verdad. No me estaba dando cuenta pero les adoctrinaban en contra de los «juicios de valor» —contra la homofobia y la brujofobia y cualquier fobia posible bajo el cielo— antes de que hubieran aprendido el valor del comportamiento virtuoso y los peligros del perverso. En aquel tiempo era demasiado necio para verlo, tan pendiente como estaba por luchar contra una desviación titánica, el crecimiento del estatismo. El periódico consumía todo mi tiempo y todas mis energías. No era capaz de apreciar hasta qué punto esta revolución no violenta había invadido ya un pueblecito del corazón de los bosques de las Montañas Rocosas. De hecho, había invadido ya mi propia casa, y tardé en descubrirlo.

Cuando las cosas comenzaron a precipitarse y tomó cuerpo mi controversia con la señorita Escila-Caribdis, me puse muy triste. Me rebelé contra el sistema ante todo aquel que quisiera escucharme. Expuse mis argumentos frente a benefactores de la escuela, que me miraban con pétrea expresión. No había entre ellos ningún cínico. Estaban salvando a la humanidad al educarla erradicando los elementos indeseables de la condición humana. Era algo admirable, idealista y colosalmente ingenuo. Escribí editoriales sobre este fenómeno. De todo aquello no salió nada salvo algún eco muy sordo. Soltaba mi arenga lo mismo en mesas de cocina que en despachos, y lamentablemente los niños escuchaban. Empezaron a avergonzarse cuando algunos temas salían en la conversación. Yo no era sensible a la confianza natural que los niños tienen en figuras de autoridad como padres y libros de texto. Tampoco comprendía que en algún momento habían aprendido a no confiar del todo en las palabras de su padre. Vale, mis palabras eran demasiado intensas y mis principios demasiado complejos para que los captaran, así que simplemente los

desestabilizaba. Me llevó mucho tiempo calmarme, poner los pies en el suelo y volver a ganarme a los niños.

Ahora sé que Tolkien les enseñaba mejor que yo con mis diatribas pedantes y desesperadas contra las locuras de este tiempo. Les volví a leer la trilogía el año pasado. Tolkien tenía la clave del encantamiento. Él podía mostrar el drama de la realidad a través de lo que llamaba su «vice—creación». Los niños pronto se reengancharon a esta visión y fueron volviéndose poco a poco hacia su mundo con ojos más claros para ver y los corazones llenos de verdades. A partir de entonces, comenzó a gustarles la escuela cada vez menos. Habían aprendido que no somos células de un gran organismo ni números en un colectivo. No es que tuvieran las palabras para expresarlo, pero observé que ya tenían la verdad arraigada dentro de ellos; podía apreciarse en sus preguntas y en las cosas que les empezaban a gustar y a disgustar. Eran personas humanas en una comunidad de personas, y si muchos miembros de esa comunidad habían perdido su sentido de personas y se habían adscrito a la ley del rebaño, este hecho de ninguna manera les negaba a Bam y Ziz su derecho a la realidad de las cosas.

No quiero glosar nada de esto esta noche; sólo quiero reconocer que el hallazgo de Zizzy me ha hecho sonreír de delicia ante el hecho de descubrir tantas riquezas. Poco sabíamos lo que el día iba a dar de sí al levantarnos por la mañana. Nos hemos adentrado en un gran drama, aunque no estoy del todo seguro de que tanta emoción valga la pena.

Ahora está perdida entre las páginas del libro, acurrucada en la mecedora junto al fuego. Está cubierta con una manta que tejió mi madre. A su lado, como un mojón, están los volúmenes de Alicia en el País de las Maravillas, A través del espejo, La travesía del Viajero del Alba y La Princesa y Curdie. Cada uno de ellos los ha leído, a lo largo de estos años, tres o cuatro veces. No puede leerlos todos esta noche, pero los quiere a su lado. Suspira. Otra vez está arraigada en el mundo. Tiene un nombre y un lugar.

Ay, Maya, si vieras a tu hija ahora... amarías a esta niña. Y me odiarías a mí por haberla llevado al peligro, ¿verdad?

Hace unos años, Maya y yo pasamos una semana casi sin dormir. Varias veces por noche, Bam nos levantaba con una pesadilla repetida cuyo personaje principal era un reptil. Creo que el niño tenía cinco años entonces. Aplicamos numerosos remedios: horas de abrazos, leche caliente, incluso argumentación racional. El abuelo Delaney sugirió oraciones y agua bendita. Lo intenté, pero nada daba resultado. El asunto me sorprendió pues Bam era un muchacho alegre y seguro de sí mismo. En su corta vida sólo había oído historias amables, porque no se había asomado a la televisión y su imaginaria de monstruos. Roto de fatiga, mi frustración se acumulaba hasta que tomé la decisión de prohibirle subirse más a nuestra cama. A partir de entonces, iba a tener que sobrevivir en su pequeño cuarto, que estaba lleno de luces y protegido por una familia amorosa. Venceríamos a lo irracional, pensé, con un ejercicio de voluntad firme.

Aquella noche, tras tomar la decisión, caí en un profundo sueño. Y soñé. En mi sueño, caminaba por una playa desierta junto al mar. Junto a mí venía un príncipe, un hombre de mi misma edad. Estábamos discutiendo sobre filosofía cuando, de pronto, un enorme reptil se alzó de entre las aguas a nuestro lado. Este Tyrannosaurus rex acuático tenía el tamaño de dos casas, y sus ojos chisporroteaban con una inteligencia maligna. A mí no me hizo ningún caso; en cambio, le habló a mi acompañante en voz baja y resonante. Sus palabras eran como un blando trueno, y lograban halagar y seducir al príncipe, mientras yo me iba llenando de horror. La presencia del

mal era tan palpable que aun en medio de mi sueño sabía que era más que un sueño. «¡Corre!», le grité al príncipe, pero no me podía oír. En ese momento, me desperté para encontrarme en un estado de terror innombrable. Desde entonces nunca volví a prohibir a los niños que se metieran en nuestra cama.

Maya leía mucho a Jung por entonces y, desesperada, sugería que Tyler necesitaba «tragar su sombra», como decía ella. Algo me repelía en aquella noción. No sabía mucho de las ideas de Jung, pero en aquel tiempo todo el rebaño iba en masa a las librerías a comprar sus libros. El ruido de pezuñas siempre me ha puesto nervioso, y Maya galopaba muy deprisa. Le compró al niño un juego de muñecos que incluía un dragón, con el propósito de que el niño se hiciera su amigo. Domaríamos al «símbolo demonizado», dijo, y así ya no tendríamos ningún problema. El muñeco era de fieltro verde y amarillo, con ojos enloquecidos hechos de botones y colmillos de madera que entrechocaban. Maya hizo teatro con él ante Bam.

—Hola, Tye... ¡soy el dragón Smoggy! —dijo, en tono cariñoso—. Estoy solito. ¿Puedo ser tu amigo?

En ese momento, se supone que Bam tenía que haber cogido al dragón para abrazarse a sus colmillos y escamas pero, en vez de hacer eso, nos sorprendió a los dos cogiendo al bicho, rompiéndolo en pedazos y corriendo a continuación hacia la chimenea. Tiró los restos al fuego y se quedó mirando con cara de satisfacción, respirando agitadamente. Después de eso, no tuvo ni una pesadilla más. Maya se irritó sobremanera. Un niño de cinco años no puede, no debe demoler las ideas del doctor Jung con un solo gesto.

Poco después, empecé a leerle cuentos de hadas. Más tarde, cuando Zöe fue más allá de la lengua propia de los bebés, se incorporó a nuestra sesión de cuentacuentos nocturno. Comencé entonces a buscar en cualquier buhardilla toda la vieja literatura infantil que pudiera encontrar. He estado en librerías de viejo de la mayor parte de las grandes ciudades del mundo. Encontré El Hobbit en un puesto de Nueva Delhi, y El Libro Azul de las Hadas en un anticuario de El Cairo. Los clásicos para niños estaban desapareciendo rápidamente de las bibliotecas de América del Norte para ser suplantados por libros escritos por gentes que más parecían ingenieros sociales que narradores. La nueva ola no era ni la mitad de divertida que la vieja, pero los escritores tenían sus cebos para mantener a los adolescentes interesados en la trama. Había mucha preocupación por lo oculto. Se confundían las nociones de lo bueno y lo malo. Al menos en otro tiempo, los dragones parecían dragones y se comportaban como dragones, lo cual, si me pregunta usted, me parece mucho más interesante. La vida ante un paisaje con dragones rara vez es aburrida.

Mi prima Tara una vez me dio una gran charla sobre todo esto. Es una persona muy agradable. Vive en Vancouver y es lo que se entiende por «una artista famosa». El Museo Nacional ha comprado hace poco uno de sus cuadros y dentro de poco tiene una importante exposición en Venecia. Tara me regañó por influir negativamente en los niños —sobre todo en Zöe— a propósito de las serpientes y los dragones. Un año, para Navidad, nos dio una serigrafía firmada de una de sus obras, titulada Icono 2. El «icono» resultaba ser el retrato de una mujer incubando en su seno un montón de serpientes. Era hermoso y horrible, técnicamente la obra de un genio. Era —nos explicó— un autorretrato. La cultura judeocristiana, siguió diciendo, había denigrado injustamente a la serpiente. Y, para rehabilitar este símbolo, era necesario admitir en su seno a la serpiente, gestar una serpiente y darla al mundo como un icono sagrado de lo femenino.

La miré como si se hubiese dado a las drogas.

—¿Un icono sagrado de lo femenino? —dije—. ¡Vamos, Tara! Me miró con compasión.

—Eso es, primo —contestó—. Los símbolos son construcciones mentales arbitrarias. Y la mitad de nuestra especie nos ha impuesto su construcción durante mucho tiempo —durante demasiado tiempo. Ha hecho demasiado daño a las mujeres. Y ahora es nuestro turno.

—¿Es vuestro turno y lo que queréis son serpientes?

—No, no serpientes, no los reptiles que se deslizan por la hierba. Hablo de arquetipos sagrados.

—No soy una persona muy religiosa, Tara —le dije—, pero no soy idiota. Replicó con una sonrisa piadosa.

Intenté defender que hay símbolos fundamentales en la mente y en el corazón del hombre, y que es peligroso interferir ahí. No podemos disponer de ellos en nuestro psiquismo como quien mueve los muebles. Son un lenguaje sobre la naturaleza del bien y el mal; más aún, son puntos de contacto entre estas dos realidades. Pero mi argumentación era baldía: ella había oído algo mucho más interesante de boca de un famoso teólogo. No hay —decía él— bien absoluto ni mal absoluto. Los conflictos están basados en la ilusión, son productos del dogmatismo. Todo es bueno en el fondo: yo soy bueno, tú eres bueno, los dragones son buenos.

Por supuesto, no quería que mis hijos crecieran creyendo en la existencia real de los dragones. Una imaginación bien criada sabe que la serpiente o el dragón no dan miedo por sus colmillos ni por sus escamas ni por el humo que les sale de la nariz. La imaginación natural sabe que son una metáfora del mal y del engaño, del conocimiento perverso, del poder sin conciencia ni restricción. Si los dragones existen, no es bajo la forma de máquinas de vapor de color verde o máscaras chinas o lagartos con sobrepeso. El dragón que no toma forma visible es el peor dragón de todos. Llámalo construcción mental, llámalo reptil, serpiente, una ideología o una teología —llámalo como quieras, pero prefiero que no se acerque a mi casa. Sobre todo, no quiero que contamine las mentes de mis niños. No quiero que intente ser amigo suyo, tampoco, ni que se coma sus miedos con el peligro de poseerlos a ellos en el proceso.

Bam vio el «icono» la mañana de Navidad y arrugó la cara.

—Qué horror, papá —comentó.

—Ya ves. Una serpiente en el portal —gruñí yo.

Zizzy lo miró con detenimiento, analizándolo con sus ojos inteligentes. A ella le encantaba mi prima Tara.

—Los colores son bonitos —dijo al fin, y luego corrió a por la muñeca de tela que le había hecho mi madre.

Quemé el tan bien elegido regalo navideño de Tara aquella misma noche, sobre una pila de nieve en el patio, cuando los niños dormían.

—¡Hasta aquí hemos llegado, Icono 2! —lo despedí mientras subían las llamas—. Gracias, pero no.

Mientras recogía las cenizas, me acusé a mí mismo de ingratitud, insensibilidad, actitud defensiva, patriarcalismo, prejuicio, crudeza e incluso quizá una degeneración subconsciente hacia la figura del nazi quemalibros, siendo esta última la más horrible de mis acusaciones porque era por carácter un pseudoizquierdista. Me sentía un poco culpable. Pero sobre todo me sentía aliviado.

Los cuentos infantiles tradicionales confirmaron mi intuición de que había obrado bien. Conforme nos hacíamos una familia libresca, me di cuenta de un cambio en los juegos de mis niños.

Representaban los dramas fundamentales de la lucha cósmica, los adornaban, los revisaban, los corregían y los componían con pasmosa ingenuidad. Vi claro entonces que el propósito de los dragones y las hadas en la literatura no es generar superstición sino proteger el alma frente a la superstición. Los niños atravesaban al trote nuestra montaña en los días dorados de otoño, pisando una alfombra amarilla de hojas de álamo, apuñalando las sombras ocultas en el bosque y en las cuevas. Iban armados con arcos y flechas de fabricación casera, con palos de álamo curvados hasta casi romperse con cuerdas de empaquetar, y astas temblorosas recubiertas de plumas de pollo, con un final en punta hecho de piedra. Las espadas se hacían de las ramas cortadas, y los escudos de plata eran las cubiertas de los cubos de basura. Era bueno que tuvieran miedo a los dragones porque, al tener miedo, habían aprendido a superarlo con valentía. Los dragones no pueden ser domesticados y es fatal ponerse a dialogar con ellos.

Esto es lo que los viejos cuentos enseñaron a los niños. Por contraste, los nuevos cuentos apostaban claramente por los derechos fundamentales de los dragones y alimentaban percepciones que no eran sino una neolengua más que antigua. Aún me sorprende cómo Bam y Ziz tomaron ese pseudolenguaje por lo que era. Supongo que era porque los viejos cuentos ya les habían formado el corazón, sin dejar espacio para nuevas invasiones.

Una vez, cuando Ziz tenía alrededor de seis años y Bam ocho, les leí un libro sobre un reino mágico en el mar. En el cuento, dos niños estaban pescando en una barca de remos al lado del muelle de su pueblo, mientras a lo lejos, en el horizonte, una isla volcánica entraba en erupción, expulsando lava. Un enjambre de dragones revoloteaba en torno al cono. Uno de los monstruos vio a los niños, se alejó del resto, cruzó el agua a toda prisa y permaneció a su lado, unos cuantos pies por encima del agua.

Aunque los dos niños del cuento al principio estaban aterrorizados, el dragón les habló en términos muy dulces, usando un idioma llamado la Lengua Antigua. Suavemente, suavemente, el dragón se ganó su confianza y se ofreció como corcel alado.

—Venga, subíos en mí —dijo el dragón—, que soy vuestro sirviente.

Pude apreciar que Bam estaba absolutamente en trance ante esta propuesta. Pero Ziz, levantando un dedo a modo de alerta, prorrumpió:

—Cuidado, Tye, los dragones son unos mentirosos. ¡Siempre mienten! Bam dio una sacudida y sonrió.

—Sí —dijo, con el hechizo ya roto.

Fue curioso ir viendo cómo otros niños se aproximaban a los míos por su calidad como cuentacuentos. Esos pobres niños de pueblo habían sido intoxicados hasta los topes con la nueva fantasía de la televisión y les habían despojado de su propia imaginación. Los poderes natos de la mente habían sido idiotizados y reemplazados por juguetes que eran subproductos de los dibujos animados. No era un mundo subcreado sino un mundo sucedáneo, generado por el ánimo de lucro del mundo empresarial. Este mundo tomaba la imaginación de un niño y se alimentaba de su vida, detrayendo las energías vitales y sustituyéndolas por un apetito hacia los estímulos viscerales propio de los adultos. Así que estaba encantado cuando esos niños venían a jugar y abandonaban

sus juguetes de plástico, siniestros e idiotas, para llegarse uno por uno a nuestra puerta. Yo veía el hambre en sus ojos. Una comunidad de seres inquietos, de buscadores, había nacido en tardes absolutamente normales. Ellos ya sabían que nada es ordinario, y lo que menos, ellos mismos.

Bam sale para mirar la luna. Cierra la puerta tras él y el viento amortigua el sonido de sus quejas. Echo otro leño a la lumbre.

¿Son imaginaciones mías o esa mecedora comenzó a chirriar otra vez, como hace años? Es algo en lo que me reconozco. Me gana. Estoy sentado, meciéndome, meciéndome, y si tuviera ya una Biblia y un gato, me quedaría leyendo el libro y acariciando al animal muchísimo tiempo...

Son las diez. Ziz lucha por mantener los ojos abiertos para acompañar a Frodo a través de los bosques. Con sus pequeños pies de hobbit, camina de lo seguro a lo desconocido. Comprende los peligros de su viaje, con la tentación del poder como uno de los menos desdeñables. Él sería del tamaño de mi hija y no muy distinto en carácter.

—Incluso los hobbits tienen que dormir —le digo a Ziz.

Asiente y cierra las páginas con sonrisa de sueño, y se sube a la camita que está junto a la vieja cama doble en la que tantos Delaneys fueron concebidos y nacieron. Cuando mi abuela vivía, los niños hacíamos turnos para dormir en esa camita de Ziz. Nos encantaba levantarnos pronto para preparar la lumbre para los mayores y sus lentas articulaciones. Conforme pasaban los años, eran nuestros niños los que iban viniendo a pasar muchas noches aquí, escuchando cuentos y ronquidos y el viento bajo los aleros y el chasquido de la leña en la chimenea. Una sinfonía del descanso, imposible de resistir durante los últimos momentos de estado consciente. Siempre te dormías. Ziz se queda dormida en menos de un minuto, y la cubro con la manta.

Bam vuelve a entrar. Se le está poniendo una voz más grave de lo habitual. Ahora es alto y serio, con los hombros más anchos de lo que se podía esperar.

—Papá, me he ido por entre los pinos a espiar la carretera. No había nada salvo el cacharro del señor Thu volviendo a casa.

Puntual como siempre, Matthew Hoang Van Thu vuelve del restaurante chino en el pueblo. Conduce un coche tan absolutamente destrozado que casi no entra en la definición de vehículo a motor. Pero saca la fuerza, pese a todo, para recorrer de ida y vuelta las ocho millas que hay de su casa al pueblo. Matthew es, en cuanto a fama, el último de los cocineros, pero con ese empleo saca a su mujer y a sus hijos adelante. Es vietnamita. Es mi amigo.

—¿Te ha visto?

—No.

—Bien.

Mejor estar seguros, creo. Chequeo mi paranoiómetro y veo que registra un bajo nivel de actividad. Aun así, tras lo que ha pasado últimamente, me pregunto si me puedo fiar de alguien.

—¿Adónde vamos a ir?

—No sé nada seguro todavía. No podemos volver a casa. Y no podemos quedarnos aquí. No entiendo por qué no podemos simplemente volver a casa y aclararlo todo.

—¡Si no nos creen —protesta—, podríamos pasar el detector de mentiras o el test ese de las manchas y todo eso!

¡Ah, Horno sapiens psychologus! Qué trabajo hizo con él la escuela. Puede que nos lleve años deshacer lo que han podido hacer en tan poco tiempo.

Le explico la situación en detalle y él me escucha con detenimiento. Este chico está creciendo, y lo agradezco. Le llaman la atención los pormenores sobre los agentes de la Seguridad del Estado, lo cual no deja de ser una indicación de que ha empezado a pensar por sí mismo. Considero la posibilidad de desvelarle el nombre de Maurice. Al final no se lo digo porque quién sabe lo que va a pasar en este siglo retorcido. Sí le explico, sin embargo, que un alto cargo de la administración me ha prevenido de que nuestras vidas están en peligro por razones de política y no de sexo. La acusación por motivos de sexo fue un ardid para retener a los niños hasta que todos cayéramos en su trampa.

Bam se muestra aliviado. Mejor que te maten por tus ideas, piensa él, que por cosas «guarras», como él dice. Eso sería horriblemente embarazoso. Y, cuando eres adolescente, es mejor la muerte que pasar vergüenza.

Al final se queda dormido en la vieja cama doble. Y yo me quedo despierto, meciéndome, meciéndome, mirando la luz que hay en la oscuridad. Porque el mundo se está volviendo oscuro.

18 de enero, 11 de la noche

La cabaña está en silencio. Tiempo para pensar —pero mi mente está alborotada.

¿Qué está pasando en el mundo? Vivimos en distintos niveles. Lo físico, lo intelectual, lo emocional, lo social. Todo puede volverse muy confuso. Te arrojan al mar y luego te piden que le encuentres un sentido a eso. Vas nadando del nacimiento a la muerte y nunca ves tierra firme. La mayor parte de nosotros abandonamos la búsqueda. Ya los medios nos dan la respuesta y nos quitan el dolor, ¿no? Sólo los criminales, los poderosos y los santos siguen buscando. Ellos hacen las preguntas verdaderas y consiguen respuestas diferentes. ¿Dónde queda ante eso la gente como yo? Bien, de cuando en cuando, la gente como yo se hunde. Nos ahogamos sin hacer ruido entre las aguas, y luego nos vamos sumergiendo sin una palabra de protesta.

Muy bien, Tan, ya es la hora. No más mantenerse a flote. Hay que remar porque hay algo en el abismo que no te quiere —que te quiere comer. Que se quiere comer a Bam y a Lizzy.

Me choca otra vez lo absurdo de todo. ¿Esto está pasando de verdad? Ay. Sí. Está pasando de verdad.

Dejo el bolígrafo y me masajeo la cara.

Toda la tarde ha sido una locura. Hay millones y millones de personas ahí fuera mirando la televisión y pensando que todo va bien. Un tipo como yo cae hasta el fondo y nadie se pregunta por qué. La gente está cayendo hasta el fondo cada día, se dicen, éste es uno más. ¿Bien, no? Además, soy un sociópata.

Tengo miedo.

Estoy cansadísimo. Necesito dormir. Pero anotar los pensamientos ayuda a mantener a raya el pánico. Analizar y articular las situaciones genera la ilusión de que uno, de alguna manera, está trascendiendo el caos. Tomo la pluma de nuevo. ¿Cómo debo llamar a estos borrones?

¿Diario mnemotécnico? No, nadie podrá recordar qué significa esta palabra, y ni siquiera pronunciarla.

¿Notas de combate para la guerra cultural? Un poco pretencioso.

¿Samizdat [Samizdat era el nombre dado genéricamente en los países del Este a la literatura

prohibida por los regímenes comunistas.]del Oeste? También pretencioso.

¿Examen de conciencia? Demasiado religioso.

¿El correo de la paranoia? Real pero despectivo.

¿Metafísica de la desolación: una búsqueda oximorónica? Hum, tentador...

¿Diario de la peste?

Caramba, me gusta cómo suena éste. Sí, un diario del año de la peste. Una peste sociopolítica grabada para la posteridad en un flujo de conciencia en tres dimensiones. Seré el Defoe de nuestros días.

Tal vez debiera embellecerlo con uno de esos subtítulos que ponen ahora:

Diario de la peste: un oráculo de avisos, donde se da noticia de Extraordinarios Acontecimientos que ocurren cuando termina una época. Se incluye un mosaico de notas, cartas, recortes de periódico, billetes de avión, diálogos didácticos, confesiones, poemas, bromas y lamentos —en resumen, pensamientos constructivos y destructivos, para un mejor Examen Personal.

En la parte posterior, podríamos poner la exención de responsabilidad del editor:

«El lector accidental y el lector eventual pueden encontrar datos de interés entre las cubiertas de este pequeño volumen, aun cuando no todas las entradas sean de igual mérito, pues se trata de un compendio el especialista. Aunque queda clara su deuda con su gran antecesor, el Diario del Año de la Peste, de Defoe, tan admirado por el autor de este volumen, el libro no busca ni la coherencia estilística ni la permanencia literaria. Fue escrito con precipitación y en circunstancias de estrés. De hecho, hay pruebas de la confusión mental del autor al reparar en los distintos títulos posibles que barajó. Aun cuando, por razones obvias, han sido descartados, se incluyen aquí para mayor precisión documental».

Sigue escribiendo, compañero. No tiene por qué ser bonito ni estar bien pulido. Ya más tarde tendrás tiempo para recortar las rimas entre participios, podar los gerundios o asegurar las preposiciones. Lo que llene estas páginas ha de quedar esbozado. Pero está bien así. Cuando todo se calme, podemos volver a la dignidad autoral, tanto a mis propios ojos como a los del hipotético lector.

Espero.

Vuelvo y vuelvo al último año en mi cabeza, buscando pistas, indicaciones. Las breves entradas del diario ofrecen sólo pruebas circunstanciales de que algo raro está a punto de pasar. ¡Ayúdame, memoria, materia gris, saca lo que llevas dentro! Y, mientras lo sacas, ve guardando cada detalle de lo que está sucediendo. Recuerda, procesa, almacena para cuando escapemos de la situación a vida o muerte y tenga tiempo para escribir un tomo bien razonado de crítica social.

Espero.

Mientras tanto, me pregunto si esta lucha a vida o muerte me hará un hombre mejor. ¿O, como decía Peter Stanford, terminaré por mirarme un día al espejo y encontrar la mirada de un extraño? Ojalá que no. El instinto de supervivencia es una válvula de presión, una manera de evitar el derrumbe interior, pero le puede dejar a uno rastros en la personalidad. Rastros negativos.

El viejo Stephen, mi abuelo irlandés, llegó a este valle a comienzos de siglo. Escapaba de

algunos problemas en Irlanda. «Maté a un hombre», me dijo. En su edad anciana, nos pedía que le llamáramos Stiofain, su nombre verdadero, el que le habían puesto al nacer. Se casó con Annie, mi abuela, una sufragista con corazón de aventurera y deseos de realidad, de belleza, de aventura. También ella había sido una exiliada, un alma huida de la mansa Inglaterra de su juventud. Había sido criada en una familia New Age ilustrada, de fabianos, socialistas y revolucionarios sin revolución. Muy pronto reconoció el aire rancio de esa concepción social y escapó. Durante la última guerra mundial compró The Echo y lo dirigió durante más de treinta años. Siempre fue una solitaria, una intelectual con nadie con quien hablar salvo en palabras que Stiofain pudiera comprender. Él era tan profundo como ella, más incluso, pero no era un racionalista. Era un místico, educado conforme a los parámetros tradicionales irlandeses, el tipo de católico que iría a la horca antes que abjurar de un crucifijo. Murió en la cama en la que ahora duerme Bam. Pasó a mejor vida bien cumplidos los noventa años, y casi todo el mundo le tomaba por tonto. Pero yo lo conocía mejor. Pasé muchas horas preguntándole sobre cualquier cosa, del cosmos a las botas de montar, y tenía una respuesta para todo. Pero había que preguntarle. La abuela, por su lado, siempre estaba a punto con sus análisis, preguntara uno o no. Componían un matrimonio muy extraño que, de alguna manera, funcionó.

Eran como dos ojos, estos dos raros y viejos exiliados. Con sus dos maneras de ver, me dieron una visión del mundo. Paulatinamente, me fui dando cuenta de que la mayor parte de la gente sólo tiene un ojo. La persona con un ojo y la persona con dos ojos pueden describir el mismo objeto palabra por palabra, pero la dimensión invisible de la profundidad no la tiene el primero, y es al segundo al que yo querría ver conduciendo un coche en una ciudad atascada.

¡Quién pudiera pasar cinco minutos con esos curiosos extraños! ¡Tener la Biblia y un gato! Echo otro leño al fuego.

Doy vueltas, revolviendo en armarios y cajoneras, buscando un recuerdo de su presencia. Cuando abro el armario de la limpieza, me encuentro una hoja amarillenta de papel pegada con celo por la parte de dentro de la puerta. Es uno de mis artículos de The Echo. El abuelo había decidido guardarlo. Debe de haber pensado que era muy bueno. Soy un egomaniaco.

¡AVE A LA NUEVA CULTURA SALVADORA!

por Nathaniel Delaney

(de la columna «El rincón del cascarrabias» en The Swiftcreek Echo)

Me gustaría aplaudir los esfuerzos del departamento de arte del Instituto de Swiftcreek por patrocinar la exposición de esta semana, «Arte para la Nueva Edad», exposición que, según me cuentan, muestra el trabajo de estudiantes de todo el valle. He encontrado muy significativo el común espectro de intereses entre nuestros jóvenes. Conté trece representaciones de estrellas del rock, cinco personajes de dibujos animados, seis símbolos ocultistas, ocho escenas de filmes de terror de amplia circulación, cuatro imágenes de los nuevos helicópteros de la Seguridad del Estado en acción (imágenes ejecutadas primorosamente por los niños), once carteles de alerta sobre daños ecológicos, diecisiete obras surrealistas y abstractas y, por último, un encantador cuadrado de cuatro caballos al galope. Pensé que esta obra merecía el primer premio, el segundo y el tercero. Quedé contrariado al ver que no recibía ni una mención de honor, asunto que me ha llevado a expresar unos

cuantos pensamientos en torno a la cultura.

Estamos familiarizados con las escenas grotescas de represión comunes en las tiranías: estos tiempos han estado llenos de ellas. Fotografías de tanques de la KGB arramblando con una exhibición de pintura en un parque de Moscú. O un poeta que balbucea en su juicio-farsa, con la mente alterada por las drogas recetadas por cortesía de un hospital estatal. Nos acordamos también de las quemas de libros en el Berlín de Hitler o la humillación y expulsión de Solzhenitsyn. La lista es interminable, pero palidece contra el fondo de un siglo de brutalidad sin precedentes. En Occidente hemos llegado casi al punto de estar ahitos, con una cierta narcolepsia infligida por la observación pasiva por televisión de constantes flujos de horror. La visión propiciada por la técnica nos ha dado un conocimiento inmediato de sucesos muy distantes, pero al precio de mantener una relación esquizoide con el mundo y caer en una apatía acumulativa. La crisis es ya una forma de arte. Y, sobre todo, un entretenimiento.

La riada de refugiados venidos a Occidente desde los antiguos países comunistas de la Europa del Este nos ha devuelto, sin embargo, a la realidad del sufrimiento. El poeta drogado no es sólo un personaje trágico en una obra vagamente ideológica. Es un hermano que llora y sangra ante nuestra puerta. Muchas víctimas lograron escapar de la red y llegaron a la tierra de la libertad en un estado de euforia, hablando de su sufrimiento en términos reales, en un lenguaje apenas comprensible ya para el hombre occidental. Estaban emocionados por la perspectiva de que quizá, después de todo, no murieran y, en cambio, pudiesen vivir y sacar rendimiento a sus talentos. Por eso es clamoroso que, poco después de su llegada, tantos de ellos hayan experimentado un desengaño radical. Los diversos artistas refugiados que conozco han manifestado todos su desaliento ante las condiciones vistas en su nuevo hogar.

—En Moscú sufríamos —decía un pintor—. Nos estábamos muriendo, pasábamos hambre, pero los artistas nos amábamos los unos a los otros. Mirábamos el trabajo del otro y lo entendíamos.

—Odio tu país —decía otro—. Allí nos matan, pero aquí matan el corazón. Ya estás muerto. ¡Sois un pueblo de muertos!

Esto lo afirmaba un antiguo profesor del Instituto de Arte de Moscú, un hombre perseguido por el KGB, con la mitad de sus amigos muertos o desaparecidos. En estas duras palabras había una emoción violenta y compleja, una reacción que sólo desdeñaremos para nuestro mal. Estaba dando voz a lo que sienten la mayor parte de artistas exiliados que conozco: todos sienten que las gentes de Occidente se han vuelto incapaces de comprender lo que se les dice. Oímos sin escuchar, vemos sin mirar. No es que el pintor emigrado presente unas imágenes demasiado esotéricas al entendimiento, ni tampoco está limitado por una experiencia provinciana. Al contrario, su sufrimiento le ha permitido romper hacia la percepción de las verdades universales, objeto e idioma perennes del arte. El norteamericano de hoy, simplemente, no tiene tiempo, ni gusto ni dotes para leer correctamente el rostro de la realidad.

En febrero del año pasado, este director tuvo la suerte de encontrarse en París para llevar a cabo unos trabajos de escritura. Allí pude ir a una fascinante exposición de cerca de quinientas obras de arte —de distintos artistas—, traídas de la antigua Alemania del Este

por el ministerio de Cultura francés. En un cuadro muy representativo y típico, una mujer viva aparecía cubierta de sangre de ganado; junto a ella, un hombre representaba una castración fingida con una motosierra. Había desnudez y carnicería por todas partes, y aunque la exposición ponía los pelos de punta y daba náuseas, no era el suceso artístico más radical que se ha dado en estos últimos años. Sin embargo, se le dio mucha publicidad, como mensaje sociopolítico de mucha hondura:

—Nadie en Occidente puede entender lo que hemos pasado —afirmaba la artista de action painting Heidi Haftmann—. Hay mucha carnicería en nuestro pasado, y la hemos internalizado —explicaba—. Ahora es el tiempo de la catarsis: esto es arte-vómito, la purga de una época.

Los temas abrumadoramente pesimistas de la muestra conseguían, en efecto, ser espejo de la desolación del hombre moderno. La preocupación por el estilo sobre el contenido, el uso del horror como medio predilecto, la obsesión consciente con la transgresión de las normas artísticas: todo indica los efectos a largo plazo de la supresión. La persecución del «arte degenerado» por un Estado degenerado simplemente ha dado legitimidad y heroísmo a la degeneración cultural. Una forma de revolución ha sido cambiada por otra, y la degeneración en sí es ya la norma.

Es importante subrayar que la preocupación por el absurdo, la violencia y la muerte no es propia tan sólo de artistas oprimidos por sus gobiernos. Es algo generalizado en todas las sociedades occidentales al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Con la caída o el declive de sistemas abiertamente tiránicos no debemos asumir que el hombre volverá a crear obras de arte devueltas a un sentido de belleza, verdad y bien. Puede ocurrir lo contrario, si la exhibición de artistas de la antigua RDA es buen indicador. El foco de la revolución puede estar pasando de la esfera política exterior a la dimensión interna, a lomos de la cultura como vehículo. De esta manera, puede llegar al alma del hombre de un modo inalcanzable para los regímenes violentos que, al alienar a la ciudadanía, también la ponen en guardia. La revolución más efectiva es la que se presenta como liberación. La cultura de la negación, que tardó cuarenta años en dar fruto bajo la presión de los dictadores, ha evolucionado de modo imperceptible y eficiente en los regímenes democráticos, donde ha habido muy poca presión que nos pudiera poner en guardia ante la constatación de que lo peor está pasando. Ante nuestra propia sorpresa e incredulidad, constatamos sin embargo que el enemigo no es esta o aquella otra tiranía sino una redefinición en el concepto de persona.

Como resultado del efecto de arrasamiento que hallamos en la nueva cultura global, el hombre occidental, y ahora también el hombre del Este, ha roto vínculos de sumisión, no sólo con la tiranía, sino también con la autoridad legítima. Ahora debe asentarse en su propio paisaje existencial, en su mundo aparentemente real, en busca de su propio rostro perdido. En realidad, todos los aspectos de su existencia se ven reducidos al nivel de la contingencia, el mero accidente, el absurdo. Cada vez tiene que alcanzar más y más poder para asegurarse de que sigue siendo real. Pensándose libre, es en realidad la víctima más trágica del espíritu del totalitarismo global.

Este hombre nuevo suspira por la decadencia de Occidente como si nuestros juguetes y nuestras drogas fuesen iconos de libertad. ¿Ha sido liberado de un comunismo austero y perversamente moralizante para ser como nosotros, amoral, dedicado a sus propios apetitos,

incapaz de producir una obra artística o literaria duradera?

[Nota: ésta es la única vez que intervengo en el diario de Delaney, pero es porque pienso que debería decir que este artículo causó mucho más resentimiento en el valle que cualquier otro escrito por este hombre. La gente se sintió realmente insultada. Había que consultar el diccionario para leer el texto, algo ridículo en un periódico como The Echo. La mayor parte de la gente no lo captó, y creo que yo tampoco. Tanya, nuestra hija mayor, pintó el cuadro de los caballos al galope. Era el mejor de la exposición. En eso, el hombre tenía razón. — Frank McConnell.]

Pego el recorte de prensa en este diario de la peste para meditar sobre él. Nada como meditar sobre tus propias meditaciones para provocar un caso clásico de soberbia, ¿verdad? Ay...

Sigo revoloteando, aquí y allá. De pronto, descubro el muy baqueteado ejemplar de la Imitación de Cristo que tenía el abuelo. ¡Menudo yacimiento arqueológico es esta casa! Paso las hojas del libro y se cae un folio al suelo. Es una carta.

Es una carta mía al abuelo Stiofain, de hace ocho años. Ni siquiera me acuerdo de haberla escrito. Voy a colgarla aquí con el resto de las cosas.

Querido abuelo:

Gracias por pasarte ayer noche por aquí. Tus palabras de ánimo han significado mucho para mí. Tengo en mucho lo que dijiste acerca de que rezas por mí y por Maya. Pero, por favor, me parece que es bobo por tu parte «ofrecer cosas» por nosotros. Y no hables más de esas tonterías de hacer ayuno. Espero no te saltes ni una comida por nosotros. No a tu edad. Y no por nosotros.

Sí, todo es un lío. Un auténtico lío. Y sí, estoy preocupado, pero no tan preocupado. Maya está enfadadísima conmigo, y quién puede echarle la culpa. De cuando en cuando me llama y dice dónde están ella y el bebé. Estoy seguro de que están bien. Siempre ha sabido cuidarse. Echo de menos locamente a Arrow. Los niños siguen muy tristes. Intentan que rece, pero le he perdido el gusto.

¿Dónde demonios está Dios cuando le necesitas? Perdona que hiera tus sentimientos, abuelo, pero a veces me pregunto si todo lo de la religión no es más que un tipo de placebo. [En el margen, con la letra temblorosa de mi abuelo, hay una definición de «placebo» cogida del diccionario].

Para responder a tu pregunta: sí, he dejado de ir a Misa. Para responder a tu otra pregunta: sí, puedes venir los domingos por la mañana y llevártelos a la iglesia, mientras ellos quieran ir. Le dije a Paul Blackwell que soldara el eje roto de tu carro. Le he pagado cuarenta dólares por adelantado, así que no permitas que te pida más. Abuelo... ¿cuándo vas a aprender a conducir un coche?

Sé que te molesta que me eche atrás, que me vuelva un mal católico. Pero quizá siempre haya sido un mal católico. Intento no preocuparme por mí. Todo irá bien al final. Hablo con Dios. Créeme que hablo.

Esta mañana, Bam vino a mi cama y me dijo que había tenido un sueño. En el sueño, él está subiéndose una montaña muy empinada, entre ríos llenos de lava líquida a cada uno de sus lados. La senda se hace cada vez más y más cuesta arriba cuando ve sobre él, sentado en el

pico de la montaña, a su mejor amigo, el mono de peluche Capitán Coco. Coco le hace gestos de saludo, le dice que es fácil, que puede hacerlo, que siga caminando. Pero él cae y vuelve a caer (Bam, claro, no Coco), cae hacia uno de los ríos de lava. Bam me ha dicho con gran contento que se ha despertado justo antes de caer al cauce.

No estoy seguro de si me preocupa más el mal sueño o la alegría al despertar.

Cuando cogió la ruta del colegio, tuve que quedarme cuidando a Zizzy todo el día porque la canguro tiene gripe. Puse la radio con música celta (Los Chieftains: lo aprobarías). Música muy rápida y con capacidad de encanto. Zizzy se pega a mis pies y en su lenguaje infantil me ordena bailar. Así que papá en pijama y la niña en camisón, con un pañal bien cargado, comienzan a bailar mientras fuera se forma una tormenta. Nos reímos juntos como nunca nos hemos reído. Su cara irradia felicidad. Es una buena bailarina, con música en la sangre —tus genes irlandeses, sin duda. Estoy en el salón y de pronto me doy cuenta de que su pequeño cuerpecito está tan lleno de códigos que toda ella parece un tipo de palabra: quizás una palabra de Dios. Y quizás ésa sea la única liturgia que yo ahora puedo entender. Es tan fuerte y tan feliz, pese al mundo que se derrumba alrededor de ella, que sólo puedo mirarla con fascinación. A saltos por el aire, da forma a la música que duerme en cada cosa, esperando ser liberada. Ella libera la música y, en su inocencia, no sabe lo que ha hecho y por eso mismo es más fuerte. ¿Le está hablando Dios a mi viejo y cansado corazón? ¿Me está diciendo: «Mira, estúpido, ¿no lo coges? Ella es tan maravillosa como una galaxia. No tienes nada que temer. Si yo he podido darle vida, es que no hay nada que no pueda hacer»? «Así que baila», me dice: «¡Baila!».

Así que hemos bailado y reído juntos. Ahora que te escribo, me doy cuenta de que estás en tu mecedora, junto a la chimenea, a sólo unas millas de aquí. Pero me es más fácil escribir las cosas sobre el papel. Ya han dado las ocho y media de la noche. Bam está haciendo puzzles en la mesa del salón con el cepillo de dientes en la boca. Zizzy duerme en su cuna. Yo estoy aquí sentad intentando captar esta pequeña teofanía para enviártela. Sé que es inútil. Bobo de mí, devoto incurable del culto de la prosa. Las palabras siempre se quedan cortas, la oscuridad echa su manto sobre nuestras almas cansadas, y caemos de nuestra montaña a un sueño inquieto, sólo para despertar a un nuevo día.

Te reservo la parte de la alegría del sueño. ¿Puedes venir a comer el domingo? Con el amor de

TAN

Leo y releo la carta. Es doloroso. El espíritu de las Navidades pasadas, como en la novelita de Dickens. Bobo de mí.

Hay más cosas en la casa. Cajas con los diarios de Anne, las notas y devocionarios de Stiofain. Los tíos y las tías se han puesto de acuerdo en dejarlo todo como está hasta la reunión familiar del próximo verano. Entonces dividiremos los restos. Hay poco que repartir que tenga valor real. La tierra es pobre. La casa se hizo a mano y sólo tiene un dormitorio, un salón con cocina, y una despensa. Hay una escopeta colgada sobre la puerta que parece datar de la época de la batalla de Culloden, pero en realidad es una 303 con la inscripción «George V Rex» grabada en

la culata. Ha matado ciervos y alemanes, y posiblemente irlandeses, pues es del Ejército inglés y el arma fue comprada por mi abuelo en los años treinta para protegerse de los osos.

El único objeto que codicio en la casa es la cruz de piedra. Hace años, en el gran incendio que asoló el valle, me refugié en una cueva en esta misma montaña. Había algo conmigo en la cueva esa noche y tuve que luchar con ello hasta la mañana. Casi me devora. No lograba adivinar la forma concreta y la lucha no podía ser cuerpo a cuerpo. Era un animal, pero un animal sin forma, aunque capaz de penetrar en mi alma. Por poco no me destruye. Justo antes de mi ascensión, había rescatado algunas cosas del incendio. La casa de mi abuelo, la que había aquí mismo antes del incendio, estaba a punto de ser quemada. Cogí la cruz y los diarios y algunos libros y los metí en la mochila que llevaba. Más tarde, esa misma noche, mi mano topó con la cruz de piedra mientras luchaba con esa presencia en la cueva. Sólo cuando alzaba la cruz contra ella como si fuera una espada, el bicho se retiraba y yo hallaba el valor de rechazar sus sugerencias.

La cruz había sido recogida del suelo de una cueva en Irlanda en otra mala noche en las crónicas del siglo. La leyenda familiar decía que había sido esculpida por un santo y enterrada por mil años. Mi bisabuelo la recogió y sangró sobre ella el día en que le disparó un soldado inglés. Se la dio en herencia a mi abuelo Stiofain, que la veneraba. Pero su hijo, mi propio padre, no la quiso, por no ser una persona sentimental ni religiosa ni con gusto por las cosas antiguas. Yo, en cambio, soy las tres cosas. La tuve entre mis manos en la noche del incendio y, no mucho después, se la devolví a Stiofain, su legítimo dueño. Pero a él no le importaba el paso del tiempo y tampoco daba relevancia a su propia muerte. Así que no dejó testamento y yo nunca tuve la avaricia o el coraje de pedirle ese pedazo de piedra que tanto significaba para mí.

La descuelgo del muro donde ha estado colgada durante años y años, sobre los grabados sensibleros con imágenes de santos. La cruz no es en absoluto sentimental, al contrario de estas imágenes pseudoreligiosas que, pese a su mediocridad, todavía logran emocionar el corazón de Stiofain. No, la cruz tiene una forma visible que concuerda con su mensaje: es austera, oscura y hermosa. Es una paradoja inscrita en la historia. Es una maravilla el solo hecho de mirarla, pues el que la esculpió estaba dotado de arte y también de fe. Tiene marcas, está picada y manchada de recuerdos. Sobre la rueda celta, sobre los brazos de la cruz, está escrita la palabra latina Veritas. Verdad.

Sigo balanceándome en la mecedora. Qué mal católico soy. Qué estúpido soy. El dolor me estalla dentro. Intento no llorar. Cojo la cruz entre mis manos y la miro. Es una palabra musitada a través de los siglos, uniendo a Aquel que la dijo y al que la escucha ahora. ¿Cuántas generaciones han mirado este objeto, lo han abrazado, bendecido, impartido bendiciones con él, rezado con él o hecho votos ante él? ¿Le importará mucho a la familia si lo tomo prestado para nuestra huida? Creo que no.

Stiofain, padre de mi espíritu, ¿qué hago? Estoy siendo perseguido por mi propio pueblo. Me he convertido en un enemigo de la nación. ¿A dónde voy? ¿En quién confío? ¿Dónde hay un alma libre de la infección ambiental?

¡Háblame, abuelo...! Háblame desde el océano de tu silencio. Chasquidos del fuego. El viento sobre la casa. Silencio. Estoy solo al final de una era.

—No los odies —me dijo una vez, cuando era pequeño y estaba rabioso por una injusticia (sí, ya era un pequeño cascarrabias).

—Tan —me dijo—, no sólo estás enfadado con sus ideas tontas. También estás enfadado con

ellos. Ten cuidado, muchacho, o terminarás odiándolos.

—Los odio, abuelo. No los puedo ni ver, a esos estúpidos mentirosos.

Cómo quedó de dolorido ese día el abuelo. Se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Si los odias, te harás como ellos, y quizá peor que ellos, por muchas cosas que creas haber hecho bien.

Había menospreciado las palabras de un hombre al que consideraba acabado y demasiado amable para tener valor. Había olvidado que Stiofain había aprendido sus lecciones por las malas. Había visto cómo mataban a su padre; también él había matado. Y yo iba a tener que aprender muchas lecciones por las malas. Ahora sé algunas cosas que entonces no sabía.

Mañana pensaré en cuestiones prácticas. Hoy sólo intento ver claro. Y lo que veo es esto: no hay espacio en el mundo. Es un lugar cada vez más sofocante. O nos modelan como quieren o nos fuerzan a adoptar formas peregrinas en nuestra huida. No deben hacerme adoptar esas formas peregrinas sin el pensamiento, sin el recuerdo de quién soy.

Mañana intentaré llamar a mi padre por teléfono. No le gusto mucho y no le gustaba mucho lo que defendía mi periódico, pero soy su hijo. Nos ayudará o, al menos, nos esconderá. Si puedo llegar a casa de Thu y llamarle, tal vez papá venga de Prince George para sacarnos de aquí. Todavía debe de haber un millón de sitios fuera de sus escáner y sus radares. Encontraremos uno y esperaremos a que pase la tormenta.

Ahora duermo.

Hay un árbol viejo en el jardín. Los niños duermen a su sombra. El ciervo blanco da vueltas a su lado, protegiéndolos.

La serpiente ruge y se repliega para atacar. Los niños se despiertan entre lloros y gritos. El ciervo hunde sus pezuñas en el suelo mientras la bestia se balancea de adelante hacia atrás, rompiendo el aire con sus colmillos. Se inclina ahora para preparar su ataque mortal.

El ciervo lo rechaza, pero su capa blanca está ahora teñida de rojo. Sangra copiosamente. Tiene los ojos dorados. Llenos de fuego. Agacha su testuz y golpea de modo inesperado a la bestia con toda su cornamenta. La bestia se retrae, su maldad ardiendo sin llama.

Todo es mío, dice la bestia. También éstos son míos. Los tendré.

—Nada es tuyo —contesta el ciervo, manteniéndola lejos con los cuernos—. Nada es tuyo porque querías tenerlo todo, ser dominadora de todo, destruir cuanto quisieras.

Es mi arte, dice la bestia.

—No creas nada —contesta el ciervo—. Sólo has aprendido a romper, a corromper, a arrasar.

Los enseño a romper y a corromper y a arrasar mientras ellos piensan que están creando. Es mi mayor destreza. Voy a donde quiero y hago lo quiero.

—Sólo por un tiempo.

Al devorarlos, te destruiré a ti también.

—No lo harás.

Me despierto sudando, jadeando del sueño. Quiero llorar pero no puedo. Soy un hombre adulto. Los niños aún duermen. La noche se termina.

Tengo miedo.

CUATRO

19 de enero, temprano

Los niños aún duermen. La razón y la sinrazón giran y giran en esta cabeza mía tan deteriorada. He encontrado una resma de papel de cartas en una caja en el armario. Es de la abuela, sin duda, de cuando dirigía The Echo. Usaré alguna hoja en este diario de la peste. Anoche intenté copiar al diario el contenido de un archivo mental en rápida expansión titulado «La gran aventura de Delaney». El material está ahí, sí, en el subconsciente, pero estaba demasiado cansado para sacarle buen rendimiento. Todo lo que de momento puedo aportar son unas cuantas entradas a la carrera. Cuando todo esté terminado, empezaré el proceso de recuperación de archivos. ¿Cuántos gigas caben en un cerebro humano normal? Intentaré ponerlo todo por escrito para publicarlo algún día, o al menos para que circule de mano en mano si la publicación ya no es posible. Si mis perseguidores se salen con la suya al erradicar la narración real de la historia —en el sentido orwelliano—, entonces podrán recrear el mundo del futuro según su ideario atrofiado. Debo dejar una huella. Si mil fugitivos dejan fragmentos suficientes, tal vez llegue un tiempo en el futuro en que el mundo pueda ser reconstruido.

Me levanto al amanecer y abro cortinas y ventanas. La luz dorada entra por los cristales. El descanso me ha apaciguado un poco el ánimo. Por fuera, el campo parece no haber sido pisado desde tiempos de los indios. Nuestras huellas se borraron.

La lumbre de la noche es un cuento lento, contado por un hombre anciano en susurros, cuesta abajo hacia el sueño. Es una meditación. La lumbre de la mañana es joven, chispeante, honesta, atareada con la cocina, con calentar la casa helada y convencer a todos sus ocupantes de las bondades de levantarse. Chisporrotea ruidosamente en la chimenea.

Encuentro una lata de bacon en la despensa y también una caja de huevo deshidratado. También hay cebollas secas. En unos pocos minutos tengo ante mí una tortilla caliente y un café que me entona. Es el único vicio que me queda, su aroma exótico. Esto y mi tendencia a predicar, claro.

Ziz todavía duerme, después de su aventura lectora de por la noche. Son las nueve. Todos nos hemos quedado dormidos. El tiempo es flexible y perezoso al levantarnos. Bam estira los músculos y mira por la ventana.

De pronto, se queda rígido y me hace señas para que me acerque.

—Papá. Creo que nos han encontrado.

Sí. Justo ahí, cruzando el prado de arriba, hay una persona con algo que parece un arma. Se ha

quedado quieto y contempla la casa. ¡El humo de la chimenea! Nos apartamos de la ventana.

Es raro. Si estuvieran buscándonos aquí, ¿se habrían puesto a cruzar el prado abierto por su parte más visible?

Bam vuelve a mirar.

—¡Heeey! —grita. Mientras yo miro con todo cuidado por la ventana, él se calza las botas y sale por la puerta de un salto.

—¡Bam, vuelve aquí ahora mismo!

Pero ya es demasiado tarde. El chico le sigue gritando a quienquiera que esté ahí, y le devuelve el saludo, blandiendo el arma. Se encuentran en la mitad de la colina. Les veo darse unas palmadas en la espalda y hablar en voz alta. Demasiado alta.

—¡Ven aquí ahora mismo! —le grito enfadado. Los dos llegan corriendo, riéndose.

Es el hijo mayor de Hoang Van Thu, Anthony. Sonríe de oreja a oreja y sus ojos negros brillan como ágatas. Tiene diecisiete años y es apuesto como un príncipe elfo.

—Señor Natano, Tie-lore agarrar frío. Él debe venir dentro. No llevar ropa.

—Tienes toda la razón, Anthony.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, bromeando y bebiendo café. Anthony toma un ligero desayuno con nosotros. Luego Ziz se levanta, asoma los pies por la puerta del dormitorio, frotándose los ojos. Inclina el cuerpo y saluda al príncipe elfo.

—Hola, Anthony.

—Hola, Sis.

Anthony lo encuentra todo siempre divertido, pero es muy educado con sus modales. Pronuncia nuestros nombres con cuidado, ya que no con todo acierto. Está de permanente buen humor y es un gran trabajador. Hace mucho tiempo que me hizo comprobar que no todos los adolescentes son unos vagos. A veces le pago para que ayude a Tyler a cortar leña o a podar el arbusto que hay tras la casa. Yo no tengo tiempo para hacerlo. Le pago a él sobre todo por el buen ejemplo que da a mi hijo.

Ziz no es mucho más baja que Anthony. Está enamorada al modo preadolescente de Anthony — la mayor parte del tiempo. Hoy todavía se está despertando. Desayuna como un cosaco. Bam come aún más. Yo tomo más café y galletas con mermelada. Otra comida memorable. Todo tiene un gusto espléndido y la luz de la ventana es una maravilla. Enciendo mi pipa y la fumo en la mecedora. Deberíamos ser fugitivos por lo menos una vez al mes.

—¿Cómo es que sales tan pronto? —le pregunto a nuestro visitante. Su gesto se vuelve irreprochablemente cortés.

—Estoy cazando conejos, señor Natano. Pienso éste ser quizá buen lugar para encontrar alguno. Veo muchos coches en la carretera anoche y esta mañana.

—¿Coches?

—Sí, coches.

—¿Qué tipo de coches?

—Coches grises con un círculo verde.

Los coches de la policía son moteados, y los de otros departamentos tienen colores brillantes. Estos coches me suenan a nuevo. Posiblemente sean de la Seguridad del Estado.

—Dos hombres paran en nuestra casa y preguntan a padre y madre algunas cosas. Anthony me mira muy seriamente. Con gran significación en su voz, me dice:

—Quieren encontrar a usted, señor Natano.

Las conversaciones con la familia Thu son por lo general creaciones maravillosamente complicadas de género oriental, llenas de belleza y forma. Exquisitas. Llegadas de una experiencia y un concepto muy distintos de lo que es el tiempo.

—Estos hombres nos hablan amables. Pero madre mira a sus ojos. Dice ser hombres malos.

—Deben de ser algún tipo de policía —digo yo.

—Madre ve en las almas de la gente, señor Natano. Nadie capaz de engañar a ella. Regalo de Dios. Intentamos engañar a madre. Un día mi padre enseña a ella fotografías del jefe de comunistas. Madre no lee diarios. No conoce a ese hombre. Parece buen hombre en fotografía. Habla al Papa en la fotografía. Mi padre dice, el hombre es amigo del Papa. Intenta engañar a ella.

Anthony se ríe.

—Oh, madre es muy, muy lista. Mira la fotografía. Dice no, este hombre es muy malo. Mira al Papa a los ojos. Dice, el Papa sabe que él es malo. Quiere acercar a él a Dios. Mi padre ríe. Nadie capaz de engañar a ella.

Asentadas las credenciales de su madre, se queda callado. —Anthony, esa gente que fue a haceros preguntas, ¿se marchó ya?

—Sí. Anoche. Pero vienen otra vez hoy pronto. Dicen que usted hizo un gran delito. Dicen que usted va a la cárcel y después a juicio. Ya están fuera. Padre me dice, Anthony, tú vas hoy a cazar conejos todo el día. Yo no entiendo a padre pero ahora le entiendo.

Yo también le entiendo. Gracias, Matthew. Gracias, Anthony.

El chico se bebe el café con la cabeza casi rozando la mesa. Quizá sea una costumbre oriental.

Su espalda es un arco. Sólo es una o dos pulgadas más alto que Bam, pero es un hombre en miniatura, perfectamente proporcionado, mientras que Bam todavía es un niño. Los hombros de Bam trazan una línea baja salvo que tenga que mostrar valor o impresionar a alguien. Pero Anthony no cambia su forma esencial. Nunca se contrae. Sin embargo, cuando ocasionalmente se arquea o se inclina, da la sensación de ser un pequeño guerrero valiente que hace un gesto de humildad. Aún lleva la escopeta a la espalda. Es un calibre 22, nada muy dañino. ¿Por qué sé que no dudaría en usarla contra un enemigo?

—¿Qué piensa tu madre de mí? —le pregunto. Se queda pensativo.

—Madre dice usted ser buen hombre. Usted gustar a ella. Ella dice usted ser muy, muy listo también. Usted puede, si quiere, ser muy rico. Pero usted no interesa el ser rico...

—No estoy tan seguro de eso, Anthony.

—Madre no se equivoca. Dice usted quedarse aquí por el periódico. Dice usted tener problema por el periódico y por eso no tener dinero. Por decir verdades en su periódico. ¿No?

—Tu madre es una gran mujer, Anthony. Y tu padre también es un gran hombre.

—Gracias, señor Natano.

—Llámame Nathaniel.

—Gracias, Natano. Bam pregunta:

—Papá, ¿qué vamos a hacer? Si los helicópteros sobrevuelan la zona, verán el humo. Y verán huellas también.

—Padre me dice, si ves señor Natano, le dices que está seguro en nuestra casa. Cena con nosotros y duerme con nosotros.

Mientras yo me dejaba llevar por las delicias del ambiente de la cocina rural y la luz soñolienta de la mañana, ellos dos estaban yendo al asunto fundamental: cómo escapar de nuestros perseguidores. Siempre he sido demasiado filosófico, y generalmente en los momentos más inoportunos.

—Es una gran idea, chicos. Así lo haremos.

Bam se pone sus pantalones y su camisa de leñador, Ziz busca los calcetines y El Señor de los Anillos, mientras yo llevo las cajas y los sacos de dormir junto a la puerta. Cojo además dos edredones que eran del abuelo, la escopeta y un par de botas de nieve de madera y cuero. Anthony lo ata todo al trineo en el suelo de la cocina.

Doy un último sorbo al agua de la jarra de la cocina. Sabe como ninguna otra agua en el mundo. Stiofain hizo un buen pozo. Apago el fuego con el resto del agua.

Ya estamos listos para salir. Miramos al cielo y corremos rumbo al bosque, en dirección sur. Los chicos arrastran el trineo. Tardamos no más de tres minutos en atravesar el prado. Avanzamos deprisa. Aún hay calma en el cielo. Es una suerte. Ahora hay muy poco tiempo para detectar a los helicópteros, desde que usan un mecanismo silenciador.

Cinco minutos después de adentrarnos en el bosque, vemos el rastro de Anthony.

—Aquí estoy yo esta mañana —dice—. Ahora corremos a mi casa sobre estas huellas. Nadie nos ve.

Sí, esto está claro. Ha andado pegado a las rocas y siempre a la sombra de los cedros y los abetos. Es muy dudoso que desde arriba pueda verse cualquier huella de pie humano. Hacemos progresos rápido y, mientras trotamos le explico muy brevemente por qué la policía secreta tiene ese interés por mí. Parece entenderlo muy rápido. En media hora de camino ligero, estamos ya al borde del lago. La casa de Thu no está lejos. Vuelan felices las gaviotas. El mundo parece normal. Aunque aún hace frío, la nieve gotea de las ramas de los árboles. La nieve aquí es más fina, y debe de haber habido un pequeño deshielo, seguido de una helada por la noche, ya que la superficie es dura como una roca. Hacia la parte de la carretera, la nieve es más blanda y, junto al terraplén, Ziz se va hundiendo más y más a cada paso. La montamos en el trineo. Bam y yo llevamos las botas de nieve de ayer y Anthony las de madera y cuero.

Se encarama a los montones acumulados por la quitanieves para otear por encima. Se levanta y nos hace un gesto: terreno despejado.

La carretera está vacía. El cielo, en silencio. Vemos ya la pequeña casa de Thu al borde del lago, con un hilo plateado saliendo de la chimenea. La última casa hogareña, como hubiese dicho Frodo.

Uso la palabra «casa» a propósito. Antes era un barco. En los setenta se había empleado para amontonar los millones de pies cuadrados de troncos y desechos que flotaban en la superficie cuando el valle se inundó. Los vientos habían amontonado casi todo en el brazo más largo del lago Canoe hasta que todo se derrumbó por su parte norte, justamente sobre los campos inundados y la cabaña arrasada donde mi padre había nacido. Fue el año en que Stiofain y Annie se mudaron a la casa donde los niños y yo dormimos anoche. Luego, con el gran incendio, todo el valle quedó azotado y purificado. El pueblo fue prácticamente reconstruido. La pequeña cabaña de Stiofain también se reconstruyó en la siguiente primavera. El seguro pagó las nuevas máquinas de The Echo. Mi padre y mi madre se mudaron a Prince George. Mucha gente anciana se murió de pena.

Pero, aquí y allá, todavía quedaban algunas curiosidades en el valle. Una de ellas era la gran barcaza de hierro abandonada en el amarradero del lago. Casi toda su techumbre estaba intacta, aunque abollada por el calor intenso que había soportado: estaba en un agua muy poco profunda, justo en la orilla, con el bosque hecho un infierno de llamas a un lado y diez millas cuadradas de troncos flotantes rumbo a la cabeza del lago. «El lago de fuego», lo llamó Stiofain. El barco fue una de las pocas cosas que salieron casi intactas de la calamidad. La compañía propietaria del barco lo dejó como pago de impuestos.

Ése fue el año en que llegaron los últimos balseiros vietnamitas. Matthew Thu llegó a Swiftcreek con ojos angustiados, una mujer y tres hijos. Vivieron en la casa parroquial de una iglesia del pueblo durante tres meses mientras Matthew trabaja en el restaurante hasta ahorrar lo suficiente para pagar por un sitio donde vivir. Yo les daba comida y el cambio que tuviera, pero no es que tuviera mucho. Luego encontraron el barco. Se había desamarrado y estaba escorado en el barro de la orilla. Matthew alquiló una máquina para darle la vuelta y dejarlo por encima del nivel del agua. Se las arregló para comprar los diez acres de tierra que lo rodeaban. La familia se mudó ahí en primavera y vivieron provisionalmente en una tienda de campaña hecha jirones. Cada día, Matthew iba al trabajo y volvía del trabajo en bicicleta. Los fines de semana cortaba postes para asegurar la gabarra contra el más fuerte de los terremotos.

—Eres como Noé —le dije cuando fui por primera vez para darles un poco de la carne de alce que nos había regalado Thaddaeus Tobac. Cuando Anthony se lo tradujo, Matthew se rió, con una risa un poco histérica. Jeanne, su mujer, sonrió. Nos invitaron a quedarnos para cenar sopa de pescado. Aquel verano comían fundamentalmente frutas del bosque, cangrejos de río y truchas. Alguna vez, pescado blanco. La sopa que hacían con sus capturas era su comida diaria, pero resultaba tan especiada que casi me abrasa la boca. Aun así, la amistad era muy dulce. Y yo necesitaba esa amistad, pues todo el pueblo, como es costumbre en las comunidades pequeñas, había tomado partido por una de las dos partes tras la marcha de mi mujer, y la facción favorable a mi mujer predominaba. Tampoco es que mis artículos me hubieran hecho muy popular. La mayor parte de mis suscriptores vivían lejos, en grandes ciudades, y los pocos ejemplares comprados en el supermercado local sólo confirmaban la escasa simpatía tributada al director. Les daba algo por lo que disgustarse, supongo, lo cual es una forma de entretenimiento común en estas comunidades aisladas y encerradas en sí mismas.

Cuando mi boca estuvo a punto de abrasarse por primera vez, Matthew trató de contener una inmensa carcajada tras sus gafas de culo de vaso a lo Charlie Chan, y finalmente estalló en risa. Todos nos terminamos riendo hasta las lágrimas, todos, desde el periodista dolorido y autocompasivo hasta el más pequeño de los Thu. Matthew apagó el fuego dándome una botella de cerveza fría que sacó con una cuerda del agua del lago. Y desde entonces seguimos siendo amigos con una amistad de formalidad curiosa que traspasaba todas las fronteras de lenguaje y cultura. Con el paso de los años, fuimos descubriendo que teníamos muchas cosas en común: los dos tenemos una edad parecida, somos hombres, somos maridos y padres, somos católicos, estamos relativamente cuerdos y hemos seguido siendo todo eso en una época que no anima precisamente a estos propósitos. Pero para durar, sin embargo, la amistad debe tener un vínculo de conversación. Todavía la mayor parte de nuestras conversaciones transcurren en una especie de lenguaje criollo, enriquecido con todos los gestos posibles de manos y cara y, cuando la charla deriva hacia algún terreno abstracto, con la ayuda de la traducción, siempre aproximativa, de los chicos. A veces es

una conversación con parones, pero siempre merece la pena. Me vuelvo a casa después de una noche con Thu sintiendo... bueno, sintiendo alegría.

Desde su llegada le han nacido tres niñas, y las tres hablan como perfectas norteamericanas. Es cosa de la escuela, de la escuela y de una radio a pilas que trae las noticias del servicio radiofónico de la Columbia Británica. Los chicos mayores aún no han desatado sus lenguas del todo. Están fieramente orgullosos de su familia y de su hogar. Ahora el barco es una casa, al cabo de todos los arreglos. Han pintado el casco de rojo y la cabina de verde. Entre los palos cuelgan hilos de luces que se encienden todas las noches del año, con la energía de un generador eléctrico de viento y unas baterías. Las líneas de tensión no llegan al barco, pero un cable de teléfono más bien zarrapastroso cuelga de árbol en árbol desde el último poste en la carretera. Matthew y los muchachos han añadido una leñera por el lado del amarre y una casa almacén con secadero a estribor. Ahí es donde curan casi todo el pescado que cogen. Hay otros añadidos aquí y allá. Han hecho un pequeño establo en la parte delantera con varias cabras limpiísimas; hay también un gallinero, una cochiguera y un corral, y un chucho blanco que ladra en la puerta.

El perro arma un enorme jaleo al vernos correr del final de la carretera hasta el porche de la entrada. Esta estructura guía hacia unos escalones cubiertos que ascienden por el casco del barco. Un hombre blanco de buena estatura tiene que agachar la cabeza para entrar a la cubierta. La única entrada a los camarotes es por la cabina de mando. El sitio no es muy seguro, es un auténtico agujero, pero, a la vez, también una fortaleza. Mientras subimos, Anthony grita algo en vietnamita. Se oye, por la parte de abajo, un torrente de ruido, de pasos apresurados, y una primera oleada de Thus nos recibe en cubierta. Al cabo de pocos segundos, todos han salido, incluso Jeanne con el bebé y la abuela, una mujer muy anciana, enjuta, cuyos ojos son, me imagino, el origen genético del resplandor común a la familia. Jeanne me sonrío con cortesía e inclina su cabeza levemente. Me da un golpe afectuoso en el brazo.

—Bien, bien —dice.

Matthew me abraza. Los niños dan saltos en torno, ardiendo en preguntas. A Bam y a Ziz les encanta, pero están un poco avergonzados por despertar tanta atención.

¿Por qué se ven tan poco caras como éstas? ¿Por qué brillan así? ¿Por qué la mayor parte de las caras de la gente en nuestra sociedad parecen tan agobiadas o inexpresivas o amargas?

—Usted entra en mi casa, por favor, Natano —dice Matthew. Anthony y los otros chicos hablan entre sí a la velocidad del rayo. Anthony es el que más habla de todos. De pronto, todos se ponen muy serios.

—¿Qué les has dicho? —le pregunto.

—Les digo de mi visita a ti. Les digo la razón porque la policía te busca. Les digo mirar y ver helicópteros y coches.

Los chicos se distribuyen por la cubierta y comienzan a vigilar. Parecen estar en el mar de China, a la busca de piratas.

Bajamos por la estrecha escalera que lleva al interior del casco, a los camarotes. El olor de pescado, de sudor y humo de leña siempre me llega como una ola. Es fuerte pero no es ofensivo. Es el olor común de la humanidad. Ahora estamos en la estancia principal del interior del casco. El casco está dividido en tres cuartos. El más amplio debe de tener veinte pies o más de largo y cerca de catorce de ancho. Cuenta con una mesa de contrachapado hecha a mano, cubierta por un hule y rodeada de diez sillas más una trona de bebé. Junto a las paredes hay dos juegos de literas,

armarios, un sillón y un sofá.

Sobre una pared hay un pequeño templete con un crucifijo, una pequeña imagen de porcelana de la Virgen, un grabado enmarcado con varios mártires orientales y un cuadro amarillento de Santa Juana de Arco, herencia de los días coloniales de la Indochina francesa (el nombre completo de Jeanne es Jeanne d'Arc Thu). Una vela colgada muestra su luz rojiza junto al templete. La abuela se sienta en un banco bajo el conjunto y pasa las cuentas de un rosario. Ella llegó el mes pasado. Matthew y Jeanne pagaron diez mil dólares para que los vietnamitas la dejaran ir. Hipotecaron su parcela y su barco para conseguir el dinero. El banco tuvo que aceptar que la parcela valía al menos lo que decían los Thu. La abuela cogió el avión por primera vez en su vida y, desde entonces, ha tenido más experiencias curiosas en un mes que en el resto de sus ochenta años. El encuentro con un hombre blanco de un metro noventa que huye de su casa es posiblemente una de estas experiencias extrañas. La abuela se me queda mirando.

En un extremo del cuarto, justo bajo la cabina del piloto, hay un fogón de esmalte mellado en el que Jeanne prepara la comida. En este mismo extremo, y en el otro, hay puertas que comunican cada una con un cuarto. Estos cuartos miden más o menos diez pies de largo por ocho de ancho en su punto de mayor anchura, terminando en pico por la parte de proa y en una pared con forma curvada por la parte de popa. Por el casco del barco hay ojos de buey que dejan pasar la luz del día, pero el interior está iluminado principalmente con lámparas de queroseno y una sola bombilla mortecina que se alimenta del pequeño generador eléctrico. Nos sentamos a la mesa, el corazón de la vida de esta familia. Aquí es donde se come, donde se hacen los deberes y la costura, donde se discuten las cuestiones importantes.

Anthony les explica a sus padres lo ocurrido. Creo que es la traducción de mi pequeña explicación previa, sin todos los detalles del aprieto en que me veo.

De nuevo, todo el mundo se queda serio.

—Esto no bueno, no bueno —dice Matthew. Le está dando vueltas a la cabeza—. ¿Qué hace, Natano? ¿Dónde ir usted? —pregunta.

Jeanne interviene rápido, en vietnamita.

—Mi mujer dice usted quedar con nosotros. Comer y dormir. Ella dice policía quizá no vuelve.

—Gracias —le digo, mirándoles a los ojos, pero incapaz de ocultar el lagrimeo de los míos. Jeanne comienza entonces una pequeña regañina para desviar la atención.

—¡Mira Sis... mira Tie-lore! —dice—. Ellos con hambre, usted mal padre. Niños delgados. ¡Deben comer!

Todo el mundo sabe por qué dice eso, y a todos nos alegra. Finge la regañina y, al hacer esto, nos dice que somos tres más en la familia y desarma la parálisis que nos había entrado.

Jeanne le pasa su propio bebé delgadito a Matthew para disponer sobre la mesa tres cuencos de guiso de pescado y los pone frente a nosotros. Tyler y Zöe miran sus platos con disimulado horror: piensan que se les va a abrasar la boca.

Los vietnamitas ríen todos a una, ruidosamente. Comprenden perfectamente la situación.

—No preocuparse —dice Jeanne—. No pica. No hay salsa de pescado. Sólo hay pescado. Pasta. Sal. ¡Comer!

Es un guiso maravilloso. Todavía no sé por qué todo sabe tan bien y huele tan bien. Incluso las voces, los sonidos, son más claros, parecen más llenos de significado.

—Oye —pregunto—, ¿y los niños no van a la escuela? De pronto adoptan un aire misterioso. Hablan entre sí. Anthony lo explica:

—Madre saber usted viene hoy. Sabe que van a estar aquí. Madre tuvo un sueño. No sólo sabe leer las almas sino que sueña con las cosas antes de que ocurran.

—Madre dice que sus hijos juegan con nosotros. Así que nuestros niños en casa. Llamamos a la escuela para decir, todos estamos enfermos.

Tose. Todos se ponen a toser. Ocho toses, a cuál más disparatada. Hasta el bebé se pone a toser.

—No es mentira —dice Anthony—. Todos enfermos de la escuela.

—Muy enfermos —recalca Matthew, con énfasis.

Más tarde, me quedo charlando con Matthew y Anthony sobre la cubierta.

—Muchas gracias por tenernos a los niños y a mí aquí, Matthew.

—¿Usted quedarse? —me pregunta.

—Me temo que no nos podemos quedar. Si usted albergara a un fugitivo, también se vería en problemas.

Sonríe.

—Nosotros vietnamitas tontos. Ellos no van molestar.

—Sí, sí van a molestar, lamentablemente. Y más van a molestar si se enteran de que hemos estado aquí.

La forma en que pudieran «molestarles» me causaba espantos.

—No, debo marcharme. Primero tengo que llamar por teléfono a alguien. Estoy convencido de que vendrá a recogernos. Luego salimos de esta olla a presión y nos metemos bosque adentro a llevar una vida anónima durante un tiempo.

—¿Anóni...qué?

—Escondida. Como si no tuviéramos nombre y nadie nos conociera. No seríamos nadie.

—Como familia Hoang Van Thu —señala, en un tono inusual en él. Es una voz irónica, acompañada de una curiosa sonrisa. Me gustaría seguir por aquí pero lo primero es lo primero:

—Debería hacer la llamada.

—Claro, claro, Natano, usted teléfono ahora —Matthew indica la cabina del piloto. De pronto, sin aviso, Anthony grita:

—¡Abajo, rápido! —y me empuja a la escotilla. Le miro más sorprendido que ofendido por esta salida de tono hasta que oigo el ruido. Mis pies han desaparecido de la puerta de entrada cuando el helicóptero pasa por encima. No vuela a más de diez pies sobre los árboles. No se detiene.

Toda la familia, a excepción de la abuela y el niño, sale rápido a la cubierta. Zöe y Tyler se quedan dentro. Es una tarde de invierno y un crepúsculo plomizo se va asentando bajo un cielo encapotado de nubes, con una raya de horizonte rojizo sobre la sierra de Cariboo hacia el oeste. Todavía pueden distinguirse los colores alrededor.

—Helicóptero —dice Matthew—. Muy rápido, sin ruido. Policía.

—¿De qué color era? —pregunto.

—Gris con verde —dice Anthony.

Ahora parece, a lo lejos, una pequeña avispa que vuela en zig-zag, conforme a los métodos de busca. Anthony señala otro en la lejanía, en la otra orilla del lago. El chico tiene buena vista.

Todo el mundo vuelve a lo que hacía.

—¿Usted llamar ahora? —pregunta Matthew.

Todavía estoy asustado por la velocidad con que estos aparatos del demonio se materializan de la pura nada. Respiro fuerte tres veces.

—Sí, creo que es mejor que llame ahora.

Matthew baja y me pasa el teléfono usando un alargador a través de un agujero en el suelo. Generalmente, el teléfono está en un estante, en el cuarto principal. Vuelve a la cabina y se sienta a mi lado. Le pido un poco de intimidad. Por un momento, pone expresión de estar herido, hasta que le recuerdo que la policía puede volver y que es mejor si su familia no está al tanto de mis planes. La policía, le digo, tiene nuevos métodos para sacar todo lo que se puede saber. Él lo entiende bien: ha conocido a policías así en su propio pasado.

Cuando me quedo solo, marco el número. Lo cogen al segundo tono.

—¿Diga?

—Soy yo, papá.

—Tan, ¿dónde estás?

—Estoy en un lío muy, muy importante. No puedo decirte dónde estoy. No contesta.

—Necesito que me ayudes. Lo necesito de verdad.

—Sé lo que pasa. Está en las noticias, en la televisión, en la radio, en los periódicos.

—Dicen que eres un enfermo mental, posiblemente armado y peligroso. Dicen que hay una orden de busca y captura por delito de abuso sexual a tus hijos y posiblemente a otros niños...

Gruño.

—Dios mío, esto es horrible. No es verdad, papá.

Hay un silencio al otro lado de la línea. Es un silencio totalmente elocuente. Mi pavor aumenta por momentos.

—¡Papá, no es verdad! —digo con fuerza.

—Mira, hijo, has pasado por mucho estrés desde que Maya se fue. Y sé que te ha desanimado mucho el cierre del periódico. Pero no puedes hacer que Tyler y Zöe sufran por ello.

—Y no lo hago. Están contentos. ¿Quieres hablar con ellos? Pausa.

—Sí. En un minuto.

Le explico lenta y cuidadosamente lo que ha pasado. Le digo de la llamada de Maurice, ocultando su nombre. Mi padre sabe a quién me refiero.

—Todo eso sonaría muy convincente si no hubiera tantas pruebas como han encontrado. Tan, yo quiero creerte, pero ¿no crees que es un poco extremo secuestrar a tus niños?

—¡Papá! ¡Óyete a ti mismo! Son mis propios hijos, ¡maldita sea! No tengo que secuestrarlos. Se supone que el Estado debe justificar ante mí cualquier cosa que quiera hacer con ellos, no al revés.

¿No ves cómo se le ha dado la vuelta a todo? Hasta hace poco, eran los padres los que dejaban que el Estado los educara durante seis horas al día. Ahora piensan que tenemos que justificar nuestro papel de padres, y que son ellos los que nos dejan a los niños.

Mi padre es director jubilado de un instituto en Prince George. Se enorgullece de ser un hombre razonable. Es ateo. No le gusta mucho la nueva ingeniería social pero aún menos le gusta la antigua visión. Mi visión. El tono mesurado y tolerante que siempre se esfuerza en mantener ha

sido ahora violentamente sacudido. Está triste e incluso un poco asustado. No por sí mismo, claro, pues es un hombre sin miedo. Es por sus nietos.

—¿Está todo perdido, papá! —estoy a punto de gritarle.

—Cálmate. Quiero escucharte. Pero la violencia, Tan, la violencia. El bueno de Bill nunca te hizo daño.

—¿El bueno de Bill?

—Quizá fuera un accidente, quizá no querías golpearle tan fuerte. Sólo quería detenerte. ¿Por qué le...?

—Papá, ¿qué le ha pasado a Bill?

—Está muerto. Ha muerto en las urgencias del hospital de McBride hará una hora. Es la otra cosa por la que te quieren detener.

¿Bill, muerto? Mi corazón comienza a latir demasiado deprisa.

—Papá. Te estoy diciendo con toda la verdad que tengo en mí, y lo juro por lo más sagrado, que no sé lo que le ha pasado a Bill. La última vez que hablé con él estaba bien. Me llamó para advertirme de que...

Entonces me doy cuenta.

Caigo en un silencio. Me siento en el suelo de la cabina, negando con la cabeza, intentando pensar. Esto no puede estar pasando.

Tras una larga pausa, mi padre sigue.

—Tan. Estás en crisis. Es algo que puede pasarle a cualquiera. Hay gente aquí que puede ayudarte.

Había olvidado hasta qué punto mi padre pone toda su fe en la psicología y la sociología. Son su religión. Nunca le ha importado que haya cada vez más teorías —y más divergentes entre sí— en estos campos. No sólo eso, sino que una teoría destruye a otra y se van reconstruyendo y parcheando. Pero mi padre tiene una confianza ciega en ellas. Las toma por verdad científica.

Esto es especialmente sorprendente porque sé que es un hombre bastante inteligente. Y honesto. Conforme pasaban los años, mi estupor ha ido creciendo al oírle hablar de los nuevos mitos. Lo hace con un estilo genuino, claro, todo muy correcto desde el punto de vista intelectual, y demás. Nunca dejará de ser un individualista. Pero ya no parece capaz de admitir las contradicciones que hay en el mundo que se está gestando en torno de nosotros. ¿Qué le ha pasado? ¿Ha inhalado demasiado profundamente el gas ideológico que se expande por todas partes? ¿Se ha vuelto alguien superficial, como todo el mundo, o casi todo el mundo? ¿Ha abandonado su lucha en solitario en pos de la Verdad? Siempre decía que era eso lo que buscaba. ¿Dónde ha quedado ese propósito?

Me siento consternado por lo que sale ahora de ese gran cerebro. Sólo puedo musitar:

—Simplemente te has creído todo lo que te han contado, ¿es eso?

—Bueno, parece claro y evidente que...

—¿Qué? ¿Qué prueba te ha llevado a juzgarme y a pensar que soy culpable? ¿Sólo el hecho de que dicen que lo soy? Antes eras de los que lo preguntaban todo, de los que no daban nada por probado.

—Hay la prueba de un hombre muerto, Nathaniel. Y de dos niños desaparecidos.

—¿No has pensado que pueda haber otra explicación? Quizá otra persona mató a Bill. Quizá Bill sabía algo o se negó a contar algo.

—Pero es la policía y la prensa la que está dando las informaciones...

—Tengo pruebas y razones.

—¿Qué quieres decir? Eres un paranoico. Debes darte cuenta. Entrégate, Tan.

—¿Que me entregue a la misma gente que posiblemente mató a Bill?

—Mira, he leído un montón sobre psicosis, y la mente es capaz de bloquear recuerdos dolorosos. Lo más probable es que sufrieras un momento de pánico y rabia extrema que cuajó en un sentimiento criminal. Lo hiciste tú. Pero también tienes un temperamento moralizante: no puedes soportar esa dualidad. Lo has enterrado dentro de ti. En una terapia, serás capaz de contemplar esa experiencia e integrarla en tu personalidad.

—¿Y donde queda Bill ahí? —murmuro.

¿Y dónde quedo yo? Con suerte, terminaré en un manicomio y la vivisección mental será mi vida habitual. Arrasarán y reconstruirán mi personalidad según las últimas teorías. Me creeré cualquier cosa horrible que digan sobre mí.

—La radio ha estado poniendo una grabación de un mensaje que dejaste ayer en un contestador de teléfono, más o menos a la hora del crimen. Es tu voz, Tan. Parecías enajenado. Y sonaba un tiro.

—¿Un tiro? ¿De qué me estás hablando?

—No hacías más que llorar y pedir que, por favor, te ayudaran. Lo han estado poniendo hora tras hora. He oído más de una docenas de veces ese tiro y cada vez me he preguntado si era el sonido de mi hijo matándose. O matando a otra persona. ¿Sabes qué es eso para un padre?

Le tiembla la voz.

—Esto no está pasando —digo—, esto no es real.

—Tu madre está muy triste. No cree que esto sea verdad. Pero es verdad. Tú lo sabes, y yo lo sé, y vas a tener que afrontar todo este lío si alguna vez quieres volver estar en tus cabales.

—¿Volver a estar en mis cabales?

Todavía no entiendo de lo que me habla. De pronto, con un sentimiento horrible, recuerdo el mensaje que le dejé a Woolley.

—¡Papá! ¡Era una broma!

—¿Una broma?

—Es una cosa que hacemos el doctor Woolley y yo por pura diversión —le explico ansiosamente—. Es nuestro sentido del humor, siempre nos estamos riendo de la muerte, es una broma.

—Muy divertido no es.

—Mira, fue un momento de humor negro idiota, eso es todo. De muy mal gusto, vale, y me arrepiento. No voy a volver a hacer gracias con eso.

No contesta.

—No me crees.

—Mira, hijo, ¿dónde estás? Me acerco con el coche y te recojo. Luego vamos a la policía. Voy contigo, hijo. No te preocupes.

¿Por qué será que no me siento muy respaldado?

Empiezo a sollozar en silencio. Pero todavía puedo decir unas palabras por el aparato.

—Está bien, papá. Ya pensaré en otra cosa.

—¿Dónde estás?

—Es mejor que no lo sepas. Pausa larga.

—Quiero que sepas que te quiero, Nathaniel. Nunca ha dicho eso antes. Mi padre.

—¿Te acuerdas, papá, aquella vez hace unos años que salimos a pescar? La última vez. ¿Te acuerdas de lo que hablamos?

—Vagamente.

—Ha sido la conversación más importante que hemos tenido. Voy a pedirte que intentes recordarla, recordarla entera, cuando cuelgue. Y luego la comparas con nuestra conversación. ¿Lo harás?

—Lo intentaré. ¿De qué hablamos ese día?

—Hablamos sobre la verdad. Hablamos sobre cómo los gobiernos la temen. Intenté convencerte de que el totalitarismo ya estaba aquí. Y tú me dijiste que mis argumentos no tenían base porque no había periodistas arrestados por decir la verdad.

—Y sigue siendo así.

—Ya no, papá. Ese mundo ha desaparecido.

—La policía te busca por lo que has hecho.

—No. La policía me busca por pensar con libertad. No contesta.

—Te quiero, papá.

—Sí —la voz se le entrecorta. Silencio. Y luego cuelga.

Me estoy secando los ojos y se me olvida colgar. No suena el doble clic. Todavía no han tenido tiempo de pinchar la línea de papá. Es una suerte porque, si hubieran podido localizar la conversación, la familia Thu tendría ahora un problema grave.

No llegó a hablar con Bam y Ziz. Mejor así. Podría haberles sacado alguna palabra que dejara expuestos a los Thu. Jamás pensaría que algo así podía ser muy perjudicial para ellos.

Papá, le digo en mi pensamiento, había esperado otra cosa de ti. Padre, mi padre. Había confiado en que creyeras mi palabra, una palabra que a lo largo de mi vida me ha costado mucho sacrificio mantener. ¿No te has dado cuenta? ¿O es que siempre has querido que al final me equivocara? Todos estos años, ¿has estado acaso formulando un gran alegato contra mi religión? La considerabas un sistema anticuado de normas que produce sólo reprimidos y gente que a su vez reprime. ¿Nunca te has planteado que quizá te era necesario pensar así? Estupendo, ¿eh, papá?, cómo el Estado ha ofrecido todas las pruebas para sostener tus mitos favoritos. ¿Qué puedo yo decir contra un mito que se presenta como ciencia? Nada. Es un sistema cerrado. Y una construcción mental muy peligrosa, porque considera que la discrepancia no es herejía —pues la herejía tiene un aura romántica y revolucionaria— sino enfermedad. ¿Y quién iba a querer estar enfermo? Es así, ¿verdad, papá?

Al final siempre caemos por el orgullo. Mi orgullo era pensar que podía salvar el mundo yo solito. Tu orgullo era el terror de ser sorprendido desechando tu trayectoria izquierdista. Ni siquiera lo sabías. No podías admitir tu adhesión a la corrección política. Te burlabas de la existencia de los dragones y al final terminaron por echarte por tierra mientras negabas su existencia. Pensabas que, por tu escepticismo, habías escapado de los mitos. Y sin embargo el mito te estaba comiendo vivo.

Intenta recordar nuestra última conversación, papá. Inténtalo.

Era una tarde cálida de agosto y el lago relucía como plata derretida. La luz del sol se rompía en un millón de piezas junto a la barca, a la que había dado el nombre de Bobabout.

La habíamos construido juntos papá y yo cuando yo era un niño. Tras muchos años de cariñoso uso, Bob estaba desportillada y medio partida y dejaba entrar algo de agua, pero todo eso era parte de su encanto. Nos conjuramos para no repararla hasta que se hundiera junto a la orilla, momento en el cual volvería al dique seco. Fue pintada tres veces en su larga vida. Pero aquel día, en algún momento entre la segunda y la tercera vez que se pintó, todavía podía hacerse al agua en lo que eran, relativamente, buenas condiciones. Papá se había bebido dos cervezas. Yo estaba bebiendo café del termo. El olor a pintura verde y a viejas capturas ya me embriagaban lo suficiente. Algo memorable, por decir lo mínimo. No habíamos pescado nada en todo el día, pero lo cierto es que nunca se trató de eso.

No recuerdo cómo llegamos a este tema. Creo que me preguntó algo sobre el periódico. Le respondí. Me hizo otra pregunta. También le respondí. Eran preguntas inocuas pero intuí que estaba molesto con The Echo.

—Papá, estás rumiando algo. Adelante, dímelo.

—Estoy preocupado, Tan.

—¿Preocupado por qué? ¿Por el periódico? ¿Por mí?

—Por los dos, en realidad. Dejé que digiriera su queja.

—¿Por algo en concreto?

—Bueno, supongo que podría decir que por el tono de tus últimos artículos.

—¿Eh? ¿Y qué tono es ése?

—Las cosas, básicamente, van muy bien en el país, la economía marcha bien. Pero por debajo de todo lo que escribes parece que hay una reserva...

Ahí hizo una pausa, y yo sentí que estaba buscando unas palabras de las que no se sentía muy seguro.

Al final dijo:

—Imagino que podríamos definirlo como una ansiedad que se detecta en todo. Simplemente, no puedo entender qué te hace tan infeliz.

—No soy infeliz. ¿Tú eres infeliz? Me lanzó una mirada oblicua.

—¡Demonios! Claro que no.

De lo cual inferí que mi padre estaba verdaderamente infeliz. Me pregunté por qué. Mi madre le amaba, y era una mujer buena y sabia. Tenía una salud excelente. Tenía tierras y había logrado hacer de sí mismo una persona respetada en los círculos educacionales de toda la provincia. Pronto se jubilaría. También inferí que no quería que supiera que era infeliz. Las víctimas de la religión reaccionaria a la que yo pertenecía no debían siquiera sospechar de la profunda miseria de los iluminados. Él era un hombre liberado, y quería que yo también fuera uno de ellos. Pero era yo el que estaba agradecido de estar vivo, y él el que no estaba en absoluto convencido de las bondades del vivir.

Era este dolor existencial, creo, el que le llevó a abandonarse al opio de la política. Yo miraba ese mundo con ojos de periodista, como un espectador crítico. Papá quería irrumpir en él con todas sus fuerzas. Nunca lo hizo, claro, porque su propia naturaleza escéptica no le permitiría un activismo completo. No le gustaban mucho los políticos pero sí creía en un nuevo orden mundial, y lo llamaba así antes de que la expresión se pusiera de moda. Trabajó duro en apoyo de

la campaña de Maurice L'Oraison para ganar, primero, un escaño en la asamblea provincial y, luego, en el parlamento federal. Él y Maurice compartían el mismo pensamiento. Maurice, decía él, era un idealista, un humanista, un hombre de futuro, incorruptible. Y, además, estaba ascendiendo en la jerarquía de un partido que prometía impulsar una nueva economía global. Un gobierno mundial, decía, era inevitable, y era mejor ponerse cuanto antes a trabajar para conseguirlo si queríamos evitar los desastres que siempre trajo el nacionalismo. La Historia nos había dado suficientes.

Así, en esa última tarde de pesca, con Maurice L'Oraison recién nombrado jefe de la oposición en el parlamento federal, mi padre tenía que haber estado contento. Su descontento, según pude ver, era conmigo.

—Tu último editorial ha sido un poco radical —continuó—. Quiero decir, el hecho de que Maurice esté explorando caminos de coordinación en red de agentes mundialistas no quiere decir que haya una conspiración internacional.

—No hablé de conspiración.

—No, pero decías algo que implicaba...

—Usé las palabras síntomas de pensamiento colectivista, si no recuerdo mal.

—Bueno, eso es.

—No me entendiste bien. Decir que hay ciertas maneras de pensar sobre la sociedad que son vivero de conspiraciones contra la humanidad no es lo mismo que decir que hay, efectivamente, una conspiración. No es lo mismo en absoluto.

—Pero así has arrojado una sombra sobre la reputación de un buen hombre, Tan. De un gran hombre, posiblemente.

—¿Un gran hombre, Maurice, papá? Yo diría que un hombre entregado.

—Te invitó una vez a trabajar con él. Es una pena que rechazaras su propuesta. Podías haber llegado a conocerlo bien. Creo que así tendrías ahora una visión mejor de sus ideas.

—¿En serio? Mira, sé que tiene algunas ideas útiles. Algunas incluso puede que sea buenas para él. Es... bueno, es que, simplemente, no me convence nada. La abuela no confiaba en él, como sabes, aunque creo que le tenía cariño. Pero en todo lo que hace hay algo que me huele mal.

—¿En qué, por ejemplo?

—No sé, es sobre todo una intuición.

—Yo creo que no te gusta sobre todo porque apoyó el proyecto que hizo posible este lago. Nunca le has perdonado que hiciera posible la desaparición de la granja.

—Tal vez. Tal vez fue la primera vez que me molesté con tu idealista. En ese proyecto había un propósito muy sutil pero muy real.

Gruñó.

—Creo que fue tu abuela la que te influyó en contra de todo eso. Sus editoriales de aquella época eran extremistas, ¡parecía que hubiera cuestiones filosóficas principales en juego con la construcción de un pantano!

Me incliné y sumergí la mano derecha en el lago, con el índice señalando abajo del todo — como un fiscal.

—Mira, papá, aquí mismo, cuarenta pies más abajo, está la cama en la que tú naciste.

—Por favor, ahórrame la nostalgia. Es mucho mejor nacer en un hospital.

—Y allí, mira esa montaña que ahora están destrozando. Esa montaña tenía un lugar en mi alma cuando era un niño. Estaba ahí para algo.

—¿Para qué?

—No lo sé. Quizá para alimentar esas percepciones que no pueden traducirse en palabras. Ni siquiera ahora soy capaz de encontrarlas.

—Estoy de acuerdo en que no deberían destrozarse esas montañas, y cuando gente como Maurice llegue al poder, lo pararán.

—Quizá. Pero, como contrapartida, ¿destrozarán otras cosas que hacen del mundo un lugar humano? Tal vez les estemos tan agradecidos por haber salvado nuestros bosques que les dejemos matar a algunas de nuestras gentes.

Mi padre me miró con desagrado.

—Ésa es precisamente la actitud a la que me refiero —dijo, levantando la voz—. Maldita sea, Tan, ¿no te das cuenta de lo negativo que te estás volviendo? Unos años más con estos planteamientos y serás como esos locos que dicen que el Holocausto nunca sucedió. ¡Y el paso siguiente será absolver a los nazis de sus crímenes de guerra!

Aquel mismo año, un germano-canadiense profesor de instituto en Toronto había sido despedido por enseñar una extraña forma de revisionismo histórico, afirmando que el Holocausto no había sido más que un ardid propagandístico judío. Decía que nunca había ocurrido. ¿Genocidio, qué genocidio? Luego demandó a la dirección del instituto, y su fracaso en los tribunales había sido una noticia muy comentada.

El profesor era un demente, o un tremendo ignorante, o un cínico de proporciones monstruosas. Pero también había sido preocupante la reacción reflejada habida en todas direcciones. La gente cayó en la trampa de pensar que sólo había dos opciones: ser de izquierdas o ser un nazi.

Enfadándome un poco, le repliqué en voz muy baja:

—Es justamente porque el Holocausto sí sucedió, papá, es justamente porque es tan importante en nuestra Historia, que escribo lo que escribo. Lo que digo en esos editoriales es que eso mismo puede suceder aquí.

—Si algo así pasara aquí, será porque lo han traído los extremistas de derechas. La misma gente que encuentra tanto alivio leyendo la clase de cosas que tú escribes.

—Yo también pensaba así. Y entiendo perfectamente por qué piensas que es un peligro. Pero yo sé que ahí no hay peligro. El hecho de que sean ruidosos y exaltados no les convierte en una amenaza. Los extremistas de izquierdas son muy diferentes. Crecen tan rápido porque han tomado los medios y la educación y han hecho creer que el hombre conservador es un monstruo peligroso para la gente.

—Es que lo es. Mira Hitler...

—Sí, mira a Hitler. Lo primero que ves es militarismo, quemar libros, Auschwitz. Pero analiza con más cuidado sus políticas. Lo que estás olvidando es que, durante más de una década, mientras buscaban el poder en Alemania, los nazis eran el partido que iba a salvar al pueblo. Los alemanes estaban tan marcados por los acontecimientos de su historia reciente que tenían un miedo moral al fatalismo. Intentaron concentrarse en las promesas positivas de Hitler y esperaron que, al llegar al poder, dejaría de lado sus ideas más desagradables. Se convirtieron en unos optimistas desesperados.

—Es una teoría.

—Es un poco más que una teoría. Cada vez que voy un poco más allá de la superficie de un optimista, me encuentro a alguien luchando con la desesperación.

—Entonces, según tu teoría, ¿qué es un pesimista?

—Lo mismo, simplemente es otra forma de ocultar la desesperación.

—Entonces, Tan, ¿tú qué eres?

—Un realista.

Recuerdo su mirada irónica, que es su mecanismo de evasión. Luego miró al sol, como si la conversación ya no fuera a dar más de sí. Pero yo, bobo de mí, continué. No fue una escena bonita: hijo lleno de ardor, sermoneando al padre. Entonces no alcancé a ver la paradoja de la escena. No me impresionaba el hecho de que mi padre fuera un hombre adulto y yo no más que un pequeño paquete cromosómico lleno de entusiasmo. Ni me acordaba tampoco de la cantidad de pañales que me había cambiado, ni de la cantidad de comidas que me había pagado hasta pasados los veinte años. Hoy creo que tenía razón en aquella discusión, y que él se equivocaba, pero la cuestión de la discreción y la oportunidad queda en pie: cuándo hablar, cuándo callarse.

Aquel día, yo todavía no había aprendido a callarme. Era un hombre exaltado, poseído por una rabia que no llegaba a ver hasta qué punto oscurecía la luz de mis palabras. La gente no escucha a alguien enfadado que ventea su enfado. Y, al revés, un hombre enfadado que controla su rabia y la purifica con el frío del pensamiento, es una fuerza positiva para la sociedad. Pero aún no había aprendido esta lección fundamental. Creía que sólo necesitaba las palabras. Creía que todos quedarían convencidos si, simplemente, explicaba las cosas bien y como eran. No se me ocurría sospechar ni por un momento que no estaban tan desesperados como yo por encontrar la verdad. Y en ese proceso, perdí una verdad importante.

Pescó una carpa de cinco libras y le ayudé con la red. Juntos cogimos esa plata goteante, aleteante, y la subimos a Bobabout, donde la contemplamos con auténtico gozo. Se volvió a establecer así la comunicación. Esto, y su sentimiento de victoria, propició que volviera a sacar el tema.

—Volvamos al asunto del nacionalismo —dijo con gravedad—. Por ejemplo, tu artículo reciente sobre globalización.

¡Ajá! Ahí había puesto en duda una doctrina fundamental de su religión, y él no podía dejar de contestarla. Busqué en mi archivo mental el texto concreto. ¿Qué había escrito en esa pieza? Posiblemente algo como esto:

Las naciones occidentales de hoy harían bien en estudiar el momento cultural que vivía Alemania durante su caída hacia el totalitarismo. Hegel y Nietzsche habían ejercido una gran influencia en dramaturgos, periodistas y artistas en general, tanto de su tiempo como de las generaciones venideras. En los años veinte y treinta, los alemanes estaban preparados para aceptar filosofías políticas que hubieran sido impensables en un país cristiano cien años atrás. Espiritualmente dividida tras el cisma luterano, indiferente a las advertencias de la Sede Romana sobre el nacionalsocialismo, saturada de decadencia artística, minada su moral por filosofías postilustradas que hablaban del hombre como ente a la deriva en el cosmos, estaban ya listos para un mesías secular. Los parecidos entre su cultura y la nuestra no terminan aquí: en su raíz hay un miedo profundo, una angustia camuflada. Y el hombre, en desesperación, es capaz de cualquier atrocidad. Le puede entrar el deseo de elevar al poder a

personalidades claramente malignas en tanto que prometan una redención. Si Dios ha muerto, esto es permisible, e incluso lógico. Si no hay bien ni mal absoluto, ¿por qué entonces no emplear hombres malos y medios malos para llegar a lo que se percibe como un bien, es decir, a cualquier bien social que la mente colectiva tenga por tal? Un repaso a la cultura de la Alemania anterior a la guerra ofrece pasmosas pruebas de hasta qué punto esta mente colectiva puede ser convencida de manera tan rápida como exhaustiva. Añádanse a estas semejanzas el poder casi ilimitado de los medios de comunicación modernos, y ahí vemos un potencial suficiente para deformar por completo la percepción humana de la realidad.

The Echo no era en aquellos momentos, no lo fue nunca, un periódico radical. Lo mantuve firmemente en una posición moderada, que desprecian todos los ideólogos. Pero perdí toda mi reputación con ese editorial. Usar la palabra «Dios» con cierto respeto hundió la portada. Alguna gente que admiraba canceló su suscripción.

Mi padre no canceló su suscripción pero fue sólo por lealtad familiar. Él creía que, con el declive del nacionalismo, una nueva era comenzaba a ser posible. La ciencia, bien empleada, lo haría efectivo: un género de ciencia más bien mística que era más una cosmología o una filosofía que un método de conocimiento. El partido de Maurice se situaba a la cabeza de esta filosofía. Eran minoría en el parlamento, pero estaban creciendo. El líder había publicado un libro poco tiempo atrás: *Unitas: una visión para el tercer milenio*, volumen en el que alertaba sobre algo llamado «disfunción paradigmática y límites al crecimiento» y delineaba un proyecto correctivo para una completa reestructuración económica y social.

Mi padre era un optimista. Veía el mundo moderno como un lugar que había progresado y que sólo necesitaba unas correcciones. Yo le daba la razón en que los Hitlers habían sido vencidos, el átomo dividido, la barrera del sonido rota y erradicada la viruela, pero que no se había hecho nada a favor de la condición humana fundamental. Si acaso, estaba peor que nunca. Superficialmente, parecía en un buen momento de desarrollo, pasmándonos con signos y maravillas, pero se había creado un mundo en el que el mal ya no parecía el mal. Un nuevo mundo de esquizofrenia.

—Papá —le dije—, ¿de verdad crees que vamos a construir una utopía aquí?

—No sé nada de utopías, pero sé que ahora está a nuestro alcance hacer un mundo decente, en el que los niños no se vayan a la cama con hambre o con miedo.

En realidad, estaba defendiendo las nuevas leyes de calidad de vida. No sentía un aprecio especial por el asesinato de niños, pero pensaba que los padres debían tener derecho a ello. Había hecho absolutos los derechos y, así, había devaluado la vida. Un cosmos algo extraño, en mi opinión. E incluso apoyaba a un partido que quería hacernos pagar esa cobertura con nuestros impuestos.

—Sí, eliminando a los niños, desde luego que eliminas mucha hambre y mucho miedo —le dije. Me echó una de sus miradas de paciencia, pero no tenía respuesta.

—Papá, incluso ateos como tú pueden ver la forma que va cobrando el futuro. Un mundo feliz de Aldous Huxley fue una advertencia a Occidente en los años treinta. Occidente no hizo caso. Tampoco hizo caso a Orwell. A finales de los cincuenta, Huxley dijo que el totalitarismo que

había previsto en 1931 se estaba haciendo real a una velocidad mucho mayor de lo que él había creído posible. Predijo una sociedad en la que la literatura, la religión y la familia quedarían neutralizadas, y todos los conflictos solucionados mediante la ingeniería genética. Describió una síntesis perfecta de tecnología y paganismo. En Retorno a Un mundo feliz afirmó creer que el totalitarismo del futuro inmediato sería menos visiblemente violento que el de Hitler y Stalin, pero que crearía una sociedad «regida sin escándalo por un ejército de ingenieros sociales perfectamente entrenados». ¿Has terminado ya, Tan?

—Todavía no.

—Me acabas de soltar una buena conferencia. ¿Nunca te cansas de ese tono de voz?

Tenía razón. Le hablaba con mi voz doctoral. No muy agradable, por decirlo con delicadeza.

—Perdona. Pero termina de escucharme, ¿vale? Un par de minutos más de paciencia. A mí tampoco me gusta la manera en la que hablo, pero, ¿podrías intentar centrarte en la sustancia de lo que digo? Es mucho lo que depende de eso.

Se rió.

—Hijo, creo que te tomas demasiado en serio a ti mismo.

—Eso seguramente es verdad, pero déjame terminar. Me estoy apostando mi futuro con estas ideas. No son meras abstracciones. Las ideas tienen consecuencias, de vida o de muerte, como se ha comprobado con demasiada frecuencia en este siglo.

Mi padre sonrió y se puso a escuchar.

—Huxley dijo que, en el futuro, la libertad y la democracia serían los temas imprescindibles de cualquier programa o de cualquier artículo, pero que su sustancia sería siempre un totalitarismo de apariencia benigna. Y no pocos hombres respetables han dicho que ese totalitarismo es el peor de todos, el más inhumano, porque es imposible erradicarlo, en tanto que siempre puede defenderse diciendo que no es tal.

—Vale, vale. Por seguir con la discusión, pongamos que el mundo predicho por él ya está aquí.

¿Me puedes explicar por qué estás todavía escribiendo tus artículos y no en la cárcel por haberlos escrito? La gente compra lo que escribes, lo lee y lo expande por todo el país. Maurice dice que se te tiene un respeto a regañadientes en Ottawa y Victoria.

—Sí, todavía no está a pleno rendimiento. Pero todo el aparataje tecnológico está ya ahí. El Consejo de Ministros ya aprobó el año pasado la construcción de campos de concentración... perdón, de «campos de internamiento para civiles». Creo que los llaman así. Es sólo, nos dijeron, una medida de precaución en caso de tumulto ciudadano. No pasó por el parlamento. Ningún ciudadano pudo decir lo que le parecía, y el Gobierno lo ha ocultado con la cortina de humo de un presupuesto saneado por primera vez en diez años y redoblando también su retórica sobre libertad y democracia.

—Estás destruyendo tu propio argumento. El partido que ha aprobado eso es, supuestamente, el partido más democrático de la nación, según tus estándares. Son capitalistas. Mi partido se esforzaría en...

—¿No te acuerdas, papá, de que, cuando el Gobierno aprobó esos estatutos, tu partido se quejó un par de veces y luego se quedó totalmente parado al respecto? ¿Por qué? ¿No les parecería acaso que esos campos de internamiento les iban a venir bien, en caso de llegar al poder?

—Eso es absurdo.

—¿Tú crees? ¿Cuál es la diferencia entre capitalistas y socialistas? Al fin y al cabo, son materialistas los dos.

—Volvamos al plan que va a cambiar el mundo en unos pocos años. La mayor parte de la pobreza mundial está causada por desarreglos en el sistema económico global. La gente como Maurice va a hacer algo positivo para corregir eso por primera vez en la historia. ¿Oíste los programas de la CBC sobre la sociedad sin monedas?

—Los oí, sí. Y se me puso la piel de gallina. Teóricamente, puede parece que hay ahí una cierta perspectiva de paz y de justicia social, pero sólo sería a costa de negar derechos fundamentales. Claro, si eliminas la motivación económica para la guerra, el planeta quedará pacificado durante un tiempo. Pero, mientras tanto, tal vez hayas destruido al hombre de otra manera.

Papá no estaba convencido.

—Todo lo que conlleva es dar créditos y apuntar deudas a cada persona a partir de un solo banco global manejado por ordenador. Cada hombre de la tierra tendrá su número. Irás a la farmacia y, presentando la tarjeta, el ordenador la reconocerá y deducirá tu compra automáticamente de tu cuenta. Así se eliminan enormes cantidades de trabajo reduplicado y tiempo perdido. Es un sistema perfecto. Así que, ¿qué hay de malo en eso?

—Un montón de cosas. Pero fijémonos en una sola. No has querido mencionar que uno de los expertos que están detrás, un economista, si no recuerdo mal, dijo que la tarjeta era sólo temporal. Como las tarjetas pueden perderse o robarse, ahí hay aún espacio para el delito. De modo que el último paso es asignar a cada hombre de la tierra un código personal. La tecnología láser lo puede grabar bajo la piel de modo indoloro. Y un escáner puede leerlo aunque sea invisible. También están hablando de un chip en miniatura, insertado bajo la piel.

Mi padre gruñó.

—Eso me suena a ciencia ficción.

—Hablan ya de si implantarlo en la mano derecha o en la frente. ¿Has leído alguna vez la Biblia, papá?

—¡Dios mío, Tan! ¡No me digas que te has hecho fundamentalista!

—Eso lo dejamos para otro día de pesca. Volvamos a esos implantes y tatuajes. Dices que odias a los Hitlers de este mundo. Pero estás proponiendo exactamente lo que les hicieron a los judíos y a los gitanos y a un montón de cristianos también. Los tatuaron y luego los usaron como mano de obra esclava, o los eliminaron en masa. Él estaba salvando a su pueblo...

—No somos fascistas.

—No, pero estás proponiendo un totalitarismo con rostro humano... exactamente como dijo Huxley. Parece utópico, en la teoría. Pero en la práctica va a pasar algo mucho más sombrío. Nadie, absolutamente nadie, se verá libre de ser sometido al programa. ¿Cómo van a pagar las multas, cómo van a pagar los impuestos? Un experto en economía del Gobierno ha llegado a decir que la gente que intentara salirse del sistema iría en contra del bien común. Terminarían en la cárcel.

¿Llamas a eso libertad?

—Lo llamo... lo llamo un método razonable de preservar el orden social. Yo...

—¿Y vale la pena preservar el orden social si reduce a la persona a un engranaje de la

máquina estatal?

—Estás sacando las cosas de quicio. Es por su propio bien.

—¿Lo es la invasión de la privacidad? ¿El socavar los derechos de la familia? ¿La participación «libre» a la fuerza? ¿El ir a la cárcel por no cooperar?

Me señaló con el dedo y comentó intencionadamente:

—¿Y qué hay de mantener a las familias bien comidas y las calles seguras? Sonreí. Había caído en mi trampa.

—Papá, ¿te das cuenta de que tus argumentos son exactamente los mismos que usó Hitler para justificar la destrucción de los derechos civiles en Alemania?

Esto le irritó sobremanera, pero no dijo nada.

—Ah, y por cierto, la Unión Europea ya ha desarrollado un programa piloto para numerar a toda la gente del planeta con un código de tres grupos de seis dígitos. Esos dieciocho números albergarán información esencial sobre el individuo. Un policía o una cajera de supermercado lo podrán escanear de tu mano o de tu frente...

—¿Y cuál es el problema?

—Papá, échale un ojo al libro de Daniel. O al Apocalipsis. Son lecturas inquietantes. Sacudí mi cabeza, como en una lucha interna entre la incredulidad y la compasión.

—Pensé que eras un católico relapso. No me digas que has vuelto a ser creyente.

—Creo que nunca he perdido la fe en las enseñanzas de la Biblia. Simplemente, no las he vivido muy bien.

—¿Entonces por qué sientes tanto fervor por ese mito histórico del final de los tiempos?

—No estoy seguro de que sea un mito histórico. Es más, si la Biblia tiene razón en esto, y si nuestra generación es la del tiempo del que habla, entonces gente como mamá o mis abuelos y otros muchos a los que tú y yo queremos, se van a ver en un buen problema.

—¿Me estás diciendo que crees, que de verdad crees, que un diablo enorme y malo va a sojuzgar y a forzar a los veinticinco millones de ciudadanos de una nación democrática a ser tatuados, torturados, arrojados en campos de concentración y, tal vez, asesinados?

—Por supuesto que no. Lo único que digo es que podría suceder. Si sucede, el número de víctimas será bastante bajo. Aun así, llevará diez o veinte años que el país se acostumbre a esa idea.

—¿Acostumbrarse a la idea de los campos de concentración? Yo diría que es poco probable.

—En realidad, no sería tan complicado. La mayor parte de la gente pensaría que es una buena política, sobre todo si coincide con que nos estemos recuperando de una crisis. El pequeño número de gente a la que no le gustaran esas políticas del demonio, no parecería más que un puñado de auténticos locos, ¿no? Y si los locos son detenidos, el hombre medio se diría, bueno, es por su bien; están pasando unas vacaciones en un centro de rehabilitación.

Mi padre se rió.

—Has estado leyendo demasiados cuentos de hadas. Me encogí de hombros.

—Tal vez.

—Quítate eso de la cabeza, hijo. O vas a empezar a ver diablos debajo de cada cama.

Le miré, preguntándome si no tendría razón. Sacudí de nuevo la cabeza, perfilando una sonrisa con su boca cicatrizada. El suyo era un rostro atormentado. Había sido herido gravemente por un oso cuando era un niño, ahí al lado, en la montaña que se eleva sobre la antigua casa. Toda

la vida había visto las cicatrices de mi padre y las había considerado como algo normal. Había aprendido a leer bien sus sonrisas torcidas y su falta de reflejos faciales. Pero su imagen ahora era completamente distinta. Por primera vez, pensé que quizá no le gustaba, que quizá no le caía bien a mi padre.

Intenté rebatir con un contraargumento pero me detuvo a media frase. Carraspeé. En un momento de intuición, me puse en su lugar y pensé en cómo me debía de estar viendo él en ese preciso momento. ¿Como un joven idealista enamorado por el sonido nauseabundo de su propia voz? ¿Como Don Ampuloso en la barca? ¿Como el capitán de la fragata Didáctica?

Me dolía. Me dolía la situación.

—Vale, tienes parte de razón —concedí—. Hay que tener cuidado con eso de ver diablos debajo de cada cama.

—Me alegra que te des cuenta.

—Sí. Es un peligro.

Asintió, y su cara se relajó visiblemente. Nos quedamos callados, en un silencio incómodo, en el que intenté curar mis propias cicatrices. Volvimos a echar la caña.

—Tan, ¿quieres una cerveza?

—No, gracias.

—¿Te he molestado?

—Qué va.

—Para mí era un debate intelectual. Me parece que te lo has tomado por lo personal. Me encogí de hombros y sonreí falsamente.

—Bueno, es una herida muy fresca.

Rió amablemente y me dio una palmadita en el hombro.

—Te digo una cosa, que si alguna vez tienes problemas con el diablo, ahí estaré yo para apoyarte.

—¡Je! ¡Pero si tú no crees en diablos!

—Por supuesto que creo. En los de dos piernas.

—¿Has visto alguno bajo tu cama últimamente? Volvió a reír.

—Nos estamos alejando otra vez de la materia... —dijo, en tono de conciliación.

—No, papá, los dos asuntos están conectados. De hecho...

—Da igual. Pero admitamos que tu escenario apocalíptico es una posibilidad. Si es así, dime qué va a suceder, ahora que el peso de la opinión pública del país está en la dirección opuesta, en la dirección de adoptar una perspectiva global. La mayor parte de las mentes pensantes son humanistas y universalistas, totalmente en contra de eso de lo que tú mismo tienes miedo. ¿No ves que es el nacionalismo el que alimenta el fascismo y la destrucción de los derechos fundamentales?

Bien, me dije para mis adentros, si quieres otro asalto, allá vamos.

Me revolví.

—Tienes parte de razón —comencé a argumentar con mi voz más doctoral—. El totalitarismo fascista es caos moral, mal y dolor. Es el monstruo que cruza el escenario de la historia. Sólo los locos lo querrían. El totalitarismo en su forma nacionalista llega al poder tras seducir al pueblo con ilusiones de seguridad, gloria o progreso. Se alimenta de sentimientos patrióticos legítimos y luego los pervierte conforme a sus propios fines. De otra parte, las tiranías globalizadoras y

mundializantes, lo que intentan es barrer o eliminar las lealtades de nación, religión o raza de diversas gentes para crear masas homogéneas, más fáciles de sojuzgar y reeducar. Pero lo hacen en nombre de una humanidad universal y genérica. Para cumplir con sus propósitos, deben invadir la cultura, que es el santuario de la identidad de las gentes.

—Hum... ¿Lealtades de raza? Le miré aviesamente.

—No soy racista, y lo sabes bien —resoplé—. ¡Demonios! Soy el doble de oscuro que tú, así que no intentes ir por ahí. Se rió.

—Vale, vale. ¡Tómalo con calma!

—No estoy hablando de razas. Estoy hablando de lo que le sucede a cada uno cuando un super — Estado o una super-cultura destruye el genio único de algunos pueblos concretos o comunidades pequeñas. Estoy hablando de guerra cultural, de vuestra guerra cultural.

—Tan, te concedo que las artes y la educación no están viviendo sus mejores momentos, y que no parece que haya dinero suficiente para hacerlas revivir. Pero lo que estás haciendo es llevar al extremo una sola tendencia en el marco de una sociedad tremendamente compleja. Hay muchas tensiones que intervienen, buenas o malas. Si se nos da una oportunidad, seremos capaces de hacer algo constructivo con las malas.

—Suena espantoso.

—Cuando reeduquemos...

—¡Cuando reeduquéis! Escucha lo que dices. ¿Quién os ha dado a ti y a tus socios el derecho de hacer eso? ¿Por qué creéis que tenéis el poder de erradicar las debilidades y defectos de la naturaleza humana a través de la educación? Es terriblemente ingenuo. Y terriblemente peligroso.

Ahora le tocaba a él molestarse.

—¿Peligroso? ¿Por qué lo dices?

—Porque estáis jugueteando con la interioridad de una criatura misteriosa, la persona humana. Médicos brujos os han convencido de que sus teorías sobre el funcionamiento del ser humano en realidad son hechos. Por supuesto, hay algunos hechos. Pero casi todas sus teorías son pura mitología: un día se verá que algunos de sus mitos son verdaderos, y se demostrará que otros son falsos. Pero, mientras tanto, esas teorías funcionan como sistemas de fe, con sus propios textos sagrados y liturgias y chamanes. Es un culto, una secta que se ha apoderado de una cultura por entero en una o dos generaciones. Sale victoriosa al vender sus dogmas como ciencia. Todo el mundo los toma así, al final. Es así como funcionan los mitos en una cultura, por más primaria o sofisticada que sea.

—Por supuesto, te refieres a tu odio principal, la psicología.

—Y a la sociología, y a la antropología. No odio la ciencia. Sólo odio la manipulación.

—¡Lo sabía! En cuanto vas un poco más allá de la superficie de un creyente, lo que encuentras siempre es un antiintelectual.

—Oye, papá, que eso duele... ¡y además es mentira! —Ahora quería a la vez aparecer como enfadado y como bueno—. Es precisamente porque creo en el intelecto que odio tanto ver reemplazado el pensamiento verdadero por los mitos. El progresismo es una religión. Y el progresismo laicista e inmanente es tu versión de la ortodoxia dogmática.

—Eso es absurdo. Somos objetivos.

—Sois la gente más subjetiva que hay.

—¿Y tú, qué eres? Eres un conservador, eso es lo que eres, pero no quieres admitirlo.

—Yo ya no estoy seguro de qué es ser conservador. Pero si ser conservador significa que uno cree que no debería desmantelarse la estructura del universo, entonces imagino que soy conservador.

Gruñó.

—¡Madre mía, cómo nos ponemos de grandilocuentes!

—¿Grandilocuentes? ¿Quién es grandilocuente aquí? ¿Vuestros ingenieros no se están esforzando por delinear el proyecto más megalómano que se ha visto nunca, o qué?

—Nosotros tenemos nuestros expertos, y vosotros los vuestros —repuso fríamente.

—¿Y eso a dónde nos lleva? Es sólo una miserable lucha de poder. La diferencia entre vuestros expertos y los nuestros es que los vuestros quieren salvar a la humanidad como colectivo, y los nuestros a cada ser humano tomado individualmente. Vosotros los convertiríais en un número en una base de datos —para su propio bien, por supuesto. Nosotros queremos restaurar un sentido de individualidad personal en lo que vosotros llamáis masas. Ésa es la única manera en que una comunidad auténtica, una nación de verdad y un mundo cuerdo pueden salir adelante: liberando a la gente para que sea lo que realmente es, uno a uno, persona a persona.

—Ése es el método lento.

—Es el método seguro.

CINCO

19 de enero, seis de la tarde

Hemos encontrado refugio temporal en el barco de la familia Thu, en el puerto del lago Canoe. Estoy verdaderamente agradecido a esta maravillosa familia. Matthew se ha ido al pueblo en su cacharro con ruedas. Tiene turno de noche en el restaurante. Los chicos le están enseñando a Tyler su enorme colección de cromos de hockey. Zöe les lee en voz alta *El Señor de los Anillos* a las niñas. No creo que comprendan mucho pero están sentadas a su lado en el sofá, con los ojos negros bien abiertos por la emoción.

He llamado antes a mi padre, pero no cree en mi versión de la historia. Pensé que, él al menos, sí me concedería el beneficio de la duda. Pero me parece que no ha logrado escapar del gueto izquierdista. Esto ha sido un dolor muy grande. Y no sé qué vamos a hacer ahora.

—Natano, tú estar triste —dice Anthony. Dejo la pluma y asiento.

—Sí, creo que estoy triste.

—¿Por tu amigo al teléfono?

—Sí.

—¿Él no creer?

—No, no me cree.

¿Cómo es posible que un chico de diecisiete años entienda las cosas tan bien? No es un muchacho especialmente brillante, pero sí es perceptivo. Toda la familia es como él. ¿Somos nosotros acaso para ellos algo así como libros abiertos en los que pueden leer con toda facilidad?

Me mira con compasión pero no dice nada más.

Tras la cena, Tyler, Zöe y yo lavamos los platos en una bañera galvanizada. Los Thu más pequeños ya se están poniendo sus pijamas en el camarote de popa. La abuela salió con el bebé al camarote de proa y ahora vuelve. Esperemos que el bebé se quede ya dormido toda la noche. Jeanne está dando órdenes, e incluso los mayores obedecen humildemente. Quiere el cuarto principal bien recogido tras el alboroto del día.

Luego se nos insta a arrodillarnos en torno a la mesa de la cocina. También obedece la familia entera, como si fuera algo perfectamente normal. Es un gran choque cultural para nosotros estar arrodillados entre un montón de cristianos orientales. Tyler y Zöe me miran, yo digo que sí con la cabeza, y hacemos caso. Nosotros también rezamos en casa, generalmente por Navidad y por Pascua y también en los funerales, pero nunca es nada como esto, ya que somos católicos perezosos de Occidente. Para nuestra sorpresa, nos quedamos callados, sumergidos en un hondo silencio que abarca a todos salvo a las niñas más pequeñas, que se remueven un poco, aunque sin

perder del todo la atención, como ocurre con los niños pequeños siempre.

La abuela comienza a rezar con los ojos cerrados. Las palabras son en vietnamita pero su fervor tiene una cualidad universal, notablemente semejante a la expresión de las voces y las caras que he oído y he visto en Roma, en un sótano de Kiev, en una iglesia copta en Egipto, en un santuario en Portugal y durante una Misa en lo más escondido de la selva centroamericana. He dado la vuelta al mundo como periodista. He estado en muchos sitios hermosos y he sido testigo de ceremonias singulares. Pero nunca he experimentado lo que hoy está pasando aquí.

La anciana calla, abre un libro y se lo pasa a Anthony. Él lo lee con su voz amable. Así va calmando nuestras almas. En mi mente casi puedo representarme los acontecimientos que relata.

¿Es esto lo que pasó en Pentecostés, hace ya tanto tiempo, cuando gente de muchas lenguas y naciones pudo comprender lo que los apóstoles predicaban? Imagino que son fenómenos parecidos. Ésta es la buena nueva, la gloriosa buena nueva. Casi sin saberlo, me voy llenado de la más dulce paz, de un silencio interior tan seguro que creo que por fin puedo hacer frente a cualquier cosa, mal católico norteamericano. Malo no porque sea un pecador compulsivo de enormes pecados, sino malo porque soy un hipócrita. No amo a mis enemigos como dijo el Señor. Aborrezco lo que han hecho con mi familia y con mi mundo. Lo han destrozado todo y les odio con todas mis fuerzas. Pero también soy un mal católico porque no he sido ni frío ni caliente con respecto a mi fe. He sido, simplemente, un mediocre durante demasiado tiempo.

Nuestra época necesitaba desesperadamente una convicción, las palabras de una esperanza verdadera. Yo había creído en el poder de mis análisis; yo había pensado que podía rescatar el mundo con mi inteligencia y con mi pluma. Muy tarde aprendí que a la mayoría de la gente no le interesaba. No piensan. Toman decisiones sobre prácticamente todo según sus sentimientos, según sus impresiones subjetivas de la realidad. Yo había creído que mi padre, que es un racionalista frío, sería inmune a este poder de la impresión que lo ha invadido todo. Al final, él también ha sido vulnerable a sus seducciones. Sé que era lo propio mantener el periódico y luchar contra la erosión de la civilización todo el tiempo que pudiera. Al mismo tiempo, he confiado demasiado en mi propia habilidad para convencer a los demás. No he rezado lo que debiera. ¿Es ésta mi parte de culpa?

Ahora comienza el rosario, cada misterio rezado por uno de los niños. Es como una canción salmódica, y con ella me vienen imágenes mentales de cada escena, de cada misterio. Pasa media hora y aún seguimos arrodillados. Me duelen un poco las rodillas, pero de alguna manera, nada parece importar salvo permanecer en esta paz inexplicable, ajena al tiempo.

Luego termina el rosario y todo el mundo grita, ríe, se gasta bromas, se lava los dientes en el grifo del pasillo. La abuela apaga la luz y todos se dan el beso de buenas noches. Jeanne es una mujer muy guapa y sus hijos tienen la suerte de haber heredado su belleza, pero el brillo familiar es algo más que una herencia física. Tiene mucho que ver con el espíritu de amor que todo lo penetra en esta casa.

¿Dónde vamos a dormir? Jeanne señala las literas vacías. Las dos niñas pequeñas que suelen dormir ahí se han adelantado para ir a dormir con la abuela y el bebé. Los dos chicos más jóvenes se acuestan en la cama inferior de una litera. Zöe se queda con la cama de arriba. Tyler duerme en la parte de arriba de la segunda litera, y yo en la de abajo, que es la cama de Anthony. Anthony nos dice con una sonrisa que dormirá en el suelo. Protesto y le insisto en que yo debo ser el que duerma en el suelo, que no quiero molestar a nadie. Jeanne, Anthony y los niños pequeños me

miran con gran sorpresa. Eso sería «no bueno», dicen. Anthony, que es especialmente persuasivo, me hace sentirme culpable por desear el peor sitio. Con una expresión facial muy medida, me trata con diplomacia magistral: al final, no me queda ninguna elección; Anthony duerme en el suelo dentro del saco de dormir, y los queridos invitados en las literas. Todos sonrían victoriosos cuando doy mi brazo a torcer.

Luego, cuando todo el mundo está en su cama salvo Anthony, miro mi reloj. Son las nueve y media. Quiero encender la radio para saber lo que dicen sobre mí. Luego me doy cuenta de que no quiero oírlo. No. No quiero. Este cuarto es la realidad: Anthony lee al amparo de una pequeña lámpara de queroseno, que debe de emitir lo equivalente a diez vatios de luz. La vela del templete tiembla bajo las imágenes. Suenan, aquí y allá, suspiros y ronquidos. Tyler está totalmente dormido, con la boca abierta, respirando pesadamente, mascullando las palabras de un sueño, con sus pies grandes, con calcetines, saliéndole de la cama. Zöe se mueve pero seguramente está dormida. El bebé se agita pero luego lo calman con dulces palabras. El fuego chisporrotea. Anthony apaga la lámpara y se tiende sobre el suelo. La escena ahora sólo queda iluminada por el brillo suave del corazón metafísico.

Me quedo despierto largo rato escuchando estos ruidos y paladeando esta luz. No me atrevo a explicármela ni siquiera a mí mismo, temeroso de atraparla y perder así su forma esencial, su poder, quizá incluso su misma existencia.

En esta época se van tantas cosas, sin un grito de protesta, sin un mínimo suspiro que diga que aquí hubo algo sustancial. Pienso en tantas almas únicas que llenaron mi familia, mi pueblo, mi mundo. Gente de esa calidad ya no la habrá. Pienso en Bill, y quiero aullar a la cara de la oscuridad:

«¿Por qué? ¿Por qué tuvisteis que matarle, cabrones?» Nunca hizo daño a nadie. Amaba los libros, simplemente, y se los dejaba a los niños, recogía lo que los mocosos dejaban a su paso y se iba a casa, una casucha donde se alimentaba de comida de lata, hacía crucigramas y oía la radio. Pienso también en Turid L'Oraison, esa tirana de mentirijillas, que murió el año pasado de neumonía, y que hizo que la ciudad fuera honesta por seis décadas con su sentido del humor. Y pienso en Jan Tarnowski, que falleció diez años atrás, entrando en coma tras una larga y callada batalla contra el cáncer.

Sufrí mucho por él, porque era amigo mío. Era un hombre que había padecido lo mismo bajo fascistas que bajo marxistas, y que no dejaba de sorprenderse cada vez que veía un nuevo padecimiento en el Occidente de la libertad. Tenía, como se suele decir, un tornillo algo suelto, pero en el fondo estaba bien en sus cabales: totalmente en sus cabales, más bien, porque sabía lo que era esencial. Durante años, en mi niñez y en mi juventud, le ayudé a construir una torre llena de engranajes, campanas y trompetas, que él dio en llamar el «reloj findelmundo». Él sabía, como saben los locos y los santos, que tenía la vocación de alertar y proteger, y como estaba separado de los vecinos por su falta de conocimiento del idioma, escogió la única forma de lenguaje que podía escoger un genio mudo, inventando una palabra que sacudiría la sordera de nuestras gentes. Era un signo de contradicción, una torre con campanas que sonarían ante incendios y enemigos, y un juego de trompetas que se activaría el «día findelmundo», como él lo llamaba. Muchas veces lo vi sentado allá arriba, simplemente en actitud contemplativa. Fielmente, la campana sonaba a las tres en punto. Pero las trompetas nunca sonaron. Nunca en mi vida han sonado. Todavía no han sonado.

La torre ardió con el gran incendio, claro, y los últimos años de la vida de Jan estuvieron ocupados en la reconstrucción de la torre, trabajo monumental en el que, de cuando en cuando, le ayudaba. Era un gozo trabajar en esa máquina imposible, escandalosa e inútil. Y era una liberación. Me recordaba que, cuando la gente normal está haciendo locuras y justificándolas con argumentos racionales, el loco puede ser el tipo que mejor esté entendiendo la realidad.

Tras la muerte de Jan, no había testamento y tampoco había herederos. La casa y la propiedad salieron a subasta pero, ¿quién iba a tener interés en hacerse con un sitio que se estaba yendo a la ruina cada día que pasaba y que tenía la reputación que deja la locura? Yo ardí de deseos de hacerme con el «reloj findelmundo», pero The Echo estaba coqueteando con la bancarrota en aquel tiempo. De haber tenido dinero, habría comprado la torre y la hubiera trasladado al lado de mi casa. Pero los planes alocados no siempre se cumplen. Hoy, el «reloj findelmundo» sigue abandonado entre las ruinas de la propiedad de Jan.

Me estoy quedando dormido cuando oigo el ruido del coche de Matthew que llega. Minutos después, entra, moviéndose sigilosamente. Se pone un plato de sopa que estaba calentándose en el horno. Jeanne lo había dejado ahí para él. Come sin hacer ruido.

—Matthew —susurro.

—Ah, Natano...

—¿Todo ha ido bien, has tenido algún problema en el pueblo?

—No problema —dice, dudando—. No problema yo. Pero policía parar coche. Parar todos coches. Abro maletero. Ellos buena gente, hablar buenas palabras, pero llevar pistola en las manos.

No, esto no suena bien. No suena nada bien. ¿Será una bendición disimulada el que mi padre no viniera a recogernos en su coche? Es casi seguro que nos hubieran cogido.

—Natano, subir a hablar.

Nos ponemos botas y abrigos y salimos a la cubierta, cerrando suavemente la puerta tras nosotros. Las nubes pasaron. El cielo está moteado de estrellas. Podemos ver la Vía Láctea. Un satélite asciende hacia el suroeste. Durante unos minutos, permanecemos en silencio. Hace frío pero no hace viento; nos llega un poco de calor del casco a nuestros pies. Estamos juntos por la parte de popa, ante una vista panorámica del lago y de la montaña Canoe en la orilla opuesta. La luna llena flota sobre el pico de la montaña.

Se siente la ilusión de que estamos en el mar y la cubierta se balancea. Aspiro profundamente el aire fresco. Enciendo mi pipa y su cazoleta de cerezo me ofrece un asidero. La brasa y el aroma me recuerdan que los hombres hemos sido creados para algo mejor que el desarraigo. En el fondo, soy como un hobbit: quiero mi pipa, mi pinta, el contento del corazón. Ataco la pipa con cierta impaciencia. Es como un corazón móvil, para nómadas.

Matthew abre una botella de algo y se vierte un poco de líquido; luego abre otra botella y se vierte de nuevo un poco de líquido, y yo me doy cuenta de que todos mis deseos han sido concedidos.

Me sonrío.

—Esta cerveza mía. De casa.

Doy un trago a mi botella. La cerveza es verdosa y ligera y sabe a jengibre. Pero está rica.

—Me gusta mucho. Miramos las estrellas.

—¿Miedo?

—Ya no tanto.

—Tú no miedo. Todo bien. Al final, todo bien.

—Eso espero. Eso espero, de verdad —doy otro trago.

—Noticias en televisión, en restaurante, en cocina. Ver fotos. Tú y Tie-lore y Sis y... muerto.

—¿Qué muerto?

—Bill de escuela. Así que ya lo sabe.

—¿Y qué han dicho?

—Tú matar Bill.

Quizá sea por su lenguaje, pero el pánico me vuelve al pensar por un momento que está afirmándolo, como si dijera: «Tú has matado a Bill».

—¿Les crees? —pregunto con una voz inaudible.

Bajo la estrellas, tengo luz suficiente para ver que se ha dado la vuelta hacia mí. Y su cara parece tan afligida como su voz.

—¡Yo creer en ti, Natano! ¡Yo conocerte, yo conocerte! Me siento avergonzado. Le doy un abrazo. Me da unas palmadas en el hombro, con su mano de miniatura.

—¡No preocuparse! Yo conozco esta gente. En Vietnam, yo como tú. Yo corro, yo esconderme. Gran, gran problema. Ellos cogirme, torturarme, luego matarme.

—Cuéntame de eso.

—Ah, no. Mucho tiempo, mucho tiempo. Yo olvidar.

—Por favor, cuéntame.

Se vuelve hacia mí. Es un hombrecito rechoncho con gafas gruesas y un acento aún más grueso, un don nadie a ojos del mundo. No es especialmente agradable de mirar. Tiene mala dentadura. No hace un trabajo prestigioso. Es, de alguna manera, un esclavo, el único tipo de esclavo aceptable en una democracia capitalista: en una ex-democracia, para ser precisos. Si hubiera que hacer el retrato de un perdedor, Matthew sería un buen modelo. Pero él no es lo que parece ser. Es, como descubro pronto, lo más lejano que hay a un esclavo que puede encontrarse en esta época.

Me cuenta largamente y, al final de su narración, estoy tiritando, y la luna ya ascendió la cuarta parte del cielo. Hemos bebido otra botella sin sentir el paso del tiempo. Nunca he pasado una noche así antes. Este liliputiense cuenta una historia extraña en la cubierta de un arca ridícula, varada en la orilla de un lago congelado en una tierra fría del norte, en la orilla también de un siglo cruel. Justo al final de una época, encuentro un hombre verdadero.

No intentaré contarle en su peculiar dialecto, porque sería muy difícil darle un sentido a todas sus referencias, a sus recuerdos, a sus decursos sobre su filosofía de vida, a su análisis de las tácticas de la guerra entre el bien y el mal. Añádase a esto su enfado tanto con el materialismo norteamericano como con el materialismo marxista (es de las pocas personas que sabe que, en esencia, son lo mismo). Hemos pasado un buen rato hablando del asunto. Pero también hay mucho de su lenguaje particular, de su extraño vocabulario. Así que es un trabajo coger todo el material para hacer un conjunto coherente.

Todo empezó con la caída de Vietnam del Sur ante el comunista Vietnam del Norte en 1975. Matthew y Jeanne vivían en un pequeño pueblo llamado Nam Binh («El lugar de la paz»), cien kilómetros al sureste de Saigón. Tenían unos ultramarinos especializados en pasta, pescado seco, latería, prensa de Saigón, puros y cigarrillos. Era un pequeño local en una calle polvorienta por la

que se paseaban pavoneándose algunos gallitos y los niños podían jugar sin miedo a que les atropellara ninguna de las motos que ocasionalmente pasaban por allí de camino a otros lugares. El centro de la vida del pueblo era la iglesia. Había budistas también, pero la mayor parte de la población era católica, descendientes de las gentes convertidas por los franceses en el siglo XIX. Un tío bisabuelo de Jeanne había sido martirizado en época de un emperador confuciano. Dicho ancestro se había negado a abjurar de su credo y fue desmembrado y frito en un gigantesco wok en la plaza de la capital provincial. Ahora es un santo canonizado por la Iglesia Católica.

La fe era fuerte en estos pueblos. La oración y los sacramentos marcaban el paso del tiempo, y a los jóvenes se les recomendaba seriamente no visitar Saigón y Danang, pues eran lugares de corrupción. La familia, la Iglesia y la aldea lo eran todo, en este orden. Cuando los norvietnamitas llegaron, comenzaron por arrestar a todo aquel que hubiese sido funcionario de la administración de Saigón, y mataban en el sitio a quien hubiese sido miembro de las fuerzas especiales de Vietnam del Sur. Se estableció en la ciudad una dependencia del ejército y una oficina de la policía política: el Cong An. Espías e informantes actuaron con todo dinamismo y eso mantuvo al pueblo a raya. De cuando en cuando desaparecía la gente, pero nunca eran muchos. Había interrogatorios y palizas, pero no tantos como para que el nuevo régimen pareciera el monstruo que se había proyectado en la imaginación pública desde la batalla de Dien Bien Phu. Todos los horrores ocurrían en lugares discretos. No se freía a nadie públicamente en woks.

Yo llegué a Saigón el año después de su caída a manos de los comunistas. En aquella época, ser un periodista canadiense implicaba una posición de privilegio que permitía tomarse libertades que uno no podría haberse tomado de ser estadounidense. Habíamos sido comprensivos durante la guerra; como resultado, pude pasearme arriba y abajo por las calles de Ho Chi Minh City usando mi cámara sin llamar mucho la atención. Quería averiguar las condiciones reales de vida de la gente común. Me acompañaba una «sombra» —por supuesto, un «guía turístico»— que se aseguraba de que yo viera lo que el régimen quería que viese. Intenté ser manso como una paloma y astuto como una serpiente, y a su debido tiempo pude comprobar que había escasez de comida, juicios políticos y un gran número de niños huérfanos, algunos de los cuales habían perdido a sus padres en las purgas subsiguientes a la guerra. Aunque había un cierto sentimiento de «normalidad absoluta» en el aire, podían verse signos de que se estaban desplazando los fundamentos mismos de una cultura. La familia como corazón vivo de todo se sustituía por la visión del hombre como peón en un tablero ideológico mayor. Poco sabía yo que, a sólo unas millas de ahí, vivía una joven familia que un día me iba a salvar la vida.

Regresé a casa y escribí artículos, reportajes y editoriales sobre la esquizofrenia de las naciones. Eran piezas —pensaba yo— bastante buenas. Explicaba que el totalitarismo es esencialmente una enfermedad del espíritu, y que podría darse en nuestro propio país algún día, igual que se había dado en naciones subdesarrolladas y en la Europa del Este. Mi cerebro sigue todavía atestado de esos viejos textos. Escribía cosas como:

El ciudadano normal que camina por una calle normal en un Estado totalitario no vive su mundo como una locura absoluta y continuada. Por angustiado que esté, el paso de los meses y los años da incluso a la más extrema de las situaciones una cierta semblanza de normalidad. Ésa es una dinámica fácil de observar en otro país. Pero, ¿y en el nuestro? La imagen que tenemos de nuestra sociedad es una construcción mental irreal. Ya no es «el

hogar de los libres», sino un paisaje de secreta pesadilla donde innumerables niños son asesinados cada año, discreta e higiénicamente, en las clínicas y hospitales del país. El asesinato legalizado, la pérdida de la visión trascendente en la cultura y la muerte del arte son, cada uno por sí mismo, síntomas de la caída de una sociedad en el totalitarismo. Las democracias no son inmunes al autoengaño, aunque tienden a formas de opresión que no son abiertamente violentas. Las democracias en declive irán por el camino de la opresión encubierta y la abierta erosión de los derechos humanos.

Así era el panorama para mí en los setenta y en los primeros ochenta. Era un moderado que se desviaba a la derecha del centro, pero tenía mis cautelas con el conservadurismo. La cuestión es que el mismo centro se estaba moviendo radicalmente, debido al vértigo de la ingeniería social. Cuando empecé a comprender los elementos de mitología que había en el izquierdismo de Occidente, me puse a escribir lo que pensaba con mayor frecuencia y audacia creciente. A nadie le interesaba mucho lo que decía, menos aún a los de izquierdas. Al fin y al cabo, en la naturaleza de las mitologías está el ser impermeables a la razón. Cuando la gente formada es subjetiva, puede serlo de una manera muy articulada; pueden sonar tremendamente «razonables»... y así se vuelven incapaces de ver lo que mentes menos privilegiadas pueden ver con tanta claridad. Es propio de los puntos ciegos el crear zonas muertas en nuestro ángulo de visión. «¿Zonas muertas?», pregunta el señor de izquierdas: «¿Qué zonas muertas? ¡Yo no veo ninguna!».

Las primeras acusaciones llegaron como cartas al director. Decían que era un alarmista. Un buen tipo, decente, pero dado a sobrereaccionar y a dramatizar. Puede que fuera verdad esto, y que siga siendo verdad. Pero la situación, objetivamente, permanecía y ha permanecido.

Para los Thu, aquellos años en Vietnam se pasaron con menos discusiones academicistas. Vivían en una nube de sospecha. Eran capitalistas: todavía vendían cosas, aunque sus proveedores fueron agotándose paulatinamente en tanto que la economía se desintegraba. Eran también unos fanáticos religiosos reaccionarios, agentes de la Roma imperialista: sus niños ayudaban a Misa, y Matthew y Jeanne enseñaban clandestinamente el catecismo a los chicos del pueblo, una incursión peligrosa en el campo de la «contrapropaganda». La iglesia seguía abierta, pero había sido prohibida toda instrucción religiosa. Por no hacer caso a la prohibición, el padre Tran fue en varias ocasiones arrestado, golpeado y devuelto a la parroquia con una clara advertencia. Desaparecieron algunos catequistas laicos. A Matthew se le ordenaba con frecuencia que se personara ante el comandante local para ser sometido a un exhaustivo interrogatorio. Jeanne también fue interrogada. Su tienda fue saqueada por soldados a plena luz del día, sin que los culpables recibieran condena alguna. Los Thu se convirtieron en pobres, pero —generalmente— tenían suficiente para comer. Mantenían un huerto en su patio trasero y criaban pollos y cerdos, aunque en ocasiones se los confiscaban. La familia guardaba una parte de la cosecha para dársela a las viudas, los huérfanos y los sacerdotes clandestinos. Esperaban. Esperaban que la situación mejorara conforme los años de la guerra quedaban atrás en la memoria. Amaban a sus hijos; se preocupaban por ellos. Rezaban.

Una tarde llegó una mujer a visitarles. En lenguaje velado, les dijo a Jeanne y a Matthew que, a la mañana siguiente, arrestarían al padre Tran. Esta mujer tenía un hijo del que se pensaba que era informante de la policía. No se sabía a ciencia cierta si él había sido responsable directo de la muerte o de la desaparición de alguno del pueblo, pero de alguna manera se había hecho

sospechoso a ojos de todos. Jeanne no sabía qué pensar del mensaje recibido. La mujer era conocida por ser una entrometida y tenía fama de crear problemas entre la gente. También era una mentirosa. Tal vez sólo se tratara de un acoso, quizá de envidia, pues los Thu tenían fama de ricos por el modesto éxito de su tienda, por su gallinero y por pertenecer a una amplia familia de granjeros y pescadores extendida por toda la provincia.

A la mañana siguiente, Matthew fue a la Misa que el padre Tran celebraba antes del alba. Su hijo mayor, Anthony, hacía de acólito. Era un muchacho devoto y su padre estaba orgulloso de él. Matthew y el padre Tran eran buenos amigos. Habían crecido juntos en la misma calle y, durante un tiempo, en su juventud, habían ido juntos también al seminario. Luego Matthew conoció a Jeanne en unas vacaciones de verano y los caminos de ambos hombres se separaron para volver a unirse más adelante en la corriente del tiempo. Matthew pensaba mucho en el misterio del tiempo y el destino. Por entonces, tenía tres hijos. Tran tenía muchos cientos de hijos e hijas en el espíritu. Vivían distintos modos de paternidad, pero en el fondo era el mismo misterio.

El padre Tran seguramente tuvo una premonición, una intuición espiritual, de que aquella podía ser su última Misa. En la homilía dijo:

—Mis queridos hermanos y hermanas, no sabemos lo que ha de pasar. Tened siempre presente lo que os digo: aun cuando destruyan nuestras iglesias, aun cuando destruyan nuestros sagrarios, nunca podrán destruir el sagrario de nuestro corazón, donde tienen su morada Jesús y María.

Cuando el sacerdote y el muchacho se retiraban del altar al finalizar la Misa, cinco miembros de Cong An se colaron por la puerta trasera de la iglesia. Tenían pistolas en la mano y una sonrisa perversa en cada cara. Expulsaron a los ancianos y a los niños a la calle. Matthew corrió hacia la sacristía.

—Tran, debes huir. Creo que es verdad lo que nos dijo una vecina anoche. Nos van a arrestar a ti y a mí.

Tran se asomó por fuera de la sacristía y observó a la policía entrando.

—Vete —susurró Matthew—. Yo los entretengo.

—No. Tú debes irte. Yo los detendré. Tú tienes que cuidar de los niños y de Jeanne. Insisto.

Al decir esto, cerró la puerta de la sacristía, echó el cerrojo y empujó a Matthew hacia una ventana.

—Vete, corre, escóndete. Soy tu párroco y debes obedecerme.

Matthew obedeció. Trepó hacia fuera. El sacerdote ayudó a Anthony a seguirle. Padre e hijo volvieron corriendo a casa. Mientras corrían, escucharon un disparo. Matthew se volvió para mirar pero no vio a nadie. Concluyó que los soldados habían disparado a la cerradura de la sacristía. Pocos minutos después, se escuchó otro disparo.

Jeanne y sus padres estaban en las escalerillas de la tienda mirando en dirección a la iglesia cuando llegaron Matthew y Anthony. El muchacho corrió a abrazarse a su madre. Cuando Matthew recobró el aliento, le explicó lo que había sucedido.

Justo entonces vieron correr a una muchacha calle abajo, llorando.

—Han matado al padre Tran —sollozaba. Jeanne se volvió a Matthew y le dijo:

—Ve y coge la bicicleta. Rápido.

Matthew lo hizo, y cuando los hombres del Cong An llegaron a la tienda él ya estaba cinco millas más allá, en pleno campo.

La familia no sabía nada de su paradero. Los sucesivos interrogatorios no lograron sacar ninguna información. Matthew Hoang Van Thu había emprendido un largo viaje comercial, para proveer de mercancías a su tienda. No iba a volver por mucho tiempo.

Matthew vivió seis meses con la bicicleta, yendo de pueblo en pueblo, escondiéndose en las casas de parientes y de sacerdotes. Una fotografía suya apareció en el diario de la provincia con la leyenda «Buscado para interrogatorio sobre asesinato». El periódico decía que un sacerdote había sido asesinado y que el propietario de la tienda había desaparecido esa misma mañana. Los del pueblo sabían cuál era la verdad, pero daba igual lo que pensarán: el suyo era un pueblo pequeño en una región sin importancia, y todo el asunto se fue diluyendo entre tantos acontecimientos similares.

Aun así, cada pocas semanas la policía política volvía a irrumpir en los dos cuartos que había tras la tienda, allí donde se alojaban los Thu, en la esperanza de atrapar a Matthew. Él regresaba de cuando en cuando, por unas pocas horas, generalmente después de la medianoche. Siempre partía antes del amanecer. La policía, cuando iba, registraba la casa, hacía las preguntas de siempre y se volvía a marchar, con todos los agentes cargados de pasta o de salsa de pescado.

Una noche, Matthew estaba en casa y comenzaban su esposa y él a tomar algo de comer cuando sonó la puerta delantera y se levantó el pestillo. Matthew había estado jugando con el niño sobre sus rodillas. Lo puso sobre el suelo y él mismo se quedó agazapado, inmóvil, debajo de una cama. El niño estaría en torno a los dos años y pensaba que todo era un juego. La policía y los soldados entraron en el cuarto y miraron los dos platos sobre la mesa. Jeanne no perdió su compostura.

—¿Por qué estás comiendo a estas horas de la noche? —le preguntaron.

—El pequeño tiene hambre —dijo ella.

La mujer hubiese preferido la muerte a proferir una mentira. Y no estaba mintiendo, porque en verdad el niño tenía hambre. Lo sentó frente al plato y empezó a comer. La policía dio vueltas por el cuarto, miró bajo las camas, dentro de un armario, detrás de las cortinas. Los padres de Jeanne, que dormían en el mismo cuarto, se sentaron sobre su cama, se abrazaron, y comenzaron a rezar en voz alta. El niño terminó la comida y se dirigió, cruzando el cuarto, a la cama donde Matthew se escondía. Era la cama que no habían inspeccionado todavía. Anthony y el hijo mediano dormían sobre ella. El niño se inclinó y miró por debajo, canturreando felizmente:

—Pa-pá, pa-pá.

Un policía se adelantó. Sus botas estaban a unos centímetros de la cara de Matthew. Jeanne quedó congelada. Los padres de Jeanne comenzaron a sollozar.

—Pa-pá, pa-pá.

Matthew tenía un rosario entre las manos y rezó en silencio.

—Madre de Dios, ésta es cuestión de vida o muerte. Acudo a tu ayuda. ¡Intercede por mí, sálvame a mí y salva a mi familia, por amor de tu Hijo!

El padre de Jeanne se levantó. Pesaba unos cincuenta kilos y había vivido más de setenta años. Ayudándose de un bastón, se llegó al jefe del grupo y comenzó a reprenderlo muy duramente.

—Cállese, viejo —dijo el policía, pero no le golpeó. Parecía lleno de tedio.

—Pa-pá, pa-pá —seguía el niño.

Los intrusos se volvieron a Jeanne y la instruyeron en la responsabilidad de educar a sus niños como buenos ciudadanos. Arrancaron de la pared un calendario religioso. Confiscaron cartones de tabaco y unas botellas de vino de arroz y se marcharon.

Más tarde, aquella misma noche, Jeanne y Matthew hablaron de lo que debían hacer.

—Debemos abandonar el país —dijo Matthew.

—Pero, ¿cómo?

—Hace ya muchos meses que la gente se está yendo en barco. Se van a Malasia y a Tailandia y a otros sitios. Algunos han llegado a América.

—Sería muy peligroso.

—¿Qué hay más peligroso que quedarse aquí?

Tras debatir intensamente, se pusieron de acuerdo. Matthew volvió a esconderse durante varias semanas y, a su vuelta, regresó con oro.

—Es de mis dientes —dijo. Sus coronas de oro habían sido reemplazadas por un metal gris, y tenía un pequeño lingote en la mano. Jeanne tenía un dinero insignificante de la tienda, y de un agujero en el suelo su padre sacó una bolsa anudada con una buena cantidad de piedras valiosas, sobre todo jade y ópalo.

—He encontrado a un hombre que nos va a llevar a través del mar de China —comunicó a la familia—. Habrá treinta personas en el barco. Es un pesquero y va al descubierto. No es seguro que logremos escapar.

—He oído que hay piratas que roban a la gente y a veces hunden los barcos —dijo Jeanne.

—¡Si al menos tuviéramos una pistola para defendernos! —dijo Matthew—. Pero es imposible.

—Tengo los cuchillos de carnicero.

—Sí, y el abuelo su mal genio. Todos rieron.

—Ningún pirata se atrevería a pelear con nosotros. ¡Estaremos a salvo! —proclamó Anthony.

—Un poco de respeto, por favor —dijo el abuelo, aunque ni siquiera él podía ocultar la risa. Finalmente, los abuelos decidieron quedarse. Insistieron en que no querían ser una carga. No querían hacer lento el camino. Encargarse de la tienda no sería difícil. Además, dijeron, si el negocio familiar continuaba, las sospechas serían menores. Con el tiempo, todo mejoraría. Matthew y Jeanne volverían algún día a visitar sus tumbas y rezar por ellos.

Aquella noche, Matthew cogió la bicicleta y se marchó. Volvió al día siguiente con un remolque de bambú que podía ser arrastrado con la bicicleta. Tenía grandes ruedas de goma y cabían en él muchas cosas sin que fuera difícil de mover. Salieron antes del alba, Jeanne y Anthony caminando, Matthew conduciendo lentamente, los dos niños pequeños dormidos en el carro. A través de caminos rurales y carreteras secundarias, lograron llegar a la costa. Nadie les detuvo. En cuatro días estaban ya donde el barco les esperaba.

Una multitud intentaba hacerse a bordo. El dueño del barco estaba airado y no quería llevar su exceso de equipaje a bordo. Aun así, iba a estar ya sobrecargado. Pidió pago completo por adelantado. Hecho esto, encendió el motor, dirigió la proa hacia el suroeste y el barco comenzó su singladura. Los Thu lloraron de dolor al dejar su país. El sonido de sus lágrimas se confundía con el bang-bang-bang del motor y el llanto de los otros pasajeros. A la mañana siguiente, la tierra era una pálida línea de color verdoso tras ellos.

Hay muchas historias de horror a propósito de los balseros. Se dice que más de cien mil de ellos murieron en el mar de China. Los barcos inestables se anegaban y se hundían. Las lanchas del gobierno hundían otros, tras usarlos como blanco de prácticas. Los piratas eran los peores de todos: con sus barcos dotados de potentes motores, perseguían los pequeños esquifes de los vietnamitas, los obligaban a parar, apuntaban con sus ametralladoras a la multitud sobre la cubierta y pedían todos los objetos de valor. Sus ojos eran como ojos de demonios. Violaban a las muchachas y a las mujeres y luego las arrojaban al agua, a los tiburones. Había otras atrocidades, hechos directamente innombrables y malignos. Eran hombres malvados y lo parecían. Los oficiales comunistas del interior parecían, por comparación, seres civilizados. Algunos barcos regresaban y entonces sus supervivientes contaban estas historias. Muchos vietnamitas las oían y decidían entonces no abandonar el país.

El motor continuó petardeando toda la mañana, hasta que, a primera hora de esa tarde de calor, decidió dejar de funcionar. Ninguno de los trucos intentados por el dueño lo hizo funcionar. Le entró rabia y comenzó a golpear el motor con un martillo. Luego se sentó sobre la cubierta y se puso a maldecir a los pasajeros, retorciendo sus manos. Matthew cogió el martillo y una cuerda. Alguien le dejó una buena vara de seda; otros le dieron retales de ropa o de sacos, cualquier cosa que pudiera utilizarse. Jeanne y las mujeres cosieron una vela. Matthew clavó dos postes y usó los remos para disponer la vela en torno a ellos. Cuando estuvo lista, el barco comenzó a moverse de nuevo.

El dueño del barco se encontraba en un estado de colapso total. No respondía a las preguntas que se le hacían. Tan sólo les había dicho que les llevaría por el paso más estrecho entre la costa suroeste y la península de Tailandia. Nadie sabía en qué rumbo se encontraba aquello. Matthew tomó el timón. Cerró los ojos y oró. No sabía del mar más que el resto de los viajeros pero recordaba que alguien, una vez, le había dicho que las tierras situadas más allá del mar de China estaban en la dirección de la estrella de la mañana. Mirando al sol, dispuso el rumbo del barco según lo que intuyó en aquel momento. Pasaron la noche y, a la mañana siguiente, sintió alivio al ver que sólo estaban desviados por unos grados. Los tres niños Thu, sentados a la proa, rompieron espontáneamente a cantar una canción mariana vietnamita: «Eres la estrella de la mañana».

Viajaron así durante doce días, siguiendo la estrella de la mañana. Al séptimo día se les acabó el agua. Mucha gente murió de sed y sus cuerpos fueron arrojados al mar. Esto aminoró considerablemente el peso del barco, que comenzó a navegar con rapidez. En la mañana del décimo día, Jeanne abandonó sus respetos humanos y dirigió el rezo del rosario. Los budistas y los ateos se unieron. Una nube del tamaño de una mano fue creciendo en el horizonte y se dispuso sobre el barco, cubriendo el cielo, en una hora. Llenó la cubierta de agua, y se alejó de ellos dejando un perfecto azul de cielo de horizonte a horizonte. Nadie murió después de esto, y dos días después divisaron Indonesia. No habían visto a un solo pirata.

Los Thu pasaron un año en campos de refugiados antes de llegar a California. Matthew aprendió a cocinar en Los Ángeles, en un restaurante de cocina de Sichuan. Pero ellos detestaban la ciudad, corrupta como Saigón. Un año más tarde, consiguieron el permiso para irse a Canadá. Unos meses después, ya estaban haciendo una casa de su barco y pescando su comida en el lago Canoe.

—Tú ves —dijo Matthew—, no tener miedo por ti. Si tú mueres, Natano, Dios ve todo. Nada

perdido. Nada perdido.

—Ojalá pudiera estar de acuerdo. Se han perdido muchas cosas buenas. Mucha gente ha sufrido horriblemente, mucha gente se ha perdido. Piensa en todas esas muchachas arrojadas al océano. ¿Y toda la gente que murió en tu barco? Hemos perdido a Bill.

—Ah, Bill —dijo pensativamente—. Bill no perdido. ¿Quería decir que estaba «salvado», en el sentido en que los predicadores decían que alguien estaba salvado?

—Dios ve todo —repite—. Él ve, Él espera. Nada perdido.

¿Qué puede uno decir a eso? ¿Quién le puede decir nada a un hombre con la experiencia de primera mano que él ha tenido? Desde luego que yo no.

La historia de mi familia parece algo mucho menos salvaje, por comparación. Pensé que mis ancestros eran exiliados. El viejo Stiofain y Annie, cierto, estaban huyendo de malas circunstancias. Las de Anne eran ideológicas; la huida de Stiofain era bastante más urgente: el asesinato de mi bisabuelo y todo lo demás. Pero llegaron de tierras de habla inglesa a una tierra de habla inglesa. Pese a los estragos de la guerra, sus sociedades creían en las mismas verdades universales. Las cosas no han cambiado tanto; todavía vivimos en una sociedad decente, aunque se esté minando muy rápido y, pronto, esta revolución escondida lo dirigirá todo en conformidad con la mente colectiva. Pero a los soldados todavía no se les permite asaltar con impunidad los supermercados. No hay piratas en los Grandes Lagos. Por otra parte, sí parece que tenemos ya una policía política. Y nos hemos despedido de lo bueno que tenía el sistema judicial.

—¿Qué haces, Natano?

—No sé qué voy a hacer. No hay ningún lugar al que ir.

—¿Ningún lugar? —chasquea la lengua y señala al gran vacío del paisaje.

—Quiero decir... —bueno, ¿qué quiero decir? ¿Cómo te lo digo, Matthew? Cómo decirte que éstas no son exactamente las selvas de Indochina. Ésta es una tierra extensa pero congelada, y llevará un enorme gasto de energía y de ingenio el sobrevivir ahí fuera, aun cuando sea como salvajes. ¿Qué vamos a hacer cuando se nos terminen las galletas, cuando tengamos agujereados totalmente los calcetines? ¿Dónde compramos anzuelos, y con qué dinero? Una pequeña tarjeta de plástico va a acabar con el dinero de aquí a dos años. ¿Dónde consigue un loco asesino una de esas tarjetitas, eh?

¿Y cómo puedo convencerte de que el tiempo del final es el tiempo en el que no queda ningún sitio al que ir? Las civilizaciones caen lentamente, tan lentamente que uno piensa que quizá no suceda, y a la vez tan rápido que hay poco tiempo para maniobrar. ¡Piensa, Matthew! Dime por qué los judíos no huyeron de Europa en los años treinta, antes de que fuera demasiado tarde. Dime por qué los veinte mil esclavos sacrificados a Quetzalcóatl, el dios de cabeza de serpiente, no huyeron antes de que fuera demasiado tarde. ¿Era demasiado tarde o se les había convencido de que era demasiado tarde? Es una pregunta importante. La vida y la muerte dependen de ella.

Grábatelo en la cabeza, señor director, tu periódico se ha muerto para siempre. Estás intentando escribir un artículo en tu cerebro y el cerebro es cosa huidiza. Y, aun cuando pudieras escribirlo sobre un papel, ¿qué ibas a decir? ¿Qué iban ellos a entender?

Queridos amigos y conciudadanos, vosotros que compartís conmigo el dudoso honor de ver el final del mundo que hemos conocido, queridas «masas», pues eso es lo que muy pronto seréis. Escribo sólo una pregunta muy sencilla: ¿por qué es tan difícil de creer que lo peor está sucediendo?

¿Por qué os es tan difícil a vosotros, que tenéis fe en el progreso? Mirad los helicópteros ultrasilenciosos que surcan nuestros cielos. Son maravillosos pero están pilotados por una fuerza policial que no responde ante vosotros ni ante mí. Tenéis fe en la erradicación de la pobreza. Considerad la eficiente manera en que los ordenadores están planificando una economía global, cómo nos van a numerar a todos, cómo hemos de estar contentos, sin nada más que podamos pedir. Mirad la manera en que están acabando con los mismos pobres, quemándolos hasta la muerte con agua salada o descuartizándolos en el útero materno. ¡Luego pensaremos en los woks del martirio! Ésta es una edad muy rara, ¿verdad? Pero vosotros la sentís como muy normal.

De acuerdo, cada persona, en cada edad, ha sentido que su tiempo era normal. También nuestro tiempo es normal. Como en cualquier época en el corto tránsito de la prehistoria al presente, nos abrazamos desesperadamente a la normalidad. Cuando los acontecimientos son más y más extremos, va creciendo la tentación de enterrarnos a nosotros mismos en sueños escapistas o en las distracciones de la comodidad. La capacidad crítica queda adormecida. Estar despierto y atento exige energía y voluntad de persistir en un estado de tensión crónica. Es mucho más fácil ser «positivo»: tener confianza en lo que nos dicen nuestros líderes. El optimismo elimina muchos problemas, aunque gran parte de lo humano se va muriendo dentro de nosotros, sin apenas protesta.

¿Qué pensaría Matthew si le digo todo esto en voz estentórea? ¡Heraldos de la batalla final, uníos! ¡No tenéis nada que perder salvo vuestras ilusiones! Es un buen entretenimiento particular, el ser un profeta quejoso frente al espejo de tu baño, afinando tu estilo, pero no solivianta a un pueblo contra el tirano. Y nuestro tirano ni siquiera parece un tirano. Si gritamos todo lo alto que podamos, la diferencia será escasa, pues ahora el escenario de la batalla se desarrolla en nuestro interior. Se van a efectuar pocos disparos, y recaerán tan sólo sobre aquellos que se atrevan a decir que estamos en zona de guerra, sobre aquellos que se atrevan a decir que ellos mismos son el enemigo.

Éste es otro gran tópico del siglo XX.

El tiempo en que tuvimos que haber discutido todo esto fue hace diez o veinte años. Era la época en que la nueva clase de los ingenieros sociales comenzaba su ascenso. Consejeros, terapeutas, trabajadores sociales, psicólogos y coordinadores de lo que fuera iban surgiendo por todas partes. No se podía negar que, de cuando en cuando, su trabajo profesional era de ayuda a las familias, pero tenía que haber quedado claro que algo muy malo estaba sucediendo cuando la terapia se hizo industria. Pronto llegó a ser nuestro modo de vida, toda nuestra cultura. Ahora, diez, veinte años después, se ha vuelto imposible oponerle resistencia. Son muy pocos los que no están alienados por sueños utopistas y modelos de reconstrucción social.

Pero, ¿quién podía haber identificado el punto preciso en que ya no habría vuelta atrás? Incluso ahora, Matthew, ¿habría alguna respuesta si unos cuantos profetas ruidosos aparecieran para gritar unas últimas protestas en los cruces de calles y en las iglesias vacías? Así, incluso, perderían toda credibilidad, probando ante la nueva sociedad que la vieja visión del mundo producía personalidades antisociales. El hombre se ha comprometido a una reprogramación de sí mismo que varía cada tanto. Las relaciones interpersonales se viven conforme a un puritanismo sociológico mucho más asfixiante que el moralismo antiguo. La disfunción ha reemplazado al pecado. La sociedad se ha convertido en una sociedad ordenada y no violenta (si excluyes el crimen clínico del aborto). Los elementos sociópatas se cultivan o se eliminan del caldo genético

(Dios mío, Tyler, Zöe, ¿qué va a ser de vosotros?). Y nadie parece darse cuenta de la ausencia de arte, de literatura, de oración y de amor.

Sé lo que me contestaría Matthew. Recordaría cómo entregó su vida a las aguas y cómo su vida le fue devuelta. Recordaría los trabajos de la divina providencia. Hablaría de milagros. Me forzaría a elegir entre la creencia verdadera o una recaída en el escepticismo. Me recordaría que, cuando toda la ecuación parece señalar a un cierto fin, ése es precisamente el momento en que aparece lo inesperado, lo desconocido. Su mensaje esencial siempre es: ten confianza.

—¿Qué crees que debo hacer? —le pregunto. Es una pregunta seria.

—Mi corazón quiere tú quedes. Mi alma dice tú vete.

—¿Y adónde voy?

Repito y repito la pregunta como un corredor con una pierna encadenada al suelo.

No contesta. Tiene la cabeza gacha y creo oír el musitar de una oración. Esta gente es impresionante.

Por mi mente pasa la imagen no buscada de mi otro abuelo, del padre de mi madre, Thaddaeus Tobac. Vive en North Thompson Valley, a nuestro oeste, más allá del lago, al otro lado de la montaña Canoe.

¿Por qué no había pensado antes en él? Supongo que había contado con que papá nos rescatara y no había considerado otras posibilidades. ¡Thaddaeus es perfecto! Nunca van a pensar en molestar a un viejo indio que vive en un cobertizo junto a una cascada a los pies de la sierra del Caribú.

Ahora lo estoy viendo. Muy claramente. Va a ser muy duro. Gran parte del viaje será bajo el cielo abierto. Pero si, al final, todo se ve, y al final todo termina bien, ¿qué hay que temer, entonces? Tal vez nos libremos del wok. Los ángeles pueden cegar a los piratas. Las huestes de orcos pueden ser reconducidas a su dominio de sombras.

SEIS

20 de enero, temprano

Está a punto de amanecer. En unas horas cruzaremos el lago. Nuestra intención es ascender parte de la montaña, rodearla hacia el suroeste y luego dejarnos caer hacia el otro lado, hacia el North Thompson Valley. Esperamos, si todo va bien, estar en casa del abuelo Tobac a lo largo de mañana.

Anoche tuve una buena charla con Matthew. Me habló de sus experiencias en la guerra, de la huida de Vietnam. Animaba mucho tener pruebas tangibles de que la gente puede sobrevivir en la más imposible de las situaciones. He estado rezando. Ayuda, pero aún lucho contra las acometidas de los puñales del terror y la espiral de la depresión.

Tras las claras estrellas de anoche, un espeso montón de nubes ha cubierto el cielo a unos trescientos o cuatrocientos pies por encima de nuestras cabezas. Caen unos pocos copos de nieve. En la luz gris y desmayada se aprecia exactamente el lugar justo en que las nubes ocultan el resto de la montaña, al otro lado del lago. No muchos se atreverán a volar hoy.

Matthew y yo hemos dormido poco. Tras nuestra conversación maratoniana, nos dimos unas cuantas horas de descanso y luego nos levantamos pronto para pertrechar el equipaje. Sacos de dormir, tienda de campaña, botas de nieve y más ropa. Un hacha pequeño y una sierra. Jeanne ha estado yendo y viniendo por la cocina durante un par de horas, metiendo y sacando cosas del horno, todo a la sola luz de la vela roja. Se ha querido encargar de las cajas de cartón con comida que nos llevamos para el viaje. Le dejo hacer: son gente inteligente, fugitivos con experiencia, supervivientes a la antigua.

Despierto a Tyler y Zöe. Es curioso cómo he abandonado el hábito —de tantos años— de llamarles por sus diminutivos. Quizás estén creciendo tan deprisa que, inconscientemente, yo también esté abandonando su infancia. O quizá sea la consolidación de la individualidad personal que sentimos entre esta gente libre, producto de una identidad fundada en la dignidad. Tomo nota, mentalmente, para pensar más sobre esto durante la caminata de hoy. Ahora, les explico el plan a los niños. Están medio dormidos pero se van interesando a medida que les cuento. Lo aceptan todo sin preguntas.

Jeanne sirve huevos con bacon en cuatro platos. ¿En cuatro platos?

¡Cuatro platos! Anthony baja las escaleras desde cubierta con dos recipientes de leche de cabra. Estaba faenando en el corral mientras Matthew y yo nos ocupábamos del equipaje. Yo pensaba que estaba durmiendo.

—Voy contigo por el lago, Natano —dice el muchacho mientras come.

No estoy convencido de que me guste la idea. Intercambiamos una mirada sobre las tazas de té verde humeante. La leche con muesli me da una distracción adicional mientras pienso.

—No. Es demasiado peligroso. Tú no estás en problemas, de momento, pero si te cogen con nosotros, sí puede ser peligroso para tu familia.

—¿Peligroso? —ríe Anthony—. Mundo entero peligroso, Natano.

Le traduce esto a sus padres. Sonríen. Pero la sonrisa de Jeanne no es completa. Hay inquietud en sus ojos. Le hace una trenza a Zöe y veo cómo le gusta eso a esta niña sin madre. Se fija en cómo se hace, en cada vuelta y pliego del cabello. Mi niña apoya su mejilla sobre el pecho de Jeanne, con una sonrisa dulce, sutil, con sus ojos humedecidos. Me doy la vuelta.

Ya amanece cuando nos reunimos sobre la cubierta para hacer un reconocimiento del lago. No hay movimiento en parte alguna. Muy a lo lejos, escuchamos los trenes que llevan azufre a través del North Thompson Valley hasta la costa. Sonidos habituales. Un cuervo vuela sobre nosotros y grazna. El aire es más cálido y húmedo. ¿Nos vamos o no nos vamos?

—Quizá debemos esperar aún otro día, Matthew. Así estaremos más descansados y podemos empezar más temprano.

—No sé, Natano. Radio dice que hoy sol y mañana mucha, mucha tormenta.

—Quedar aquí. Es bueno —dice Jeanne. Intercambian una buena parrafada en su lenguaje.

Para estar seguros, debíamos haber partido hace ya horas, pero necesitábamos ese poco de sueño. Por otra parte, es poco probable que hoy haya persecución aérea, y no tenemos previsto tomar ningún camino. El único punto problemático será la gran extensión de hielo. Los medios hablan continuamente de los tres fugados, y cualquiera que vea a tres personajes atravesando un lago hacia la nada tendría muy fácil adivinar quiénes somos, aunque apenas parezcamos unas motas en la distancia.

Espera un momento... Con Anthony ya seríamos cuatro. Añádase a la ecuación el factor de que nadie, salvo los Thu, vive a orillas del lago. Y que no hay razón para que haya tráfico en la carretera del valle en esta época del año. En realidad, tenemos buenas perspectivas de que nadie nos detecte.

—Nos vamos —digo con firmeza. Hay suspiros y comentarios. Anthony sonrío.

—¡Nos vamos! —dice con voz de triunfo. Lleva al hombro su escopeta de calibre 22 y parece excitado, respira fuerte, con los ojos luminosos y muy rojos los labios. Tyler y Zöe parecen medianamente ansiosos. Sus labios están pálidos, contraídos.

No es fácil despedirse. Nos abrazamos y nos damos la mano, y luego nos abrazamos y nos damos la mano otra vez. Incluso al bebé se le han dado demasiados achuchones. Matthew le da un beso a Anthony, lo cual es una visión sorprendente para nuestros muy americanos ojos. Luego su madre también le besa y rompe a llorar, presionando su cabeza contra sí, abrazándole fuerte. No deja de sollozar. El chico le acaricia con ternura la cabeza y le dice palabras de ánimo, pero ella tiene mucho miedo. Matthew pone orden en la escena mandando a una breve comitiva para que nos acompañe hasta la orilla. Más palabras, más bendiciones, oraciones, llantos, y el perro que ladra histéricamente, sin cesar.

El hielo está cubierto de polvo de nieve y es firme bajo los pies. Será fácil cruzar el lago con nuestras botas. Reservamos las botas de nieve para más tarde.

Vamos mirando y mirando, volviendo la cabeza hacia el barco, a medida que nos separamos

de él y se empequeñece. Su hilera de luces parece incrementar su brillo alegre a medida que nos adentramos en lo desconocido. Anthony se despide con la mano de cuando en cuando; está disfrutando claramente la aventura. Tyler y él caminan en cabeza, hablando con entusiasmo, mientras Zöe y yo vamos detrás, empujando el trineo. No pesa mucho sobre esta superficie, y creo que ella quiere estar conmigo. Me coge de la mano libre con su mano enguantada, como solía hacer cuando era pequeña y dábamos nuestro paseo de domingo.

—Hoy nos espera una aventura de las de verdad —le digo con mi tono más romántico. Pero no funciona.

—Sí —contesta con un suspiro, mirando atrás, hacia la última casa hogareña.

Calculo que tardaremos una hora en cruzar. El lago tiene aquí una anchura de dos millas. La montaña crece justo a partir de su orilla, hasta seis mil pies sobre el suelo del valle. No tendremos que llegar hasta la cima porque lo que más necesitamos es ir a cubierto. La montaña ha sido arrasada desde su base hasta los tres mil quinientos pies, talados todos los árboles. Ahora hay allí campos de desnuda blancura, aunque en invierno son una jungla impenetrable de madera de desecho y materia orgánica diversa. Por encima de esa altura, todo vuelve a ser bosque. Los costos crecientes de talar árboles a esa altura, y la peor calidad de la madera, han dejado en torno a la montaña una franja arbórea de alrededor de mil pies de ancho que circunda la montaña como la tonsura de un monje medieval. A partir de los cuatro mil quinientos pies, los árboles se reducen a piceas enanas y abetos raquíuticos. Por encima de este punto, sólo está ya el paisaje lunar de la alta montaña. Nuestro objetivo es atravesar el lago en línea recta, ascender por la cara este de la montaña tan rápido como podamos hasta el bosque, y luego bordear la cima hacia la vertiente que da al sur. Los árboles deberían ocultarnos durante buena parte del camino, salvo que los helicópteros tengan sensores infrarrojos. Luego ya bajamos al Thompson Valley, cruzamos las vías del tren y la autopista, y nos metemos entre la maleza buscando la cabaña del abuelo Tobac a los pies de la sierra del Caribú.

El plan es sencillo... si tienes la constitución física de un leñador. Yo he estado sentado en una mesa demasiados años, y acuso estos últimos esfuerzos físicos. Pero es un dolor sano. Me hace sentir que estoy vivo. El aire puro es un gozo. El día es oscuro pero tenemos esperanza. Hemos escapado de las redes de nuestros perseguidores, de momento.

Mediado el cruce del lago, alcanzamos a Tyler y Anthony, que nos esperan apoyados sobre un tronco que surge del hielo. Primero pienso que debe de ser uno de los incontables troncos que aún quedan del bosque inundado por las aguas y que ascienden a la superficie de cuando en cuando, haciendo peligrosa la navegación. Luego veo que es un poste de madera de cedro, con un fragmento de alambre alrededor: podría ser de cualquiera de las muchas casas sumergidas bajo el agua hace ya veinte años. Pero prefiero pensar que proviene justo de la granja de Stiofain y Annie, en el fondo del lago, a ocho brazas de profundidad. Miro al norte, al este, al sur, al oeste: sí, estamos justo sobre sus campos. Siento un escalofrío.

Me siento sobre el hielo y apoyo mi espalda contra el poste.

Al cabo de menos de una hora, estamos en medio del lago. Los niños están emocionados con nuestro progreso, comentándolo con Anthony, mientras mi cabeza se vuelve hacia el pasado.

A sólo unos pocos cientos de yardas, hacia el amarradero de donde hemos venido, está el punto donde mi padre y yo pescamos aquella vez, aquella última vez que salimos juntos a pescar,

la vez de nuestra conversación tan a las claras, de esa conversación que, espero, esté ahora mismo recordando. Vuelvo a nuestro doloroso diálogo, a mi ampulosidad... y siento una oleada de depresión. El ánimo, la adrenalina de la situación de vida o muerte parece totalmente gastado.

—¡Papi, papi!

Zöe me zarandea. Hace frío y eso me hace daño.

De pronto, me vuelvo a dar cuenta de que estoy sobre un lago congelado, sentado junto a un tronco que surge de la superficie como un dedo que acusara al cielo.

—Papá... es mejor que nos vayamos ya —dice Tyler.

—Rápido, Natano. Nubes más claras.

Vuelvo en mí. Me he dejado ir otra vez, Dios mío.

—Muy bien, Anthony; gracias, niños. Estaba pensando. No contestan, pero sus caras dicen lo que piensan: Papá, tanto pensar nos puede meter en problemas.

Pobres niños, cómo sufren las locuras de sus mayores. Sí, de hecho es tanto pensar mío lo que nos ha metido en este problema. ¡Se supone que los padres deberían proteger a los hijos, construirles un mundo más seguro! Ah... al menos intentaré manejar bien la imagen externa de mi paternidad. Estoy triste y desanimado. Casi todo a causa de la fatiga. Pero lo esconderé; fingiré. Ahora ya finjo estar animado. Todo está bien. Chicos, papá ha vuelto del país de las maravillas...

Se les ve aliviados. Tyler y Anthony caminan por delante con rápidos pasos. Zöe se vuelve a mirar la orilla que dejamos. La casa de Thu es un punto rojo bajo una sierra negra. Enfrente de nosotros, las montañas aparecen blancas y tiránicas. Veo la cima. Eso significa que las nubes se han disipado. Sólo es media mañana. Hay que avanzar rápido.

Aun cuando vamos trotando, todavía soy capaz de pensar, aunque no es un pensamiento en palabras sino un pensamiento en imágenes. Mi mente es un collage de recuerdos, como la cubierta que le puso Zöe a mi diario. Como mi vida. Fragmentos de conversaciones atraviesan la pantalla de la conciencia y se unen como en un cuadro impresionista. ¿Pero de qué trata esta obra, qué quiere decir? Sé que uno debe echarse un poco atrás y estar callado ante una obra impresionista, para que su mensaje esencial llegue a nosotros.

Hoy, cuando acampemos —me prometo a mí mismo—, tendré unos cuantos momentos de tranquilidad. Pero ahora corro. La huida continúa y mi depresión, como consecuencia, retrocede.

Estamos ya en la orilla. Las nubes se elevan por encima de la montaña. Se ven trozos de cielo azul aquí y allá pero no hay helicópteros todavía. Tenemos, suelto sobre el trineo, un amplio lienzo blanco para abrirlo y cubrirnos con él si viene un helicóptero.

La nieve sobre la orilla todavía es bastante firme, y nuestras botas sólo penetran en torno a una pulgada en el manto. Avanzamos entre sauces. Vemos salir conejos blancos aquí y allá. Querida Alicia... ¿qué decir? ¡Encuétranos un agujero para que nos metamos por él, dame un espejo, dame una llave, muéstrame el camino al país de las maravillas... o al menos un camino para huir!

Pasan quince minutos más y la nieve se hace más blanda y más profunda a medida que la colina deja paso a la base de la montaña. Necesitamos calzarnos ahora las botas de nieve. Anthony y yo tiramos del trineo y Zöe va sobre los sacos de dormir, agarrándose fuerte a las cuerdas que lo sujetan todo. Con las mejillas enrojecidas, está disfrutando secretamente de su viaje. Pronto entramos en un terreno muy duro. Contra nosotros parecen salir arbotantes de piedra del muro de nieve. Todavía tenemos que ascender varios miles de pies antes de encontrar el resguardo de los árboles. Ante nosotros hay tan sólo un baldío de roca, arbustos y nieve. Y un

elemento de lo más primario: la altura.

Tomamos un descanso junto a un arroyuelo que nace al pie de una roca. Tiene que haber acuíferos de agua caliente bajo nuestros pies, porque el agua está templada. Bebemos como animales, el cuerpo contra la nieve, lamiendo la corriente. Sólo escucho el pip-pip de los urogallos y el correr de los conejos, e incluso el piar quejoso de uno o dos carboneros. Anthony mira al cielo en torno, se abalanza sobre el trineo y abre el lienzo de un solo gesto gritándonos que no nos movamos. Estamos abriendo la boca para preguntar lo que pasa cuando oímos muy de cerca el característico zum-zum...

Nos quedamos congelados de terror. Zöe musita algo y Tyler traga saliva. Mi propio corazón se hunde. No me gusta ese ritmo que ha cogido últimamente. Miro por un pequeño agujero del lienzo y veo que un helicóptero desaparece por la parte del lago. Ha debido de pasar a un par de cientos de yardas de nosotros, volando a cien pies sobre la superficie.

Ascendemos. Es una ascensión dura, dolorosa, reptante. e me coge de la trabilla de mi abrigo y, aunque ella también empuja con esfuerzo, estoy cargando con algo superior a mi propio peso. Menos mal que Tyler y Anthony se encargan del trineo sin tener que pedírselo. Buenos chicos.

Paulatinamente, el cielo se va aclarando, y el sol comienza a calentarnos la espalda. Comemos algo, sin hacer parada: queso, unas onzas de chocolate, un plátano congelado y partido en cuatro partes. Las tiras de pescado seco son una auténtica delicia. La sal sienta bien. Pasamos por otro arroyuelo, pero está congelado: cuando vemos, en un punto, que hay burbujas de agua bajo el hielo, quitamos el hielo con el hacha hasta que sale el agua. Sabe muy rica pero está tan fría que los dientes duelen.

Por la tarde, vemos que el sol traza un arco descendente hacia el oeste. A eso de las cuatro estará aquí el crepúsculo. Tal vez tengamos todavía una hora antes de vernos obligados a caminar a ciegas. Por suerte, damos con una pista que va en zig-zag montaña arriba. Su superficie es dura, y tenemos la impresión de haber entrado en una autopista. Nos quitamos las botas de nieve y caminamos rápido. Las piernas duelen y arde el pecho al respirar el aire frío. Pero... ¡qué fantástico regalo es esto! Hay que darse prisa: no estamos dejando huellas. Es maravilloso.

El cielo es ahora de un azul más profundo, con el sol ya detrás de la montaña. Durante el ascenso, nos hemos desviado un poco en dirección al noroeste. Los árboles quedan muy cerca después de que la pista se bifurque rumbo al norte y cuesta abajo de la montaña.

Resoplamos. Discuto conmigo mismo: si seguimos la pista, llegaremos al pie de la montaña, pero no tan al oeste como para mantenernos a una buena distancia de la autopista que discurre a su alrededor. Además, ahí, ¿dónde pasaríamos la noche? Quedaríamos expuestos a las inclemencias del tiempo y a la vista de cualquier senderista, y por la mañana nos quedaría un largo camino que recorrer hasta entrar en North Thompson. Todo indica que deberíamos ascender un poco más y desde ahí ir avanzando hacia el oeste. A partir de entonces, el descenso hacia el valle será casi vertical y sin duda muy rápido. No podemos ir por el lecho del valle; sería demasiado lento.

¿Cuánta exposición al aire libre pueden soportar los chicos?

Claramente, el mejor camino pasa por la franja de árboles, y seguir ahí nos garantiza la mayor seguridad posible. Y mañana, muy pronto, bajaremos la montaña.

Bueno, sigo escribiendo artículos en mi cabeza, y algo escribiré en el diario cuando tenga un momento. Pero los días en que eso podía leerse han pasado hace mucho. Estoy cansadísimo. Mi cerebro acusa el extraordinario esfuerzo y la falta de sueño. Pero me siento curiosamente

tonificado. Quizá sea este aire extraordinario. La vista desde las alturas es impresionante. Debajo de nosotros contemplamos los valles de Swiftcreek. Las luces del pueblo parpadean. Sobre nosotros, el cielo es de un azul casi negro, con un ribete de verde pálido hacia el sur y una cortina rosada hacia el oeste.

Dédalo en Traumalandia es ahora Ícaro ascendente.

Ahora estoy poniéndome literario, ¿cuando podrían dispararnos en cualquier momento! No piense usted más, señor director. ¡Hacia arriba, en marcha!

SIETE

Ya estamos donde los árboles. La luna asciende y es casi de noche, con una leve raya de color salmón por donde el sol se escondió. Sobre nosotros están las primeras estrellas. Nos quedamos escondidos entre los árboles, en las estribaciones del bosque. Subimos un poco, donde los árboles son más altos, aunque todavía son coníferas enanas, apenas del tamaño de un hombre. Hay una pequeña calva, grande como dos cuerpos; pasaría disimulada a los ojos salvo si uno sabe dónde buscarla. He sacado la tienda de campaña y, al intentar montarla, el viento la agita como si fuera una corneta. Resulta muy difícil clavarla a la nieve y no hay cuerda suficiente para atarla a ningún árbol.

Como siempre, Anthony, el muchacho de los bosques, va por delante de mí.

—Necesitamos calor, Natano.

Se pone manos a la obra, en esta luz incierta, usando una bota de nieve como pala. Cava una fosa de diez pies de diámetro, amontonando la nieve alrededor. Llega, cavando, a tocar la tierra, que es una alfombra de musgo.

—Cortar árboles pequeños ahora —dice. Y Tyler y él, con el hacha y la sierra, empiezan a cortar alguno de los que crecen al lado. Nadie que sobrevuele la zona se daría cuenta de que ha pasado algo pues elige con cuidado cuáles cortar para que no se note su ausencia en la masa de los árboles.

Dispone las ramas como una choza india, superponiéndolas de modo que nos rodea una doble capa de ramaje. Tyler y Zöe, obedeciendo sus instrucciones, vuelven a acumular la nieve en torno de la choza. Sólo se ven sobresalir unas cuantas ramas por la parte superior. Un lado queda libre para poder entrar y salir. Nos metemos en el agujero y comprobamos con todo placer que dentro hace más calor. Ni la luz ni el viento llegan al interior. Tyler enciende su linterna y salgo para comprobar que la luz no traspasa. No traspasa en absoluto: estamos a salvo.

Anthony me pide que corte algunas puntas de hojas de abeto para extenderlas sobre el musgo. Ahora estamos no sólo más templados sino que el suelo también está seco. Dentro de la choza hay espacio para abrir la tienda de campaña, pero, al abrirla, su piel sintética parece algo duro y de mal gusto y la volvemos a cerrar. Sacos de dormir, mantas, equipaje y comida: todo está dentro, y metemos el trineo también. Cubrimos la entrada con las ramas. Nuestro refugio es acogedor, hermoso, como perfumado de incienso: huele exactamente como la Navidad cuando éramos niños. Dormimos bajo las ramas y esperamos la mañana con una emoción en el corazón que ya había olvidado hace mucho tiempo, con una emoción que, de hecho, había perdido. La Gracia se ha vuelto a instalar sobre la tierra. ¡Paz a los hombres de buena voluntad!

Anthony hace una revelación sorprendente y dice que hay regalos para todos. Matthew me ha

mandado una navaja de bolsillo y una botella de cerveza de jengibre, ya semicongelada. Los niños Thu les regalan caramelos a Tyler y Zöe. La abuela ha añadido un termo de horroroso guiso de pescado para Anthony. Para cada uno de nosotros hay un pañuelo bordado con nuestros nombres por Jeanne. Luego, abrimos la caja de la comida y encontramos pastel de frutas, carne y pescado seco, frutos secos, bolas de arroz con salsa de ciruelas y una especie de rollitos primavera bañados en salsa de soja. Más caramelos: monedas de chocolate con envoltorio dorado, caramelos de menta con envoltorio verde, campanitas de limón con envoltorio plateado. Me da igual que estemos a mediados de enero: estas son las mejores Navidades de mi vida. Se lo digo a Anthony y a los niños. Se ríen. Me dan la razón. Comemos y brindamos.

Los viejos circuitos del subconsciente comienzan a emitir sus luces intermitentes. Quizá sea algo que ha despertado el pastel de frutas, o todo el hielo que hemos cruzado hoy. Es tiempo para volver a pensar un momento en el pasado...

Recuerdo haber visto una vez a Turid L'Oraison haciendo pasteles de Navidad. Ella tendría entonces ochenta años. Sufría una diabetes muy grave, andaba quejosamente: todo le era dolor.

Vivía junto al lago, en una pequeña casa no lejos de la nuestra. Era viuda y por toda compañía tenía un chuchito llamado Buffy. Pasaba la mayor parte de su tiempo mirando a los pájaros y a las ardillas y a algún lobo que se dejaba caer junto al lago congelado. Leía los periódicos con una lupa gigante y se quejaba mucho de las locuras que hacían los personajes públicos, cuyas actividades ella vigilaba como un halcón. Sentía un enfado especial hacia su hijastro Maurice, que había llegado ya a grandes alturas en la política y era considerado el hijo predilecto del pueblo. Ella era una mujer directa, decente y honesta.

Como iba diciendo, ella estaba preparando pasteles de Navidad. Iba de un lado a otro en su cocinita, del horno a la en-cimera y luego a la nevera y otra vez a la sartén. Cada paso costaba algo en términos de dolor. Eran mil detalles, una miríada de decisiones que iban a influir sobre la textura, el sabor y el posible encanto de los pasteles. Era la reina de los pasteles, quizá la tirana de los pasteles: tenía buena reputación por sus pasteles. Sospecho que ésa era su única vanidad, pero bien la merecía en este punto. Estos pasteles eran su regalo de cada Navidad a su familia y a sus vecinos.

Por supuesto, todos podríamos haber ido al supermercado y comprar paquetes de pasteles comerciales de Navidad por 5,95 dólares. No hubiesen sido tan sólidos y sabrosos ni hubieran tenido tan buen color como los de ella, pero hubiesen pasado: también hubiesen parecido pasteles de Navidad, hubiesen olido a pastel de Navidad, y hubiesen tenido, sin duda, una dulzura en la boca genérica, típica de la producción en masa. Hubiese sido un pastel «eficiente». Pero no hubiese sido el pastel de Turid. No hubiese tenido su dolor ni su experiencia en hacer pasteles. No hubiese tenido su amor.

Ese día, ella se arrastraba lentamente y hablaba lentamente, pero su mente era rápida como los juegos con los que se entretenían Bam y Zizzy fuera, en la nieve. El viento había despejado de nieve el lago, y los niños estaban deslizándose gozosamente en todo ese espacio abierto y libre. Los veíamos desde la ventana de la cocina. Eran jóvenes y fuertes. No creían en el dolor. Era ya media tarde. El cielo se iba oscureciendo y apareció la primera estrella. Turid sonrió al ver las niñerías de Bam y Zizzy, pero al poco tiempo ya estaba otra vez manejando los instrumentos de su arte.

—Es muchísimo trabajo —le dije, bobamente, para hacerme el simpático, mirando la cocina: apenas un padre divorciado que siente una punzada de nostalgia al ver una situación tan femenina. Me miró.

—Tiene que estar bien —gruñó—. Tiene que estar perfectamente bien o estará simplemente muy mal.

Me quedé pensando en eso. Y de pronto me di cuenta de hasta qué punto mi generación era distinta a la suya. Una vez, ella me dijo que la gente había cambiado mucho desde que ella era una muchacha. Y es verdad. Somos diferentes. Nos apresuramos a lo largo de la vida, intentando resolverlo todo, intentando hacer demasiadas cosas demasiado rápido. Y, como resultado, tomamos decisiones apresuradas. Hemos perdido la facultad de apreciar las cosas. Casi nunca somos agradecidos. Trabajamos y jugamos y consumimos a la carrera. «Mejoramos» nuestra mente a la carrera. Progresamos en el trabajo a la carrera. Hablamos y cocinamos y comemos a la carrera. Nos quedamos en la comida basura, en una sustancia incierta y producida en masa que a veces huele e incluso sabe a comida. Casi nunca optamos por hacer una cosa con amor apasionado por la cosa en sí misma. Hemos desarrollado el hábito de hacer muchas cosas a medias en vez de pocas cosas bien hasta el final. ¿Es posible pensar con claridad en un estado así?

¿Y la comida sociopolítica que tenemos de ración diaria? Nos hemos venido acostumbrando a proyectos también producidos en masa, a brebajes a medio hacer que saben dulces pero no alimentan. ¿Y qué pensar de esos agudos artículos periodísticos que mezclan una parte de verdad con un montón de ingredientes verdaderamente extraños? Nos han programado para tragar más de un pastel en el que el cocinero ha echado tachuelas, clavos y tornillos. Pero me pregunto si nos vamos a quedar tranquilos al saber que estos grandes cocineros han estudiado en las mejores escuelas de cocina. ¿Deberíamos sentir alivio cuando nos digan que el pastel en cuestión contiene algunos ingredientes excelentes, además de los ingredientes extemporáneos? Y, si alegan que en nuestra dieta faltan últimamente minerales, ¿deberíamos confiar en su opinión sólo porque tachuelas, clavos y tornillos contienen, efectivamente, muchos minerales? Sí, tenemos mucha hambre, y el pastel tiene buena pinta, huele bien y sabe bien hasta que empezamos a masticarlo. Pero si confiamos en este cocinero, al final nos encontraremos con un montón de dientes rotos y estómagos desgarrados. Y seguiremos con hambre. Quizá sería más sabio encontrar a una vieja cocinera que sabe bien lo que es el hambre de verdad y sabe lo que es la comida de verdad. En lo que respecta a mi casa y a mí, creo que nos quedaremos con la sabiduría de Turid, que opina que el pastel tiene que estar perfectamente bien o estará simplemente muy mal.

¡De acuerdo! Ya dejo de rumiar estos pensamientos...

Cojo mi pipa y el tabaco del fondo de la mochila. La enciendo y exhalo alegremente.

—Es malo para la salud —dicen los niños, sombríamente. Sonríen y aspiran el humo dulce.

—Un corazón móvil —afirmo con sabiduría—. Muy útil en caso de urgencia.

Saben que fumar es un mal hábito —una droga—; se lo han contado todo en el colegio. Pero no pueden evitar que les guste el humor y se recuestan en sus sacos de dormir mirándome sonrientes.

¡Qué niños tan raros! Qué mal ejemplo les doy. Tengo una sensación de culpa al mismo tiempo que el efecto calmante de la nicotina. Soy un desastre, para qué negarlo.

Estamos muy cansados. Nos duele todo el cuerpo. Duele de verdad. Y mañana será más duro, cuando los músculos comiencen a quejarse en serio. Pero, al menos, a partir de ahora nuestro

camino será ante todo cuesta abajo y pisando nieve blanda, sobre la que no importa dar algún tumbo. Después de eso, un pequeño tramo atravesando la autopista y luego seguimos la pista de Tobac hacia la sierra del Caribú. Incluso tomándolo con calma, deberíamos estar ahí a media mañana.

¿Cómo es que tengo tanta suerte? No mucha gente en el mundo tiene abuelos con casas en el bosque para usarlas cuando se necesitan.

Cada año, cuando yo era un niño, mis abuelos Stiofain y Annie disponían una gran carpa en el prado junto a su cabaña y nos invitaban a todos a una comida. Generalmente era a finales de septiembre, después de que hubiesen cosechado sus primeras patatas y mi otro abuelo, Thaddaeus Tobac, hubiera abatido su primer venado. Todavía recuerdo el olor embriagador de los leños de abedul, de las hojas de otoño, de la carne de caza asándose sobre el fuego, bajo la carpa. Todos olíamos como indios puestos a ahumar... y esto no es ninguna sorpresa, pues alguno de nosotros somos indios de verdad y otros, como yo mismo, somos medio indios.

Mi abuelo irlandés sacaba su flauta y ponía a todo el mundo a bailar. Mi abuelo shuswap sacaba su acordeón, y estos dos parientes míos alegraban el ambiente mientras los más jóvenes se daban a la danza. Recuerdo a mi madre, silenciosa y piadosa, sonriendo y sonriendo. Siempre parecía tener horas de sobra para consolar las aflicciones propias de los adolescentes. Mi abuela inglesa se ponía a discutir sobre política con cualquiera que estuviera con ganas de desafiar su intelecto. Había tías y tíos que jugaban con los niños y les decían adivinanzas. Se hacían cunitas y pequeñas representaciones. Había pasteles y ponche casero, y la luz lo bañaba todo, con las lámparas de queroseno colgando en torno a los postes.

En una fiesta de este tipo uno veía mucha riqueza: la sabiduría lentamente ganada por los matrimonios más viejos, siempre dispuestos a pasársela a los más jóvenes. Yo me quedaba mirando, pensativo, sus bellas manos ancianas, siempre juntas. Miraba también las manos, siempre en movimiento, de los jóvenes, liándose entre sí, y veía sus mejillas encendidas y la llama de sus corazones, con ese fuego que arde sin consumirse. Yo era un niño y no sabía del conocimiento secreto que tienen juventud y ancianidad. No era como ninguno de ellos. ¿Qué era yo, cuál era mi lugar? No lo sabía entonces, pero mi lugar estaba entre todos ellos, entre los niños que se metían en la boca unas monedas, unas hierbas, lo que fuera. Mi lugar estaba ahí, entre lo incoherente y lo abstracto, entre las alegres tías que hacían dulces, entre sus maridos callados, entre los granjeros y molineros que luchaban con las inundaciones, la maquinaria y las palabras. Entre los raros solitarios —los invitados— que se sentaban en los bancos, junto a la pared, cerca de la puerta, dispuestos a salir disparados hacia el bosque. Entre los músicos, los cuentacuentos, los filósofos de andar por casa, los locos. Entre los gregarios más fuertes, que ocupan el lugar central en cualquier estirpe, esos que siempre parecen saber quiénes son o quizá nunca se lo han preguntado. Entre esos que hablan del tiempo o de la política municipal y también entre aquellos que callan y escuchan y aprenden. Sí, en medio de esta multitud abigarrada había siempre una perennidad de risa, de amargura y de sarcasmo, de consejos prácticos, de alegatos, de alabanza, de palmadas en la espalda, de besos robados y de rumorología feliz. De historias, en definitiva, de la creación de las leyendas que nos hacen una familia, un clan, un pueblo.

¿Dónde ha ido a parar todo esto? ¿Sigue ahí, esperando que lo reencontremos? Muchos de nosotros faltamos ya, muchos están aislados. ¿Dónde están la vida y la muerte que compartíamos?

¿Por qué no comprendimos lo que pasaba cuando la familia comenzó a desintegrarse? ¿Por

qué no nos resistimos a que ocurriera? ¿Por qué no luchamos contra la corrupción de nuestra cultura? ¿Por qué no rezamos como tuvimos que haber rezado? ¿Defendimos a nuestros pequeños del ataque de los lobos? Y ahora, tras tantos años ya pasados, ¿cuidamos a nuestros mayores y a nuestros enfermos? ¿Nos gusta que los niños crezcan en un número amplio, ruidoso y exigente? ¿Llevamos con dignidad el dolor de la existencia o lo evitamos cueste lo que cueste? ¿Hemos ido perdiendo poco a poco nuestra reverencia por el misterio de la vida humana y su belleza, perdiendo en el proceso nuestra capacidad de amar a los pobres y a los sencillos, a los difíciles y a los alocados, a los enemigos, a los santos y a los pecadores? ¿Vemos todavía nuestro rostro reflejado en el espejo de sus ojos?

Una vez, en uno de estos grandes festejos bajo la carpa, mi abuelo Stiofain me observó haciendo una crítica de las travesuras de mis primos indios, los cuales, creo recordar, estaban dándose un poco excesivamente a la bebida ese día. Con doce años, ya era un crítico social... Me imagino que se me puso una cierta cara de aprensión y mi abuelo se dio cuenta. No me regañó.

Sólo me miró a los ojos y me dijo:

—Tanny, un pastor que ama su rebaño no condena a sus ovejas negras o de raza mezclada sin saber antes lo que tienen de bueno.

Es todo lo que me dijo. Ni una palabra más, ni una palabra menos. Todavía puedo sentir la vergüenza que sentí ese día. Tal vez mis primos eran débiles, pero no eran ni tan débiles ni tan estúpidos como un muchacho convencido de su propia superioridad, como un muchacho sin misericordia... como era yo.

Estoy intentando amar, abuelo, de verdad que lo estoy intentando. Al final, me he hecho con mi choza y mi rebaño, ¿no lo ves?

Cada vez hace más frío. Nos acurrucamos cada uno en su saco de dormir y nos quedamos mirando a la oscuridad. De cuando en cuando, una ráfaga de viento duro y frío pasa y arranca una rama para dejar a la vista una estrella. Estoy increíblemente exhausto pero a la vez contento. Estoy muy orgulloso de mis niños. No se han quejado ni una sola vez. Están teniendo una aventura. Una aventura de las de verdad. También me impresiona mucho este muchacho, Anthony, llegado de un país lejano. Alguna vez se lo diré a Matthew y a Jeanne. Les diré que estoy tan orgulloso de él como si fuera hijo mío. Espero que mis niños lleguen a desarrollar al menos la mitad de su madurez e inteligencia.

Tyler está a mi izquierda. No dice nada. En estos últimos seis meses, no ha hecho mucho salvo comer y crecer. Ahora está destrozado y no tarda en dormirse ni un minuto. Pero Zöe brilla como una moneda recién acuñada. La rodeo con mi brazo derecho. Sólo su naricilla sobresale del saco de dormir. ¿Qué diría la policía sexual si nos viera así? Intento no pensarlo. Apenas sirve de consuelo que el mal está en el ojo de quien mira, en este caso, y que sus sospechas me dicen más del conte— nido de su imaginación que de mí mismo.

—Buenas noches, papi.

—Buenas noches, hija.

—Me ha encantado lo de hoy. Ha sido duro.

Interesante conjunción de pensamientos. Le doy vueltas.

—Es así como se sentían Frodo y Sam y Merry y Pippin —dice.

—¿Sí? ¿Cómo se sentían?

—Asustados y felices a la vez.

—¿Y ése es un buen sentimiento?

—Sí. Muy bueno.

Pausa.

—Papá, ¿tú también lo sientes?

—Sí, yo también. Incluso los mayores lo sienten de vez en cuando.

Cuánto perdemos con las ambiciones de la edad adulta. Cuando era un muchacho dormí al raso en estas montañas con el perro y la escopeta. Había estado asustado y feliz muchas veces en mi vida, pero nunca de esta manera. He mirado a menudo la infinitud que rodea nuestro pequeño planeta. Muy pronto descubrí que el universo no era un fondo escenográfico irrelevante para el teatro de lo humano. Es profundo. No lo miras: miras dentro de él, siempre. En mi infancia, muchas veces había deseado el surgimiento de algún signo llegado de este misterio. Quería una comunicación de lo trascendente, me valía cualquier cosa: una estrella fugaz, un ángel, una visión. Anhelaba una escritura ardiente que se me quedase grabada en la imaginación. Un verano, tras leer *La muerte de Arturo*, de Malory, y las leyendas de los santos caballeros, me quedé mirando las negras montañas, invocando, deseando la aparición de un ciervo blanco con una cruz en su cornamenta que me dijera para qué estaba hecho y qué palabra mía debía darle al mundo. El ciervo nunca apareció. Aún lo estoy esperando.

Más allá de Tyler, Anthony duerme con su pasamontañas sobre esos ojos increíbles de remoto origen mongol. Debería estar caminando descalzo entre arbustos de bambú, y no aquí arriba con nosotros. Tiene una manta más, enrollada junto a la cabeza. Parece un pastor loco vigilando su rebaño. Ha recostado el cuerpo junto a la pared y ha hecho un pequeño agujero para poder mirar a través de las ramas. Está mirando a través de él.

—Duerme, Anthony. Ha sido una ascensión larga y dura.

—Sí. Duermo pronto, Natano. Ahora miro estrellas.

—¿Pasa algo ahí arriba?

—Nada. Quizá la estrella de la mañana.

—No aparecerá hasta que estemos más cerca del amanecer.

—Sí. Pero me gusta esperar. Me gusta ver.

Le entiendo bien. Él, tiempo atrás, era el niño que buscaba con su padre esa estrella de la mañana que significaba vida o muerte. Esta anticipación ha pasado a ser parte de mitología personal. No necesita razones. Tiene su propia razón en la intuición. Es el arte de esperar. Es un arte que conocen los muy dotados y los ancianos humildes. Y los puros de corazón.

20 de enero, por la noche

Escribo a la luz de la linterna. Hemos cruzado el lago y ahora estamos acampados en la montaña. Los niños y yo estamos cansados pero estamos muy bien, dentro de lo que cabe. Periodista irreprimible como soy, no dejo de tomarme mi pulso mental y emocional. Han pasado demasiadas cosas como para dejar cruda constancia de ellas. Las guardo en el archivo de la memoria. Todavía estoy experimentando oleadas alternas de euforia y depresión, que quizá tengan un origen físico. Mañana deberíamos llegar sin dificultad a la cabaña del abuelo Thaddaeus. Podremos reponernos al llegar allí, y tal vez entonces pueda articular algunas de las cosas que he estado pensando. Una de las mayores sorpresas que me ha dado esta escapada es el darme cuenta

de las múltiples dimensiones de la mente. He meditado, analizado y recordado durante estos dos días más de lo que había hecho en años. Y lo he hecho, literalmente, al galope. Dejo de escribir por ahora.

Estoy dormido cuando Anthony me coge abruptamente del brazo. Me dice algo pegando su boca a mi oreja.

—¡Natano! —susurra—. Algo ahí fuera. No hacer ruido ni movimiento, por favor.

Nos quedamos absolutamente petrificados, respirando el mínimo necesario para mantener la conciencia, dejando escapar breves vaharadas de aire congelado.

Sí, sin duda hay algo ahí fuera. Camina al lado de nuestra choza. Se puede oír su respiración, su aliento, el sonido irregular de sus pasos. Está a sólo unos pies de nosotros.

Silencio de nuevo. Aguantamos la respiración. Oigo el latido de mi corazón. Anthony se agacha sigilosamente para mirar por el agujero.

El chico inhala y suelta el aire poco a poco. Hay algo de llanto contenido ahí, como en el viento que atraviesa la montaña como un suspiro sobre los campos de nieve bajo la luna. La noche es sorprendentemente clara y brillante, llena de luz azul. Anthony suspira otra vez pero no hay en su suspiro miedo alguno.

—¿Qué es?

Me ayuda para que pueda mirar. Ahí. Ahí.

Es blanco. Siento un momento de júbilo. Es blanco como la nieve, tan blanco que parece casi azul.

—Alce, quizá. Caribú, quizá —susurra Anthony.

Posiblemente sea un caribú. Su capa es blanca, color crema. Por entre la humedad de mis ojos, puedo distinguir que el animal se ha detenido y se ha vuelto hacia nosotros, escuchando, la cornamenta alzada hacia el cielo. No sabría decir si tiene la característica cornamenta del caribú, con su forma de pala. Podría ser un animal parecido. Pero es blanco y majestuoso.

Siento su inmensa dignidad. La siento con nosotros.

Anthony, me digo por dentro, ¿tú también lo sientes? Aquí, alrededor de nosotros, ante nosotros, alto y fiero en la montaña, ya no un animal sino una presencia, con sus ojos cristalinos a nuestro lado, esperando, velando nuestro silencio. ¿Se alegra cuando, al fin, podemos ver las estrellas?

Y sí, hay estrellas fugaces esta noche. Creo que sólo las había visto en agosto. Una lenta y larga explosión anaranjada se deja caer a lo largo del cielo y desaparece justo por encima de las montañas de la otra orilla, el lugar desde donde hemos partido esta mañana. Unos minutos después, una estrella azul, luminosa como una antorcha, se deja caer hacia el norte y se borra del cielo. Mientras tanto, el ciervo blanco —ya es el ciervo blanco, para mí— nos mira sin moverse.

Respiro. El ciervo mueve la cabeza y se retira lentamente.

—¡Bonito! ¡Bonito! —susurra Anthony.

—Bonito —susurro yo.

Al final, se queda dormido y me quedo a solas con mis pensamientos.

¿Es ésta la palabra que he esperado durante toda mi vida? ¿Me ha llevado toda la vida el prepararme? Si hubiese llegado antes, ¿la hubiese guardado en mi corazón como la guardo ahora?

Cuántas, cuántas noches he suplicado que me llegara una palabra de más allá de las fronteras de nuestra mortalidad y, tras no oír ninguna, he pensado que, más allá, detrás de la última casa hogareña, allí en el vasto territorio inexplorado había... ¿Qué había? ¿La nada? He llegado a conclusiones ridículas toda mi vida. La arrogancia de los presuntamente sabios, supongo. ¿Cuántas veces he pedido saber y se me ha dado el camino del no saber? Poco sabía yo que el mejor camino era justamente éste.

Zöe se agita y se da la vuelta. Tiene hielo en la capucha del abrigo. Su naricilla está al descubierto. Me quito la manta y se la pongo por encima. No la necesita, pues lleva el edredón hecho para soportar hasta cuarenta grados bajo cero. El mío es más liviano, pero lo suficientemente cálido. Aun así, creo que necesito este gesto de paternidad aunque ella no lo necesite. Es un acto que ha sido repetido miles de millones de veces a lo largo de la historia humana. Quizá sean estos gestos aparentemente innecesarios los que hacen la verdadera historia humana.

Los niños son los que te enseñan la mayor parte de las lecciones verdaderas. Esto es, si intentas amarlos bien. No me refiero al amor de los yuppies, a malgastar fortunas en conseguirles lugares estupendos y juguetes estupendos, relaciones estupendas y experiencias estupendas. Maya quería eso para ellos. Ella era una chica estupenda de padres estupendos y venía de una ciudad donde la mejor gente sólo experimentaba la pobreza indignándose al respecto teórica y políticamente. Ni siquiera querían experimentarla por sí mismos. ¿Y quién puede echarles la culpa? Entonces me encontró: un romántico cascarrabias, mestizo de mala calidad de dos razas opuestas. Éramos exiliados dentro de nosotros mismos y no lo sabíamos. Se casó conmigo, sin saber que en realidad estaba enamorada de mi lado de hombre de las montañas. Tenía raptos con el olor de la leña, con el éxtasis de las cumbres ante nosotros, con el ciervo que se deja ver a través de la niebla en los prados de octubre, con la pureza de nuestros arroyos que vienen directamente del glaciar. Creía que nuestro estilo de vida era más auténtico que el suyo. Naturalmente, lo era, pero ella no supo anticipar cómo iba a ser, de verdad, vivir esta vida. No sospechaba que hay pecado original en todas partes. Nadie le había inculcado esta noción. Era una romántica y yo era un romántico, pero éramos dos tipos de románticos muy distintos. Me enamoré de ella, ella se enamoró de mí. Pero nunca la llegué a conocer de verdad, al menos no llegué a conocer su alma, y ella tampoco llegó a conocerme nunca. No tuvimos la oportunidad de aprender el amor verdadero. Ese amor que surge cuando muere el puro romance.

Cállate, cállate ya, Nathaniel. Esta noche es demasiado bonita como para merecer tus viejas angustias.

¿Te acuerdas, te acuerdas de cuando esta niña que duerme bajo tu brazo te enseñó lo que más necesitabas saber? También era invierno. Ella era un bebé. Acuérdate.

Todo padre sabe que hay épocas en la vida de una familia en que los problemas parecen agrandarse y el ánimo decrece. En casa, habíamos tenido un mes de éstos. Aquel año, a principios de diciembre, había caído una cantidad de nieve nunca vista.

Negó durante semanas sin fin, sin un solo rayo de sol. La nieve acumulada amenazaba con romper el tejado, y la capa de hielo por debajo de la nieve se iba licuando a través de la techumbre, causando así goteras incontables por toda la casa. Aquel invierno ya me había subido al tejado, enterrado en nieve hasta la cintura, para quitar la nieve a paladas como un loco, pero

disfrutando mucho la novedad del asunto. Bam se lo pasaba muy bien lanzándose desde el tejado a los montones acumulados en el suelo. La nieve llegaba prácticamente a los aleros de la casa, y tuve que abrir un agujero por la parte del salón para que pudiera entrar algo de luz. Pero, para el tiempo en que tenía que haber hecho una cuarta pasada, tuve un absceso purulento en la espalda. Debía ser extirpado con cirugía, pero las largas listas de espera del hospital implicaban una demora de varios meses. Yo estaba verdaderamente dolorido, incapaz de sentarme, de estar de pie o estar tumbado sin sentir molestia. Hacia el año nuevo, ya era completamente incapaz de valerme por mí mismo, cuestión verdaderamente frustrante para un cabeza de familia. Mirar y esperar cómo nos entierra la nieve es algo en verdad espantoso. La familia y los amigos más íntimos estaban demasiado lejos para venir a rescatarnos y tampoco hubiesen podido acceder, por estar las carreteras cortadas. Todo el mundo, además, estaba en nuestra misma situación desesperada.

El día en que finalmente llegó la quitanieves, la seguí en coche hasta el pueblo para recoger el correo. Pensaba que ya habían pasado nuestros problemas, pero un conductor distraído quiso incorporarse sin ver que pasaba nuestro coche y destrozó así los dos vehículos. Gracias a Dios, nadie resultó herido de gravedad, pero quedamos sin transporte hasta que se arreglaron los papeles del seguro. Los pequeños desastres se iban, pues, acumulando, siendo uno de los más molestos un retrete atascado por cierto miembro de la familia que arrojó un camión de juguete dentro y tiró de la cadena «por ver qué pasaba», según dijo inocentemente.

—Creí que papá se reiría —añadió. Para terminar, con pícaro sonrisa, cerró con fuerza la tapa doble del retrete, ¡bambam!, con un ruido que hubiese puesto nervioso hasta a los muertos—. ¡Bam, bam! —repitió como argumentación final. A partir de entonces, claro, le llamamos Bam.

El fontanero del pueblo estaba de vacaciones en Florida, granjeándose así la envidia y la malicia del vecindario. Desmonté el retrete e hice cuanto era humanamente posible para desatascarlo, pero estaba atrancado sin remedio. Hasta que pudimos comprar uno nuevo, tuvimos que recurrir a un viejo orinal, asunto que el pequeño Bam encontró emocionante y rústico. Este y otros acontecimientos nos habían dejado en perfectas condiciones de pontificar acerca de la extraña manera que la vida tiene de pasar del blanco al negro, sin que perdiéramos por ello la sonrisa. Pero, en algún momento, poco tiempo después, empezamos a perder el sentido del humor. Papá dejó de sonreír. Habíamos sido agraciados con una gripe excepcionalmente violenta, y no podíamos llamar al médico porque la línea telefónica no funcionaba debido a otro temporal de nieve. El médico, además, estaba a cincuenta kilómetros y tampoco hubiese podido llegar, a causa del bloqueo de las carreteras.

En una edad de la abundancia, hay maneras de lidiar con los problemas. Si tienes suficiente dinero o influencia, salud y poder, puedes mantener lejos los problemas durante mucho tiempo. Puedes aislarte y amortiguar los golpes hasta que la ilusión de dominio es completa. El único fallo de este método aparentemente perfecto es que tu vida, entonces, se vuelve un ejercicio continuo de aislarte, amortiguar y tener ilusiones de dominio. Casi todos hacemos así, en mayor o menor medida. En realidad, no podemos evitarlo. El dolor no es divertido y da miedo sentir necesidad. Pero el sufrimiento, al final, nos encuentra siempre. No hay escondite, no hay refugio y, al criar una familia, estás especialmente expuesto a los peligros de la vida.

No lo sabía entonces, pero el precio que se paga por una familia feliz es la muerte del egoísmo. El padre debe morir si quiere dar vida a su esposa y a sus hijos. No es un pensamiento agradable pero es verdadero. Nos podemos entretener una vida entera evitándolo, pero no es

suficiente con proveer y proteger. Por supuesto, proveer y proteger son cosas buenas y necesarias. Son nuestra responsabilidad. Pero un padre puede proveer de una montaña de bienes materiales a su familia y defenderla de toda molestia, pensando que puede estar tranquilo por haber cumplido su parte, y aun así haber olvidado el punto central: que debe ser una imagen del amor y la verdad. La casa con que él les provea, sea una cabaña, una mansión o una barcaza, debe tener como centro un corazón dispuesto a admitir la pobreza. Mientras estemos convencidos de nuestras propias fuerzas, de nuestra inteligencia, de nuestra callada capacidad de resistir, todavía pensaremos que todo permanece a nuestro cargo. Erigimos un estilo de vida consistente en eliminar dificultades al precio que sea. Pero hay que aislarse mucho si queremos evitar las rachas injustificables, inesperadas, de sufrimiento. Al final, llega un momento en que todo nuestro elaboradísimo sistema de defensa cae por completo.

Recuerdo con claridad la noche de invierno en que mis barricadas comenzaron a caer. Aquella noche no había podido dormir por el absceso en mi espalda y el cuidado de los niños enfermos. Además, nuestro matrimonio no iba bien. Maya odiaba vivir en un pueblecito en el bosque, lejos de las candilejas donde se había criado y encontrado su exótica identidad. No sólo estaba físicamente enferma sino que también era profundamente infeliz y, como resultado, la preocupación había empezado a corroerme a mí también. Tenía mis refriegas con el desánimo, de las que todavía solía salir victorioso, pero cada vez costaba más vencerlas, y los ataques de ese desánimo eran cada vez mayores y más frecuentes. No sólo había dejado de reír, también había dejado de esperar. ¿La primavera? ¡Je! La primavera no era más un mito primitivo en el que había dejado de creer.

Aquella madrugada, a eso de las tres, la pequeña volvió a llorar. El cuerpo de su madre ya se había rendido, tras haberse levantado cuatro veces a cuidar de la niña desde la medianoche. Exhausta, Maya era del todo incapaz de atender al llanto y sólo tuvo energía para pedirme que la cogiera yo.

Gruñí, maniobré para salir de la cama sin dañarme la espalda y me dirigí hacia aquel volcán de llanto y ruido. Muera la nieve caía en copos pesados y húmedos, igual que hacía semanas. Yo ya lo empezaba acusar. Mi cabeza, mi espalda y cada una de mis células sentían el tormento. Y sentía mucha pena de mí mismo.

Zöe ya tenía un año y medio entonces, y era la niña de nuestros ojos. Una niña que había salido del útero materno haciendo ya encantadores ruiditos de bebé y que muy pronto había mostrado ingenio y el don de la risa. Pero, aquella noche, allí estaba ella quejándose y llorando, un ser muy pequeño pero que gritaba como un prisionero injustamente condenado. También había una inflexión de terror en su llanto porque le costaba respirar. La lamparilla nocturna mostraba la nariz totalmente obstruida.

La cogí, murmurando nuestro mínimo lenguaje del consuelo, pero mis palabras no funcionaban esa noche. No quería ser consolada. Me senté en la mecedora rota, aquella cuya madera chirriaba, y limpié la nariz y los ojos de la niña. Tenía los miembros tensos, con las manos agarrando mi bata y todo su cuerpo temblando y quejándose entre mis brazos. Miré a ver si necesitaba un cambio de pañal y lo necesitaba urgentemente. Aun así, no quería que la soltaran, y su angustia se volvió his— teria cuando la tumbé para cambiarle el pañal, pero lo primero es lo primero y aquello estaba goteando igual que el tejado. Pero ella se resistía. Moviendo frenéticamente la pierna, logró quitar un imperdible y clavármelo en el pulgar y, con un poco más de gimnasia,

derramó el contenido del pañal sobre mis manos, su cuerpo y la mesa. Luego, en un momento, gritó con toda intensidad junto a mi oreja. Apreté los dientes. Me recorrió un espasmo de ira, que se fue en un instante. Nunca la había visto así, aunque su madre me había dicho que estas cosas ocurren. En la semioscuridad, apenas podía ver lo que estaba haciendo. Encendí la luz y de pronto nos inundó una luminosidad hiriente, dolorosa.

La verdad a veces es así, pensé. Es una luz que llega hasta lo hondo y revela las áreas de miedo de nuestro ser, los cuartos oscuros donde nos escondemos cuando dejamos de tener confianza. Examiné mi brote de ira y me sentí avergonzado. El enfado, ya lo sabía, tiene su raíz en el miedo. Un padre, por la noche, puede tener miedo de un buen número de cosas: enfermedad, pobreza, caos, aislamiento, la caída del tejado, otra reparación del coche, su propia mortalidad... o, más aún, su absoluta impotencia frente a la realidad. Puede descubrir un secreto en la horrible oscuridad: puede llegar a aprender hasta el fondo de su ser que no es Dios.

Maya musitó unas palabras desde el cuarto, preguntando si necesitaba ser rescatado. Con voz de calma augusta, y obviando el hecho de que en verdad me hubiese gustado ser rescatado, dije que todo estaba bien y bajo control, y que se durmiera. Era verdad, pues un cierto orden se había restaurado. Apagué la luz. Me llevé a la niña conmigo a la mecedora. Meciendo y meciendo, teniéndola abrazada contra mí, escuchaba su sinfonía de lloros y quejidos. No paraba de llorar, pero la nota de histeria ya iba bajando.

Durante la noche, los nervios del padre pueden mostrarse en toda su crudeza, con sus miedos y neurosis ocultas abriéndose paso entre la oscuridad. Los innumerables pequeños quebrantos de sacar adelante una familia pueden llegar a suponer un peso considerable, especialmente si, al lidiar con la tormenta de las mil exigencias de cada día, el padre olvida de dónde le viene la fuerza. Pero en aquellos años yo sólo conocía una mitad de la ecuación. Sabía que un padre tenía que ser fuerte.

Sí. Pero un padre también debe saber cómo ser débil. Pues la debilidad es una bendición o una maldición en función de cómo respondamos a ella. Durante la noche puede ser algo difícil de entender, pues los peligros de la vida pueden aparecer como orcos ante nuestros ojos: la corrupción de valores en la sociedad, la velocidad con que las naciones llegan al borde de la guerra, la economía que coquetea con el desastre... Podría haber continuado interminablemente, de habérmelo permitido. Sin darme cuenta, podría haber hecho uso de las armas que tanta gente utiliza para protegerse a sí misma. Durante la noche, transido de oscuridad, solo y con miedo, la tentación es intensa.

—¿Dónde hay luz? —gritaba en mi corazón—. ¿Nos han dejado solos en la oscuridad?

A modo de respuesta, un recuerdo vino a herirme: un día después de que la niña naciera, su madre fue atacada verbalmente por un desconocido en los pasillos del hospital. Maya lo había visto al principio como un hombre inteligente, con aires de abuelo, triunfador, lleno de vigor a sus setenta años, preocupado por muchas cuestiones sociales. A lo largo de la conversación, le preguntó si la bebé era su primer hijo. Cuando ella respondió con orgullo que era su segundo hijo, la cara de él se puso solemne.

—¿Y cuántos hijos piensa usted tener? —le preguntó.

—Tres o cuatro, quizá alguno más —contestó ella.

Él la miró con desprecio y comenzó a criticarla amargamente por «contaminar» el mundo con tanto niño. Ella lo sobrellevó con paciencia, pero él se fue poniendo como un basilisco y terminó

insultándola. Ciertamente, no es un incidente común, pero es, de todas maneras, un signo de los tiempos. Había sido el primer encontronazo de Maya con el hombre nuevo de hoy. No le gustó. No le gustó ese hombre, y se abrazó orgullosamente a su preciosa niña recién nacida, pero a partir de ese momento, sus pilares empezaron a temblar. Su confianza comenzó a perder pie. Siempre había sido hermosa, dotada, admirada. Tener a un montón de gente aplaudiéndola como Titania, reina de las hadas o, aún mejor, como Ofelia, era mucho mejor que ser criticada por lo que de verdad era.

Estos desprecios e insultos fueron especialmente mortificantes, al provenir del tipo de gente ilustrada a la que ella admiraba en secreto. Esa gente vibrante, inteligente, cultivada, que salía a correr y pasaba las vacaciones en la China comunista e iba a bucear al Caribe y leían lo que había que leer hoy y tenían familias apenas simbólicas. Sí, esa gente que llegaba robusta a los setenta años y tenía ideas de izquierdas y pensaba que era mejor matar a un niño que matar a una ballena. Yo pensaba que ambas cosas eran delito pero, sin duda, la primera era un mal mucho mayor. Maya me daba la razón en la teoría, hasta que poco a poco fue descubriendo que la gente estupenda pensaba de otra manera. Ella quería ser contracultural y a la vez tener éxito social. No le importaba desdeñar al pobre viejo yuppie y a los de su clase por su ceguera, pero nunca aprendió a soportar sus desprecios por no tener las opiniones políticamente correctas. Había una nueva ortodoxia extendida sobre el país, y ella había perdido algo de comba al estar durante unos pocos años enclaustrada en un remoto valle con un reaccionario como yo. Cuando finalmente hizo la cuenta de lo que le iba a suponer nuestro estilo de vida, comenzó a sufrir. Desde pequeña, le habían enseñado a evitar la incomodidad y el dolor. Como resultado, su incapacidad para encarar el dolor existencial de los anatemizados, de los parias sociales, terminó por romper nuestro matrimonio.

Creo que fue nuestra pequeña Zöe la que me enseñó a respetar el sufrimiento. Aquella noche no me estaba gustando la lección. «Así que el sufrimiento es esto», pensaba sarcásticamente, odiándolo. ¿Por qué la experiencia no parecía tener ningún significado? ¿Por qué era simplemente crudeza, miseria, fealdad, sin implicaciones místicas ni artísticas ni consuelo interno? Intenté rezar las oraciones que recordaba a medias, pero Dios parecía ausente, y las palabras estaban secas como las cenizas de Adán. Estaba vacío. Era un corazón estéril, sin nada que ofrecer. No tenía una sombra de afecto hacia esta pobre criatura gritona que yo había ayudado a hacer posible; no tenía ninguna voluntad de afrontar reto alguno, de mantener el valor bajo el fuego. No había ningún poema que pudiera ayudarme. No había nada. ¡Nada! Pero al menos, al final del todo, tengo como mínimo mi voluntad. Puedo elegir el dar hasta lo último que haya en el fondo de este tonel y raspar y seguir raspando ese fondo si es necesario... Por el resto de mis días, si ha de ser así. Comencé a recitarme fragmentos rotos de un poema que había aprendido mucho, mucho tiempo atrás. Me lo había enseñado mi abuela. Intenté recitarlo, y la rareza de su ritmo pareció llamar la atención de la niña:

Desde la cuna que sin fin se mece, desde la garganta del pájaro, del vaivén musical, desde la medianoche del mes noveno, sobre las estériles arenas y los campos por donde el niño, abandonando el lecho, se echó a andar solo...

Miré a mi hija y mi hija me miró. Estos versos melancólicos nos iban bien a los dos. Teníamos el mismo estado de ánimo. El viejo himno a la mortalidad de Whitman se mezclaba al chirriar de la vieja mecedora, tal como el hombre y su hija se hacían al mar, a las aguas de la presencia, al gran océano misterioso del ser que fluye en todo, por encima y por debajo de todo. Sus llantos

dejaron de escucharse. Estaba ya en silencio, bajo el calor de mi mano.

«Bueno», pensé, «cuando todo te sea arrebatado, quizá te quede alguna cosa como ésta, el único poder que significa algo, una mano cálida y una canción». Temblaron sus manos de pajarillo y me dio unas palmaditas en el hombro, como una mínima madre que consolara a quien le llevaba el consuelo. Ambos nos sentíamos ya mejor. Empezaban a surgir más palabras. Mi abuela me había enseñado bien y había vuelto a recordarlo todo:

Pues yo, un niño de lengua todavía adormecida, te he escuchado, y ahora sé súbitamente cuál es mi destino, he despertado, mil cantores, mil canciones...

¿Se había quedado dormida? No sabía si atreverme... Cuidadosamente, fui deteniendo la mecedora e intenté levantarme para dejarla suavemente en su cunita, dormida. Pero otra vez me volvió a abrazar fuerte y a llorar. Así que me volví a sentar. Y volvimos a mecernos los dos...

Esa palabra sonora y deliciosa que, deslizándose hasta mis pies, (o como una anciana envuelta en livianos ropajes que se inclina sobre la cuna y mece), me susurró el mar.

Aún llevó otro rato pero, finalmente, se calló de nuevo. Y me encontré con un montón de tiempo para pensar. Si así tiene que ser, me tendré que quedar con ella hasta por la mañana, meciéndola. Y sentí un raro contento al pensar en esta posibilidad. Si me necesitaba, ayudaría a esta pequeña criatura a pasar la noche.

—Sí —pensé—. No me queda nada más que darte, Zöe. Esto es lo que te doy.

Un hombre loco, en medio de la noche, que escucha y espera. Que mece y acaricia. Después, con el paso de los meses y los años, olvidaría con frecuencia cuanto oí esa noche. A veces dejaría de tomármelo en serio, en medio del turbión de distracciones y obligaciones, de dolores, celebraciones y gozos. Pero las palabras, esas palabras, volverían. Y yo podría así recordar la paz que llenaba el mundo aunque el mundo pareciera estarse derrumbando. Oía otra vez la música que ya no esperaba oír: la canción de la pobreza, un niño que vuelve a respirar normalmente, el quejido de un pájaro en la noche, la poesía del viento, el susurro de la nieve. Y en las profundidades de la noche, el pitido de un tren que rompe el muro de la oscuridad. Eso me pareció un reflejo de las trompetas del Juicio, del nuevo y tremendo comienzo que queda en algún futuro. Así, la vida de mi mujer y de mis hijos se me mostró con una claridad mucho mayor de la que había experimentado nunca. No había visto ninguna estrella. No había oído a ningún ángel. Pero entre mis brazos había una niña pura como un ángel, y que era algo más que un ángel, pues era una imagen viviente, «una palabra deliciosa y fuerte» nunca antes vista, nunca después repetida.

Era muy frágil y muy fuerte. Ella iría despertando hasta saber para qué estaba hecha, para encontrar su lengua, para cantar sus mil canciones. Y aunque las ciudades de nuestros días estén más que nunca cubiertas de sangre de niño, todavía su palabra será dicha, y la oscuridad nada ha de poder contra ella.

La levanté y la puse sobre la cuna. Suspiró y se dio una vuelta, acomodando su cuerpo. Le puse la mantita por encima y luego me paré a decirle esas palabras que apenas se insinúan. Vi que, detrás de la ventana, la nieve continuaba llenando el mundo como una misericordia. Cerré la puerta y su voz de pajarillo me dijo:

—Buenas noches, papi.

Me acosté. Y, desde la materialidad de mis propios sufrimientos, entretejí una palabra para dar las gracias.

Ahora, nueve o diez años después, el recuerdo de aquella paz y aquella seguridad se ha borrado y me encuentro huyendo de Herodes. Aquí estoy, acampado bajo una fría luna en medio de una montaña, acurrucado en una choza de ramas, entre la nieve, con dos de mis hijos, un adolescente vietnamita refugiado y un ciervo blanco caminando alrededor de nosotros que podría ser simplemente un ciervo despistado o una proyección de mi cerebro psicótico. Todo lo mío parece disperso en una desorientación total. Intento hacer un mapa en mi mente. Vamos de aquí hasta allá. Hemos salido y llegaremos. Tendremos una vida que ha de moverse en una progresión más o menos lineal y no nos hemos de disolver, pese a lo que sintamos a cada momento, en la indistinción total. Aun así, el realista que hay en mí sabe que ya no queda ningún santuario. Mi mujer, mi hija menor, mi hogar y mi carrera y mi futuro han sido sacados del escenario sin aviso.

Herodes, viejo egomaniaco, ¿cómo nos has hecho esto? Si estuvieses al alcance de mi escopeta...

¡cometería un regicidio! En tiempos pasados, eras un tirano que parecía un tirano, y es así como te recuerda la historia. Pero de nosotros no se contará ninguna historia verdadera. Nuestros tiranos serán recordados como salvadores de la humanidad. Aquí estás de nuevo, dos mil años después.

Esta vez tienes un director de comunicación y de relaciones públicas; tienes modos agradablemente burocráticos y traje de negocios y una imagen nueva, mejorada. Pero sientes hacia la vida la misma furia que sentías. Herodes, Herodes, Herodes, aún estás derramando la copa de libaciones de tu dios. Asesina, asesina, dices, asesina estas palabras susurradas que contradicen tu canto de muerte: ¡La vida es muerte!, dicen tus sirvientes. ¡La muerte es vida, la oscuridad es luz!, dicen. ¡La luz es oscuridad!

Mi mente da vueltas, herida, y sollozo bajo la luz derramada en torno a estos niños fugitivos que se recuestan en este santuario de abetos en este tiempo sin santuarios. Estoy corriendo, Herodes, estoy corriendo. No me importa si todo el mundo está saciado con tus juegos de ordenador y borracho de conocimiento, con sus consentidos niños cubiertos de las mejores cosas. Son expertos en caramelos eléctricos. Están saturados de neones color púrpura y la canción de las sirenas de los grandes almacenes. Han tenido visiones lisérgicas. Saben que sus hermanos y hermanas ausentes perecieron bajo un cuchillo y no por el mandato de un rey malicioso sino por el deseo de sus madres y sus padres. Han envejecido cuando eran demasiado jóvenes.

Les has engañado, sí. Has seducido a toda una generación. Oh, ya sé que eres muy listo y que has hecho signos y maravillas ante ellos. Pero has hecho que se oiga una voz en los centros comerciales, sollozando y lamentándose: es nuestro propio llanto, roto, el sollozo por nuestros propios hijos porque ya no existen. Pero hay algunos que sí tendrán infancia. Y hay unos pocos que se te escapan de entre los dedos. No tendrás a mis hijos. No te dejaré.

Así lo espero. Dios mío, así lo espero. Por favor, ¡no dejes que todo lo bueno sea devorado! Tengo miedo otra vez.

Es invierno. Es de noche. ¿Está mi vida a punto de consumirse? ¿Me estoy volviendo loco? ¿He estado cuerdo alguna vez?

«Y todo eso ya no importa...»: así cantaba el vaquero anteayer. Ha sido la última pieza de música sintética que he escuchado antes de la sobresaltada huida de mi vida. Y todo eso ya no importa...

Quizá, en efecto, ya no importa nada, nunca más. Pero, aun así, puedo elegir esperar aquí, en esta última noche, y saborear lo amargo de nuestro tiempo. Me sentaré en el vacío en que ninguna voz se oye, ninguna palabra, donde sólo un viento absurdo contradice las pésimas noticias que los hombres llaman buenas.

Pienso otra vez en el ciervo blanco. ¿Una coincidencia? ¿Tan sólo un movimiento azaroso de los ciclos interconectados de la vida biológica? ¿O acaso una palabra inscrita en la limpia pizarra de la naturaleza? ¿Y quién ha inventado esa palabra? ¿Quién decide cuándo ha de ser dicha?

A los exiliados del pasado se les ofrecieron grandes signos, cuando huían de su propia tierra, cuando volvían al lugar del cautiverio. Ángeles en sueños, estrellas por sorpresa, sabios de Oriente. Pero no podemos vivir de signos, pues pronto pasaríamos a depender de ellos. Vivimos de la fe y, si de cuando en cuando el velo se entreabre parcialmente, es para animarnos a cumplir una tarea determinada o para sostenemos durante un periodo que de otra manera no podríamos soportar. Pero es la fe lo que más necesitamos. ¿Por qué dejé morir la fe? ¿Por qué he dejado pasar tantos años sin dedicarle un solo pensamiento? ¿Qué me he estado perdiendo? La fe es la gran maestra, la afinadora de las almas, el yunque que temple los corazones como el oro probado al fuego vivo. Matthew podría habérmelo dicho. De hecho, me lo había dicho sin palabras. Cuando falla el resto de nuestras fuerzas, en el fondo de nuestras almas vacías queda una riqueza callada y misteriosa. Sí, en el fondo del tonel es donde está la fuerza verdadera, no el poder de los recursos, no la sabiduría mundana ni un sólido sistema defensivo, sino el deseo de seguir amando y viviendo por la verdad. ¡La voluntad humana! Esa curiosa facultad que puede hacer tanto bien pero que con tanta frecuencia opta por las bombas y las armas y que, incluso, en sus peores momentos, llega a creerse la ilusión de ejercer un dominio sobre todo cuanto ve. ¿Por qué sufrimos así cuando falla esta ilusión? ¿Por qué huimos del conocimiento de nuestra fundamental debilidad humana? ¿Tan malo es, cuando el aprendizaje verdadero comienza?

El viento sopla ahora muy duro. Sólo un poco de aire penetra a través de la filigrana de ramas de hoja perenne en nuestro refugio temporal al borde del abismo. Me quedo aquí tumbado por obediencia a una autoridad interna de código abstracto que habita dentro de mi mente y busca formas concretas y reales. Abrazo a Zöe mientras duerme. Me doy la vuelta y abrazo a Tyler. Los amo. Por encima de mi hijo, extendiendo una manta sobre Anthony. Se mueve, farfulla algo en sueños en lengua vietnamita, se abraza a su escopeta del 22.

Aquí está el hombre, sujetando el frágil cetro de su reino. ¿Podría Anthony matar o herir a un semejante con eso, con esa arma suya? Sí. Podría.

Yo también agradezco mi escopeta, aunque no duermo con ella. Está ahí, apoyada contra la pared más lejana de nuestra choza. ¿Podría yo matar o herir? Creo que no. Después de esta noche, creo que no. Pero sí que podría quitarle la corona a un tirano.

OCHO

La esfera luminosa de mi reloj está borrosa de hielo. Araño un poco y veo que queda una hora para el alba. Despierto a todos y comemos sobras de anoche. Estamos ya en marcha antes de que empiece a clarear por el este. Nos queda un buen trecho en torno a la falda de la montaña. Iremos en horizontal hasta que veamos la sierra del Caribú extenderse de norte a sur. Hay un riachuelo que atraviesa el valle: justo al lado vive mi abuelo, al pie de las montañas. Cuando lo vea, sabré que es el momento de ir descendiendo.

Estamos rígidos todavía, intentando despertar del todo. Anthony y Tyler caminan en cabeza, con un ritmo un poco fuerte para mí. Llevan las botas normales pero cargan con las de nieve por si el piso se vuelve excesivamente blando. Zöe camina a mi lado. Va demasiado lenta con botas de nieve, así que lleva sus botas normales, pues la superficie es aquí bastante firme. El trineo se desliza. Aun así, de cuando en cuando una pierna se me hunde en la nieve. Intento buscar otra pista que vuelva a hacer fácil nuestro camino. El sol aparece allá al otro lado del mundo, y las montañas del oeste quedan bañadas de una luz rosácea. Avanzamos una milla más y estamos ya del otro lado de la montaña Canoe.

El sueño me ha hecho bien. No estoy tan hundido. El recuerdo de aquel hermoso animal y de las estrellas fugaces también me ayuda. El miedo ya no es la rémora insuperable de estos dos últimos días. Ahora es sólo un hosco dolor que se aferra a mi garganta.

Vamos avanzando por el borde inferior de la franja de árboles, a su sombra. Me gustaría que los muchachos no fueran tan rápido. Les llamo pero no me oyen. Veo sus abrigo entre los troncos de los pinos. El de Tyler es de un color verde azulado y el de Anthony rojo brillante. Parecen estar bajando la guardia, caminando por los campos por debajo de nuestro nivel. Ahí la nieve es más blanda, así que se ponen las botas de nieve. Esto los detiene un poco y dificultaría una carrera en caso de que hubiera que huir. Ahora vuelven a la franja de los árboles. No... se vuelven a dejar caer hacia los campos de nieve. Lo prefieren así porque no hay ramas que rodear ni troncos que trepar, ni ramas que se enganchen en sus abrigo. Seguir rápido hacia delante e infringir los límites: he ahí lo propio de la juventud...

Veó que van hablando animadamente, haciendo gestos con los brazos y bromeando. Tyler pide permiso para llevar la escopeta de Anthony. El muchacho se la presta por unos minutos y luego la vuelve a coger. Se están distraiendo de la gravedad de nuestra situación; están disfrutando de la excursión, dos mozalbetes caminando sobre una tierra lo bastante grande para colmar su apetito de lucha y también lo bastante moteada de peligro para que resulte emocionante. ¿Se les aferra el mie — do a la garganta? ¿Tienen que cargar con muchas amarguras? No lo creo. Me alegra por ellos. Pero se están descuidando.

Les llamo. Me preocupa gritar porque estas rocas producen un eco poderoso, advirtiendo a cualquiera que esté en un radio de cinco millas de que hay alguien ahí en la montaña. Hacemos un alto y reconvengo severamente a los muchachos. Asienten. Anthony comprende pero Tyler se siente un poco mareado y ha contagiado un poco a Anthony. Y Anthony sigue siendo un muchacho, aunque haya sido empujado abruptamente hacia la edad adulta por circunstancias de la vida. Tyler no cree en la muerte. No la ha visto nunca.

Finalmente, Anthony también reconviene a Tyler para que obedezca, y me mira buscando aprobación. Le sonrío y le doy las gracias. Él está exactamente entre la infancia de Tyler y el peso grave de mi manera de ser adulto. Está acostumbrado a tener obligaciones, a resolver problemas, pero todavía no ha empezado a mostrar esa inquietud nerviosa que yo muestro tan abundantemente. Comprueba el gatillo de su escopeta, un gesto simbólico. Tyler lo mira con admiración. Le gusta tener un hermano mayor, aunque sea un hermano mayor que acaba de ponerle en su sitio. Sabe que es por su bien. Zöe tiene la cara soñadora y canturrea algo en voz baja, subida a lo alto del trineo.

—¿Mucho aún, Natano?

—No mucho más. Una hora más a este ritmo y estaremos ya por donde vive mi abuelo. Hago una seña indicando el otro lado del valle, hacia el sur, hacia el oeste.

—Ahí hay un arroyo que viene de la cumbre. Él vive justo abajo.

Anthony mira a lo lejos. Analiza cada contorno que se muestra ante sus ojos. Hace un gesto con la cabeza:

—¿Vamos?

—Venga.

Los chicos marchan de nuevo en cabeza, y por un tiempo va todo bien. Luego, pese a mi regañina, vuelven a salirse de debajo de los árboles.

Es entonces cuando pasa. Tan rápido que no hay aviso. Un helicóptero sobrevuela a una altura que parece estar sólo un poco por encima de nuestros hombros. Viene desde el norte y está en medio del valle. ¡No, no mires a este lado! Los chicos echan cuerpo a tierra sobre la nieve.

¡No mires para acá! ¡No mires para acá!

El piloto ya está tan cerca que veo girar su cara hacia donde estamos nosotros. El sonido de los motores cambia de ritmo y da una vuelta imposible de ciento ochenta grados en el aire. Me acurruco con Zöe en la nieve y echo el lienzo blanco por encima de nosotros. Ella solloza. Tyler y Anthony corren hacia el bosque pero van muy lento por las botas de nieve. El helicóptero se les acerca, se pone encima de sus cabezas y descarga un ra-ta-ta-ta de disparos entre ellos y los árboles, levantando la nieve. Los chicos se paran. No saben qué hacer. El helicóptero se detiene a veinte metros sobre sus cabezas y se sitúa justo frente a la posición de los muchachos. El piloto habla por la radio. Cuando termina, coge un micrófono y escuchamos el sonido de un altavoz:

—Quédense quietos y depongan sus armas.

La voz metálica deja oír su eco por todo el valle.

Anthony se echa a un lado y coge la escopeta. Entonces, con un movimiento vertiginoso, la arma, la dispara y se oye un ruido de rotura. Ha atravesado la cabina del piloto con su disparo. Incluso desde aquí puedo ver la cara del piloto arrebatada de locura. Se oye resonar un quejido y el helicóptero se indina. Anthony también se inclina y de pronto parece un pequeño y fiero guerrero anamita. Con perfecto control de sí mismo, vuelve a disparar al helicóptero, y esta vez se escucha un sonido metálico. La gasolina se escapa a borbotones de un tanque y el sorprendido

piloto gana altura. Mientas asciende, le veo gritar por la radio. A cien pies del suelo, inclina el morro del aparato y deja caer una bengala para indicar nuestra posición. Los muchachos corren hacia mí. La bengala chisporrotea y yo grito:

—¡Corred, corred, corred!

Anthony tropieza en la nieve y cae. Tyler está a cubierto, bajo los árboles, sollozando, gritando, arrojándose hacia nosotros con terror en los ojos. Se echa debajo del lienzo. El helicóptero desciende en nuestra busca. Echo mano de la vieja escopeta, apunto con el pulso tembloroso y aprieto el gatillo sin esperar que pase nada. Suena un disparo estruendoso y el retroceso me echa para atrás. Sale humo del helicóptero. El helicóptero finalmente se aleja y desaparece sobre la cima de los árboles, dejando un rastro de manchas de aceite y combustible.

Grito a Anthony. Se retuerce de dolor, en voz alta. Corro hacia él.

¡Dios mío, esto es una catástrofe! Se está contorsionando de puro sufrimiento. Su costado izquierdo está abierto y desgarrado, mezclando sangre y nieve. Todo se tiñe de rojo. Y hay trozos de carne. ¿Dónde le han herido? Hay una masa de color púrpura, con pequeños huesos rotos saliendo de ella. La sangre fluye de algún sitio que no puedo detectar. Pero no hay un único chorro, así que tal vez no se haya roto ninguna arteria importante. Huelo a ropa quemada y a tejido quemado. No puedo creerlo.

Encuentro la fuente principal de la hemorragia por encima del cinturón. Cojo nieve y la aprieto fuerte contra la herida. Su grito es el sonido más atroz que he oído nunca. Su cara refleja la agonía hasta que cae inconsciente.

¡Hay que hacer una presión constante, una presión constante! Paulatinamente, el brotar de la sangre se detiene. De cuando en cuando, una nubecilla de aliento congelado escapa de su boca. Está vivo todavía.

Los niños están detrás de mí. Tyler llora. Se ha dado la vuelta, con la cara oculta entre sus manos enguantadas. —Tyler, coge el trineo, ¡rápido!

En un minuto está de vuelta. Lo quitamos todo de encima salvo dos sacos de dormir que abro para que sirvan a modo de colchón. Coloco a Anthony encima y luego envuelvo su cuerpo con los dos sacos de dormir restantes. Lo ato todo con una cuerda. Gracias a Dios que no está consciente.

Nos ponemos en marcha hacia el claro, cuesta abajo. Los niños corren todo lo rápido que pueden. Todos vamos con lágrimas en los ojos. Más rápido, más rápido, abajo, abajo, con el trineo junto a nosotros y a veces adelantándonos al deslizarse.

Un tronco me hace caer de bruces. El trineo pasa por encima de mí y cae boca abajo. Le damos la vuelta pero vemos que la sangre de Anthony vuelve a manar. Abro el saco de dormir y ejerzo presión sobre la herida con un puñado de nieve. Más presión, más presión, más presión. Hasta que para.

¡Esto no puede estar pasando!

Seguimos, de nuevo, cuesta abajo, atravesando una zona a descubierto a unos tres mil pies de altitud. Si el helicóptero vuelve, estamos muertos.

Seguimos bajando. Seguimos bajando.

La mente que huye hace raras acrobacias. Qué criaturas extrañas y hermosas somos, tan llenos de misterios. Una parte de mí, la parte física, activa a toda prisa sus piernas, brazos, latidos y pulmones en el esfuerzo de la huida cuesta abajo; otra parte de mí llora de pena y de rabia, y otra parte analiza fríamente nuestra situación.

Primer objetivo: escapar del peligro inmediato, es decir, del eventual retorno del helicóptero con refuerzos. Buscar un resguardo temporal. Debemos llegar al bosque espeso que hay al otro lado de la autopista. Luego, si es posible, a casa de Thaddaeus.

Segundo objetivo: encontrar ayuda médica para Anthony. No hay nada de lo que yo sepa o pueda hacer capaz de salvar una vida en las condiciones en que está la suya.

Seguimos bajando. Seguimos bajando.

Tercer objetivo: buscar un refugio permanente con Thaddaeus. Esto ya lo pensaremos más tarde. Seguimos bajando. Tropiezo y me caigo. Arriba, arriba.

Seguimos bajando. Nos acercamos a unos árboles. La autopista queda justo por debajo de nuestra posición, a no más de unos cientos de yardas. Me duele cada músculo del cuerpo.

Consideremos esta posibilidad: parar un coche que pase por la autopista y enviar en él a Anthony a las urgencias del hospital de McBride. No es buena idea. Los médicos tienen que dar parte de estos heridos a la policía. De todos modos, ellos ya le están buscando; Anthony terminaría en la cárcel o algo peor. Acaban de dispararle. Mataron a Bill: ¿qué dice eso del estado actual de la justicia? No, hay que descartar esta opción; estaría acabado.

Consideremos esta posibilidad: llegar a casa de Thaddaeus y buscar a Woolley. Él vendría. Puede hacer una intervención, aunque sea casera, y no va a dar parte a ninguna comisión. Sí. Ésta es la opción.

Estamos ya junto a los árboles que flanquean la autopista. Por encima de nosotros puedo ver a los helicópteros en la cima de la montaña. ¿Cuánto tiempo tardarán en ver nuestro rastro?

Llegamos a la cuneta. Nos dejamos caer junto a la calzada. Pasa un camión grande: nos pita y nos saluda con la mano. ¡Qué mundo más loco! Cree que somos una familia de excursionistas.

Permanecemos al lado de la carretera, avanzando, resoplando, cuando le veo: una pequeña figura en un abrigo negro. Un viejo. Cruza la carretera y nos dice con un acento extraño:

—Por aquí.

Zöe, Tyler y yo nos le quedamos mirando.

—Por aquí —dice, cortésmente, y nos hace señas para que le sigamos. ¿Quién es y qué hace precisamente aquí? Nunca antes le he visto—. No tengáis miedo. Os voy a llevar a casa de Thaddaeus.

Ahora le miro mal. Esto es muy raro.

Va cojeando carretera abajo, en dirección al sur. No mira hacia atrás. Le seguimos. Hay nieve suficiente para que el trineo se deslice.

¿Quién demonios es este extraño? Y ese acento, ¿de dónde es? ¿Europeo?

Cruza al otro lado de la autopista. El trineo araña el pavimento y hace un ruido horrible. Anthony se queja, pone los ojos en blanco. Cinco minutos más y llegamos al puente sobre el arroyo Caribú. Estamos ya cerca de casa de Thaddaeus. El extraño desaparece junto a los montones de nieve acumulados en torno al puente. Llegamos nosotros también hasta ahí, sin dejar huellas sobre el rastro limpio de la quitanieves.

¿Dónde está? Ahí está, junto a los matorrales de sauce al lado del arroyo, abriéndose paso camino arriba, hacia el oeste, hacia la falda de los montes. Tyler y yo medio arrastramos, medio deslizamos el trineo cuesta abajo y luego seguimos al extraño como buenamente podemos por entre los matorrales.

Ahí está mi viejo Thaddaeus, camino abajo hacia nosotros. Se encuentra primero con el extraño y comienzan a hablar. Caen copos de nieve. El día se pone gris. Por detrás de Thaddaeus puedo ver el cobertizo en el que ha vivido desde los años veinte. Su mujer murió, sus hijos abandonaron la región. Soy su único nieto que sigue aquí.

Mira al trineo.

—Tanny, eso no tiene buena pinta —me dice, en su argot de indio shushwap—. Mete al chico dentro.

Para mi abuelo, esta es una frase larguísima. Pídele que te cuente una historia y te contará una durante horas y horas. Pero no le pidas una conversación dialogada.

Abraza a Tyler y a Zöe y nos hace entrar a todos en su casa, en su cabaña. Tyler y yo somos los más fuertes y levantamos el trineo para que pase la puerta y lo dejamos colocado sobre la mesa de la cocina. Dentro está oscuro. Alumbran unas cuantas lámparas de queroseno. Algo se está preparando en la cocina. Huele como en casa de los Thu: a pescado y humo de leña, con el añadido de pieles de animal que cuelgan de las vigas de madera. Thaddaeus es un trampero, un indio pequeño, viejo y encorvado que se baña pocas veces al año y nunca jamás aparecerá sin su sombrero de tela ni una imagen del Sagrado Corazón prendida en el bolsillo pectoral. Es un corazón carmesí, rodeado de espinas y coronado por una cruz llameante.

—Este chico está muy mal —dice al europeo. El extranjero se quita su abrigo negro y deja ver un alzacuellos. No había visto uno en años.

Tyler entra en el dormitorio. Se tumba con la cabeza vuelta hacia la pared. Zöe se sienta en el sofá, con la cabeza oculta entre las manos, conteniendo el llanto.

Libero a Anthony de los sacos de dormir. Están manchados y húmedos de sangre, pero no gotean. El sacerdote y mi abuelo descubren su cuerpo. Casi me entran arcadas cuando veo lo que le han hecho las bengalas. Parte de su caja torácica se ha separado, y hay un acumulo de sangre negra en la cavidad corporal. Veo parte de sus intestinos. Pero quizá tengamos suerte: ningún punto vital parece destrozado. No huele a excremento ni las arterias están dejando escapar la vida del mu— chacho. Algún borbotón de sangre se escapa. Podemos detenerlo aplicando hielo y presión. Hay mucha sangre coagulada, gracias al Cielo. Es un muchacho sano.

Todavía sigue inconsciente. Le damos la vuelta despacio, muy despacio. ¡Oh, no! Parece que la herida es peor por la parte superior: creo ver una parte del pulmón atravesada o desgarrada. No se llena de aire y rezuma un poco. Su respiración es muy débil. Tiene la cara gris y está sudando. Se encuentra en estado de shock.

Si tiene un pulmón activo, podemos salvarle, a no ser que haya una hemorragia interna que no podamos obturar. Aun así, es un trabajo superior a nuestras fuerzas. Thaddaeus tiene experiencia en coser heridas de hijos y nietos que no tuvieron cuidado con el hacha o pisaron alguna botella rota. Pero nada comparado con lo que tenemos aquí.

Damos otra vez la vuelta a Anthony. La oquedad provocada por la herida es lo que peor pinta tiene. Pero lo más peligroso son las hemorragias que no vemos. Parece que ahora no está sangrando. La nieve y la presión hacen su trabajo en la parte que vemos. Pero puede volver a sangrar en cualquier momento. Necesitamos un cirujano para que cierre esto. Si no encontramos uno pronto, se desangrará hasta morir o tendrá gangrena y morirá lentamente.

—Padre Andrei, ¿qué hacemos? —pregunta Thaddaeus.

Los dos ancianos inclinan la cabeza al unísono y parecen dos rabinos debatiendo sobre un

punto del Talmud.

—Tiene que ver a un médico —dice el sacerdote—. Pero hacer ese camino sería peligroso con estas heridas. ¿Hay algún médico que pudiera venir hasta aquí?

—Un amigo mío —digo yo—. Woolley. Creo que vendría. Voy ahora en su busca.

—No. No sería inteligente que fueras tú.

De nuevo, el extraño me sorprende. ¿Sabe acaso quiénes somos? Thaddaeus me hace un gesto señalando la radio.

—Hemos estado escuchándola, Tan. Es mejor que no vayas tú. Iré yo.

¿Un anciano? Sí, un anciano, pero ¡vaya con él! Todavía es capaz de caminar millas y millas cada semana y va al pueblo a por comida una vez al mes, tirando de su trineo para perros... sin perros, él solito.

Es lo único que se puede hacer. El sacerdote cojea, los niños pueden perderse o los pueden raptar para reeducarlos, y a mí me pueden detener. Muy bien, va Thaddaeus.

Le doy una nota para Woolley:

Querido W.

Acuérdate bien, doctor, de nuestras discusiones al respecto de esa mítica bestia: las masas. Acuérdate también de que el brazo político de esa bestia controla los medios, y de que los medios controlan la política. Es un círculo cerrado, una serpiente que se muerde la cola. No te creas todo lo que leas u oigas de mí.

Espero que les hayas explicado bien a los policías el mensaje, tan necio, que dejé en tu contestador. Era una broma mala, la peor de las mías, por ahora. El disparo era de aire de la pistola de aire comprimido de T.

Estoy vivo y sigo bien y soy inocente de todo excepto de delitos de pensamiento. Una de las ovejas de mi rebaño está sufriendo horriblemente. Por favor, date prisa y ven con tu maletín. Un pulmón herido, costillas rotas, quemaduras, pérdida de sangre. ¿Puedes presentarte aquí con material quirúrgico? Te pido por favor confíes en mí. Sigue al anciano que te lleva esta nota. En nombre de nuestra amistad.

Fugitivamente tuyo,

NATHANIEL

Me acerqué a Woolley unos pocos meses después de que Maya me dejara. Todavía no le había conocido en persona pero había oído hablar mucho de él. Se había comprado poco antes una pequeña granja de ovejas a los pies de la sierra del Caribú, unas pocas millas al noroeste del pueblo. Los rumores decían que era «un hombre malo». Era un médico, un solitario, un inglés. Había puesto su consulta en MacPhale Street y abría un par de días a la semana, pero aún no tenía muchos pacientes. Tenía una situación laboral muy buena en el hospital más cercano, el de McBride, y en el District Memorial, a cincuenta millas. Se decía que no era partidario del aborto ni de la eutanasia. Los otros dos médicos de Swiftcreek eran dos feministas estridentes para las que el aborto y la eutanasia equivalían a quitar una verruga. Eran unas mujeres muy amables, muy

inteligentes, que se comportaban con gran sensibilidad hacia los sentimientos de las familias. Gustaban mucho en la comunidad. Yo intenté no caer enfermo para no ser cuidado por sus manos manchadas de sangre. Fue una buena noticia saber que el médico recién llegado era hombre y antisocial.

Nos sentamos por primera vez en su consulta como si nos inspeccionáramos. Se sentaba en una silla giratoria y me miraba oblicuamente. Vestía con cierta formalidad, mediaba los cuarenta años, era soltero, y tenía ese aspecto habitual de no tener quién cuide de él que suelen tener los hombres sin esposa, aunque en su caso esto parecía más el despiste o el desdén propios de las clases bien criadas. Aquí y allá había revistas de medicina y ceniceros. Una pequeña colección de pipas. Su consulta no parecía un lugar demasiado higiénico, pero sobre el muro había todo tipo de prestigiosos diplomas enmarcados.

En ellos ponía Bertram Woolley, seguido el nombre de una larga ristra de iniciales.

A mí me avergonzaba contarle el problema que me llevaba ahí —la inestabilidad emocional es humillante. Así que intenté ir por un camino tangencial.

—Veo que fue usted profesor de medicina en la universidad de Edimburgo —dije como principio—. Y luego dio clase en McGill, y también en el Instituto del Cerebro.

Él gruñó.

—Y fue director de The Lancet. ¡Eso sí que es impresionante!

—¿Qué le ocurre? —me preguntó fríamente.

—Creo que estoy teniendo una crisis nerviosa.

—¿Qué síntomas tiene?

—Las manos me tiemblan todo el rato. No puedo dormir. Tengo un dolor que me abarca todo el pecho. Se va cuando bebo whisky. Quiero llorar todo el tiempo sin razón aparente, y de cuando en cuando quiero gritar. Rezongo de todo el mundo para mis adentros. Me estoy volviendo loco. La mitad de mi familia está mal de la cabeza. Apenas logro terminar mi trabajo, y si lo termino es fuera de plazo. He cometido algunos errores verdaderamente estúpidos en el periódico en los últimos tiempos.

—Ah, es verdad, usted es director de The Ego.

¿Estaba bromeando...? ¿Cómo que «Ego»? Torció un poco la boca.

-¡The Echo! —le corregí.

—Ah, The Echo, es verdad.

Nos miramos. No me caía muy bien.

—Entonces, ¿qué quiere que haga por usted? ¿Que le atiborre a pastillas? Sentí la indignación crecer dentro de mí.

—No sé. Usted es el médico —repliqué, en el peor tono que pude. Torció la boca del todo.

—¿Quiere saber de verdad mi opinión? Con un poco más de esfuerzo, tal vez logre usted un colapso nervioso total, si eso es lo que cree necesitar.

—Es lo que precisamente no necesito.

—Entonces, ¿por qué se está metiendo en uno usted mismo? ¡Qué insensibilidad...! Me quedé mirándole, ardiendo por dentro.

—¿Qué buenos modales tiene usted, señor doctor! ¿Todo su conocimiento le permite ponerse a insultar a la gente con esa arrogancia...?

Sin esperar a tener respuesta, miré con desprecio sus diplomas, me levanté y marché a recoger

mi abrigo.

—Siéntese, siéntese —me dijo y, muy para mi sorpresa, vi que estaba sonriéndose—. Tengo la medicina justa para su dolor. Mata todo sufrimiento.

Se levantó y salió de la consulta y volvió a entrar antes de que yo pudiera ponerme el abrigo. Traía una botella marrón y un par de vasos. Sirvió en los vasos del contenido de la botella.

Dio un sorbo y me miró.

Me quité la dignidad... pero me dejé el abrigo puesto, por si acaso.

—¡Venga, relájese! —me dijo.

—Estoy relajado. Estoy relajado —me quejé.

Di un sorbo yo. Sabía a crema y a chocolate y tenía una fuerte carga alcohólica.

—¿Le gusta?

—Me gusta.

—Bien, bien. Es usted un buen paciente.

—Sus habilidades sociales son una desgracia, doctor. ¿No le importa nada? Todo el pueblo dice que es usted un tiparraco. Y está usted muy lejos de Gran Bretaña para ser tan famoso. ¿Qué hace exactamente aquí?

—Por citar a uno de mis maestros, Jonathan Swift, «lo que más odio y detesto es a ese animal llamado hombre».

—¿Y con ese planteamiento, cree estar dedicándose a un trabajo adecuado para usted?

—Creo que sí. Me gustan los hombres individualmente, uno a uno, siempre que encuentre a uno de verdad, claro. Es el rebaño lo que me subleva. También detesto a los países que hacen de sus ciudadanos parte de un rebaño.

—Entonces, ¿por qué ha venido aquí?

—Buena pregunta. Sobre todo, porque éste es un lugar muy despoblado. Por cierto, ¿le molesta que fume? Es malo para la salud. No se lo recomiendo.

Sacó una pipa al estilo de las de Sherlock Holmes, de brezo rosado y plata, y la consulta se empezó a llenar de nubes de humo. Puso los pies sobre la mesa y se reclinó sobre la silla giratoria.

—Huele a mierda de camello y billetes de autobús quemados, ¿verdad? ¿Por qué será tan relajante?

—Yo también fumaba en pipa —le dije—. Lo dejé cuando mi ex mujer me dijo que me refugiaba en la pipa por no haber sido lo suficientemente amado de niño. Y por un instinto primario hacia el fuego, que...

—¡Oh, pobrecillo...! ¿Y qué pasa, que su mujer era una experta...?

—Tiene una licenciatura en psicología.

Tosió tras haber bebido y rió abiertamente por primera vez.

—Estaba aturullada. Totalmente aturullada...

—Gracias por su sabia observación. Me siento mejor minuto a minuto...

—Hablándole de médico a paciente, mi muy vehemente y fogoso director de periódico, le aseguro que fumar y beber acortan la vida, pero son muchísimo mejor que perseguir obsesivamente la salud.

—Habla usted como un adicto.

—Mire, va a usted a volverse loco, pero loco de verdad, si intenta escapar de nuestro destino...

—¿De nuestro destino?

—De la mortalidad. Todo el mundo muere de una manera o de otra, y no es que importe. ¿Por qué va a morir de estupidez treinta o cuarenta años antes de su muerte biológica?

—¿Me está usted queriendo decir que estas pequeñas adicciones son la vida?

—Por supuesto que no. Sólo digo que, con moderación, ojo, son placeres humildes. Y que tienen su razón de ser.

—¿Qué razón de ser? ¿Por qué? ¿De dónde viene el pensamiento que creó la forma? Le dio vueltas a esto unos instantes y entrecerró los ojos.

—No soy un teísta, señor director, pero sí creo que hay una inteligencia que opera en el cosmos. Una inteligencia que no somos ni usted ni yo, quiero decir. ¿Importa tanto si le damos un nombre o no?

—Sí, sí que importa —argüí.

Woolley volvió a poner los pies en el suelo y se reclinó sobre la mesa con una mirada intensa, alocada, humorística, en los ojos.

—¿Juega usted al ajedrez? —me preguntó.

—Sí.

—¿Quiere usted continuar con su terapia?

—Lo tengo que pensar. Sólo si sus modales mejoran.

—Trabajaré en ello.

Me tendió la mano. Se la estreché con aprensión.

—Como médico suyo que soy, le prescribo personarse en mi casa cada dos semanas. Traiga saneado su cerebro, traiga su refrescante, aunque limitada, honestidad, y yo pondré el alcohol. ¿De acuerdo?

—Hum, no tan rápido. ¿Es usted homosexual?

—En absoluto. Estése usted tranquilo al respecto. No toseré en su bebida ni le pincharé con una aguja infectada de SIDA. Pero su mente estará en gran peligro. Intentaré influir sobre ella.

—Tendrá usted ahí mucho trabajo...

—Por cierto, ¿no será usted homosexual?

—No.

—Eso hace las cosas más sencillas. ¿Cree usted en la amistad?

—No mucho.

—Ya veo. Entonces sí que tengo trabajo.

Por aquel entonces yo estaba haciéndome amigo de la familia Thu. Estaba deseoso de cualquier contacto humano, pero en el fondo desconfiaba de todo. En aquel momento tenía la sospecha de que los Thu tal vez sólo me querían porque eran pobres y yo les podía ser útil. Me llevó mucho tiempo ver qué falso era esto. Eran oro puro. Conforme fue pasando el tiempo, llegué a creer en su amistad, pero incluso entonces era una cuestión del corazón, no del intelecto. En el fondo, pensaba que la gente muy inteligente merecía más confianza.

Le quedé muy agradecido a Woolley. Según lo prescrito, aparecía regularmente en su casa. No influyó en mi mente. Ni yo alteré sus bien arraigadas convicciones. Bebíamos, con moderación.

Me regaló por Navidad una preciosa pipa de espuma de mar, y fumar en pipa volvió a ser uno de mis pocos vicios. Dábamos largos paseos por el bosque, tratando cuestiones filosóficas. Me enseñó mucho sobre ovejas y hombres, en este orden. Mi crisis nerviosa no cuajó. Woolley la había saboteado por completo. Nos hicimos amigos.

Nieva mucho. Del otro lado de la ventana caen gruesos y húmedos copos blancos. Espero que el abuelo no tenga ningún problema. A Woolley le gusta atravesar el campo nevado. Tal vez se traiga los esquís y regrese esquiando. Si viene en su todoterreno rojo, con su chapa de médico, y lo deja aparcado junto a la autopista, quizá despierte sospechas. Los de los helicópteros no son unos genios pero tampoco son idiotas. Espero que piense en ello. ¿Por qué no se lo habré sugerido en la nota? Me preocupo un poco pero confío en su inteligencia, tantas veces comprobada.

El bueno de Woolley. No mucho después de que comenzara nuestra amistad, intenté ablandarle llamándole Bertram. Me miró con su ojo clínico, con esa mirada que puede hacer autopsias sin pestañear. Me pidió que nunca le llamara así.

—Y tampoco me llames Bert —añadió.

—Entonces, ¿cómo debemos llamarnos, señor doctor...?

—Llamarme «oye» está bien. O doctor y director. O Woolley y Du... Duh... Dud... ¿cómo era ese nombre tuyo celta tan complicado?

—Prueba mejor con «Tan».

—Vale. Ése está bien. Lo consideraré mi cuota de afecto.

—No te cortes.

Gruñó. Y me dio jaque mate.

—¿Eres un poco abusón, verdad, doctor?

—Si no te gusta, puedes coger puerta e irte... Tan.

—No me gusta, pero no pienso coger puerta. Sonrió.

—Ajá... ¿eres un poco masoquista acaso?

—Caramba, creí que odiabas la psicología barata.

—A veces es un arma muy útil. Terminé la copa. Me la terminé.

—Me gusta la honestidad, doctor. Me gusta ser honesto a mi manera, y me gusta tu manera de ser honesto... un tiempo. Pero en algún momento vas a tener que ir más allá de la grosería pura y simple. Y creo que es mejor que me llames «director».

Me miró con inquietud totalmente real.

—Caramba, ¿de verdad te crees que soy tan malo?

—No te ofendas.

—Para ser un chico listo, no es que estés muy avisado, director.

—¡Dale otra vez! Haciéndote el tirano de andar por casa... ¿quién te enseñó a hablar así?

—Oh, bueno, aprendí trabajando con burócratas. Con unos burócratas encantadores, absolutamente mortíferos.

—Sí, sé lo que quieres decir. ¡Se están comiendo el mundo! ¡Se reproducen como ratas!

—Vaya... ¿quién está siendo grosero ahora? Por cierto, director, ¿no eres tú también un poco tiránico con ese periódico tuyo? Tienes mucha suerte de poder rezongar de todo el mundo una vez a la semana. Podría incluso decirse que eres un poco abusón.

—Jaque mate.

Nos reímos y bebimos un poco más.

NUEVE

21 de enero

Es de noche. Estamos con el abuelo Tobac. Éste ha sido el peor día de mi vida. Anthony Thu ha sido alcanzado por unas bengalas arrojadas por la policía y tiene un pronóstico muy grave. Le he mandado un mensaje a Woolley, diciéndole que venga a intentar salvar al muchacho. Un sacerdote, el padre Andrei, también está con nosotros. Es un viejo amigo de Thaddaeus. Creo que mi fe está aumentando, pues me pregunto si no hemos de llamar providenciales a algunas casualidades. Pero también siento una cierta amargura. ¿Dónde está Dios?

Tyler y Zöe duermen sanos y salvos. Están conmocionados y exhaustos.

Le quito a Zöe el pulgar de la boca. El Señor de los Anillos está abierto bajo su codo. Sus páginas se han arrugado con las lágrimas de la niña. Pensé que habíamos perdido el libro con todo lo demás esta mañana, pero supongo que lo guardaba en su mochila.

El padre Andrei está de rodillas junto a Anthony. El chico gruñe de cuando en cuando. Está consciente y le habla en susurros al sacerdote. A veces se echa a llorar y tiembla, y el viejo pone su mano en la cabeza del penitente.

¿La nieve llena el mundo como una misericordia...? Date prisa, Woolley. Ven rápido.

Está oscuro ya. Sólo una luz mortecina de lámpara de queroseno arde suspendida sobre la mesa de la cocina. El padre Andrei se sienta junto a Anthony en una silla. Le lee la Biblia con unas gafas muy finas. A veces levanta la vista para comprobar cómo sigue el muchacho. Me tumbo en el sofá e intento descansar. Nieva mucho fuera y el viento sopla fuerte.

¿Cuándo va a volver Thaddaeus con Woolley?

Tiempo. Tiempo para pensar. He tenido tan poco tiempo estos últimos años... Por la fuerza de la costumbre, pienso constantemente en el tiempo. Me siento perseguido por él. Lo mido todo por él. Soy el gran conejo blanco de Alicia en el País de las Maravillas, y llego siempre tarde. He estado ocupado frenéticamente en cumplir con mi vida, y mientras tanto he dejado de vivir. He menospreciado la belleza que me rodeaba. He estado tan ansioso por mis niños que me he olvidado de mirarlos de verdad.

¿Consideramos de verdad al otro hasta que no se ha ido de nuestro lado? Cuando Stiofain murió, supe que había desaparecido del mundo algo nunca antes visto y que después jamás se repetiría. Cuando Annie murió, yo no era más que un adolescente centrado en sí mismo, pero incluso entonces sabía que el equilibrio del universo había cambiado. Cuando Thaddaeus muera, esta cabaña será una ruina, y el recuerdo de su paso se perderá en una o dos generaciones. Mucha

gente ha abandonado este enclave. Ni siquiera los conozco a todos ya. Están repartidos por todo el país, como retales de nuestra gran familia. Cuando Thaddaeus muera, ya no habrá nada que mantenga la unidad. Sus historias, su ingenio lento y sus poderosas intuiciones, ya nadie las recordará, y nadie las echará de menos.

¿Y qué hay de este viejo europeo de aquí, que lee con tanta paz, que cuida al muchacho destrozado como si la situación fuese normal? ¿Qué recuerdos alberga este hombre? Uno no sabe ni qué preguntar. Por contraste, la generación actual, el hombre nuevo, es una criatura extrañamente homogeneizada, que camina deprisa, muy deprisa, hacia una meta sin definir. Es curioso comprobar cómo antaño había un tipo de hombre de mucha mayor amplitud y profundidad.

Estas gentes son los últimos pecios de propia historia. ¿Cuántas veces he pensado en ellos, en sus vidas? Muy pocas, y sólo con los fríos instrumentos que tuviera a mano. Ahora, mi propia vida se precipita ante mí, se precipita... despacio, de acuerdo... Veo a la mujer de Thaddaeus, a mi otra abuela. La pobre Wanda era una pobre alcohólica que, también muy despacio, se volvió loca. Ella es la fuente de mis miedos sobre la salud mental, claro. La recuerdo como una persona delgada, fina, orgullosa, con unas respuestas que en absoluto se correspondían con nuestras preguntas. Se parecía mucho a mi madre en lo físico, pero estaba llena de un genio o una rabia particular. ¿Es ésta mi herencia genética? Querida abuela... a veces estaba con nosotros y a veces no y, durante todo ese tiempo, a través de más de cuarenta años verdaderamente difíciles, el abuelo Thaddaeus la cuidó con paciencia infatigable. Es la bondad hecha hombre. Tuvo que cargar con mucho. Wanda pasó la mayor parte de su vida librando las batallas de un pasado herido. Pero, en el fondo, ¿no hacemos todos lo mismo? Ayer, durante nuestra agradable excursión montañera, hablé con Maya y con papá y con todas mis relaciones fallidas. Y tengo tantas de éstas... La culpa me asfixia por tantos fallos cometidos. Soy culpable, sí. No he amado ni la décima parte de lo que ha amado Thaddaeus. Estaba demasiado ocupado. Si me arrestan, intentarán aliviarme de mi culpa. Espero que no me arresten: no me gustan los sentimientos de culpa, pero al menos son honestos.

La enfermedad de Wanda se agravó mucho con el alcohol, sin duda, pero tuvo en buena parte su origen en una infancia dura y era más un caso de desorden emocional que de enfermedad cerebral. Aun así, es posible que tuviera alguna debilidad fisiológica en ese punto y, de ser esto así, es posible que yo la haya heredado. Por eso me preocupa tanto volverme loco.

Odio a la gente que le hizo daño. Odio al hombre que mató a mi bisabuelo Finbar allá en Irlanda hace casi un siglo. Odio a MacPhale, que compró este pueblo e hizo de él una fábrica. Odio los helicópteros. Y odio a los hombres sin valor que pudieron evitar la degeneración de nuestra sociedad, defectuosa pero sana, haciendo de ella un paisaje en el que todo parece estar bien pero nada está bien. De hecho, es una sociedad enferma, herida de muerte tal vez. Y odio las mentiras que ciegan a mi muy recto padre, y odio a la gente que ha hecho sufrir a la familia Thu, y a la gente que hizo sufrir a los judíos, y a los que hacen sufrir a los negros y a los católicos, y a los moderados que nos hacen sufrir a todos con sus aseveraciones tan calmadas y medidas de que todo va bien, muy bien, y ha de ir perfectamente bien. No puedo perdonar lo que se nos está haciendo, el estrangulamiento de todo lo que es hermoso, verdadero y bueno. La más curiosa de sus mentiras es que, mientras el mundo agoniza, afirman estar dándonos una vida mejor y más plena. Creo que éste es un engaño especialmente cruel. Y los odio más que nada por haber drogado a todo el mundo. La mayor parte de la gente ha llegado a una apatía total por los potentes narcóticos suministrados. Sólo por poco he salvado a Tyler y a Zöe de ser otros consumidores

zombies más... Odio, sí, para decirlo a las claras, odio de verdad esta cosa que ha contaminado a todo el mundo. Y, en cuanto a mí, creo que estaré despierto hasta el último momento, culpable, lleno de quebranto y de dolor, neurótico del todo y lleno de «disfunciones» hasta el final. Pero eso querrá decir que sigo vivo.

Woolley solía no andarse con tonterías.

—Eres un tipo enfadado con el mundo —decía.

—Sí. Muy enfadado.

—Te preocupas demasiado.

—¿Puede uno preocuparse demasiado?

—Sí, sí que puede.

—¿Has amado alguna vez a alguien, Woolley?

—Sí —me contestó, en el tono de voz más bajo que le había oído nunca.

Me quedé mirando la chimenea de su salón. Había varias fotografías enmarcadas: de Cambridge, de un equipo de rugby, del neurocirujano Penfield, unos pocos retratos de grupo y uno o dos terrier. Y la cara de una mujer. Era una cara sencilla, hermosa, con ojos pensativos y labios generosos. La miré largamente mientras él ponía unas copas en la cocina.

—¿Era a ella a quien amabas? —le pregunté cuando volvió.

—Esta muerta —su voz atestiguaba con frialdad un hecho.

—¿Era tu mujer?

—No hurgues en mis heridas secretas —me dijo con tono de peligro—, y yo no hurgaré en las tuyas.

-Me inclino ante tu superior sabiduría, doctor. Una vez le pregunté:

—¿Cómo es que no haces abortos ni eutanasias?

—¿Cómo sabes que no los hago?

—La gente habla. Las debilidades de uno terminan por saberse.

—El rumor es cierto. Ya no practico abortos ni eutanasias. Mi corazón se enfrió en medio del pecho.

—¿Ya no? ¿Quieres decir que antes sí?

—Sí, lo hice.

—¿Por qué lo dejaste?

—Mira, no me achaques ninguna virtud. No es una cuestión moral.

—¿Qué es, pues?

—Perdí el gusto por la muerte, eso es todo.

—Eso es todo.

Estuve a punto de perder el control y preguntarle cómo era que le había cogido gusto a la muerte. Vio que me había quedado mirando.

—Llámame doctor Mengele —dijo sonriendo, y alzó su copa.

Agaché la cabeza y me incliné para brindar, pero no pude esbozar una sonrisa.

—Dime, honesto y joven director de periódicos, ¿somos amigos?

—Sí, Woolley. Somos amigos.

—¿Cuánta honestidad eres capaz de soportar?

—Mucha —dije, sabiendo que mentía.

—¿Quieres saber cómo le perdí el gusto a la muerte?

Sin esperar a mi respuesta, Woolley hizo girar su silla y se puso mirando hacia fuera de la ventana de su cuarto de estar. Se acercó rodando hasta mi silla y me arrastró para estar los dos en la misma posición, mirando la luz suave del crepúsculo de un fabuloso atardecer de primavera.

—Permanezcamos en terreno neutral mientras te cuento esta historia, ¿de acuerdo? Su tono de abuelito parecía ocultar algún fondo más oscuro.

—En las sombras de mi ilustre pasado, entre mis periódicos esfuerzos por salvar a la humanidad en lugares críticos del Tercer Mundo, volvía a la práctica médica habitual. Mi negociado es la neurocirugía, aunque puedo jugar con cualquier parte del cuerpo. Pero a medida que el número de médicos con ganas de trocear bebés vivos menguaba, el estamento médico se iba volviendo a gente como yo para llenar ese hueco. Ya sabes, gente con un perfil científico, algo más que tu médico de cabecera habitual. La mayor parte de los médicos, desde luego, no tiene problemas en matar ancianos porque es sólo otra inyección y pueden decirse que el abuelo o la abuela han tenido una vida completa y merecen un buen descanso. Pero viviseccionar a un bebé es algo más duro. Sólo dos tipos de médico pueden hacerlo, los carniceros y los idealistas. Yo era de los idealistas.

Asentí con la cabeza.

—Eso lo sabía.

—Porque eres muy listo. Para seguir con mi historia... pensé que, fuera lo que fuera esa rara inhibición, esa «cosa» que nos mantenía lejos de disfrutar del desmembramiento de alguien y nos hacía bastante infelices en torno a su necesidad...bien, yo creía que era algo bastante irracional. Si se lo podemos hacer a un bebé, ¿por qué no a una persona senil? ¿Por qué no a alguien con síndrome de Down o a un epiléptico o a gente con alguna extraña enfermedad genética? Los abriremos por el bien de la humanidad. Todo muy humanitario, ya sabes.

—Con esto basta —farfullé—. No tienes que seguir. No quiero saberlo.

—Muy bien, no quieres saberlo. Un periodista de verdad. Me puse de pie, nervioso.

—Mira, olvídale. No quiero oír hablar del asunto.

—¿No quieres oír hablar del asunto? —me imitó, mirándome con descontento.

—Eso es. Déjalo, es todo.

—Hum, eres un pequeño hipócrita cobardica —me dijo con su tono profesional, el de las autopsias. Parecía mirarme directamente al alma—. Eres un héroe falso, director. Eres la razón por la cual los míos han ganado.

—¿Qué quieres decir? Yo no soy el carnicero.

—No. Eres peor que el carnicero.

—¡Estás loco!

—Eres peor porque eres más astuto que ellos.

—¿Que ellos? Acabas de decir que tú eras uno de ellos.

—Siempre sobrereaccionas, ¿verdad? Déjame decírtelo a las claras: yo era un idealista que probó con el mercado de la carne. Cuando extraía cuerpos vivos, todavía pensaba que era un idealista, pero en realidad era un carnicero. Y cuando vi esto claro, volví a mi forma original. ¿Lo coges?

—No, no lo cojo.

—Lo que de verdad me estás diciendo es que no quieres oír la historia porque tal vez te prive

de un amigo inglés que fuma en pipa y que puede hablar sobre lenguas muertas y literatura decadente contigo y que refuerza tu ilusión de que el mundo no acabó hace ya años. Pero, más allá de esto, el horror te da asco, el horror te vuelve loco y, cuando te vuelves loco, haces cosas estúpidas. Y te puedes poner en ridículo en público.

—Eso es mentira. Digo una gran cantidad de cosas imperdonables en público.

—Tal vez. Pero, por seguir con la discusión, pongamos que eres un periodista de verdad, con un interés profesional en oírme.

—No quiero oírlo porque eres mi amigo. Y lo que me estás diciendo me hace pensar que ni siquiera te conozco. Si eso es verdad, entonces todo es una ilusión. ¿Qué es verdad y qué no es verdad?

—No te quedas el suficiente tiempo para averiguarlo. No escuchas. Te lo iba a decir, pero no puedes soportarlo. —Muy bien, Woolley, pero mejor que...

—¿Mejor, qué? ¿Que sea bueno? Pues no, es malo, es maligno.

—Una palabra rara en tu boca.

—Escúchame hasta que sepas lo que quiero decir.

—Sigue.

—Antes de llegar aquí, era profesor de neurocirugía en un laboratorio de investigación cerebral. Teníamos millones de dólares a nuestra disposición. Comprábamos cuerpos. Cuerpos vivos. Yo tenía un interés especial en ampliar las fronteras de la investigación a fin de hacer avances en la curación del Parkinson, del Alzheimer y de la epilepsia. La cuestión es que la mayor parte de las técnicas abortivas cortan al bebé en trozos, y era un asunto bastante desagradable para los asistentes el ir buscando entre los trozos algún tejido cerebral aprovechable. Así que pagábamos a mujeres que iban a abortar para que dieran a luz al niño y lo entregaran al laboratorio. Incluso pagamos a muchas para que se quedaran embarazadas. Bastantes eran inseminadas artificialmente. Pueden ser necesarios docenas de niños para proveer de tejido cerebral a un solo paciente.

—Bien, ya vale. Me hago cargo.

—Tal vez te quedas con lo llamativo del asunto, pero no lo estás cogiendo. ¿Sigues conmigo o vas a echar a correr?

Me quedé en silencio.

—Matar es fácil. Das a la mujer un anestésico local. Te agachas y agarras una de las piernas del niño con el fórceps y tiras de ella hacia fuera. Luego extraes al niño con mucho cuidado para dejar la cabeza dentro. No te apetece oír ruidos. La base del cráneo queda expuesta. Metes las tijeras ahí, en la base del cráneo del bebé, y las abres para agrandar el agujero. Se mueve un poco. Luego pones un catéter para succionar y así se saca el cerebro.

El cuarto estaba a oscuras y no podía moverme. Me sentía enfermo. Por un momento, tuve ganas de matar a Woolley con unas tijeras.

—Sé exactamente lo que piensas y sientes ahora mismo —me dijo.

—¿Sí?

—Te aseguro que, en los últimos años, he sentido lo que sientes y mucho más, cien veces más.

—No te entiendo. ¿Qué me quieres decir?

—Un día hubo un caso que no salió según estaba previsto. El niño se escurrió demasiado

rápido y acabó en mis manos antes de hacerme cargo siquiera de lo que había pasado. Abrió los ojos. Respiró y gritó. La madre lo oyó y movió la cabeza, buscándolo. Comenzó a pelear, se veía que tenía dudas. Una enfermera la sedó mientras yo cerraba la boca del niño con la mano, robándole el aire con mi pulgar. Se retorció mucho. Me miró mientras moría. Me miró.

La voz de Woolley se rompió. Hizo una pausa.

—Le devolví la mirada. No tenía que haberle devuelto la mirada, no tenía que haber vuelto a mirar.

—Y viste.

—Sí, vi. Era un niño. Una persona. Esa niña pequeña anónima era —de un modo que no puedo explicar— mi propia hija, o mi hijo o... mi mujer. Me dije a mí mismo: ya está, nunca más trabajaré en esta industria de la muerte. Nunca más querré salvar a la humanidad. Me retiró a cuidar ovejas.

—Me marcho ahora mismo, hijo de puta —dije en tono reposado—. No te acerques a mí y yo no me acercaré a ti. Le dejé solo en el cuarto a oscuras.

No volví a ver a Woolley durante varios meses. No me llamó. Pero una noche, a finales de verano, cuando mi odio hacia él se había amortiguado y mi curiosidad se había avivado un poco, sentí la urgencia de saber si lo que había pasado entre nosotros era irreparable. La amistad sin eros sigue siendo una forma de amor, y uno no puede desarraigar el amor de una sola vez. Me presenté allí sin avisar. Mientras conducía hacia su casa, ensayé cómo le iba a decir que el estrangulamiento era demasiado benigno para él y que debía ser descuartizado. Pero no se me quitaba de la cabeza la manera en que su voz se había roto al contarme aquello. Y para cuando me había desviado de la autopista hacia su casa, seguía viendo la mirada que tenía cuando me dijo que sentía todo lo que yo sentía y cien veces más. Entonces comprendí que él se odiaba a sí mismo mucho más de lo que yo podría odiarle nunca.

Cuando me vio aparecer por el camino, tardó apenas un segundo en salir, agitando un periódico.

—Director —me saludó—, ¿has visto lo que ese idiota de L'Oraison y los suyos han propuesto en el parlamento? ¡Es un auténtico desastre! Pasa y vamos a tomar algo.

—Yo... yo... —tartamudeé.

—Déjalo, déjalo, que eres un bocazas y siempre quieres monopolizar la conversación. Pasa. Tengo una gran jugada de ajedrez que estoy deseando experimentar contigo.

Woolley era el de siempre. Pero las cosas nunca volvieron a ser como antes. A partir de entonces, siempre tuve dudas y estuve incómodo acerca de la naturaleza de nuestra amistad. ¿Tan sólo le era intelectualmente útil, algo así como el confesor de un no creyente que no podía perdonarse a sí mismo? ¿O no era más que un buen contraste para sus pensamientos irónicos, un espejo en el que este solitario podía mirarse de cuando en cuando? A partir de un momento dado, ¿no adquiere un amigo el derecho de tener acceso a todos los cuartos del corazón del otro? Si no, ¿qué es esa casa del corazón sino un laberinto con galerías que terminan en paredes, ventanas que dan al espacio vacío y habitaciones sin puerta de las que salen apenas gritos ahogados? Pero quizá su confesión había tratado precisamente sobre esto.

¿Y qué pasaba conmigo? ¿Qué llave hacia mí mismo le había entregado yo? Quizá sólo le había estado utilizando, por el placer del juego mental, por aliviar mi soledad, por satisfacer mis ganas de reír. Quizás era también un espejo donde yo mismo me miraba para encontrarme

precisamente... conmigo mismo. Y, sobre todo, me hacía saber que estaba cuerdo, o al menos que todavía no estaba completamente loco.

Maya me dijo una vez que era la persona más cuerda que había conocido nunca. Me sentí tremendamente agradecido por la observación. Cuando le pregunté por qué pensaba así, me contestó:

—No es porque seas un tipo verdaderamente brillante, Tan. Es porque te puedes reír de ti mismo. Y porque te puedes reír del mundo incluso cuando se vuelve loco.

Eso fue al principio. No había visto todavía las profundidades abisales de mi rabia. Tenía razón, claro: siempre tuve un don para el humor negro. Pero ahí estaban mi enfado y una desesperación apenas disimulada. Era loco y cuerdo a la vez. Mi abuela Wanda se volvió loca de verdad porque su ambiente, todo lo extremo que la rodeaba, había causado una presión demasiado fuerte para su vulnerabilidad heredada. Aquí vale decir que yo he heredado también esa vulnerabilidad y que todo lo que me rodea se va volviendo extremo a cada hora que pasa. ¿Qué va a ser lo siguiente que pase? Si sigo su camino, espero que mi vida sea corta. La locura es muy humillante... como los adolescentes, prefiero la muerte.

¡Qué de disfunciones...! Sí, ese soy yo, y buena parte de mi familia también. Pero no los cambio por nada de este mundo.

Comienzo a reírme, y me río hasta que me brotan lágrimas de los ojos. El padre Andrei levanta la mirada de la Biblia. Me echa una mirada profunda y amigable. No me dice nada, tan sólo me mira.

En este preciso instante, Thaddaeus llega a la casa como si lo empujara adentro una ráfaga de viento. La puerta se cierra con fuerza. Las mejillas del anciano van del pálido al rojo. Su mirada es oscura.

—Este hombre no viene, Tanny.

—¿Woolley?

Me da un trozo de papel.

Querido director:

¡Enhorabuena! Te intrigará saber que la comedia se volvió algo muy serio cuando intenté explicar tu broma suicida a los agentes. No les divirtió en absoluto. Tienen una grabación —creo que tu línea telefónica está pinchada. No les interesó mi explicación, tampoco. No hacen más que repetir y repetir la grabación por la radio y nadie, créeme que nadie, lo encuentra gracioso.

Lo siento por tu oveja. No quiero que muera. Pero en nuestro acuerdo no figura ninguna promesa mía por la cual yo me haya comprometido a sacrificar mi vida para sostener la tuya. Me retiré de nuestra civilización hace mucho tiempo. La historia es un ciclo de repeticiones eternas. Si quieres sobrevivir a sus problemas, debes evitar como sea el desastre, y no haces más que buscarlo con todas tus fuerzas. Nunca terminaste de aprender eso, ¿verdad? ¿No te he enseñado nada? ¿Siempre tienes que tener ideales quijotescos y el ardor de la bondad y el bien? ¡Ay, hombre sin templanza! ¿No ves que lo que ocurre entre tus fugitivos ha ocurrido ya en incontables ocasiones? El derrumbe de una época produce

innumerables chivos expiatorios. Es desgraciado, pero entra dentro de tu condición. Tómallo como un gran drama, el tan esperado abatimiento de las paredes de tu gueto mental. ¿Es acaso tan terrible? La paranoia ya no es problema, ¿verdad? La supervivencia sí lo es. Sé honesto contigo mismo: aunque estés asustado o enrabiado (esto último sería más propio de ti), debes admitir que te sientes más vivo que hace tres días.

¿O no?

Cuando leas esta nota, sin duda me considerarás un cobarde sin compasión. Intenta entenderme, director: soy un técnico, no un médico del alma. Quieres que sane tu mundo cuando ya nada va a sanarlo. Debe autodestruirse, querido amigo. Me niego a salvar el mundo. Intenté salvar a miles de tus ovejas sangrantes en campos de refugiados en Etiopía y Tailandia, en Turquía y Croacia, en Sudán, Ruanda y México. Algunas sobrevivieron, pero muchas más se escaparon de entre mis dedos hacia el polvo esencial del que habían venido, dejando dentro de mí no más que un dolor muerto. Entonces me hizo mucho daño. Y me haría mucho daño intentarlo otra vez. Tu oveja morirá antes o después. ¿Por qué no ahora? Importa poco. En última instancia, nada importa. Te preocupas demasiado de todo, director. Maldita sea, no arruines mi vida, o lo que quede de ella.

DOCTOR PD: ¿Cuándo fue la última vez que jugamos al ajedrez? ¿Por qué no echamos una partida esta noche? Si la estrategia lo permite, el rey podría enrocarse con el caballo. Podría arreglar el peón roto. Pero, de momento, me atengo a las reglas. Y pienso ganar. Sobrevivir.

Se me ha abierto el abismo ante los ojos. Retiro el papel. Woolley, Woolley, eres mi amigo.

¿Qué te ha pasado?

—Thaddaeus, ¿has visto policías? —pregunta el sacerdote.

—Había un agente sentado en un coche en la manzana de la clínica. El coche tenía las luces apagadas. El doctor Woolley no estaba, así que fui a su granja a buscarlo. Ahí no había policía.

—¿Ha dicho algo?

—No, nada. No movió un gesto tras leer tu carta. Simplemente te escribió la que acabas de leer.

—Hay algo muy extraño en todo esto —digo—. Quizá está bajo vigilancia. Tal vez esté intentando enviarme un aviso de esta manera tan críptica.

¡Claro, eso es! Woolley sigue tan listo como siempre. Sabe que puedo leerle entre líneas. Es el único médico de aquí a Prince George que se niega a practicar abortos y eutanasias, y un tipo como él no va a dejar que una oveja muera. La nota es una treta, estoy seguro, por si la intercepta la policía. Quiere que entienda bien. El castillo, el rey, la torre. Me está diciendo que vaya esta noche a su casa, clandestinamente.

—Me está diciendo que llevemos a Anthony a su casa. Los tres dirigimos la mirada hacia fuera. Hay tormenta.

—Nadie va a salir de aquí hasta mañana —dice el abuelo.

—¿Sobrevivirá Anthony hasta entonces?

—Quizá, Tan. Quizá.

Me levanto rápido. Todo está a oscuras salvo el padre Andrei, que aún lee junto a Anthony a

la luz de una lámpara. El chico ya no se queja. El viento aúlla sobre el mundo dormido.

Me recuesto sobre el edredón que me ha dejado Thaddaeus. Estoy en el suelo, en una esquina, entre las sombras. Me quedo mirando al sacerdote largo rato.

Es un rostro ascético. Ha sufrido. Me parece que es una cara purificada, aunque es difícil saber qué quiere decir esto pues no he visto muchas caras como la suya en mi vida, y no hay una manera segura de medir estas cosas. Irradia paz interior. Es físicamente frágil en apariencia, y su voz es suave. Usa pocas palabras. Pero cuando habla, todo el mundo escucha.

Sin mirar hacia mí, dice:

—¿No puedes dormir?

—No.

—No hemos tenido un momento para hablar. ¿Te apetece?

Tiene un sustancioso acento eslavo. Sus ojos, cuando se vuelven hacia la esquina, parecen dos piscinas profundas de cristal.

—Sí —contesto. Me siento en una silla de la cocina, a su lado. Sirve dos tazas de té. Echo una cucharadita de miel en la mía. No hay leche.

—¿Cómo está Anthony? —le pregunto.

—Está consciente a ratos, y a ratos inconsciente. Ahora duerme. Es un alma íntegra.

Sí, padre, es un alma íntegra. Pero yo no soy un alma íntegra.

Yo merecería estar en lugar del muchacho. Él sufre por mis errores. No digo esto en voz alta, pero las palabras cruzan mi mente, e instantáneamente tengo que luchar con la pena otra vez. Y vuelve a hervir la lava de la rabia. Quiero luchar. Quiero matar. Quiero matar a la muerte.

El sacerdote está observando mi lucha interior. No quiero que vea mi angustia, eso sólo redobla mi culpa. El dolor es insoportable.

Intento distraerle.

—¿Qué lee, padre?

—Una vieja historia.

—¿La Biblia?

—Sí, la historia de José, hijo de Jacob.

—Perdone, padre, ¿qué Jacob?

—Jacob. Luego sería llamado Israel.

—Ah, sí. He olvidado mucho de todo eso. Hace bastante que no voy a Misa.

—¿Por qué dejaste de ir? Me encogí de hombros.

—Bueno, era demasiado... la oveja negra. Indigno.

—Todos somos indignos —me corrige.

Sonrío. Gracias por el sermón pero no hace falta, de verdad.

—Supongo que me harté de cómo se hacían las cosas. Todo el rato amañando las Escrituras, jugueteando con ellas... globos, bromas, buenrollismo. Yo necesitaba ayuda de verdad y todo lo que ofrecían era una cháchara candorosa intragable. Me ponían negro aquellas homilias sin vida, tantas ideas edulcoradas con vocabulario pseudorreligioso que no era más que política camuflada de religión. Soy periodista. Detecto esas jergas a millas de distancia. Nos querían como células en un cuerpo extenso y vacío, sin alma.

Me mira con comprensión pero no comenta nada. Es un hombre caritativo.

—Por cierto, ¿cómo es que no tiene usted una parroquia? —le pregunto.

—Estoy retirado del ministerio activo. Vivo cerca de un convento de monjas de clausura y, cuando no estoy de viaje, hago de capellán allí. Fui misionero durante muchos años. En la última guerra me enviaron a este valle por un tiempo, y fue entonces cuando conocí a tu familia. Tu abuela era amiga mía. También Thaddaeus. Vengo aquí a verle a veces.

—¿Dónde vive usted?

—En ninguna parte. Y en todas —dice, sonriente.

—Ah, como los lirios del campo y las aves del cielo, ¿no?

—Más o menos, sí.

—¿Y qué tipo de vida hace, entonces?

—Pues, como dices, como las aves del cielo. Voy a ver a gente. Rezo con ellos. Celebro Misa y confieso. Hablamos.

—¡O sea, que usted es todavía un misionero! Y en esta oscura Norteamérica. No sonrío.

—Muy oscura, sí.

Ahí estamos de acuerdo. Vuelve a mirar su Biblia.

—También todo estaba oscuro para ellos —dice.

—¿Para quiénes?

—Para Jacob y su hijo José. Ese chico era especialmente amado por su padre. José tenía el don de los sueños. Tenía muchos, y el Espíritu de Dios le dio el poder de interpretarlos. Sus hermanos tuvieron celos de él y decidieron matarle. ¿Quieres que te lo lea?

No me apetece mucho, en realidad, que un anciano con fuerte acento extranjero me lea en voz alta largos pasajes de la Biblia a estas horas de la noche. No he comido en casi veinticuatro horas. Y estoy muy cansado.

No le digo nada de esto, claro. Pero, después de este último pensamiento, me sorprende cortando una buena rebanada de pan negro y dándomela sin mirarme.

—Tú comes y yo leo.

—De acuerdo —le digo, con la boca llena.

—Un día, los hermanos de José habían ido hasta Siquem para apacentar el rebaño de su padre. Entonces Israel dijo a José: «Tus hermanos están con el rebaño de Siquem. Quiero que vayas a verlos.» «Está bien», respondió él.

Su padre añadió: «Ve a ver cómo les va a tus hermanos y al rebaño, y tráeme noticias.» Y lo envió desde el valle de Hebrón. Cuando José llegó a Siquem, un hombre lo encontró dando vueltas por el campo y le preguntó: «¿Qué estás buscando?» Él le respondió: «Busco a mis hermanos.

¿Puedes decirme dónde están apacentando el rebaño?» «Se han ido de aquí», repuso el hombre,

«porque les oí decir: “Vamos a Dotán”.» José fue entonces en busca de sus hermanos, y los encontró en Dotán.

Ellos lo divisaron desde lejos, y antes de que se acercara, ya se habían confabulado para darle muerte. «Ahí viene ese soñador», se dijeron unos a otros. «¿Por qué no lo matamos y lo arrojamos en una de esas cisternas? Después diremos que lo devoró una fiera. ¡Veremos entonces en qué terminan sus sueños!» Pero Rubén, al oír esto, trató de salvarlo diciendo: «No atentemos contra su

vida.» Y agregó: «No derramáis sangre. Arrojadlo en esa cisterna que está allá afuera, en el desierto, pero no pongáis sus manos sobre él.» En realidad, su intención era librarlo de sus manos y devolverlo a su padre sano y salvo.

Apenas José llegó al lugar donde estaban sus hermanos, éstos lo despojaron de su túnica —la túnica de mangas largas que llevaba puesta—, lo tomaron y lo arrojaron a la cisterna, que estaba completamente vacía. Luego se sentaron a comer.

De pronto, alzaron la vista y divisaron una caravana de ismaelitas que venían de Galaad, transportando en sus camellos una carga de goma tragacanto, bálsamo y mirra, que llevaban a Egipto. Entonces Judá dijo a sus hermanos: «¿Qué ganamos asesinando a nuestro hermano y ocultando su sangre? En lugar de atentar contra su vida, vendámoslo a los ismaelitas, porque él es nuestro hermano, nuestra propia carne.» Y sus hermanos estuvieron de acuerdo.

Pero mientras tanto, unos negociantes madianitas pasaron por allí y retiraron a José de la cisterna. Luego lo vendieron a los ismaelitas por veinte monedas de plata, y José fue llevado a Egipto.

Cuando Rubén volvió a la cisterna y se dio cuenta de que José había desaparecido, desgarró su ropa, y regresando a donde estaban sus hermanos, dijo: «El muchacho ha desaparecido. ¿Dónde iré yo ahora?» Entonces tomaron la túnica de José, degollaron un cabrito, y empaparon la túnica con sangre. Después enviaron a su padre la túnica de mangas largas, junto con este mensaje: «Hemos encontrado esto. Fíjate bien si es la túnica de tu hijo, o no.» Al reconocerla, exclamó: «¡Es la túnica de mi hijo! Un animal salvaje lo ha devorado. ¡José ha sido presa de las fieras!» Jacob desgarró sus vestiduras, se vistió de luto y estuvo mucho tiempo de duelo por su hijo. Sus hijos y sus hijas venían a consolarlo, pero él rehusaba todo consuelo, diciendo: «No. Voy a bajar enlutado a donde está mi hijo, a la morada de los muertos.»

El padre Andrei hace una pausa y se vuelve a mirarme.

—La historia es muy larga. ¿Quieres que siga?

—¿Termina bien?

—No hay que desvelar cómo terminan las historias.

—Siga, entonces.

El sacerdote lee aún por un buen rato. La historia de José en el exilio es una de las más emotivas de la historia de la humanidad. Es una narración sobre la divina providencia y una advertencia contra la desesperación. La vida de José parece haber terminado. Es vendido como esclavo. Luego, en Egipto, destaca y sube posiciones en casa de su amo. Después es calumniado y encarcelado. Ahí vuelve otra vez a hacerse notar, por sus muchas cualidades personales y la bendición del Señor. Es liberado y entra como siervo en el palacio del Faraón. Ahí también asciende de posición por su poder de interpretar los sueños. Se encarga de la administración del palacio y salva al país del hambre tras haber sido advertido en sueños de preparar al pueblo. Sólo el Faraón está sobre él en autoridad.

Cuando Jacob supo que había grano a la venta en Egipto, envió allí a diez de sus hijos para comprar provisiones y evitar morir de hambre. Jacob quiso que Benjamín se quedara con él por miedo a perder otro hijo. Como había hambre en Canaán, los hijos de Israel tenían que ir a buscar comida, y era José, en calidad de gobernador de Egipto, el que la repartía entre el pueblo. Cuando los hermanos de José llegaron y se postraron ante él, con las caras en el suelo, él los reconoció nada más verlos. Pero escondió su identidad y les habló severamente: «¿De dónde venís?»

Respondieron: «De la tierra de Canaán.»

«Estos tus siervos», siguieron diciendo, «éramos doce hermanos, hijos de un hombre de Canaán, pero el más joven de nosotros se ha quedado junto a nuestro padre, y el otro hermano murió.»

«Sois espías», les acusó José.

«No lo somos», protestaron ellos.

«Os diré cómo me vais a probar que decís la verdad», dijo José: «Si vuestro hermano pequeño no viene hasta aquí, juro por la vida del Faraón que no abandonaréis esta tierra. Así que uno de vosotros ha de ir en busca de vuestro hermano menor, en tanto que los demás se quedan arrestados aquí.» Dicho esto, fueron encerrados en un cuartel por tres días.

Al tercer día, José les dijo: «Soy un hombre temeroso de Dios. Para probar que sois sinceros, uno de vosotros se quedará arrestado, mientras que los demás podéis ir a aprovisionar a vuestras familias. Pero debéis traer a vuestro hermano menor».

Entre sí, los hermanos comenzaron a decirse: «Estamos siendo castigados por el crimen contra nuestro hermano. Vimos la angustia de su corazón cuando nos pedía compasión, pero no quisimos escucharlo. Por eso este castigo cayó sobre nosotros.»

Rubén rompió a hablar: «¿No os dije yo que no hicierais daño a nuestro hermano? Pero no quisisteis escuchar. Ahora se nos pide la cuenta de su sangre.» No sabían, por supuesto, que José entendía cuanto decían, pues usaba un intérprete. Apartándose de ellos, José lloró. En privado, dio órdenes de que llenaran de grano sus alforjas y repusieran el dinero en sus bolsas. También ordenó que se les dieran provisiones durante el camino. Los hermanos cargaron sus asnos con los víveres y partieron.

El padre Andrei toma un sorbo de té. Su voz es frágil. Se frota los ojos y se vuelve a poner las gafas. Le hago una señal con la cabeza para que continúe.

La historia da muchas vueltas a partir de aquí. Los hermanos pasan prueba tras prueba, mostrando su veracidad en cada una de ellas. Por último, José los somete a una prueba final. Manda esconder secretamente una copa de plata en sus equipajes y finge descubrirla en el equipaje de Benjamín cuando ya se marchaban.

Los hermanos se arrojan por tierra, implorando piedad. Se ofrecen a sí mismos como esclavos para expiar su delito. José transige y les dice que sólo se quedará con Benjamín como esclavo. Los otros pueden volver a Canaán. Entonces Judá se adelanta para hablar: «Si el muchacho no regresa con nosotros a casa de nuestro padre, cuya vida depende de la del muchacho, morirá al saber que falta... No podría soportar la angustia que le sobrevendría a mi padre. Su cabeza encanecida se hundiría en la morada de los muertos por la pena.»

José no pudo contenerse por más tiempo en presencia de todos sus asistentes, y rompió en lágrimas, mandando a todos ellos que se retiraran. Así, nadie salvo sus hermanos asistió al momento en que desveló su identidad. Pero sus llantos eran tan fuertes que los egipcios los escucharon y llegó noticia de esto a oídos del Faraón.

«Yo soy José», les dijo a sus hermanos: «¿Mi padre vive aún con buena salud?» Pero sus hermanos no podían darle respuesta de los sorprendidos que se hallaban.

«Acercaos a mí», les dijo: «Soy vuestro hermano José, a quien vendisteis. Pero ahora no estéis inquietos y no os lo reprochéis. Fue para salvar muchas vidas que Dios permitió que yo llegase aquí antes que vosotros.»

Entonces se colgó del cuello de su hermano Benjamín, y Benjamín también lloró. José besó a cada uno de sus hermanos a continuación, sin dejar de llorar, y sólo entonces sus hermanos lograron articular palabra.

La narración continúa, contando mucho de la vida de José, incluyendo el reencuentro con su padre y con toda la familia.

—¿Ves?

—¿Veo qué?

—Los perdonó.

Me quedo pensando en ello.

—Es muy bonito, padre, pero, ¿qué hubiese pasado de haberlo matado justo al principio?

—Quizás, en su gran corazón, los hubiese perdonado aun entonces.

—¿Está usted seguro?

—Yo sólo estoy seguro de una cosa.

—¿De qué?

—La voluntad humana es un gran misterio. Elegimos. Elegimos odiar. Elegimos perdonar.

Somos libres para hacer una cosa o la otra.

No me gusta lo que dice. Me irrita.

—¿Me está diciendo que no tenemos derecho a indignarnos contra la injusticia?

—Todo el derecho, sí. Lo que está sucediendo es mal puro. Si el mal te contagia con el mal, entonces ha ganado completamente.

Siento una angustia tan grande que parece romperme el pecho.

—Tu indignación es justa —continúa, con su voz perpetuamente amable—. Pero tu odio no lo es.

¿Por qué sus palabras se me clavan como agujones? Mi lava interior está a punto de erupción.

La rabia, el dolor, el miedo de que ni el perdón ni el odio cambien nada. «Y todo eso ya no importa...» ¿De ahí viene, acaso? ¿De un terror esencial a ser abandonado en un lugar oscuro del que no hay escape posible? ¿De que pienso que estoy en el fondo de un pozo muy, muy hondo? Y ese pozo soy yo mismo.

Me rompo.

Me tiemblan las manos. Mis ojos prorrumpen en lágrimas de pena, como un torrente. El sacerdote se acerca y pone una mano sobre mi hombro.

Después, quizás unas horas después, recibo el sacramento en el que debo admitirlo todo. Admito toda la responsabilidad de mis actos, de mi enfado, de mi odio, de mi rabia, de mis fallos a la hora de amar. Él pronuncia las palabras de liberación, de perdón y de paz. Y me absuelve trazando el signo de la Cruz.

Cuando el alba rompe, estoy en paz. No hay culpa ni sentimientos de culpa. No hay rabia, no hay enfado. Sólo hay claridad.

Debo echar una mirada de luz a mi interior. Ahí, en esa almoneda del corazón, hay algún que otro objeto vergonzante.

Maya me dejó porque estaba rebosante de todas las ideas falsas que ha producido nuestro siglo. Pero también me dejó porque no la escuchaba y porque fallé a la hora de amarla, y ella necesitaba mucho, mucho amor para que no le afectaran esas ideas falsas. Pero yo andaba muy

atareado.

Todo el mundo en nuestra época necesita ser amado el primero. Nosotros los hombres, con nuestros patéticos egos masculinos, necesitamos que las mujeres nos amen primero para tener la fuerza suficiente para amarlas. Y ellas necesitan que las amemos primero para ser capaces de amarnos. Alguien tiene que amar primero, y nadie se ve en el deber de ser el primero en amar. Es complicado, queda mal, genera resentimiento. Así, las relaciones entre hombres y mujeres pierden su sencillez y su misterio: se vuelven terriblemente complicadas, se intoxican de ideología.

Yo me echaba a temblar cada vez que oía a Maya proclamando absurdos con su voz de sabelotodo. Me entraba miedo, me enfadaba, me hacía rabiar, hasta que estallaba. No estallaba dando grandes voces, ni asustando, claro, sino usando un tono de sermón conmisericordioso y despreciativo sobre la degeneración de Occidente. La rabia corta los cauces de la comunicación de modo absoluto, pero el cascarrabias no lo sabe hasta que es demasiado tarde.

No creo que se enfadara conmigo por no ser ya de izquierdas o por haberme convertido a lo que ella consideraba una actitud sexista. Ni porque mis convicciones sociales y políticas no nos hubieran dejado salir de pobres, ni por tener una multitud de enemigos en una época hecha para ser todos simpáticos. No, a ella lo que le dolía profundamente era que yo tuviera una amante. Quizá, si mi amante hubiese sido una mujer, ella hubiera podido odiar a su rival, presentar pelea. Pero no era tan fácil: mi amante era una cabecera de periódico, y estaba absorto en ella noche y día. Mi verdadera mujer era The Echo. Maya lo supo mucho antes que yo.

Intentó decírmelo.

—Sé que no me amas, Tan.

—Claro que te amo.

—Crees que me amas.

—No creo que te amo, sé que te amo.

Fui a abrazarla pero se mostró hosca y fría. Y, con una voz malvada, me dijo:

—Tú sólo quieres a una cosa.

—¿A qué te refieres?

—A tu ego. Y a ese periódico que te hace tan famoso. Te entusiasma el asunto. Te encanta ser admirado, y te encanta ser odiado por gente que ni siquiera te conoce. Lo que te gusta, sobre todo, es ser un héroe.

—Eso es ridículo. ¿Crees que me gusta que mis propios vecinos me critiquen?

—No te importan porque los desprecias. Y los desprecias porque crees que son ignorantes.

—¡No los desprecio! Te concedo que no tengo en mucho sus prejuicios absurdos...

Ahí empecé con mi sermón, pero ella se fue a la cocina antes de que acabara mi primera frase. Puso la cafetera.

—¿Quieres café? —me preguntó con tristeza.

—No llames café a eso, Maya.

—De acuerdo, no es café. Es una bebida caliente socialmente responsable y respetuosa con el medio ambiente.

Por un momento me pregunté si no se estaba burlando de su propio lenguaje. Ella compraba ese café porque el café de verdad, según ella, se envasaba y se comercializaba en Norteamérica a un precio muy bajo por los sueldos injustos que recibían los pueblos indígenas de la América Central y del Sur.

Me cambié al té, tras estas opiniones.

Luego, me informó de que los grandes monopolios del té edificaban sus grandes fortunas sobre las espaldas dobladas de los pobres de Asia. Maya fue purgando nuestra casa de adicciones que nos pudieran hacer sentir culpables y las sustituyó con pociones con sabor a hierbas y fruta seca.

Me cambié al alcohol, bebida socialmente irresponsable y, de hecho, ciertamente peligrosa. Durante años, aquella fue nuestra broma más habitual, una manera de hacer amable el desacuerdo, para desdramatizar confrontaciones de mayor calado. Al final, las risas fueron disminuyendo y finalmente acabaron, dejando tan sólo un gusto amargo, como el de las infusiones de hierbas.

—Bueno, ¿entonces te apetece alguna bebida socialmente responsable, o no?

—No, gracias.

De pronto, me vi sin nada que decir.

—Tan, me es muy difícil estar aquí, vivir aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mira mi vida.

—¿Tu vida? Y nuestra vida, ¿qué? ¿Qué pasa con Bam y Ziz y Arrow?

—No los metas en esto. El problema somos nosotros. El hecho es que tienes una familia que no es familia de verdad. Somos tu idea de familia. Nos has metido aquí, en este sitio tan bonito, y nos sentamos a esperar a que vuelvas todos los días de la semana. Esperamos y esperamos. Y, como Godot, nunca llegas.

—¿De qué estás hablando? Estoy aquí la mayor parte del tiempo. ¿Por qué te crees que me he traído la redacción fuera del pueblo? Ha sido para estar más disponible para ti y los niños. Y he pagado un precio por eso, Maya. El periódico no está tan acabado como solía estarlo.

—Espero a que vuelvas aun cuando estás en casa. Estás todo el rato pegado a la pantalla. Se te van a quedar los ojos cuadrados, ¡por el amor de Dios! Antes me mirabas, ya no.

—Claro que te miro —dije, con poca convicción, sabiendo que ella estaba en lo cierto. ¿Cuántas veces no me había levantado de la cena para volver al maravilloso artículo que estaba preparando?

¿Cuántas veces había rechazado las súplicas de Bam y Ziz de que les contara un cuento por la noche con un «hoy no, a lo mejor mañana»?

Y nunca llegaba ese mañana.

—Creo que podría soportarlo si al menos no fueses tan intolerante con las cosas en las que creo yo.

—¿Las cosas en las que crees tú?

—Sí. Creo en ellas. Y me las creo.

No dije nada y contuve el impulso de ponerle cara de ironía.

—No pongas esa cara de póker, oh, gran periodista... Te conozco demasiado bien. Piensas que no soy capaz de tener mis propias ideas. Crees que sabes mucho más que un montón de gente de este país que está mucho más formada que tú.

Transigí.

—Sí, Maya, yo no tengo un solo título universitario, y tú tienes tres...

—Como la mayor parte de mis amigos, los cuales, por cierto, están aterrados al ver que sigo aquí con gran coste para mí, para mi carrera, para mi arte, con un hombre al que ya apenas reconozco, sólo porque firmé un papel diciendo que le sería fiel, un tipo que se ha convertido en

un extraño, dejándose llevar a los revisionismos más absurdos y siendo un maltratador sin darse cuenta.

Esto último lo dijo con un quejido histérico que activó algo en mí.

—En primer lugar, señora Ofelia...

—No me acoses más. Ya has dicho demasiadas veces que mis amigos son todos unos asesinos.

—¿De qué hablas ahora?

—En tu periódico. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que el tema del aborto es un debate cerrado hace ya mucho tiempo? No es un asesinato, no es un delito. Es un procedimiento médico. Margo, Crysta, Tara: todas han abortado. Si aún piensas que lo que han hecho es asesinar, lo vas a pasar muy mal cuando te acusen de incitación al odio.

—Léete otra vez esos artículos, Maya. Jamás he dicho que tus amigas o tus amigos sean asesinos.

—Pero decías que...

—Decía que el hecho era un crimen.

—Bueno, ¡ahí tienes!

—Lo que decía es que, si una nación se miente a sí misma acerca de la naturaleza de estos actos, seguirá precipitándose...

—Da lo mismo. La cosa es que no entiendes nada de los derechos de las mujeres.

—Entiendo a un niño muerto cuando lo veo. Puso los ojos en blanco.

—¡Eres un sexista! —me gritó, señalándome con el dedo.

—No soy ningún sexista.

—Eres un falócrata de la peor especie, de los que creen que no lo son. Y te adhieres a una religión que piensa que el patriarcado es algo sagrado, una cosa santa...

—En primer lugar, yo nací y me crié en un clan totalmente matriarcal. La persona a la que más he admirado en este mundo es mi abuela. No creo que las mujeres sean inferiores a los hombres. Pero estoy convencido de que son diferentes. Mírate si quieres el editorial de...

—Tan, vivimos en el siglo XXI. ¡Y estás tan fuera de onda que estás librando batallas que se resolvieron en los sesenta!

Y así siguió y siguió la cosa entre nosotros unos ocho meses más. Maya siguió leyendo sus revistas fielmente, cada vez con más atención. Tara, de cuando en cuando, le mandaba algún libro que olía directamente a azufre. Y al final, Maya encontró sus propios héroes. O heroínas, en este caso.

Nos volvimos unos padres puramente obligados. Apenas manteníamos comunicación entre nosotros. Y una mañana me levanté y ni siquiera me di cuenta del espacio vacío que había dejado en la cama, sino que me fui directamente al salón para encender el ordenador. Quería empezar cuanto antes aquella mañana porque estaba muy atareado con un artículo que me había encargado el Atlantic Monthly. Estaba ilusionado con el trabajo porque, por su parte, constituía un asomo audaz a la incorrección política.

Había un sobre pegado con celo a la pantalla, y unas tijeras sobre el teclado. El cable que unía el teclado con la pantalla estaba cortado. También el cable del ratón. E incluso el cable grueso que comunica la pantalla con la caja que alberga el gran subconsciente electrónico.

Leí la carta que había dentro del sobre.

Nathaniel:

Sería mentira decirte que no te quiero. Te quiero, o al menos todavía quiero al chico que conocí tanto tiempo atrás. ¿Hay siempre alguien más dentro de la persona con la que nos casamos? ¿Por qué ha de ser eso así? ¿Por qué no has podido encontrar en mí lo que tu verdadero amor —el periódico— te ha dado?

Necesito irme por un tiempo y estar con gente que me comprende. Con gente creativa. Con gente que ama la vida y no pasa cada momento de su existencia odiándolo todo y criticándolo todo. ¿Por qué no aceptas, simplemente, vivir? ¿Por qué no nos hemos limitado, sencillamente, a ser felices?

Sé bien lo que vas a decir. Pondrás la mirada que pones cuando te esfuerzas en escucharme, y luego dirás algo muy inteligente acerca de cómo estamos en una zona de guerra y la vida es algo de extrema gravedad, etcétera. Al demonio con todo eso. Mi vida era agradable hasta que me casé con tu conciencia social. Antes, todo era gozo, era un placer sentirse viva. ¿Qué guerra, de qué guerra hablas? No hay guerra. Sólo hay guerra dentro de ti, y no quiero ser tu daño colateral. Si no salgo a respirar aire fresco ahí afuera, terminaré cortando algo más importante que un cable. Y no creo que te gustara.

He cortado los cables para asegurarme de que lees esto. Te sugiero que vayas también a mirar la cuna de Arrow. Tras fijarte muy bien, verás que no está. Está conmigo, perfectamente bien. Me hubiese llevado también a Bam y a Ziz, pero se hubiesen puesto a hablar y a hablar y a hablar por horas, y hubieras terminado por convencerme.

No necesitas saber dónde estoy. Estoy bien. Estoy con amigos. Te llamaré en unas semanas. Diles a Bam y a Ziz que les quiero. No lo creerán, pero díselo de todas maneras. Diles que quería llevarles conmigo. No, diles mejor que quería quedarme con ellos y ser una madre. Diles que me llevé a Arrow no porque le quiera más sino porque aún es un bebé y es muy pequeño. Y también porque se parece muchísimo a un hombre al que creí conocer y amar durante un tiempo.

MAYA

El padre Andrei duerme en el sofá. Yo no he pegado ojo. Generalmente, este nivel de cansancio me lleva a la desesperación, pero ahora estoy en paz. Nunca hay que menospreciar la gracia. No tiene olor ni sabor, pero es cosa poderosa.

En la ventana, el negro se va volviendo púrpura. El viento ha dejado de aullar; pasó la tormenta. Deben de ser las siete o las siete y media de la mañana. Tyler —tenía que ser él— se mueve. Se queda tumbado un rato en la oscuridad y luego se levanta. Viene a mi rincón y se sienta sobre los tabloncillos, abrazándose las rodillas. Cierro los ojos, fingiendo dormir. No me encuentro predispuesto a una de esas conversaciones de padre a hijo.

Se queda junto a mí, perfectamente callado, lo cual es muy inusual en él. Tyler es el tipo de muchacho que o está dormido o está en perpetuo movimiento. Sólo tiene dos marchas: encendido y apagado.

Se acerca a mí y me da un golpecito en el hombro.

—¿Papá?

Finjo un ronquido, en la esperanza de que se vuelva a su cama. Pero me da otro golpecito.

—¿Papá?

—Tyler... ¿qué hora es?

—No sé... ¿podemos hablar?

—Claro —digo, y me incorporo—. Dispara.

—No sé cómo decirlo, papá. Estaba soñando.

—¿Con el Capitán Coco? Niega con la cabeza.

—No, no. Era muy raro.

—¿Cómo de raro?

—Vivíamos en las montañas. Zizzy y yo y otra gente. Pero éramos mayores.

—¿Estaba yo ahí? Vuelve a negar.

—No, tú no.

—¿Tu madre?

—No. Pero el abuelo Thaddaeus sí.

—¿El padre Andrei?

—No... ésa es la parte divertida. Parecía que todos estábamos ahí pero en realidad no estábamos todos.

—Perdona, hijo. No te sigo.

—Como si no estuviésemos todos ahí pero a la vez no se echara de menos a nadie. Al menos... en el corazón.

Farfulla apenas la última palabra. Éste es terreno peligroso para un chico duro como él.

—Sí —sigue diciendo—. Y había gente viviendo con nosotros a la que nunca había conocido pero al mismo tiempo parecía que la había conocido de toda la vida.

—¿Tienes idea de quiénes podían ser? Se queda pensando.

—Bueno, Arrow estaba allí.

—¿Arrow, tu hermano?

—Sí, pero ya hombre.

—¿Hombre?

—Quiero decir que ya era un adulto. No se parecía en nada a un bebé, pero de alguna manera sí le reconocía. Zizzy también estaba, tenía el pelo blanco y un montón de niños pequeños alrededor. Sabía que eran sus nietos. Raro, ¿eh?

Me entra un hormigueo por la columna. Me incorporo del todo y me siento apoyando la espalda contra la pared.

—Había un montón de gente con quemaduras y cicatrices. Y un niño con la cabeza gigante. Todos vivíamos en casas pequeñas hechas de troncos y piedras. Todos éramos pobres pero felices. Nunca me había sentido así de bien. Nadie tenía miedo allí. Nunca.

—¿Y dices que Arrow estaba allí? ¿Cómo era?

Tyler frunce el ceño y se mira los dedos de los pies, intentando recordar.

—Era alto y moreno, como tú. Pero tenía canas. Era un tipo tranquilo... pero un poco líder. Tenía entre las manos la cruz del abuelo Steve —la cruz esa de Irlanda— y hablábamos de ella. Y hablábamos también de ti.

—Espero que sólo dijeseis cosas buenas... Tyler sonrío pensativamente.

—No puedo acordarme exactamente de lo que decíamos, pero era todo bueno. Le estaba diciendo cómo eras tú. Y él lloraba. Ah, sí, era eso, yo y Ziz y Arrow estábamos todos llorando, pero a la vez estábamos muy felices... espero que no te moleste.

—Está bien. Sigue.

—¿Ya me entiendes por qué te decía que era raro? Tristes y felices al mismo tiempo. Se calla. Intento digerir esto. Los sueños, ¿son sólo deseos proyectados en la pantalla del inconsciente? ¿O este sueño es una profecía?

Me mira con los ojos brillantes y me dice:

—Papá, creo que todo va a salir bien. Vamos a salir de ésta.

—Yo también lo creo, hijo.

—Cuando todo termine, ¿crees que podríamos volver otra vez a ir a la iglesia?

—Es difícil encontrar una buena parroquia. Pero podríamos intentarlo.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Sí. Es lo primero que haremos, te lo prometo.

—¡Genial! —dice, muy contento. De un salto se pone en pie, arquea el tronco, y Bam el soñador vuelve a ser Bam el atleta. Se va a la mesa de la cocina a ver a Anthony, que está durmiendo. Emite un pitido al respirar, un pitido como una queja. Tiene el rostro sin color. Contento de que su amigo siga con vida, Bam se pone a curiosear por la cocina.

Segunda sorpresa de la mañana: Zöe atraviesa descalza el cuarto y se sienta junto a mí, cruzando las piernas.

—Buenos días, papi.

—Buenos días, mi niña.

Pone sobre su rodilla un post it de color naranja y empieza a escribir algo en él con un rotulador verde.

—¿Qué escribes, cariño?

—¡No mires! —Saca la lengua, con gesto concentrado. Dobla el papel con cuidado y me lo mete en el bolsillo del pecho.

—¿No puedo leerlo?

—Sí, sí puedes —me dice—. Pero no ahora. Guárdalo para más tarde.

—¿Para cuándo?

Hace una pausa y piensa un poco.

—Para cuando estés triste. Sólo entonces. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Me da un beso y se va a ver a Anthony. Se coloca junto a él y le acaricia el flequillo sobre la frente manchada de sangre. Le acaricia, canturrea junto a él, le susurra cosas. Como una pequeña madre.

Luego es el padre Andrei quien se mueve. Se levanta, se sienta en el sofá y se frota los ojos distraídamente. Thaddaeus también se ha levantado y está preparando la lumbre. Al poco rato huele a desayuno: copos de avena, té, tostadas.

Me levanto y empiezo a enrollar el saco de dormir.

—Papá —dice Tyler—, el abuelo tiene un trineo de los que hay que empujar. Quiero llevar yo a Anthony a casa del doctor Woolley. Soy fuerte. Tengo casi trece años. Si me cogen, además, no

me meterán en la cárcel.

—Tyler —le susurro, abrazándole—. Gracias, hijo. Pero te pueden detener y llevarte a un reformatorio.

—Me escaparía. Y estaría pronto aquí.

—Tal vez sí, tal vez no. No podemos arriesgarnos. Pero me siento orgulloso de ti sólo por haberlo propuesto.

—Iré yo —dice el sacerdote.

—De ninguna manera, padre. Por decirlo a las claras, ayer apenas se podía sostener caminando por la autopista. —Encontraré las fuerzas como sea.

—No, no irá usted. Iré yo. Yo soy quien ha metido a Anthony en este lío. Es muy sencillo. Vamos en dirección norte, al pie de los montes, evitamos el pueblo dando un giro y, unas pocas millas más allá, ya llegamos a donde el doctor. Me aseguraré de que no hay policía antes de entrar. Estaré de vuelta en seis horas.

Thaddaeus encarga a Tyler y a Zöe que vigilen el fuego para que no se pasen las gachas de avena. El padre Andrei sirve el té. Thaddaeus me dice que salga fuera con el pretexto de ayudarle a cargar algo de leña.

—Tanny, ayer la ciudad era un hervidero de policías. Es peligroso. Llevo yo al muchacho.

Esa mirada y ese gesto eran tan serios que no podías quitarle la determinación ni con una palanca.

—Abuelo, te necesito aquí. Si te cogen, incluso si no les dices nada, alguien te identificará y ellos sabrán al instante dónde estamos. Y volverán aquí a detenernos a todos. Si me cogen a mí, puedo tenerles entretenidos varios días. Si no estoy de vuelta en seis horas o así, lo mejor es que os vayáis de aquí a algún sitio seguro.

—De acuerdo.

—Abuelo, si no regreso, Tyler y Zöe van a necesitar a alguien que cuide de ellos.

—Ya había pensado en eso. Los cuidaré yo, Tan. Tengo otra cabaña al otro lado de las montañas. Nunca nos cogerían allí. Y sería una buena vida. Y luego, cuando te soltaran, vendrías a buscarnos.

Me da indicaciones, por si acaso: un lago, una montaña, luego hacia el oeste por una pista forestal, luego hay que cruzar un río, luego hay otro lago, luego hay que caminar dieciocho millas... etcétera.

—Abuelo, si me cogen, hay una posibilidad muy seria de que no me suelten nunca. Las cosas se están degradando mucho, sin hacer ruido. Todas las leyes están cambiando. Ahora tienen poder para hacer lo que quieran.

No contesta a esto. Me abraza y yo me abrazo fuerte a él. Pego mi cabeza contra su sombrero. Huele a setenta años de humo y sudor. Mi querido abuelo indio. Me da una palmada de cariño en la espalda.

—Necesitamos más leños —dice, y cogemos unos cuantos para cumplir con nuestro pretexto. Durante los siguientes quince minutos me dedico a disponer sobre el trineo sacos de dormir, un termo de café, unas galletas, la escopeta del abuelo —me la ha dejado para el viaje porque la otra escopeta se ha perdido para siempre en la montaña Canoe— y Tylenol para Anthony. Thaddaeus le ha dado dos pastillas ya, hace media hora. Si logro llegar a casa de Woolley en tres horas, no debería necesitar otra dosis, pero me llevo los calmantes por si acaso.

En la cabaña repaso todo con la vista, pensando qué más debo llevarme. Veo el borde de mi diario sobresaliendo de la mochila. ¿Me lo llevo? No parece que vaya a escribir nada hoy, pero tengo un impulso y lo cojo. Nunca sabes lo que va a pasar. Me quito mi abrigo y la camisa de cuadros; por debajo llevo una camiseta de felpa de doble capa. También me la quito. ¡Qué frío! El cuello de la camiseta está roto y lo agrando hasta que puedo meter el diario, que queda guardado entre las dos capas. Queda incluso cómodo así. Me vuelvo a vestir rápidamente.

El padre Andrei está junto a la puerta. Me indica con la cabeza que me acerque.

—Antes de que el día termine, Nathaniel, tal vez nos vendan a todos como esclavos...

—Es posible. Esperemos que no. No quedará nada de...

—¿De qué?

—De un mundo en el que vivir. Pero tal vez todavía sea posible... si la gente empieza a pensar de nuevo y a creer que es posible algo mejor.

—No es tarde. Pero siempre hay un precio que pagar. Si eres tú quien ha de pagar ese precio, hazlo en paz. Agárrate al perdón recibido. Tyler y Zöe tendrán quien les cuide. No creo que ellos caigan entre las fauces de la bestia.

—¿Y qué pasa con usted?

—Mi hora todavía no ha llegado, aunque sea viejo. Mi hora llegará más tarde. No ha de tardar mucho ya.

—¿Cómo sabe estas cosas?

Me mira sin responderme, con una mirada profunda, seria, tranquila, emanada de sus ojos de azul antiguo. ¿Por qué la gente más humana que hay en mi mundo son niños o ancianos?

Nos quedamos mirándonos durante un minuto. Luego cierra los ojos. Me toca lentamente en la mitad del pecho con su mano derecha. Muy suave, me dice:

—Nathaniel, el corazón es el único santuario indestructible. ¿Qué quiere decir?

—¿El corazón, padre? Creo que he perdido toda confianza en mi propio corazón. Mis emociones llevan mucho tiempo siendo un lío...

—No me refiero a las emociones. Me refiero al corazón del alma. Al sagrario interior.

—Sí, lo entiendo —digo, consciente de no entender. Abre los ojos y me dice:

—No tengas miedo. No vas a estar solo.

—Tiene razón. Estaré aquí en unas pocas horas, y luego podemos marcharnos rumbo al oeste.

—No cruzaré las montañas.

—¿No? ¿Dónde va a ir?

—Quiero encontrar a tu mujer y a tu hijo pequeño. Esto me sorprende totalmente.

—También ellos están en peligro —añade—, aunque no sea inmediato. Es más un peligro espiritual, creo.

Perplejo, sin saber cómo llega a estas misteriosas conclusiones, me vuelvo hacia dentro, cojo la mochila y salgo de nuevo.

Le pongo la piedra en la mano.

Es mi única herencia y mi único legado. La cruz celta. Mi bisabuelo sangró sobre ella. Me salvó el alma, una vez, en mi combate con un ángel caído.

—Padre, si encuentra a Arrow, por favor déle esta cruz. Dígale que siento no haber sido un buen padre para él. Dígale que le quiero y que le encontraré algún día. Dígale... bueno, dígale que mi cabeza encanecida se hundiría en la morada de los muertos si nunca llega a saber cuánto he

querido amarle.

—Se lo diré. Él lo sabrá.

—Y, si encuentra a Maya... dígale, por favor, que siento muchísimo cómo salieron las cosas. Pídale que me perdone. Dígale que, si por algún extraño milagro, salgo de este lío, y si me puede perdonar, intentaré con todas mis fuerzas amarla como ella se merece. Dígale eso, padre. Por favor.

—Así lo haré. Debe rezar por esto. Será más difícil llegar a su corazón que al de un niño.

—Sí.

Me abraza y me bendice.

Poco después nos despedimos. Es un guión en el que todos asumimos animadamente que nos volveremos a ver por la tarde y, al mismo tiempo, aletea el pensamiento de que tal vez no nos volvamos a ver nunca. Adoptamos la primera actitud en público y la última en privado, en la conciencia. Pero al final tengo que despedirme dos veces de cada uno, de alguna manera, y de Zöe es de quien más me cuesta.

—Nos vemos luego —me dice con voz temblorosa, y se echa a llorar. Me abraza fuertemente, sus brazos alrededor de mi cintura. Me duele.

—Papi, papi —llora, la cabeza contra mi estómago. Se le ha deshecho la trenza de Jeanne. Thaddaeus la coge y ella se abraza a él.

Tyler adopta una actitud estoica.

—Seis horas, papá.

—Sí, seis horas, Tyler —sé que ha estado llorando a escondidas. Nos abrazamos. Le hago una fiesta en el pelo, cosa que siempre ha odiado pero que ahora parece gustarle.

Colocamos a Anthony sobre el trineo con todo el cuidado que podemos. Lloro de dolor mientras lo subimos, luego se queda quieto, con los ojos abiertos, atento a todo lo que está pasando. Lo tumbamos sobre los edredones.

Los demás van despidiéndose de él. Él le susurra algo a cada uno. Los dos ancianos me dan la mano, confortándome con palabras de ánimo y promesas de oraciones.

El trineo es un gran canasto de ocho pies de largo sobre unos esquíes. Por la parte superior hay unas agarraderas para el conductor. Es más fácil cuando tiran los perros, pero yo también puedo manejarlo con facilidad. Componemos de esta guisa una escena de algún cuadro romántico del siglo XIX, alegres leñadores con el trineo bien guarnecido y un fondo de sol que rompe entre las nubes por detrás de una cabaña en el bosque. Éste es el momento en el que el guía debería chasquear el látigo para que ocho huskies comenzaran a tirar, desapareciendo entre los árboles mientras suena una canción... ¡Luces, cámara, acción!

Ojalá fuera así de fácil. Me arrodillo junto a Anthony y le digo:

—Son tres horas de camino, más o menos, de aquí a la casa del doctor. Va a doler mucho. Pero aguantarás.

—Sí, Natano —me dice. Y me dedica una débil sonrisa.

Allá vamos. Tiro fuerte y el trineo se queja, y luego se desliza y avanza lentamente hacia los árboles. Miro atrás una sola vez. Los dos hombres y los niños nos miran quietos. Los mansos heredarán la tierra, creo haber leído en alguna parte.

DIEZ

El tiempo es fabuloso. El cielo se está despejando, y el azul alegra el ánimo. Hace frío, sin embargo: cinco grados bajo cero, más o menos. El aliento se congela en el borde de la capucha.

Anthony va aguantando muy bien. Si todo va según lo previsto, le estarán atendiendo en un par de horas. Woolley puede devolverle a casa de sus padres cuando esté fuera de peligro. Yo no me quedaré, me volveré rápido a casa de Thaddaeus. Antes o después, alguien se dará cuenta de que tengo un pariente que vive en el bosque y se lo dirá a las autoridades. Creo que lo que haremos será ponernos en marcha esta misma tarde hacia la cabaña que tiene el abuelo al otro lado de la sierra del Caribú.

Este trineo es fantástico. Con un solo empujón puedo hacerlo deslizar sobre la nieve llevando mucho peso. Por suerte, Anthony no es más que un pequeño asiático que no pesa mucho más que Zöe. Parece que fuéramos volando, estamos haciendo un gran tiempo. Por aquí, el bosque es de álamos. Durante un rato, avanzamos por una de las pistas que ha venido haciendo Thaddaeus. Con sus viejos pies ha ido abriendo con el tiempo un camino que le viene estupendamente a mis botas. Y el trineo engancha también a la perfección. Tras cuatro millas, llegamos al río Canoe, que en este punto no es muy ancho y corre hacia el este, cruzando la punta del valle hacia el gran lago al que brinda sus aguas del otro lado de la montaña.

El río está congelado. Tengo que tirar con fuerza al llegar a la orilla y luego, tras cruzar, también en la otra orilla. Pero, aparte de esto, todo resulta muy sencillo. Seguramente nos va a llevar menos tiempo de lo que habíamos calculado. Son las ocho y media de la mañana y el sol acaba de salir por encima de las montañas que coronan Swiftcreek. Todo lo baña una luz amarilla y difusa. Nos acompaña un vuelo de gaviotas. Se oyen urogallos, aquí y allá, y vemos también conejos blancos, de camino al país de las maravillas. Oh, Alicia, Alicia, Alicia, si tú supieras... La realidad es mucho más extraña que la ficción. Si los ingenieros sociales logran reformar a la humanidad y mi diario sobrevive, ¿habrá alguien, dentro de cien años, que se llegue a creer que hubo alguien como yo, o como Anthony, o Thaddaeus o, sobre todo, el padre Andrei? Pensarán que el sacerdote es algo así como un mito, o un druida, sin duda.

No, Nathaniel. ¡Tienes que evitar recaer en tu vieja amargura!

Curiosamente, todavía no me ha atacado. La amargura, digo. Puedo reflexionar con paz. Y puedo pensar en el futuro sin caer en el caos emocional. Ese terror solía engendrar violencia dentro de mí, ahora lo veo claro. Y en una sociedad ordenada no hay un blanco para esa violencia si no es dentro de uno mismo. Por eso hay tantos locos ahora, tantos criminales, y tantos jóvenes que se suicidan.

¿No lo cogen, los ingenieros sociales? No. Casi nunca captan nada, casi nunca entienden nada.

Sólo aumentan la dosis de la medicina que nos está envenenando. Quizá lo mejor que podamos esperar, efectivamente, es que todo se destruya. Así la gente empezará a buscar algo en su interior, algo auténtico. Y lo encontrarán, porque está ahí. Mientras tanto, lo que tengo que hacer es salvar a este muchacho, que es la semilla de un futuro mejor.

Nos detenemos. Compruebo que esté bien abrigado.

—¿Tienes frío, Anthony?

—Todo bien, Natano.

—¿Te duele?

—Mucho.

Su cara todavía está descolorida, con alguna mancha rosácea en las mejillas. Ojos cansados pero también iluminados.

—¿Sangras?

—No.

Lo miro, de todas maneras, un rápido juego de manos apartando las mantas. Se estremece de dolor. Pero está seco.

Allá vamos otra vez. ¡Qué no daría yo ahora por una buena rehala de perros! Aun así, vamos avanzando bien. Nos impulsa un viento suave a nuestra espalda. Estoy cansado pero no exhausto, pese a haber dormido y comido poco. Mi corazón está en paz. Duele. Sí, duele mucho, pero ya no siento ese mordisco afilado de la angustia. Si lloro, no son las lágrimas amargas de la desesperación, sino el agua dulce de una pena que limpia. Woolley probablemente diría que los hombres de verdad no lloran. Te equivocas, Woolley, sólo lloran los hombres de verdad. Tienen corazones para escoltar sus cerebros prodigiosos y su valentía. No intentes engañarme, por favor, mi buen Woolley, ya no más. Sé que en algún lugar, en algún depósito oscuro donde no se distinguen tus honores, medallas y diplomas, tú también lloras a tu amor perdido y a un mundo que pudo ser y ya no es.

Entiendo tu dolor. El peor dolor es pensar que tu dolor no vale para nada. O echas por tierra esa mentira o te gana e intentas simplemente huir corriendo de ella. Pero los hombres de verdad no huyen, Woolley. De acuerdo, deberían huir de los niños que fantasean con ametralladoras y helicópteros. Y deberíamos huir de un virus o una bomba o un maníaco. Pero no podemos huir nunca de nuestro combate interior. Si huimos, terminaremos odiándonos a nosotros mismos y a los demás para siempre.

Woolley, ¿por qué arriesgas siempre tan poco? Podrías intentar, alguna vez, ser un perdedor. Es bueno para el espíritu, se aprende mucho. Una de las cosas que aprendes es que la realidad, en su escala humana, nunca es un fin en sí misma. Que el mal no es absoluto. Que no hay que perder nunca la esperanza. Hay una realidad más completa que existe más allá de los dedos anhelantes de nuestros sentidos y del orgullo de nuestra inteligencia. Intenta encontrar esa realidad, amigo mío. No dejes que ganen los mentirosos. No da igual que lo hagas o no, Woolley, no da igual. Todo lo que hacemos y decimos importa y suma y es observado. No se juzga al universo. Nos juzgan a nosotros.

A mi derecha veo las chimeneas del molino. El pueblo queda allí. Los cuervos vuelan en espiral en torno a la torre. Escucho su graznido. Es lo de siempre.

El viento cambia de dirección y sopla a mi izquierda. Empiezo a sentir frío. Espero que Anthony no.

—¿Estás bien, Anthony?

—Bien.

Los esquíes del trineo siguen deslizándose y todavía estamos yendo rápido.

Me encojo y trago saliva cuando veo un helicóptero cruzando el valle. No hace ruido. Está a una milla. Tengo el lienzo blanco doblado bajo el manillar. Me llevaría dos o tres segundos abrirlo para ocultarnos con él. Rezo para tener tanto tiempo de aviso.

Llegamos a una pista para motonieves. Cruza nuestro camino, viniendo desde la ciudad en dirección norte, hacia la sierra del Caribú. Me siento incómodo. Hay mucha gente que va ahora en motonieve. Y bien pudiera ser que la policía también fuera en motonieve. Me paro e inspecciono la pista con las manos. Está cubierta de hielo. Hace días que no pasa nadie; sólo hay huellas que se derritieron y volvieron a congelarse. Bueno, esto no está mal. Podemos seguir por ahí.

La pista va en sube y baja, entre árboles con las ramas cubiertas de nieve y paredes de piedra con pinos. El bosque se hace más claro y más bajo, y llegamos a un campo amplio y abierto que en verano es un cenagal. De pronto, nos vemos avanzando sobre el hielo puro. Me siento incómodo al estar tan expuestos, pero al menos vamos muy deprisa. Pasamos al lado de una caja de botellas vacías de cerveza, en un montón vario-pinto de basura, con colillas y restos de cartuchos. Serán los jóvenes, seguramente. El cielo sigue vacío. El trineo se desliza sin esfuerzo.

Conozco este lugar. Es lo que solemos llamar el Pantano del Arándano.

Y me siento sobrepasado por el más raro de los sentimientos. Desorientado, como un ahogado, busco la superficie de la realidad, busco aire y luz: por un momento, no sé si estoy viviendo en el pasado, en el presente, o en un déjá vu. Sea lo que sea, la literatura se va haciendo realidad.

¡Palabras mías, ciegas y valientes! ¡Nombre mío desconocido! ¡Alma mía aturdida, que esperas en la oscuridad las palabras que rompan tu sordera! En navegación solitaria, cantando las grandezas naturales como un ladrido de humanidad, ¿soy un niño que se convierte en hombre? ¿Soy Dédalo que al fin asciende, llevando el peso del amado Ícaro? Vamos volando y escucho la risa de mis niños, y seguimos subiendo y subiendo, con miedo pero sin miedo. Por un momento, en la libertad de la imaginación, miro los árboles ardientes de verde, la extensión de aguas que corren sin frontera.

Los esquíes chocan contra unas piedras que rodean el hielo, sacudiéndome fuerte, rompiendo el hechizo, catapultándome de nuevo al presente. Anthony y yo llegamos ahora a un campo lleno de matorrales de sauce. Hay restos de cartuchos para conejos por todas partes. Seguimos de matorral en matorral pero la superficie, al menos, sigue siendo firme. Me hundo un poco a cada paso pero el trineo se desliza bien todavía.

Damos un bote y nos quedamos parados. El esquí izquierdo ha chocado contra un obstáculo. Anthony lanza un grito agudo.

—¿Estás bien?

—Bien.

Le miro a la cara. Sigue igual. Su mirada me da seguridad.

Un poco de maniobra y de marcha atrás y seguimos adelante. La nieve cada vez se hace más blanda. Tengo que empujar a la vez más lento y más cuidadoso y con más fuerza. Me estoy cansando mucho.

Son las diez menos veinte en mi reloj. Debemos de estar acercándonos. El pueblo ha quedado atrás. Llegamos a una puerta abierta. Hay una valla de alambre. ¡Esta tiene que ser la granja de

Woolley!

—Aguanta, Anthony, ya estamos ahí. Intenta susurrarme algo.

Eufórico, cruzo la puerta y sigo la pista. Sé que la granja de Woolley es grande, de unos seiscientos acres como mínimo, casi todos de arbustos. Esta pista nos tiene que llevar a su casa. Y nos lleva. En cinco minutos, llegamos al arroyuelo que divide su propiedad. Del otro lado, el bosque tiene claros con pasto. Todavía quedan unas cuantas lomas hasta que lleguemos. Al coronar una, la casa aparece ante nuestra vista.

Siempre me ha encantado la casa de Woolley y le he tenido alguna envidia por ella. Parece algo totalmente ordenado y racional por fuera, pero por dentro está llena de libros, ceniceros, platos en el fregadero y el típico desorden en que viven los solterones. Por contraste, la cabaña del abuelo es una ruina por fuera pero por dentro está meticulosamente dispuesta. Sí, Thaddaeus y Woolley son dos polos opuestos. Aun así, si tuviera que elegir una casa donde vivir, me quedaría seguramente con la de Woolley. Es un chalé nuevo, pintado de blanco, con un ribete amarillo, rodeado de césped, topiarios y un caminito asfaltado. Luego hay otro camino de una milla que lleva a la autopista.

Hay un pequeño arado en su pickup. El Cherokee rojo está aparcado junto al garaje. Las ovejas están comiendo pacas de heno. El corral es de color rojo fuego con un techo nuevo de uralita. Sale humo de la chimenea de la casa. En el patio trasero, una antena parabólica apunta al cielo. Hay unas cuantas toallas de distintos colores tendidas sobre una cuerda. No hay ningún coche de policía y el cielo sigue vacío. En esta mañana de invierno fría y azul, es una escena increíblemente alegre.

—Natano, Natano.

Está retorciéndose de dolor. Ya no tiene esas manchas rosáceas en las mejillas. Me inclino a su lado. ¿Qué ha dicho?

—Muero, Natano —susurra.

—No, no vas a morir, Anthony. Estamos aquí. La casa del médico está aquí al lado. Aguanta unos minutos. Estamos llegando ya.

—Sangro.

Palpo bajo las sábanas. Dios mío, está chorreando sangre. Le quito los cobertores y los veo manchadísimos de sangre. La última manta está totalmente empapada. Está tumbado sobre un charco de su propia sangre. ¡No, Dios mío!

La sangre borbotea muy rápido. Hago presión con fuerza. Él dibuja penosamente una sonrisa sobre su cara.

—Estoy feliz, Natano.

—¿Qué?

—Estoy feliz —dice. Y exhala su último aliento.

No puedo creerlo. Me arrodillo en la nieve y miro su cara. Está vacía, es una máscara. Sus ojos son dos brasas de carbón recién apagadas. Le cierro los párpados. Miro sus dientes blancos, los labios azulados. Cierro su boca. Le aparto el negro flequillo de la frente.

¡No! No puede quedar así. Debes ser capaz de devolver la sangre a esas venas. Mis manos están empapadas de esa sangre. Me gotea por los dedos. Está fría, huele a mineral.

¡Anthony!

No puedo soportarlo. El mundo alrededor se detiene por completo. El viento, los pájaros, el

tráfico en la autopista: todo queda en silencio y el tiempo avanza a cámara lenta.

Oh, Dios mío, sollozo. Le agarro. La cabeza se gira y se le abre la boca. Hay una mínima chispa en las órbitas de sus ojos. Beso su frente y le hago en ella la señal de la cruz. Le dejo recostado sobre su sangre y me limpio las manos sobre mi ropa.

Es un dolor que atonta. No se puede sentir siquiera. Es mortal.

Empujo lentamente el trineo hacia la casa. No me importa nada si veo aparecer, por entre los matorrales, un helicóptero.

En un lado del corral hay un pequeño apartadizo que Woolley usa durante la cría. Ahora está vacío. Está cubierto de paja limpia. La nieve ha mojado los extremos, pero el centro sigue seco. Meto el trineo dentro, deslizándolo con soltura sobre la paja. Me siento junto al cuerpo del muchacho y comienzo a llorar.

Suena un ¡guau! y veo de inmediato al gordo golden retriever de Woolley, Minder, avanzando desde la otra punta del corral. Minder se mueve muy lento y piensa más lento aún.

¡Guau! ¡Guau! Se acerca a nosotros. Huele el cuerpo sobre el trineo y estornuda, sorprendido. Chupa una gota de sangre que va a caer del lado.

Me sube la rabia por dentro.

—¡Fuera de aquí, Minder! —le grito.

El perro, pesado, alorado, se vuelve hacia la casa, entre ladridos que se van amortiguando. Woolley llama al perro. Debe de haber salido al porche de detrás de la casa.

Me levanto y voy hacia allá. Voy a cargarme a Woolley. Él ha matado a Anthony. No, yo he matado a Anthony. No, demonios, ¡el helicóptero ha matado a Anthony!

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Parece absolutamente sorprendido.

—¡Bueno, bueno! Pasa, por favor —acierta finalmente a decir.

Subo las escaleras del porche y le sigo hasta la cocina. Me mira y cierra la puerta. Mis botas congeladas crujen sobre el linóleo.

—Siéntate. Me siento.

Me pone delante una taza de café. De fondo suena música clásica, guitarra. Hay una novela de John Le Carré abierta sobre la mesa. Hasta hace cinco días, sus libros me encantaban.

La casa rebosa una espléndida luz blanca. Todo parece horriblemente normal. ¿Por qué es todo así cuando el mundo se ha salido de su eje?

Se sienta frente a mí.

—El príncipe elfo ha muerto —digo, entrecortado—. Era sólo un niño.

—¿El príncipe elfo?

—El peón.

—¿Qué peón?

—Mi oveja.

—¿Dónde está la oveja?

—Fuera, en el corral.

—Ah —silencio.

—Ha muerto hace minutos.

—¿Tyler?

—Anthony. El hijo mayor de los Thu.

—Ah—. Escucho alivio en su voz. No es nadie importante en nuestra relación, está pensando

—. Lo siento —dice, en tono profesional, compasivo pero despegado. Es el peor tono que podría poner. Por un momento, casi abro las compuertas del odio, pero me reprimo. Entiendo qué tipo de juguete roto es. No es un hombre. No un hombre de verdad, al menos. No puede llorar. No puede sacrificarse. Quizá hace mucho tiempo fuera un hombre, pero lo ha ido perdiendo por el camino. Me niego a despreciarlo, en la esperanza de que se reencuentre con él. Me causa compasión. Le perdono.

—Woolley, necesito que me hagas un favor. ¿Puedes llevar a este chico a donde sus padres? Enciende la pipa y veo que está debatiendo la cuestión en su interior.

—Es un riesgo —dice—. Si la policía me para, será un problema. Como mínimo, me quitarán la licencia médica.

—Es importante. Por favor, hazlo. Te lo suplico.

—He visto muchos cuerpos muertos en mi vida. ¿Por qué es éste tan importante?

—Porque es importante para ellos. Porque el cuerpo no es sólo una bolsa vieja que tiramos cuando ya la hemos usado. Es santo, como una casa llena de amor, como un santuario. Es un hogar, y no ha existido antes ni existirá nunca más uno como éste. Es una palabra dicha al vacío. Aleja las tinieblas sólo con existir. Ojalá hubieras conocido a este chico. No es un leño que arrojas al fuego. Por favor, Woolley.

—Lo intentaré. ¿Dónde vive la familia?

—En un barco en el muelle oriental del lago Canoe. No tiene pérdida. Es la última casa hogareña...

—Tengo que llamar por teléfono. Tengo que decir en el hospital que llegaré tarde a la ronda de visitas.

Sus ojos me escrutan. Es el médico que diagnostica, que mide, que analiza.

—Estás hecho un espanto de sangre. Métete ahí y lávate —dice, señalando el baño que hay al lado de la cocina—. Vuelvo en cinco minutos.

Qué maravillosa visión es un baño limpio y tibio. Me encantaría darme una ducha caliente. Me lavo las manos en el lavabo. El agua se lleva la sangre. La cabeza me da vueltas. Miro al espejo y veo a un salvaje que me mira. Un indio sasquatch. Más delgado de lo que recuerdo haber estado nunca. Con barba de cinco días, los labios cortados, los ojos rojos, las mejillas despellejadas. Un abrigo roto y manchado. Una mirada loca, quizá del todo enajenada, en los ojos.

El agua caliente y jabonosa sobre la cara es un lujo indescriptible. Suspiro hondamente. Y comienzo a pensar que hoy es sábado, y que Woolley no tiene ronda los sábados. Y entonces oigo el ruido de las hélices sobre el tejado. Antes de que pueda dar un paso, se abre precipitadamente la puerta del baño y hay tres hombres que me apuntan con sus pistolas desde el pasillo.

Woolley está tras ellos, mirándome. Da una calada a la pipa y adopta una expresión pensativa. Salgo lentamente del baño. Con la boca abierta. Le miro. Los has llamado tú.

Se encoge de hombros.

—Confiaba en ti, doctor.

—Tu error ha sido creer que hay algo que importa —dice.

—No. Tu error es creer que nada importa. Y todo importa. Todo.

—Sí, bueno. Estos señores de las pistolas piensan que esto también importa. Y hay muchos más como ellos que gente como tú. Miles de millones, amigo mío. Mil millones por cada uno de los tuyos. Asombroso, ¿verdad?

—Esa proporción, Bertram, es lo único que no importa. La policía se ha cansado del diálogo. Me llevan a empujones.

Estoy detenido en la celda del cuartel de policía de Swiftcreek. Es una celda temporal, supongo, porque todavía no me han inspeccionado del todo, sólo lo básico para buscar algún arma escondida. Estos chicos no saben que el alma es también un arma escondida. Me lo han quitado todo salvo el diario, que sigue entre las dos capas de mi camiseta de felpa.

Un joven cabo me trae sopa y café en vasos de plástico.

—¿Qué está pasando, Frank? —le pregunto.

—Hay un poco de discusión entre distintos órganos de la Administración. Te buscan tres. Los de Seguridad te quieren en Ottawa. La policía te quiere en su central de Kamloops. Y los nuevos, los de Inteligencia —ya sabes, los de verde y gris— quieren llevarte a Vancouver.

—¿Me puedes dejar un bolígrafo?

—Si me prometes que no te matarás con él.

—Lo prometo.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

Me pasa, a través de los barrotes, uno de esos bolígrafos de goma de los niños. Tiene tinta y se dobla.

—Tendrías que estar todo el día para cortarte las venas con eso —dice.

Escupe al suelo. Se ve a sí mismo como un viejo poli, apuntando a la escupidera en algún antro de los Klondike. En realidad, es un chico de granja, fuerte, limpio, el típico chico con principios. No le caigo bien; tan sólo le intereso como psicópata.

—¿Para qué es el bolígrafo?

—Quiero escribir una carta.

—¿Papel necesitas?

—Eh, sí, por favor.

Sale y vuelve con dos folios. Los cuela entre los barrotes y se queda mirándome.

—¿Por qué mataste a Bill?

—Yo no maté a Bill.

Me mira con una mirada que ya voy empezando a comprender. No dice nada.

—¿Cómo es que toda esa gente está interesada en tenerme?

—Ni idea.

—¿No te imaginas por qué?

—No, ni idea.

—¿Cuántos suicidios hay en el país a diario?

—No sé, creo que más de cien.

—¿Y asesinatos?

—Ochenta, noventa, o así.

—Y la cuenta crece día a día.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué mi supuesto asesinato es tan importante?

—No lo sé todavía.

—Y nunca lo sabrás. Lo tienen todo bien atado.

Frunce el ceño, empieza a decir algo. Finalmente, cierra la boca.

—Frank, alguna vez, dentro de muchos años, estarás en la cama, en mitad de la noche, y te preguntarás por enésima vez en tu vida si ese tipo —refiriéndote a mí— era inocente. Esa noche lo descubrirás, lo sabrás a ciencia cierta. Soy inocente, agente.

—He oído a mucha gente decirme esto mismo, casi palabra por palabra.

—Entonces lo sabrás. Cierra la puerta.

—Mira, me tengo que ir a cenar. No te cuelgues, no te autolesiones ni te mutilés. Hay cuatro tipos de gris y verde en el despacho festejando lo listos que son por haber triunfado en su cacería humana. Descansa, que tienes muy mala pinta.

—Gracias, agente.

—Pensaré en lo que me has dicho. No me gusta lo que está pasando en el país.

—A mí tampoco.

—Eso ya lo sé. Soy un suscriptor fiel. Tu periódico, a veces, me enfadaba mucho. Pero también me hacía pensar. No eres un asesino normal, desde luego. Así que sí, supongo que me acordaré de ti alguna noche, dentro de muchos años.

—Me gustaría.

—Es lo único que puedo hacer.

—Gracias.

—Está bien. Se retira.

Quiero escribirle una carta a Woolley, decirle que, aunque su traición haya sido algo más que una última broma de humor negro, y aunque el dolor es profundo, quizá irreparable, no puedo odiarle. La gracia de la confesión está dentro de mí: me he librado de mi rabia habitual.

¿Qué le diría si pudiéramos vernos otra vez para hablar?

—Eres un pobre hombre, Woolley. Empezaste como un idealista, como un amante de la vida, un joven enemigo de la muerte, un campeón de acero pulido. Con un bisturí en vez de una espada y con un título en vez de un escudo, luchaste con valor. Pero cuando la profesión médica se tiñó de muerte y viste tus manos manchadas de sangre, huiste. Huiste de la muerte hacia esa otra muerte secreta que se escondía dentro de ti. No puedes vencerla tú solo, Woolley, No la puedes extirpar quirúrgicamente. Es la peste, amigo mío. Necesitas una medicina muy dura contra ella.

Suspiro. Cojo uno de los dos folios, de los dos preciosos folios que me ha dado McConnell. Escribo.

Querido Woolley:

Creo en el hombre que alguna vez fuiste y que puedes volver a ser. Está ahí, en tu interior.

Te perdono. Jaque mate.

NATHANIEL DELANEY

Le doy la vuelta al folio y escribo su nombre ahí. Luego hago con el papel la mejor avioneta que he hecho desde mi infancia. La ventana de mi celda es de cristal ultrarresistente montado sobre malla. Es tan pequeña que ni siquiera un niño cabría por ella. Pero alguien, quizá uno de mis

predecesores aquí, ha logrado, haciendo palanca, hacer ceder mínimamente una bisagra. Hago fuerza y dejo caer mi misil hacia la noche oscura. Se lo lleva el viento. Sube y luego desaparece en el pueblo sin luz.

Me pongo a lo mío. Cojo el diario de la peste de entre las capas de mi camiseta. En tan poco tiempo, ¿cómo puedo resumir una vida, dos vidas, tres, la decadencia de una época? Escribo con una letra mínima, cubriendo los dos lados de cada página, rellenando los márgenes. Estoy varias horas escribiendo.

Pero no sé qué hacer con ello. Encontraré el momento oportuno. Los tiraré por la ventana uno a uno o desde el helicóptero que me lleve de aquí, lo primero que pueda hacer. Pero, sea como sea, dejaré este diario a los que vienen tras de mí.

¿Y si lo dejo mejor aquí mismo, bajo el colchón? ¿Podrá este agente ocultar la prueba? ¿Le he hecho dudar lo suficiente sobre el nuevo mundo que ha llegado? ¿Le daría esto a Matthew y a Jeanne? Así lo espero. Quiero que sepan lo que ha pasado con Anthony. Sus otros niños podrán comprender, cuando sean mayores y sepan lo que supo su hermano. Aunque también ellos pueden ser engullidos. El agente no es más que un soldado raso entre un montón de buenos chicos que no han entendido nada de lo que pasa. Tal vez coja el montón de hojas y lo tire a la papelera. O tal vez se lo quede como un recuerdo para dárselo a sus propios hijos, en memoria de una era ya pasada. Algún día podría incluso figurar en un museo del delito de pensamiento.

—Pensaré en lo que me has dicho —ha comentado.

Con eso vale, agente. Te lo dejo a ti, mi testamento literario, mi última voluntad. Esto es lo que Dédalo canta al hundirse, preso en el abrazo del amor. Al caer, al ir cayendo, con miedo y sin miedo, he descubierto que sólo ascendemos con las alas de la gracia. Soy un hombre libre. Soy consciente. Ya sé para qué estaba hecho.

Suena una campana. Luego otra, y otra. Un montón de campanas.

¿Qué hace que suenen? ¿Y por qué?

Conozco ese sonido. Lo conozco. Lo conozco bien. Apostaría mi vida a que son las campanas de Jan Tarnowski.

Él murió, pero, de alguna manera, su palabra todavía suena a través de un fondo oscuro, de un paisaje de dragones.

—¡Fuego, enemigos, falsedad! —repica por el valle.

Sí, Natano, señor director, papi, viejo luchador, vencedor de tantos miedos: ten ánimo, escritor sin ánimo. Pues, pese a todo, aún hay gente ahí fuera. Y algo en su interior aún puede oír la palabra que destruye la mentira.

Querida familia:

Así termina el diario de Nathaniel Delaney. Si habéis llegado hasta aquí, ya sabéis que fue acusado de asesinato y pasó unas cuantas horas en la celda del pueblo antes de que se lo llevaran para ser sometido a mayor investigación. Nunca volví a oír de él después de eso. Yo fui destinado a la costa poco después de este arresto, así que no sé qué les pasó a los niños del autor, ni a los Thu, ni sé si el doctor Woolley sigue vivo. La mañana en que se lo llevaron, encontré el manuscrito bajo el colchón. No me preguntéis por qué, pero no lo entregué. Decidí leerlo antes, y luego pensé que debía guardarlo. Hay muchas cosas que se pierden últimamente. Cosas y personas.

FRANK MCCONNELL
Cabo retirado de la Policía Montada del Canadá

FRAGMENTO SUELTO

(Con caligrafía infantil, en un post it naranja encontrado en el manuscrito del diario de la peste.)

Papi:

No estés triste. No tengas miedo. Acuérdate de Frodo y de Sam.
Te quiero.

Zöe